
Intenté escribir
mil historias...
pero en todas
aparecías tú
TÚ, EN TODAS
MIS HISTORIAS
EVE MARTIN

POR: EVE MARTIN

TÚ,
EN TODAS
MIS HISTORIAS

"El amor joven es un salto sin red,
pero igual saltamos.
Porque a veces la vida empieza justo ahí:
en el riesgo de quererse."

Tú, en todas mis historias

Prólogo

Dicen que todo el mundo tiene una historia que contar, pero nadie te advierte de lo difícil que resulta narrarla cuando eres al mismo tiempo la protagonista y la herida que atraviesa cada capítulo, cuando cada recuerdo parece resistirse a quedarse en el pasado y vuelve una y otra vez con la misma intensidad con la que dolió la primera vez, cuando descubres que contar tu propia vida significa también enfrentarte a todo aquello que durante demasiado tiempo preferiste no mirar.

Siempre imaginé que algún día podría ordenar los recuerdos como quien coloca fotografías en un álbum antiguo, con la tranquilidad de saber que el tiempo ha puesto cada cosa en su sitio, pero la verdad es que las historias importantes nunca se comportan de esa manera, porque los momentos que realmente cambian una vida no llegan en orden ni piden permiso antes de irrumpir, sino que aparecen de repente, como una tormenta que no viste venir y que, cuando por fin se disipa, deja todo tan distinto que ya no reconoces el lugar en el que estabas antes.

Durante mucho tiempo pensé que crecer significaba encontrar respuestas, descubrir quién eras y hacia dónde ibas, como si la vida fuese una línea recta en la que bastaba con avanzar lo suficiente para comprenderlo todo; sin embargo, con los años aprendí que crecer es más bien lo contrario, que cuanto más caminas más preguntas aparecen y que algunas de ellas no tienen una respuesta sencilla.

Especialmente cuando el amor entra en la historia.

Porque nadie te explica que el amor puede ser muchas cosas al mismo tiempo: refugio y tormenta, hogar y caída libre, promesa y despedida. Nadie te advierte de que existe un tipo de amor que llega para salvarte y otro que aparece para enseñarte cuánto puedes romperte sin desaparecer del todo.

Y lo más desconcertante es que, a veces, ambas versiones pertenecen a la misma persona.

Creo que todos merecemos una vida que no duela tanto, una vida en la que respirar no se sienta como un esfuerzo constante y el pasado no pese sobre el pecho como si alguien hubiese dejado allí una piedra imposible de mover, una vida que sea realmente nuestra y no una versión prestada de lo que otros esperan que seamos.

Una vida propia.

Una vida mía.

Pero durante mucho tiempo caminé dentro de historias que no parecían pertenecerme del todo, intentando convertirme en alguien que encajara mejor en los planes de los demás, convencida de que tal vez así todo sería más sencillo, de que tal vez así el ruido dentro de mi cabeza terminaría desapareciendo.

Hasta que apareció él.

Y con él llegaron preguntas que no supe responder, decisiones que no supe evitar y sentimientos que jamás imaginé que podrían desordenarlo todo de esa manera.

Fue entonces cuando entendí que el amor puede salvarte y destruirte en el mismo instante, que hay noches capaces de cambiarlo todo con un solo gesto, con una sola mirada que se queda grabada en tu memoria incluso cuando intentas olvidarla.

También entendí que la verdad siempre encuentra la forma de salir a la superficie, aunque intentes esconderla detrás de silencios, de medias verdades o de sonrisas que no significan nada, porque hay secretos que no nacieron para permanecer ocultos.

Y cuando finalmente salen a la luz, lo cambian todo.

No sé si algún día aprenderé a querer sin miedo.

No sé si existe una forma de amar sin sentir que algo dentro de ti está a punto de romperse.

A veces me pregunto si la valentía consiste en tomar la mano del chico que podría destruirte o si, por el contrario, la verdadera valentía está en aprender a soltarla antes de que todo se derrumbe contigo dentro.

Todavía no tengo la respuesta.

Lo único que sé con certeza es que hay personas que llegan a tu vida como una tormenta inesperada, personas que aparecen cuando creías tenerlo todo bajo control y que, sin pedir permiso, cambian la dirección de cada una de tus decisiones.

Personas que te obligan a enfrentarte a partes de ti misma que habías intentado ignorar durante demasiado tiempo.

Y cuando eso ocurre, cuando alguien consigue mirarte como si pudiera ver cada una de tus grietas sin apartar la mirada, ya no hay forma de volver a ser la misma.

Pero sí hay algo que tengo claro.

Esta historia es mía.

Con todas mis grietas, mis contradicciones, mis impulsos y mis errores.

Es mía incluso en los momentos en los que me equivoqué, incluso cuando elegí mal, incluso cuando el miedo me hizo huir de lugares en los que quizás debería haberme quedado un poco más.

Y aunque a veces me tiemblen las piernas y una parte de mí desee escapar, desaparecer durante un tiempo y no tener que enfrentarme a todo lo que soy ni a todo lo que todavía arrastro conmigo, sigo aquí, avanzando incluso cuando el camino se vuelve confuso, caminando entre dudas, tropezando con mis propias decisiones y levantándome una y otra vez con esa mezcla extraña de miedo y determinación que aparece cuando sabes que rendirte sería mucho más fácil, pero también mucho más vacío.

Porque, al final, eso es lo que soy: una chica que intenta sobrevivir a la verdad incluso cuando esa verdad pesa demasiado sobre su pecho, alguien que ha aprendido que mirar hacia otro lado no cambia lo que ocurrió ni borra lo que sientes, y que, aun sabiendo que hay caminos que pueden terminar rompiéndote, sigue avanzando hacia ellos con los ojos medio cerrados y el corazón latiendo demasiado rápido.

Tal vez porque siempre he sido así, porque siempre he tenido esa forma un poco imprudente de sentir las cosas, esa necesidad casi absurda de acercarme a lo que me asusta en lugar de alejarme, como si en el fondo supiera que vivir de verdad significa también aceptar que algunas decisiones dejan cicatrices.

Y por eso amo como amo, con una intensidad que a veces parece demasiado grande para el espacio que ocupa dentro de mí, como si el dolor no fuese un precio tan alto cuando lo que está en juego es sentir algo auténtico, algo que no se parezca a las versiones cómodas del amor que nos enseñan, sino a ese tipo de sentimiento que desordena tu vida, que te cambia sin pedir permiso y que, incluso cuando te rompe un poco, también te recuerda que sigues viva**.**

Abril

1
Somos únicos

Pov: Abril

Siempre había imaginado mi vida en uno de esos barrios góticos de Barcelona donde sentir que perteneces a algo es tan sencillo como perderte entre edificios viejos y calles estrechas. Sitios cargados de historia y magia, donde la gente parece vivir con auténtica pasión, como si cada día fuera el capítulo de una novela que ellos mismos escriben.

Yo quería ser una de esas chicas: independiente, segura, salvaje sin pedir permiso.

Spoiler: *no era mi caso.*

Ni siquiera cerca.

Desde hacía dos años vivía con mi abuelo, el señor *"CEO de PROCYON, multimillonario y emocionalmente inaccesible desde 1965"*. Un hombre tan elegante como intimidante, que te juzga con solo un movimiento de ceja. Vivir con él era como vivir en un museo caro: todo bonito, silencioso y fríamente perfecto.

La urbanización donde residíamos parecía sacada de un catálogo de mansiones de lujo. Seguridad privada, coches que costaban lo mismo que una casa, piscinas climatizadas y vecinos que hablaban únicamente de viajes exclusivos, inversiones o reformas absurdas que costaban más que un salario anual. A mí todo eso… me cansaba y mucho. Me asfixiaba.

Ese día, Rodrigo—nuestro chófer, guardaespaldas improvisado y terapeuta emocional no reconocido— tenía que llevarme al instituto. Era nuestro primer día del último curso, y aunque Ari iba

pegada a mí, mi estómago estaba hecho un nudo del tamaño de la Sagrada Familia.

Me puse mi vestido favorito de Armani: ceñido, elegante, mangas de seda que caían perfecto sobre mis hombros. Nunca presumía de mis cosas, pero ese vestido… ese vestido me daba un superpoder temporal. Uno que prometía no desvanecerse durante las primeras dos horas de clase, si tenía suerte.

—Bri, ¿vienes o te pierdo? —Ari me hacía señas como si estuviera dirigiendo aviones en un aeropuerto.

—Voy, voy —respondí, ajustando la bolsa del portátil antes de que tocase el suelo por accidente.

El olor a césped recién cortado llenó el aire. El sol todavía luchaba por decidir si quería calentar o rendirse ante el otoño. Yo solo quería que ese día pasara rápido, muy rápido. Mi último año de bachillerato, una última oportunidad de *sobrevivir* a ese lugar.

Todo el mundo asumía que yo era la chica popular, la que no se deja intimidar, la que tiene la vida perfecta. La realidad era un poco más patética: era una fachada bien decorada, sostenida por inseguridades que solo yo conocía.

El instituto era tan exclusivo que parecía una cárcel de lujo. Puertas con lector digital, guardias que nos miraban como si algunos fuéramos delincuentes potenciales, y alumnos que parecían salidos de portadas de revistas. Allí estudiaban hijos de cirujanos famosos, futbolistas, modelos, empresarios… y unos cuantos becados que caminaban intentando pasar desapercibidos.

—Tía, ¿qué te pasa? —Ari frunció el ceño—. Te noto rara.

Ariadna Gil, era una de mis mejores amigas, la conocía desde mi infancia, siempre habíamos estudiado juntas y nuestras familias guardaban una cierta amistad, su padre era el mejor cirujano de la ciudad y antes lo había sido su abuelo.

—Mi abuelo volvió con su amenaza de mandarme con mi padre a Londres —respondí con desgana.

Me entraron nauseas, sólo el simple hecho de imaginarme viviendo con mi padre. Aún recordaba la última vez que lo vi marchar, se subió al coche y sin despedirse de mí, ordenó a Rodrigo que lo llevará al aeropuerto. Él era el ser más egoísta, ególatra y

narcisista que conocía, jamás se había preocupado por mí, no le interesaba lo más mínimo, su trabajo y sus juergas eran mucho más importantes que su única hija. Trabajaba para mí abuelo en una de nuestras sucursales en Londres y siempre estaba viajando por distintas partes de Europa, así que mi abuelo ordenó después de la muerte de mi madre que me fuera a vivir con él y mi tío, el soltero más codiciado del país.

—Allí son ultra estrictos. Yo no iría ni en mis mejores sueños —intervino Valeria, que caminaba a nuestro lado con su aura de chica "0 problemas".

Valeria era la hija de una famosa modelo, ella era un tanto pasota, le daba igual casi todo, nunca la veías más excitada de lo normal, era como si nada le sorprendiera. Me encantaba su carácter desinhibido y despreocupado, sabía con toda exactitud que ella era una buena amiga.

—Ya veremos… si quiero estudiar economía, tendré que salir fuera —murmuré, sin ninguna emoción positiva.

Pero entonces algo raro pasó. La gente no se apartó cuando caminábamos, incluso no nos miraban como siempre. Algo corría por los pasillos… y no éramos nosotras. Ya te digo que este curso comenzaba como si nosotras no fuésemos el mayor de los intereses.

Valeria se acercó a una masa de personas que revoloteaban con sus gritos como si hubieran visto a Harry Styles. Estaban rodeando a alguien o a algo, no lograba ver de qué se trataba, todos bromeaban y se escuchaban anécdotas que parecían divertidas, hasta que me acerqué y vi un grupo de chicos que no conocía.

—Qué pasa ahí —pregunté, estirando el cuello.

—Son los hermanos González —respondió alguien detrás de mí—. Este año terminan aquí.

—Por mí como si son los Hemsworth —solté sin filtro, rogando internamente que nadie lo oyera.

Pero si, alguien lo oyó, alguien estaba ahí para oírme y me iba a desafiar, porque de eso se trataba.

Así que como debía ocurrir, el universo decidió ponerse en cámara lenta, como si no fuera ya suficiente se hizo el silencio y todas las miradas se volvieron hacia mí.

Un vacío entre la multitud, como aquel mal presentimiento que llevaba encima, hizo que por un momento se me erizara la piel. Fue mirar hacia ese lugar, justo enfrente estaba él.

El chico no estaba mal, no podía negar que era muy atractivo, molesto y peligrosamente guapo, aunque con la mirada pagaba.

Pelo castaño, alborotado, un pequeño aro en la oreja, un par de tatuajes que asomaban bajo la camiseta. Y sobre todo me fije en sus ojos grises azulados que parecían capaces de arrancarte la respiración sin pedir permiso.

Me miró con una intensidad que me atravesó, intimidándome. Y no era una mirada cualquiera. Era una declaración de guerra silenciosa, si si, para ver quien tenía más fuerza mental.

Aparté la vista rápidamente.

No estaba lista para esa energía demoníaca a las ocho de la mañana, aun no me había tomado el segundo café.

—¡Abril! —Ari corría detrás de mí—. ¡Voy contigo!

—No quiero partes este año —bufé, entrando al edificio como si fuera mi salvación.

—¿Has visto a esos dos? —preguntó Ari, aún roja.

— ¿Quiénes? ¿Los hermanos "esos”? — le pregunté con otra pregunta irónica.

— Sí, los nuevos. Están tremendos, ¿De qué familia vendrán? — volvió a preguntar en voz alta.

— Yo qué sé, pero ni lo sé ni me importa. —le contesté zanjado el tema.

Entré a filosofía, mi refugio temporal. Mientras medio instituto publicaba fotos y rumores en redes, yo intentaba concentrarme en mi portátil, pero mis manos temblaban ligeramente. No quería pensar en él. O en sus ojos. O en cómo me había mirado.

—Buenos días —entró por fin el profesor Antonio, móvil en mano—. Este año estoy yo con vosotros.

Todo normal… la clase estaba a punto de empezar y el profesor se encontraba frente a todos a un instante de abrir la boca para empezar con la lección. Miré de reojo la puerta al sentir que volvía abrirse de nuevo con un fuerte empujón, el docente suspiró enfadado observando que tras aquella puerta de color verde se

encontraba uno de los hermanos González, justamente el de la mirada asesina.

Y ahí estaba él.

El problema con patas: La definición de "voy a complicarte la vida".

—Perdón, no encontraba la clase. Soy Hero González —dijo serio, sin rastro de arrepentimiento.

—Siéntese. Y que no vuelva a pasar —respondió el profesor arrugando la nariz.

Hero caminó por el pasillo despacio… demasiado despacio, como saboreando cada paso. Cuando pasó cerca de mí, sentí su mirada incendiarme la piel.

Me negué a mirarlo. Ni un milímetro. No pensaba darle ese poder.

—¿Has visto cómo te ha mirado? —susurró Claudia, escandalizada.

Por supuesto que lo había visto, como no verlo. Este iba a ser el típico guapo que va de malote y luego no es nadie, ya me había cruzado con más de uno por el camino.

Fingí que no lo había visto, para que darle más importancia.

A la hora del almuerzo, el comedor estaba lleno de ruido, olor a pasta recalentada y hormonas adolescentes en ebullición. Cogí mi ensalada y una Coca-Cola light cuando…

—Lo siento, estaba yo —dijo una voz suave.

Me giré y estaba ahí el otro hermano, vamos el simpático y amable. El que no parecía querer destriparme con la mirada asesina, sino más bien lo contrario.

—Ay, perdón —respondí, cediéndole el lugar.

—Soy Enzo —sonrió. Y wow… qué sonrisa.

Igual de guapo, igual de estético, pero con una vibra cálida, casi dulce. Todo lo que el otor hermano no era.

— Eres nuevo, ¿verdad? — le pregunté, aunque ya sabía la respuesta, sólo pretendía entablar conversación y ser un pelín educada, me venía de familia.

— Si. — me contestó con una sonrisa y ese acento italiano que le hacía ser un tanto irresistible. — acercó su mano para

saludarme, me fijé que llevaba un anillo en el dedo índice y varios tatuajes en el brazo como su hermano. — Hemos venido a terminar el último curso, espero no sea tan duro como el anterior. — sonrío enseñando sus perfectos dientes blancos.

Por lo visto Enzo era el pequeño de los hermanos, Hero había suspendido los dos últimos años y su padre estaba más que harto de su comportamiento. Los enviaron a nuestro instituto porque el hermano mayor tenía que cambiar de compañía y dejar esa rebeldía y la mala fama que había adquirido en su país.

—Suerte este año —le dije antes de huir de ahí como si me persiguiera un huracán.

Volví con Ari y Marc. Ellos debatían sobre Alex, mi ex, que ahora era influencer de deportes de riesgo. Subía vídeos con música épica y sonrisas demasiado perfectas, ya sabéis en que consiste ese mundillo de publicidad engañosa.

—¿Has visto al desgraciado de Alex? —preguntó Lucas señalando la pantalla del smartphone.

—Me alegro por él —mentí con una sonrisa falsa, más que un euro de madera.

—¿A ti como te están yendo los entrenos de básquet? ¿Ya ha empezado la liga? — me preguntó Marc pensativo.

— De momento bien, estamos con partidos amistosos — Sonreí con una mueca ligera.

Llevaba tiempo jugando en el equipo del instituto, era una de las capitanas y era algo que realmente me encantaba. Lo había hecho desde pequeña y siempre recordaba a mi madre en las gradas animando.

Acabemos de almorzar y me fui directamente a la siguiente clase, una de esas clases aburridas que sabía que me costaría esfuerzo mantener el interés. Al entrar por la puerta algo chocó conmigo.

Bueno, alguien. Sentí un empujón seco en mi hombro.

Sabía que era intencionado, porque choqué contra el marco de la puerta. Me giré furiosa para ver de quien se trataba, pero no me lleve ninguna sorpresa.

Hero.

Obviamente era él, como no.

—¡Eh! —solté—. ¿Pero tú de qué vas?

Él no respondió, ni siquiera me pidió perdón, como si oyera llover.

Me miró de arriba abajo con calma.

Lenta.

Con una mirada Irritante, pero peligrosa. Y luego sonrió de lado, como si le divirtiera provocarme. Porque eso era lo que parecía, que quería provocarme y te juro que lo había conseguido.

Siguió caminando.

—Creída —murmuró sin girarse.

Yo ardí de rabia, por dentro, por fuera, por todos lados.

—Idiota —susurré.

Si quería guerra… guerra iba a tener y yo no iba a perder.

2
Una guerra

Pov: Abril

Un rayo de luz se coló por la rendija de la persiana y me dio en la cara. Abrí un ojo, medio güeña, molesta porque últimamente me despertaba antes que el despertador, y me di la vuelta intentando seguir durmiendo, aunque sabía que era misión imposible.

Estiré la mano, palmé la mesita y cogí el móvil con la punta de los dedos. Lo arrastré hasta mí y abrí los mensajes, que no paraban de llegar. Tropecientos, literalmente, cada segundo uno nuevo:

«Esta noche hay fiesta»
«quedamos todos en el bareto de siempre»
«hay que celebrar el inicio de curso»
«la fiesta es en el nuevo pub»

Sin contestar ni uno, me levanté directa al baño. Sabía perfectamente que todos querían que fuera, pero este año tenía un plan: aprobar TODO con sobresaliente. No quería que mi abuelo tuviera que pedir favores para meterme en la uni de economía más top del país, eso me daba un mal rollo horrible.

Preparé la bolsa de deporte. Tenía entrenamiento después de clase, y ya conocía a la entrenadora: no se andaba con tonterías, si llegaba tarde me tocaba dar diez vueltas al campus y la verdad que no era plan.

Bajé saltando de dos en dos los enormes escalones con mis converse lilas hasta llegar al gran salón donde solíamos desayunar

todos juntos, era una de las únicas comidas en la que coincidíamos los tres.

Me había colocado una chaqueta Carolina Herrera y unos vaqueros Givenchy, un "regalito" de una de las amigas de mi tío Abraham. Llámalo soborno si quieres. Deslicé con cuidado la mochila para apoyarla encima de la mesa de cristal, pero un carraspeo áspero y acompañado de la tos de mi tío, hizo que la bajara hasta dejarla encima de una de las sillas tapizadas del salón.

—¡Buenos días, señorita! ¿Cómo dormiste? Podría llamarte Bella Durmiente —saludó mi tío con esa sonrisa enigmática que siempre me desarmaba un poco.

—Hola, tío —respondí desanimada. En realidad, no tenía ni ganas de ir al instituto. Lo único que quería era quedarme enterrada bajo las sábanas, como una momia egipcia.

—¿Qué te pasa? ¿Acabas de empezar y ya estás desanimada? —se burló, riendo y atragantándose con el café—. Mira quién baja, el viejales de la familia.

Mi abuelo, serio como siempre, se acomodó en su butaca de piel.

—De viejo nada, te recuerdo que aún estoy en el mercado —contestó, acercando la taza a sus labios y mirando de reojo.

—Abuelo, hoy llegaré tarde —susurré cogiendo una de esas magdalenas integrales que solo María, nuestra cocinera, podía hacer perfectas—. Celebran una fiesta por el inicio de curso en un pub nuevo.

—Jovencita, no te creas que vas a pasar el curso de fiesta en fiesta. Recuerda lo que hablamos este verano. Si no te esfuerzas en el bachillerato, olvídate de estudiar economía para trabajar conmigo; te irás con tu padre —dijo mi abuelo, serio como un muñeco de cera.

—Papá, deja a la niña, todos hemos sido jóvenes alguna vez —intervino mi tío Abraham, intentando suavizar el ambiente.

Me acerqué a mi abuelo y le di un achuchón enorme. Con mis besos, él siempre cedía. Su mano enorme acarició mi cabello castaño y sonrió con ese gesto que solo guardaba para mí.

—Al viejo gruñón solo puede doblegarlo su niña consentida —guiñó el ojo mi tío.

Era cierto. Mi abuelo era duro en el trabajo, testarudo y serio, pero en casa era el hombre más noble e increíble del mundo.

Llegué al instituto dándole vueltas a mi futuro. Quería sacar el bachillerato con la mejor nota, hacer que mi abuelo se sintiera orgulloso. Economía no me llenaba del todo; mi pasión era la moda. Mis cuadernos estaban llenos de diseños, bocetos y mil ideas. Pero la familia esperaba que yo fuera financiera, así que no podía fallar. Y jamás volvería con mi padre: egoísta, ególatra, desaparecido en los momentos importantes, incapaz de dar amor. Simplemente, me hacía sentir indiferente.

—¡Bri, no has contestado mis mensajes! —Ari apareció con el móvil en mano, como siempre desesperada.

—Ya… no me dio tiempo —dije haciendo una mueca despreocupada.

—Pero vas a venir, ¿no? —preguntó con ojos brillantes, deseando un sí rotundo.

—Claro, ¿cuándo me pierdo yo una fiesta? —le moví el cabello con gracia, despeinándola.

—Ya me imaginé —me dio un beso en la mejilla—. Te paso a buscar sobre las ocho. Por cierto, esa chaqueta es super cute —dijo tocando las mangas y se fue a su clase.

Valeria se acercó corriendo con su bolso colgado del hombro, era más bien un saco donde cabía bien su portátil. Tenía un estilo boho con sus botas de piel girada y su chaqueta marrón de flecos, parecía una modelo entre todas, pero ella quería ser científica. Estaba centrada en sus estudios y se podía decir que era la única que lo tenía todo claro en esta vida, creía pensar que llevaba toda su vida organizada en una agenda con todos sus movimientos apuntados como en una partida de ajedrez.

Vino hacía mí a pasos agigantados dándome un abrazo, sabía que llegaba tarde y no pretendía entretenerla, así que la dejé ir con una sonrisa.

Sonó el timbre y entré al aula, la profesora aún no había llegado, todo el mundo hablaba de la fiesta que se iba a celebrar,

mis compañeras se acercaban a mí preguntando si yo iría porque aún no había contestado ni uno solo de esos mensajes, tenía claro que solo les interesaba mi presencia.

Cogí mis cosas y me senté entre la primera fila, solo qué esta vez Hero había llegado antes que yo.

Ese chico me sacaba de quicio, su sola existencia me perturbaba y desestabilizaba mi aura, ¿cómo esa persona podía hacerme sentir de esa manera?, quise ignorarlo para no alborotar mis pensamientos, pero parecía que tenía clavados en mi nuca sus ojos.

Estuve atenta en todo momento a lo que la profesora de economía explicaba, me interesaba bastante todo aquello que impartía y estaba dispuesta a retener en mi cabeza todo lo que enseñaba para darle una alegría a mi abuelo.

— ¿Abril, puedes salir a explicar este ejercicio? —me preguntó la profesora señalando la pizarra.

Asentí como una niña buena, porque en el fondo tenía la necesidad de serlo. Salir frente a todos era un suplicio; pasar cerca de Hero me hacía sentir cosas extrañas. Por un instante, nuestras manos se rozaron y sentí un calor eléctrico recorriendo mis dedos. Intenté mirar, pero él estaba centrado en el ejercicio, parecía que quería sacar los números del papel como si estos tuviesen vida.

Tomé el rotring de la profesora y resolví el ejercicio rápido, consciente de su mirada clavada en mí. Mis manos temblaban y sudaban. No me gustaba ser el centro de atención en la palestra, pero no podía fallar.

— Muy bien ejecutado el ejercicio, señorita Rivera, puede tomar su asiento— se dio la vuelta y con rapidez borró lo que yo había escrito.

Aún no entendía cómo esa mujer había podido entender mi letra, yo en ese precioso instante era incapaz de descifrar ni un solo número, más bien parecía que había escrito la receta de un médico.

De camino a la biblioteca, y con la cabeza hecha un lio, me topé con Enzo, el hermano “simpático” de Hero.

— Abril, ¿Cómo van las clases? — me preguntó con esa sonrisa tan suya y apretando un poco los labios.

— Bien, de momento. — hice una carcajada un tanto exagerada.

Era un buenorro, sí, pero no era mi tipo… aunque todas suspirarían por él.

— ¿Vas a ir esta noche a la fiesta? — se hizo el remolón y me preguntó removiendo su cabello castaño con reflejos dorados.

—Sí, pero portándome bien este año —dije arrugando la nariz, astuta.

— Me alegro, así podremos vernos. — sé fue a pasos agigantados, pisando fuerte como con prisa.

Valeria y Ari llegaron a mi encuentro, las dos estaban subiendo un vídeo a las redes y por lo visto era algo relacionado con la fiesta.

— Esta noche lo vamos a pasar de lujo, nuestra mejor amiga también se viene. — gritaba Ari como una posesa mientras movía el teléfono para que yo también saliera en su directo.

Saludé con la cabeza y salí de su plano, no me gustaba mostrarme en videos y aunque quisiera mi abuelo me lo tenía tajantemente prohibido. Según él, tenía que preservar mi intimidad para no dar que hablar a los medios, porque últimamente me había metido en más de un fregado y si esté año quería comenzar hacer las cosas bien, tenía que portarme medio bien.

— Ei, ¿Qué te pasa? — se acercó Valeria preocupada.

— No, tía, que esté año, me tengo que comportar, me juego mucho. — suspiré profundamente mientras Hero pasaba por el pasillo hablando con unos compañeros.

— ¡Hero, espera! — gritó Ari metiéndose en medio de la conversación que estaba teniendo con aquellos chicos.

— Dime— le contestó quedándose a unos centímetros de su rostro, parecía poder chocar con su nariz. Ella se apartó unos pasos.

— Vaya cerdo— susurré bajito con rabia mientras Valeria me miraba extrañada.

— ¿Vas a venir esta noche a la fiesta? — Ari se encogió de hombros mirándolo con ojos de súplica, casi rogando que le dijera que sí.

— Ya veremos. — le apartó el flequillo de su rostro y se lo colocó apoyado en la oreja.

Apenas podía mirar cómo estaban actuando, me parecía una escena un tanto exagerada, pero Ari era así de dramática, podía meterse en cualquier papel que sería capaz de bordarlo y conseguir un goya actriz revelación.

— Este chico es mi crush.— venía ella dando saltitos de alegría hacia nosotras y nos apoyemos en las taquillas donde nos habíamos quedado en segundo plano.

Hero pasó por mi lado enviándome una mirada de asco que le devolví de la misma forma. Si iba a empezar a salir con mi mejor amiga tendríamos que vernos más a menudo y yo no sabía si estaba preparada para soportar a ese Npc.

— ¿Dé qué lo conoces? — le pregunté abriendo mi taquilla para dejar el libro de filosofía que me había cogido de la biblioteca.

— Tía, no te lo vas a creer. Mis padres conocen al padre de Hero y Enzo, habían estudiado juntos. Estuvieron en Italia porque tenía una sucursal allí, pero ahora han vuelto. — me explicaba super emocionada todo lo que sabía de ellos dos. — se ve que la empresa inmobiliaria que lleva su familia es una de las más poderosas de Europa y ahora quieren expandirse por América. — seguía hablando sin parar como si le hubieran dado cuerda. — Ahora están aquí porque sus padres se han separado y el abuelo falleció hace un par de meses, supongo que tendrán que hacerse cargo de la empresa que fundaron en España. — Arqueó las cejas y arrugó los labios, no podía explicarme más, aunque parecía la típica entrevistadora que te cuenta hasta el último detalle.

—Vaya tela… hasta el grupo sanguíneo te sabes —reí mientras salíamos hacia la salida.

—Te paso a buscar en un rato, así que no tardes en arreglarte —gritó Ari mientras yo ya me metía en el coche rumbo a casa.

3
La fiesta

Pov: Abril

Llegué a casa hecha polvo después del entrenamiento. La entrenadora de baloncesto estaba on fire últimamente… parecía que se había propuesto convertirnos en marines. En cuanto entré por la puerta, quien salió a recibirme fue Doce, mi perro. Corrió hacia mí moviendo la cola como si no me hubiera visto en años, todavía lleno de tierra del jardín donde estaba "enterrando tesoros". Le di un par de achuchones, mi momento de paz del día, y subí rápido a mi habitación: aún tenía unos minutos para repasar apuntes antes de prepararme para la fiesta.

Mi armario parecía literalmente una boutique. Vestidos de diseñadores, ediciones limitadas, colecciones enteras… cada temporada mis estilistas se emocionaban y lo redecoraban entero. Muchos vestidos eran regalos, otros simples caprichos, y demasiados seguían ahí con la etiqueta puesta.

Me quedé desnuda frente al espejo, analizando mi reflejo como si estuviera a punto de desfilar. No tenía ni idea de qué ponerme, pero sí sabía una cosa: tenía que deslumbrar. La gente siempre estaba pendiente de mi outfit, y aunque a veces lo odiara, ser "referencia" era parte del pack de mi apellido.

Finalmente encontré el elegido: un vestido corto de Gucci, beige, con un solo hombro, capas de seda y topos negros con volantes de tul. Dulce, pero provocativo. Ari me esperaba en la puerta con su magnífico conche. Su padre nos llevaría al pub, y Rodrigo, mi chófer, me recogería al final de la noche.

—¡Sabía que te pondrías ese vestido! —exclamó Ari, emocionada como si ella misma lo hubiera diseñado. Lo habíamos comprado juntas en Paseo de Gracia y yo me había decantado por este modelo porque ella estaba más emocionada que yo cuando me lo vio puesto en la tienda.

—Pues sí, ya nos conocemos —reí, contagiada de su entusiasmo.

En el coche, su padre nos escuchaba divertido.

—Ariadna, no llegues tarde —dijo con ese tono de médico preocupado.

—Sí, papá, nos portaremos bien —respondió ella plantándole un beso.

Cuando llegamos, la cola daba la vuelta a la calle. El pub estaba de moda y parecía que todo el mundo había decidido salir esa noche. Lo bueno: nosotras no hacíamos cola poque mi tío conocía a los socios y nos tenían un reservado preparado.

Sergio, el gerente, nos recibió en la puerta.

—Buenas noches, tus amigos ya están dentro. Tu tío dijo que hoy invita él.

—Gracias —respondí intentando hablar por encima del volumen de la música.

Ari bailaba mientras avanzaba hacia el reservado, dándome tirones para que no me perdiera entre la gente. Yo iba detrás, agarrada a su mano, esquivando empujones y mirando hacia el objetivo con ganas de salir del bullicio.

La zona VIP estaba arriba, iluminada por luces LED amarillas que hacían brillar los sofás y mesas como si fueran oro.

—¿Qué ha pasado hoy? —pregunté. —¿Regalan algo?

—Se han enterado de que venías y nadie quiere perdérselo —bromeó Marc, mi persona favorita en el mundo real. Somos amigos desde que tengo uso de razón, es mi alma gemela, el único que me mira y sabe lo que me pasa. El que siempre me ayuda sin pedir nada a cambio. Es la luz entre todas las cosas malas.

—¡Calla petardo! —me reí mientras lo empujaba para sentarme a su lado.

—¿Qué te pido, preciosa?

—Ron cola —le hice un pulgar arriba.

Me quedé sentada en ese sofá esperando a que Marc trajera las bebidas e intenté contactar con Valeria que apareció media hora más tarde, ella no había querido venir con nosotras y tuvo que comerse toda la cola con Paola. Habían estado trabajando en un proyecto de ciencias que las tenía bastante ilusionadas.

— Os hemos llamado mil veces. ¿Dónde estabais? — preguntó Ariadna con los brazos en jarra al ver a Valeria.

— Alguna de nosotras tenemos responsabilidades. —le contestó ella sin inmutarse.

— ¿En serio Ari, que te pasa? — le dijo Mario viendo cómo miraba de un lado a otro.

— Estoy esperando a Hero que me dijo que esta noche vendría. — le contestó ella con el ceño fruncido.

— ¿Hero González? — preguntó — ¿El mismo que está en la barra liándose con aquella? Parece que te han bugueado— le señaló desde el balcón.

Ari se quedó mirando como aquel desgraciado se liaba con una tía y su sonrisa se desvaneció por un momento hasta que Marc llegó por su espalda y la cogió por la cintura haciéndole cosquillas. Él siempre sabía qué hace en cada situación.

Siempre me había parecido que Marc había estado colado por Ari, pero él jamás había manifestado sus sentimientos, quizá veía que Ari aún no estaba preparada para aceptar tener una relación con él, después del trauma que paso con su última relación. Ari siempre buscaba algún lio, nada serio o eso era lo que yo pensaba.

— Ese tío es inútil— intenté animarla.

Empezamos a bailar subidas en los sofás y en unos pequeños pódiums que había en la zona privada, nos entró la risa después de tomar unas copas y nos inventemos viejas coreografías de cuando éramos unas niñas. Tenía una sensación extraña como si alguien no me quitara ojo y me fijé como Hero me observaba desde su reservado.

Estaba sentado con una copa en la mano y a su lado una chica bastante explosiva la misma a la que le estaba metiendo la lengua hasta la campanilla. La chica le estaba acariciando el lóbulo

derecho de su oreja y mantenía una conversación con otra chica de su misma clase, vulgar y chabacana. Hero seguía mirándome. No a la chica. A mí.

Enzo al verme me saludo con la mano y quiso acercarse a mi intentando apartar a la multitud, no sabía que decirle, hacía poco que nos conocíamos, pero habíamos conectado muy rápido.

Nos quedamos hablando un rato sobre nuestras vacaciones y gustos musicales, al irse me acerqué al balcón del reservado y me fijé que en medio de la pista se encontraba casi todo el instituto, parecía que todo el mundo se lo estaba pasando bien, menos Ari que se había rallado al ver a ese energúmeno de Hero con aquella tipeja.

— Bro, ¿vamos a la pista? tengo que ir a la barra — le dijo Mario a Marc. —Voy a saludar a unos colegas, que traen "material del bueno". — abrió su cartera y rebuscó entre los billetes.

— Yo paso de meterme esa mierda— dijo Marc bebiendo su cubata. — ¿Tío que necesidad tienes, no te lo estas pasando bien? — le preguntó molesto.

— ¡Voy contigo, que estoy en prime! — dijo rápidamente Ari, que se cogió al brazo de Mario para bajar las escaleras del primer piso.

— ¡No hagas gilipolleces! — grité tirando de ella para que no bajara las escaleras.

— Esta tía parece tonta— dijo Valeria cabreada — Vamos por ella, Bri. — me levantó del sofá agarrando mi mano y bajemos hacia la pista buscando la barra dónde se encontraba Ari y Mario con un pagafantas de mucho cuidado.

Valeria estaba furiosa parecía la madre de todas, la más centrada y sensata, siempre cautelosa en sus actos, no había día que no me sorprendiera. Agarró del brazo a Ari y la empujó hacia atrás tirándole la copa que justo llevaba en su mano.

— ¿Qué haces? Me acabas de ensuciar mi Armani— dijo Ari asustada, no se esperaba el ataque repentino de Valeria.

— Que haces tú, sabes que nosotras no nos metemos mierdas en el cuerpo y no voy a consentir que tú si lo hagas. — Le dijo gritando directamente a su oído.

— Me meteré lo que yo quiera, que para eso soy grandecita. — contestó alzando las manos, aunque daba menos miedo que el perro de scottex.

— Ya te digo que si empiezas así me largo. — Le contesté yo furiosa, no era la clase de comportamiento que ella solía tener.

Ari cogió y siguió a Valeria, sabía que si esa noche hacía algo imprudente perdería a sus mejores amigas y Valeria no era la típica persona que olvidaba rápido lo sucedido, tenía demasiada memoria y un cajón demasiado grande para guardar el rencor. Yo decidí quedarme allí, cogería algo para beber y me acercaría a uno de los baños, porque me estaba meando a chorros.

— Chicas me pillo una bebida y subo— le dije apoyada en la barra repleta.

Ellas dos subieron por las escaleras hablando como un matrimonio a punto de romper y yo me quedé esperando a que aquel guapo camarero me sirviera mi bebida.

Miré mi smartphone y recibí un emoticono de un gorila con platillo que Marc me había enviado y me hizo sonreír, levanté la cabeza y lo vi apoyado en el balcón arrugando la nariz con simpatía, él al ver aparecer a Ariadna se dirigió a su encuentro, ella era su debilidad.

Me esperé más de lo necesario para recibir la bebida y por un momento sentí como un empujón que ya conocía demasiado bien, percatándome de nuevo de quien era el susodicho. Volvía a ser él. Hero.

— Tú, otra vez— dije con desgana.

— Sí, yo otra vez— me contestó levantando una ceja.

Este chico me provocaba continuamente, no entendía su estado mental, quizá necesitaba un psiquiatra que le mandara un buen tratamiento, me tenía harta con su comportamiento estúpido.

— Ya te vale, le dijiste a Ari que irías con ella a la fiesta. — me acerqué para reprocharle— no has tardado nada en enrollarte con otra.

Se acercó lentamente a mi cuello y me susurró en el oído, apartando mi cabello ondulado hacia mí nunca. — No recuerdo

haberle dicho a tu amiga que iría con ella, solo dije que vendría. — suspiró lento y pausado erizando mi piel.

— ¡Eres un Idiota! — le grité enfadada.

— Últimamente, solo sabes decir la misma palabra. —se mofó en mi cara.

Me di la vuelta, frustrada. Ese chico me alteraba como nadie. Era como una tormenta andante, siempre dispuesta a arrasar con mi calma, sabia como sacarme de mis casillas.

Estaba sedienta, me había esperado casi diez minutos en recibir la bebida y casi de inmediato me la tragué. Quería subir al reservado, pero la pista y los alrededores estaban repletos de gente amontonada, tenía que ir al baño y veía más factible acercarme al baño que quedaba tras la pista que subir con mis amigas. Pasé por un pasillo estrecho y largo repleto de espejos, mientras caminaba noté como si mis pies pudieran flotar y se deslizaran como globos hacia el techo, mis tacones parecían fáciles de llevar y los espejos del pasillo reflejaban caras extrañas. Me sentía como Alicia en el país de las maravillas, todo me daba vueltas y únicamente recordaba que me había tomado un ron con cola y un Martini durante toda la noche.

Entré en el baño como pude, había chicas retocando su maquillaje y otras metiéndose droga por la nariz sin miedo a ser vistas.

Sin mirar directamente a nadie me encerré en el váter, busqué por el minúsculo cubículo si había papel para reforzar la taza y así meterme los dedos para provocarme el vómito, tenía claro que alguien me había drogado pero mi cabeza aún estaba en plenas facultades para saber lo que estaba pasando. Y nada, seguía igual.

Busqué entre mis cosas queriendo coger el teléfono móvil, llamé a Valeria, pero no respondía, parecía misión imposible, me lavé la cara con abundante agua, pero mi cuerpo estaba a punto de caer en una extraña sumisión.

Salí por el pasillo y todos parecían mirarme, esas caras eran monstruosas, todo daba vueltas como en una enorme espiral, apenas me sostenía en pie y por mi espalda empecé a notar como si alguien suavemente me rozará con las yemas de sus dedos.

— ¿Te diviertes preciosa? — me preguntó un chico mientras me empujaba hacia otro que estaba tras de mí.

— Acompáñanos esta noche, nos divertiremos un rato los cuatro. — dijo uno de ellos en voz alta, sosteniendo mi cuerpo por la cintura.

— No, no. Dejarme en paz— balbuceé cómo pude, era incapaz de articular palabra, tenía miedo y no sabía cómo escapar de allí.

Noté cómo tiraban de mí hacia la salida, todo estaba lleno de gente, el ruido era apabullante y de mi rostro corrían lágrimas que yo misma no podía controlar, intenté detenerme, pero no era dueña de mi cuerpo ni de mis actos, pensé en lo que podía pasar y sentía terror estaba asustada.

Hacía frío y los dedos de esos hombres se marcaban en mis caderas, mi vestido parecía estar cayendo por mi espalda, mis pies se tambaleaban y sin apenas fuerzas seguía su camino. Por un momento note un dolor espantoso, mis rodillas cayeron al suelo y mi cuerpo se desplazó hacía una esquina de la calle. Comencé a temblar al sentir gritos extraños, había comenzado una pelea y los gritos e insultos retumbaban en mi cabeza, me forcé en abrir los ojos para ver qué ocurría, pero era incapaz, mis parpados pesaban demasiado y apenas podía sentir más dolor.

— La policía está en camino, tranquila — dijo una voz que me resultaba conocida.

— Malditos hijos de puta— sentí a lo lejos. —Perros cobardes — seguía gritando.

— Cógela y llévala a su casa— vi como mi cuerpo se elevaba del suelo.

Me froté los ojos viendo claramente el rostro de Hero, sus preciosos ojos eran inconfundibles, aunque en ese momento estaban llenos de rabia, me miró y limpió las lágrimas que corrían por mi piel.

— ¿Te han hecho algo? — me preguntó desesperado. — ¿estás bien? — volvió a preguntarme con la voz rota.

Me cargó entré su pecho y se acercó a alguien más para hablarle.

— Enzo, avisa a sus amigas que la he llevado a casa— dijo la voz que me cargaba entre sus brazos.

— Tranquilo, yo me ocupo. — acabé por sentir desplomándome por completo.

4
Sola

Pov: Abril

Desperté tras un sueño tan profundo que por un segundo pensé que no estaba en mi cuerpo. Sentía la cabeza a punto de estallar, martilleos sordos y repetitivos justo en el centro de la frente, como si alguien estuviera probando un mazo medieval conmigo. Me costaba abrir los ojos; los párpados estaban tan pegados que tuve la sensación de que, si tiraba fuerte, me quedaría sin pestañas.

—Abril, tómate esto. Te sentará bien —la voz de mi tío llegó desde algún punto borroso de la habitación, como si yo todavía estuviera bajo el agua. Me acercó un vaso de agua y un ibuprofeno con ese gesto suave que siempre usaba cuando se preocupaba de verdad.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aunque la pregunta sonó hueca, como si saliera de otra persona. Mi cerebro buscaba imágenes, sonidos, algo… pero solo encontraba sombras deformadas.

—Cuando estés mejor, tu abuelo y yo necesitaremos hablar contigo —dijo, apoyando su mano en la mía. Sus dedos estaban tibios y temblaban ligeramente. Su expresión… no era la suya. Ese brillo divertido, bromista, casi descarado que él siempre llevaba en la mirada había desaparecido. Era como si de repente hubiese envejecido diez años en una noche.

Me tragué la pastilla con dificultad y me volví a hundir entre las mantas, como si pudiera esconderme del mundo un poco más. El techo se movía lentamente gracias al reflejo de las luces LED. Me quedé mirando ese baile suave de tonalidades, intentando que mi mente se organizara, pero cada intento era como remover barro con las manos.

Forzar mis recuerdos era como empujar una puerta que alguien había cerrado desde dentro. Cuanto más lo intentaba, más dolía. Más me mareaba.

Extendí la mano hacia la mesita, toqué mi móvil sin mirar y lo arrastré hacia mí. La pantalla explotó en notificaciones. Cientos de mensajes. Cientos. Mis dedos temblaban mientras pasaba por ellos. Nombres, palabras, iconos, alertas, llamadas perdidas. Era como ver una película de terror desde dentro de la pantalla.

Y entonces, con cada mensaje que abría, algo dentro de mí se encendía. Flashes. Voces. Empujones. Música distorsionada. La discoteca. El baño. El pasillo estrecho lleno de luces rojas. Un mareo. Alguien detrás de mí. Una mano que no reconocía. Un brazo que me sujetó. Un olor fuerte. Un susurro que no entendí. Y luego… nada. Oscuridad.

Me levanté lentamente la camiseta. Al ver las marcas rojas en mi cintura, sentí que me atravesaba un escalofrío tan frío que me dejó sin respiración. Las yemas de mis dedos rozaron esas líneas rojizas como si tocaran la prueba de un crimen que todavía no iba a aceptar. Las palabras de esos tipos me golpearon la memoria como una bofetada.

Me senté en el borde de la cama. Puse los pies en el suelo. Necesitaba sentir algo real. El frío de las baldosas me subió por las piernas y me dio un poco de estabilidad. Miré mis rodillas: magulladas, raspadas. Recordé la caída. Cómo Hero me había agarrado antes de que diera de lleno contra el suelo. Sentí rabia, tanta rabia que tuve que cerrar los ojos unos segundos.

¿Cómo podía odiar tanto a unas personas cuyo rostro ni siquiera conseguía recordar? Era aterrador. Era humillante. Era como luchar contra fantasmas.

Aún llevaba el pijama cuando bajé al salón. Mis pasos hicieron eco por el pasillo silencioso. Allí estaban mi abuelo y Abraham discutiendo. No gritaban, pero sus voces eran tan afiladas que cualquiera podía cortarse con ellas. No entendía lo que decían, solo distinguía la tensión que llenaba el aire. Esa tensión que siempre anunciaba problemas.

Se callaron en cuanto me vieron. Me quedé quieta, sin saber muy bien si acercarme o dar media vuelta.

—Buenos días, abuelo —murmuré, sin atreverme a levantar la mirada. Me sentía pequeña y vulnerable. Culpable, aunque no lo fuera, rota por dentro, como si estuviera sucia.

—Ven aquí —dijo él, levantando el brazo para que me sentara en su regazo. Y así lo hice, había una mezcla de vergüenza y alivio en ese gesto. Me rodeó con su brazo, fuerte como siempre—. Anoche estábamos muy preocupados. El doctor vino a verte. Dijo que estás bien. Nos tranquilizó bastante —pero la tensión en su mandíbula decía que no estaba ni cerca de estar tranquilo.

—Abuelo… yo solo quería ir al baño. Pero alguien echó algo en mi bebida —la voz se me quebró. Y no pude evitarlo, lloré sin control.

—No tienes la culpa de nada, Abril. No debes sentirte así —me apretó fuerte contra él—. Y por suerte, los culpables han dormido en el calabozo —añadió con una dureza que me sorprendió.

—¿En serio? —sentí que podía respirar un poco mejor, aunque fuera solo por segundos.

—Sí, y no será lo último que haga con ellos —confirmó, más seco que nunca.

—Abril, tuviste suerte —intervino Abraham con un tono agrio —. El hijo mayor de los González te trajo aquí. Él evitó la agresión.

—Abraham —advirtió mi abuelo, poniéndose de pie.

—¡Tiene que saberlo! —Abraham me señaló, exasperado.

—¿Qué tengo que saber? —pregunté agotada. Me temblaban las piernas y me aferré al brazo del sofá.

Mi tío vino rápido, me sostuvo del hombro y me ayudó a sentarme.

—Nada. Cuando tu abuelo esté preparado, te lo explicará —besó mi frente y salió sin ruido, como quien huye antes de seguir hablando de más.

Mi abuelo también se retiró con ese silencio característico suyo, dejando solo una orden en el aire:

—¡Sofía, atienda a mi nieta!

Sofía subió conmigo. Me colocó bien la almohada con esa delicadeza profesional que solo ella tenía. Entonces pulsó el botón de las persianas y la habitación se llenó de luz en un segundo. Me molesto esa claridad repentina, todo brillaba demasiado para lo que sentía.

A través de la ventana vi la rutina de la casa funcionar como si nada hubiera pasado. El jardinero recortando los arbustos, Rodrigo limpiando el coche. La vida seguía, aunque yo no.

—Señorita, si necesita algo, estaré aquí cerca —me dijo Sofía antes de cerrar la puerta.

El móvil vibró, era Ari, otra llamada, otra, otra. No la cogí, no me apetecía hablar con nadie. Apagué el teléfono por completo. No quería dar explicaciones. Me sentía rodeada de gente… pero sola, en un modo que nunca había experimentado.

Ese fin de semana no salí del estudio de pintura. Tenía la ventana entreabierta, el olor a acuarelas impregnando la habitación. No hablaba, no tenía hambre, porque mi estomago estaba cerrado. Me limitaba a trazar líneas en un diseño que llevaba semanas sin terminar. La concentración era mi sedante. Pero a cada trazo, algo dentro de mí dolía un poco más.

—¿Puedo pasar? —la voz de Valeria me hizo girar. Estaba apoyada en el marco, con su mirada tranquila de siempre, pero los ojos húmedos.

La miré y me lancé a ella, Valeria me abrazó fuerte, tan fuerte que sentí que quizá no me rompería del todo. Me cogió la cara, limpiando mis lágrimas con el pulgar.

—Te he estado llamando —susurró—. No podía quedarme en casa sin saber nada de ti.

—No quería leer nada… ni responder —respiré hondo con los ojos llenos de lágrimas—. Mañana seré la comidilla del insti.

—¿Y te importa? —se encogió de hombros—. Todos quieren ser tú. Aunque lo estés pasando mal… siempre querrán ser tú.

—Tienes razón —rodé los ojos, aunque me temblaban los labios—. No tienen idea de lo que es estar en mi piel.

—Pues mañana levanta la cabeza. Que parezca que nada ha pasado. Nadie preguntará si tú no permites preguntas —me acarició el pelo, con sus manos suaves, siendo tan protectora.

Hablamos un buen rato y me contó que Enzo había avisado a todos, pero que apenas explicó nada porque debía testificar. Agradecí saberlo, aunque me dolió escuchar la versión de Enzo: Sentí cosas… que no quería analizar todavía.

El lunes, Rodrigo me llevó al instituto. Mi abuelo y mi tío ya estaban en Francia, cerrando un negocio millonario. Parecía que mi vida seguía su curso normal… aunque yo no era la misma.

Ari y Marc estaban sentados en los bancos laterales, con esa expresión de "estamos preocupados, pero no queremos agobiarte". Me acerqué despacio.

—¿Cómo estás? —preguntó Ari, con la voz pequeña.

—Bien. No pasa nada —dije con una sonrisa torcida, justo cuando todo el campus clavaba la vista en mí.

—Bri… —intervino Marc, mirando a todos como si quisiera alejarlos—. No tienes que fingir, sabes que puedes contar conmigo para todo. — Quiso remarcar.

—Llego tarde. Luego hablamos —le di un beso rápido en la mejilla. Tuve que ponerme de puntillas, porque Marc era demasiado alto para mis dramas.

El pasillo se me hizo eterno, caminé despacio. Miradas que intentaban disimular, murmullos que no podían ocultarse. Tal y como dijo Valeria, fingí normalidad. Saludé, sonreí, comenté tonterías y resultó sorprendente lo rápido que todos retomaron su vida cuando vieron que yo no me derrumbaba en directo.

Por dentro, claro, estaba hecha polvo.

Me senté en mi sitio, intentando mantener el control. Abrí algunos mensajes sin realmente leerlos y, justo cuando guardaba el móvil, Hero apareció.

Ese no, ese era el único que no estaba preparada para ver aún.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó arrastrando su mochila hasta la mesa de al lado y sentándose.

Me quedé mirando la pantalla del ordenador.

—Bien, gracias —susurré. Tenía las manos heladas y temblorosas.

Él se inclinó un poco, como intentando comprobar si le decía la verdad. Levanté la mirada un segundo y nuestras miradas se cruzaron. Fue suficiente para desestabilizarme, se notaba que estaba preocupado. Mucho más de lo que debía. Su mano rozó mi hombro y ahí estaba otra vez ese maldito calor que me dejaba sin saber qué hacer.

Abrió su portátil y fingió concentrarse. De verdad que lo agradecí, pero no podía hablar del tema allí, no quería que otros escucharan. Y sabía que, tarde o temprano, tendría que darle las gracias. Aunque esa idea ahora me revolviera el estómago.

No entendía por qué estar a su lado me incomodaba tanto, no entendía porque me ponía tan nerviosa cuando lo tenía cerca, era una especie de tontería que me salía de la cara sin poder evitarlo. Me había rodeado toda la vida de chicos atractivos y nunca me habían intimidado. Pero él… él era otra cosa.

Cuando terminaron las clases, esquivé a todos como si estuviera en una misión secreta. No quería hablar. No quería pensar. Solo quería encerrar mi cuerpo en mi habitación.

Salí del campus casi corriendo. Abrí la puerta del coche sin mirar atrás y me senté con un suspiro que me salió del alma.

—¿Cómo le fue el día, señorita Abril? —preguntó Rodrigo desde el retrovisor, con su tono cálido de siempre.

—Bien —respondí rápido—. Solo quiero llegar a casa.

Él sonrió. Su sonrisa era un lugar seguro en sí misma. Llevaba tantos años con nosotros que era prácticamente familia. Sabía más de mí que muchas personas que se hacían llamar mis amigos.

Mientras arrancaba, miré por la ventanilla y vi a Ari y Valeria observando el coche alejarse. Había preocupación en sus ojos. Había

cariño. Había miedo, quizá, sentí algo leve, algo parecido a no estar del todo sola.

5
Miedo

Pov: Abril

Hay veces en que queremos creer que todo ocurre por alguna razón, como si el universo tuviera un cronograma secreto donde cada desastre tiene un lugar asignado. Yo no lo sé. A veces pienso que las cosas pasan porque sí, sin poesía, sin moraleja, sin lección final. Lo único cierto es que habían pasado ya algunas semanas desde el incidente en la discoteca, ese que algunos aún narraban como si yo hubiera sobrevivido a una guerra o protagonizado la final emocional de la Super bowl.

Supuestamente, todo había vuelto a la normalidad.

Yo seguía siendo "esa chica": la cool, la nieta de la familia Castro (aunque llevase el apellido Rivera, de mi padre), la que siempre sale bien en las fotos, la que parece perfecta desde lejos. El problema es que, si se fijaban en mis ojos de cerca, podían ver grietas donde antes solo había brillo. Pero nadie mira tan de cerca cuando la fachada es bonita. La apariencia en mi instituto era ley sagrada, y yo era experta en utilizarla como escudo… incluso cuando me quedaba grande por dentro.

La verdad es que yo no me sentía identificada con esa gente que adoraba lo material como si fuera religión. Para muchos de ellos, la vida consistía en ropa de marca, coches de lujo y conversaciones superficiales diseñadas para no pensar demasiado. Sonrisas

Instagram, emociones versión demo. Perfectamente programados para no sentir demasiado, porque a veces sentir demasiado te hace débil. Todo tan bonito, tan fácil, tan falso.

Yo soñaba con otra cosa, quizá porque ya tenía todo en mis manos, no me faltaba nada, lo que pedía lo tenía. Pero soñaba con otra vida. Con otra versión de mí misma que aún no sabía cómo liberar.

Entre clase y clase, mientras fingía tomar apuntes, mi mente volaba lejos. Me imaginaba trabajando como diseñadora para una gran firma, creando vestidos que harían temblar el Met Gala. Me imaginaba viajando en turista por el mundo —sí, turista, porque la vida real empieza cuando tus rodillas sufren y tu dignidad se negocia entre el asiento y la bandeja del avión— con una mochila al hombro y una cámara en mano. Mercados callejeros de Japón, hostales ruidosos de Berlín, cafés parisinos donde nadie supiera quién soy ni cuánto dinero tiene mi familia.

Un mundo donde mi apellido no pesara como una condena.

Un mundo donde yo pudiera ser yo… sin permiso.

Estaba tan dentro de mi propio universo que, cuando volví al aula, sentí que regresaba desde Saturno. El profesor llevaba rato hablando, pero sus palabras flotaban como humo sin forma.

—Abril Rivera —dijo acercándose, apoyando medio cuerpo sobre mi mesa con teatralidad de programa nocturno—, ¿puede repetir la última frase que he dicho?

Mis pestañas se alzaron con calma.

Mi cerebro, que estaba de vacaciones mentales en alguna playa imaginaria, volvió en sprint olímpico, tomó asiento y respondió con una tranquilidad casi insultante:

—No podéis otorgar la fuerza al débil debilitando al fuerte. No podéis ayudar al pobre arruinando al rico.

El profesor alzó una ceja. Había querido pillarme, pero yo tenía la molesta habilidad de soñar despierta sin perder el hilo del mundo real.

—Correcto —respondió él, aunque no del todo satisfecho, sus ojos buscaban más respuestas.

—¿Y quién dijo esa frase? —añadió, dirigiéndose al resto de la clase.

Y entonces, como si el universo tuviera sentido del humor… habló él.

—Abraham Lincoln —contestó Hero. Su voz era firme, segura, esa clase de voz que parece que siempre tiene razón, incluso cuando no la tiene.

Me giré ligeramente. Hero estaba apoyado en su silla, el bolígrafo tocando su labio inferior. Una pose peligrosa, te diría que chulesca. Una pose diseñada para que una parte irracional de tu cerebro se pregunte: "¿Y este por qué existe así?"

Nuestra mirada se cruzó durante un segundo, y yo aparté la vista inmediatamente. No podía sostenerla, esa mirada tenía una intensidad tan absurda que parecía capaz de leer pensamientos y arrancarte secretos que ni tú sabías que tenías.

¿Qué demonios tenía este chico que me desestabilizaba tanto?

Yo siempre había sido fuerte, segura, inmune. Pero ante él… no. Ante él, algo dentro de mí se desordenaba.

Llevaba semanas ignorándolo, semanas evitando cruzar palabra. No había sido capaz de darle las gracias por lo que había hecho aquella noche en la discoteca. Entre vergüenza, miedo, orgullo y la presencia constante de su séquito social —incluida una novia que parecía salir de un anuncio de perfume barato—, yo había desistido.

O quizá solo me aterraba sentir algo que no quería sentir.

Cuando la clase terminó, mis compañeras salieron rápido, dejando el aula casi vacía. Solo quedábamos Hero y yo.

Porque el destino, además de trágico, es bromista y conmigo se estaba pasando, porque quizá en otra vida había sido Charles Chaplin.

Me agaché para recoger mis cosas cuando escuché sus pasos. Había comenzado a distinguir su presencia hasta con los ojos cerrados, los reconocería incluso en un terremoto.

Se plantó frente a mí.

—¿Cuándo tienes pensado hablar conmigo? —preguntó molesto, cruzándose de brazos.

Respiré hondo, como si me faltara el aire, parecía que había olvidado como hacerlo.

Mi especialidad: ironía cuando estoy nerviosa.

—Pensaba hacerlo cuando dejaras de rodar un anuncio de perfume masculino en cada movimiento que haces —respondí, con la misma calma con la que uno tira una bomba.

Él no sonrió, ni se inmutó, señaló su mesa y luego la mía.

—Con un "gracias" hubiera sido suficiente.

Ahí estaba el tema, la herida abierta otra vez. La deuda emocional que me quemaba desde hacía semanas.

Inhalé profundo, como quien se prepara para sacarse una espina incrustada.

—Gracias —le dije finalmente, clara, directa, manteniéndole la mirada más de lo que mi corazón toleraba, porque mirar esos ojos era caer en algo que ni yo misma entendía.

Intenté pasar, pero él soltó una frase que me cortó el paso y un poco el alma:

—Me habían dicho que eras una estúpida pija. Quise apostar que no —alzó la ceja con esa puta actitud suya—. Pero veo que perdí.

Tardé 0,3 segundos en procesar la puñalada.

Y aun así sonreí, esa sonrisa que uso cuando estoy a punto de romperme y decido no darle a nadie el gusto, aunque me queme por dentro, aunque tragar saliva sea un esfuerzo monumental por aguantar las lágrimas.

—No sabes nada de mí —respondí tranquila—. Así que apuesta lo que te de la real gana. Y sí, pijos somos los dos, no te olvides tu tampoco de mirarte al espejo.

Su mirada se volvió más fría. Más intensa y peligrosa.

Dio un paso hacia mí, y aunque no llegó a tocarme, su cercanía me quemó, todo mi ser. Sentí que necesitaba tenerlo cerca, aunque no lo aceptara quería que se acercara.

—No quiero saber nada de gente como tú, superficial, que le sobra todo lo que tiene —susurró cerca de mi oreja, cada palabra

afilada—. Yo me codeo con mujeres, no con niñas de papá.

El corazón me retumbó en las costillas, la sangre me subió tan rápido que sentí marearme.

—Eres un cerdo —respondí, abriendo la puerta y saliendo antes de que mi voz temblara.

Lo dejé atrás, aunque en realidad no se quedó atrás: se quedó en mi pecho, irritándome como una espina invisible, con el eco de sus palabras y el corazón acelerado con taquicardias.

Ari y Valeria estaban en uno de los bancos del campus. En cuanto me vieron supieron que algo iba mal.

—Estás blanca —dijo Valeria, tocándome la mejilla.

—¿Qué te ha pasado, niña? —preguntó Ari.

—Hero —dije simplemente. Su nombre sabía a electricidad en mi boca—. Que me reclama que no le di las gracias. Que tiene razón, pero… es tan…

—Tan guapo —me interrumpió Ari.

Yo rodé los ojos, y encima sin quererlo me salió una mini sonrisa al escuchar su respuesta y el universo volvía a estar ahí otra vez, recordando que ese ser, se estaba metiendo en partes de mi cabeza que no debía.

Hicimos planes para esa noche. Ari buscó fiestas, pero yo dije que no. Partido al día siguiente, trauma reciente, cero ganas de bailar rodeada de desconocidos.

Valeria propuso ir al bar del club. Pequeño, tranquilo, super perfecto para sobrevivir sin tensiones ni distancias.

Cuando salí del instituto, vi a Enzo hablando con unos amigos. Al notar mi presencia, dejó lo estaba haciendo y vino hacia mí casi corriendo, estaba deseando cruzarse conmigo.

—Abril, llevo días buscándote —dijo, preocupado—. No quería molestarte… no sabía cómo te sentirías.

Él era la luz amable del dúo González. Siempre atento, siempre equilibrado, siempre educado. Una energía completamente opuesta a Hero. Y quizá por eso mismo tan necesaria.

—Gracias por lo que hicisteis esa noche —le dije con la voz temblorosa—. No sé qué hubiera pasado sin vosotros.

Él se acercó, con esa suavidad que desarma a cualquiera, Enzo no era uno más, se veía especial y su aura me gustaba, era como si hablar con él me diese paz.

—No tienes por qué agradecérmelo. Lo importante es que estás bien. —Y entonces lo abracé, me lancé sobre él como quien necesita un salvavidas emocional.

Me puse a llorar, no quería hacerlo, pero no pude evitarlo. Él me sostuvo sin soltarme ni un segundo. Pero sentí otra cosa a mi alrededor, una mirada. Como una carga eléctrica desde la distancia. Esa sensación que llevaba días notando, desde que había comenzado el segundo año de bachillerato.

Hero estaba observándonos.

No pestañeaba, no sonreía. No parecía muy feliz de ver a su hermano abrazándome así, después de lo que habíamos vivido en clase tampoco querría que me acercara a su hermano. Aquella mirada estaba cargada de odio o de algo que yo no lograba saber que era.

Me separé de Enzo con torpeza. Él secó mis lágrimas con un gesto tan tierno que por un instante me dolió el pecho.

—Somos amigos —me dijo—. Puedes contar conmigo.

—Lo mismo digo —logré sonreír haciendo una mueca.

Me despedí y subí al coche donde me esperaba Rodrigo. Dibujé círculos en la ventanilla empañada. Me relajaba, me dejaba existir sin pensar demasiado.

Al llegar a casa, mi abuelo me esperaba sentado en su butaca, como cuando algo serio va a ser dicho. Ese lugar siempre marcaba el inicio de conversaciones que cambiaban cosas.

—Abril, siéntate —dijo con esa voz grave que no admite resistencia.

Mi estómago recordó el día en que me dijo que mi madre había muerto, ese día que estaba grabado en mi retina.

Tragué saliva, sintiendo sequedad en mi garganta.

—Cariño —empezó—. Tu tío y yo hemos decidido que tendrás que llevar escolta.

Mi cerebro tardó unos segundos en procesar lo que estaba escuchando.

Luego otros dos en enfadarse.

—¿Qué? —dije—. ¿Como si fuera una niña que necesita niñera?

—Como si fueras una persona que debe estar protegida —corrigió—. Rodrigo será tu guardaespaldas hasta nuevo aviso.

Sentí que una parte de mí se incendiaba.

¿Protegida o controlada?

¿Cuidada o vigilada?

—No lo necesito —repliqué—. Siempre he sabido defenderme sola.

—Tema cerrado. Nuestra familia es una de las más importantes del país. Sabes que debes estar vigilada. Lo que pasó no debe volver a ocurrir. —respondió él, sin levantar la voz. Y cuando mi abuelo cerraba un tema, era como un juez dando martillazo.

Suspiré resignada, sabía que no podía hacer nada, eso era sentencia. Me crucé de brazos y guardé mi orgullo en un bolsillo del que luego no sabría sacarlo.

—Esta noche he quedado en el club. Allí no será necesario que me vigilen. Estoy prácticamente en casa —ironía incluida.

Él no respondió.

Quizá porque sabía que, si discutíamos, solo tendría que recordarme que podía enviarme con mi padre a Londres… y yo perdería.

—El domingo hay un cóctel benéfico en uno de los palacios de Barcelona. Vendrás —añadió mientras ajustaba su americana y salía del salón.

Me quedé sola, con mis pensamientos danzando a toda velocidad, el silencio pesaba más que su sentencia. Y me abracé, necesitaba llorar, estaba harta de fingir esa dureza. Las lágrimas resbalaron sin resistencia, con permiso.

Mi madre hubiera sabido qué decir. Qué hacer, cómo sujetarme el alma sin tener que preguntar nada. Te juro que la echaba tanto de menos que dolía respirar.

La vida era cruel así: los buenos se iban, los malos se quedaban, y yo…Yo seguía aquí, aprendiendo a sobrevivir entre

ambos.

6
Cena

Pov: Abril

No quería llegar tarde a la cena, aunque seamos sinceras: si existiera una liga profesional de gente que llega tarde, yo ya tendría dorsal oficial y foto en el álbum. Aun así, por alguna alineación astrológica que todavía no comprendo, me arreglé con tiempo.

Cepillé mi cabello castaño con la fe de una mártir, pero amaneció rebelde, encrespado, como si hubiera tenido una noche propia sin invitarme. Saqué mi moldeador Dyson —mi varita mágica contra crisis capilares y emocionales— y me hice unos bucles perfectos, sedosos, dignos de Pinterest Premium.

Corrector en ojeras. Adiós mirada de panda desvelado por pesadillas. Llevaba varias noches despertando con el corazón acelerado y un agobio que no sabía colocar en palabras. Me miré en el espejo. Parpadeé. Bien. Parecía humana. Versión beta, pero humana.

Después vino el apocalipsis textil.

Abrí el armario y desaté una guerra civil entre vestidos. Centenares de ellos sobre la cama, todos demasiado formales, demasiado elegantes, demasiado no para hoy. Yo sólo quería cenar con amigos, no presentarme en una gala de embajadores de lujo. Tras un debate interno y varios colapsos creativos, elegí un Versace

rosa de dos piezas, coqueto y con carácter, y un cárdigan negro que metí en el bolso por si la noche decidía vengarse con frío.

El club estaba a siete minutos exactos de casa. No seis, no ocho. Siete. Yo he cronometrado ese camino en todas las condiciones meteorológicas y emocionales posibles. Mi abuelo me permitió ir andando porque dentro de la urbanización estoy más vigilada que un diamante en subasta.

Antes de salir, pasé por el comedor. Abraham —mi tío, mi persona favorita y la única persona adulta que tiene corazón además de cerebro— se terminaba el postre. Me acerqué por detrás, le apreté la cintura con cariño y lo besé en la mejilla. Él vivía entre viajes y reuniones, sin pareja formal conocida, cosa que a mi abuelo le daba urticaria emocional.

Luego fui a la cocina y abracé a María, que llevaba tantos años en la casa que forma parte de mi historia personal. Ella siempre me daba esa calidez que a veces ni la sangre familiar consigue trasmitir.

Salí por la puerta acristalada hacia el jardín para ahorrar tiempo. **Spoiler**: mal movimiento. Los aspersores habían estado encendidos y el césped estaba empapado. Mis stiletto Vuitton se hundieron en la tierra como si quisieran renunciar a la vida. Los miré, derrotada. Pero no me quedaba de otra y seguí caminando. La dignidad podía esperar; llegar tarde no.

El club se alzaba en la colina, con vistas al mar que parecían sacadas de un catálogo de vacaciones. Lo construyeron ahí por una razón: que la gente rica pudiera sentirse más rica mirando el horizonte mientras cenaba.

El recepcionista me reconoció al instante, llevaba prácticamente toda mi vida trabajando en ese puesto.

—Buenas noches, Abril. Tus amigos ya están arriba.

—Gracias —respondí con la sonrisa elegante que uso para disimular mi caos interno.

Subí al restaurante. Mis amigos ocupaban una mesa redonda frente a la cristalera, el sitio perfecto para ser observados y para observar a los demás. En cuanto me vieron, levantaron los brazos

formando una ola humana. Aplausos. Risas. Y yo roja como un tomate glamuroso.

—Qué recibimiento —dije intentando no morirme de vergüenza.

—Como siempre, tarde —remarcó Mario, nuestro iceberg humano.

—Cinco minutos tarde —repliqué.

—Quince —corrección automática de Valeria, la agenda humana.

Me senté entre Marc y Ari, mis guardaespaldas emocionales. Había cierta competición por ver quién se sentaba a mi lado, pero yo los quería a los dos por igual. A su manera imperfecta, me cuidaban.

La cena fue deliciosa. Chef con estrella Michelin, platos devorados como si hubiéramos escapado de una isla desierta. Risas, anécdotas de Lucas, comentarios absurdos de Paola. Todo bonito, todo tranquilo…

Hasta que Marc saludó a alguien enérgicamente, levantando medio cuerpo de la silla, como si hubiese visto a un jugador de futbol de primera división.

Miré hacia donde señalaba, y os juro que pensé que no podía ser cierto.

La familia González.

Enzo se levantó al vernos, movió la silla con rapidez y caminó hacia nosotros con esa sonrisa suya que podría iluminar una ciudad pequeña. Yo me levanté automáticamente para abrazarlo. Él tenía esa energía cálida que te acomoda los nervios sin esfuerzo, me hacía sentir cómoda a su lado.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó sorprendido.

—Cena, y luego pub —respondió Mario con su tono de "odio a todos, pero me esfuerzo".

—Si quieres venir —lo invitó Marc con entusiasmo sincero.

—Estoy cenando con mi familia. Está mi abuela, mi padre… y Hero —añadió Enzo, encogiéndose de hombros.

Y ahí estuvo, el nombre prohibido. Ese que me hacía cosas raras en el pecho, mejor dicho, por todo mi cuerpo.

—Dile a Hero que se venga —insistió Marc, dándole un golpecito en la espalda.

Enzo y Marc se habían hecho amigos rápido. Encajaban bien. Yo, sin embargo, me quedé congelada cuando Enzo me preguntó:

—¿Quieres que vayamos?

Mi cerebro se apagó tres segundos. Yo no era jueza del destino González. Enzo me encantaba como persona humana, como amigo chupi guai. Hero… era un terremoto emocional que yo no entendía.

Ari olió el drama y susurró:

—¿Qué me he perdido? Esto huele demasiado bien.

—Claro —respondí yo, por inercia.

Miré hacia su mesa. Hero estaba sentado con un pantalón negro, camiseta gris y expresión de castigo. Sus ojos eran tormenta contenida, porque parecía discutir con su padre. Y justo en ese instante, nuestras miradas se encontraron.

Caos.

Mariposas psicópatas, nervios que no reconocía como míos.

No, no, no. Yo no podía empezar a sentir nada por él, más bien debía ser un error del sistema operativo emocional, porque no aceptaba enamorarme de alguien así.

Después de cenar, bajamos al bar-terraza a esperarlo. Hacía frío y me puse el cárdigan azul. Ari estaba eufórica comparando mi vida sentimental con una serie de Amazon. Valeria asentía como quien sabe más de lo que dice.

—Eres la crush de Enzo González —susurró Ari.

—Qué dices —negué yo, negándome incluso a mí misma.

—Enzo te mira con ojitos —agregó, empujándome divertida.

Temblé de frío y entré al bar. Quería calor y silencio. Me puse cerca de una columna, revisando memes, cuando de pronto levanté la vista…

La familia González en pleno.

Nivel: escena de tensión dramática de final de temporada.

—¡Abril! —llamó Enzo, emocionado.

—Hola —respondí, intentando no mirar a Hero. Pero últimamente fracasaba estrepitosamente en todo lo que tenía que

ver con él.

La abuela se marchaba con ayuda del chofer, esa señora que pese a ser mayor iba más recta que una estatua. El padre se acercó y me ofreció la mano. Era elegante, imponente y tenía una presencia que llenaba la sala.

—¿Tú eres Abril? He oído hablar de ti… pero no que fueras tan hermosa.

Mi piel decidió ponerse en modo calefacción inmediata, porque por un momento sentí toda mi sangre subir hacia mis mejillas.

Hero me miró en silencio y eso quemaba más que las palabras del padre.

—Soy Abril Rivera. Mi familia dirige PROCYON —contesté, educada pero tensa.

El nombre le cambió el gesto., porque me miró como quien recuerda algo profundo, algo doloroso.

—¿Eres hija de Emma? —preguntó con voz quebrada.

Tragué saliva al escuchar el nombre de mi madre. Hacía tiempo que no lo escuchaba y sonaba tan bonito, tan dulce, así era ella.

—Sí. Mi madre murió hace dos años.

Hero apretó la mandíbula tan fuerte que pude sentir el sonido sin oírlo.

El padre cerró los ojos un instante, los tenía húmedos, incluso rojos, parecía herido.

—Éramos buenos amigos —susurró con dolor—. Eres igual que ella.

Sentí que el suelo bajo mis pies se aflojaba, mi madre. Mi dolor favorito, mi herida eterna. La única persona que necesitaba más que a nadie en este mundo, la única de mis verdades, mi hogar, donde siempre me sentí segura.

Enzo intervino para cambiar de tema, agradecí ese gesto más de lo que pude decir, porque una lagrima rozó mi mejilla y no pude evitar emocionarme al recordarla.

Le dijo a su padre que iría con nosotros. Intentó cogerme de la mano para guiarme hacia la terraza…Pero Hero se interpuso entre

nosotros dos.

Literalmente.

Un paso, un gesto del hombro, y separó nuestros cuerpos al cruzar entre nosotros.

—Voy con vosotros —dijo con voz fría.

Enzo se alegró, porque se veía que adoraba a su hermano.

Yo perdí un latido por el camino.

O dos.

Porque la noche acababa de cambiar de rumbo.

Y yo, sin querer, también.

7
¿Qué es el amor?

Pov: Abril

El amor es una cosa absurda que aparece cuando menos lo pides, como si el universo se divirtiera tirándonos piedras emocionales desde un cuarto piso. Puedes enamorarte y que no te correspondan, o puede que otros se enamoren de ti mientras tú miras hacia otro lado. Lo realmente mágico —o trágico— es cuando dos personas coinciden en el mismo tiempo, con la misma intensidad y la misma locura transitoria que te desordena el alma. Siempre había leído sobre cómo el enamoramiento altera la química del cerebro, cómo nos vuelve idiotas funcionales, cómo empezamos a buscar aprobación y a desear que esa persona sienta lo mismo que tú. Nunca pensé que me tocaría. Hasta que pasó. Y pasó de una forma tan descarada que incluso yo, reina del autocontrol emocional, me convertí en una paranoica que no sabía qué demonios hacía mi cuerpo cuando Hero estaba a menos de dos metros.

Él se posicionó detrás de mí cuando Enzo abrió la puerta del pub para volver con el grupo, silencioso, como si supiera exactamente el efecto que su simple presencia tenía sobre mí. Afuera, mis amigos seguían sentados alrededor de una estufa portátil que apenas calentaba, amontonados como pollitos que buscan calor ajeno. Yo, que siempre había odiado el frío, notaba cómo esa humedad insistente me atravesaba los huesos; el verano era mi estación favorita, siempre lo sería: sol, piel salada, Menorca, el yate de mi abuelo rumbo a Formentera. Allí sí que sabía respirar. Aquí no. Ya te digo yo que no.

—Ui, señorita Rivera, ¿ya tienes guardaespaldas? —se burló Mario con esa sonrisita suya que pide un diccionario de educación.

—Déjala en paz —saltó Marc, poniéndose entre ambos como siempre.

Yo sonreí apenas, ya preparando el contraataque.

—Tranquilo, Marc, que me he traído un Diazepam, porque lo noto un poco nerviosillo al chico—dije con calma, esa calma que uso antes de matar con ironía fina.

Los demás se rieron. Sabían que no era buena idea provocarme sin casco. Enzo, con esa dulzura suya que parecía salida de un muñeco de peluche, añadió:

—Si ella quiere, yo la protejo. — dijo con ironía, sabiendo que no me hacia ninguna falta.

—Gracias, Enzo, pero de momento no necesito a ningún príncipe en mi cuento —respondí, harta de sentirme el objeto que todos creen que deben custodiar.

Mientras ellos continuaban con sus bromas, yo respiré hondo intentando ignorar cómo la corriente helada me paralizaba las piernas. Hero lo notó. Claro que lo notó. Él observaba cada pequeño gesto como si mis movimientos tuvieran subtítulos invisibles. Me vio encogerme, me vio frotarme los brazos y vio como temblaba de frío.

Y entonces hizo, sin decir nada, sin preguntar, se quitó la chaqueta.

El jersey gris que llevaba debajo se ajustaba a sus brazos y a su pecho como si hubiese sido diseñado para él; por un segundo no supe si mi temblor era frío o nervios. Con un gesto suave, casi íntimo, colocó la chaqueta sobre mis hombros. El calor me envolvió de golpe, como si él aún estuviera dentro. Lo miré a los ojos, sin saber qué diablos decir. El corazón se me aceleró de una forma ridícula, mis oídos hicieron un zumbido eléctrico y sentí rubor hasta en la nuca. Pensé —absurdamente— que no necesitaría chaqueta si él seguía cerca de mí.

—¿Vamos dentro? —preguntó, sin mirar atrás, sin consultar a nadie. Cuando él hablaba era como si todo dejase de importar, su voz sonaba firme, con ese acento italiano que se volvía irresistible.

Yo asentí en automático, sin cerebro, sin dignidad, como si hubiera dejado mi personalidad fuera, congelándose junto a la estufa.

—¡Ei, esperad! —corrió Enzo detrás de nosotros, siempre luz cálida en medio de nuestro desastre emocional.

Dentro estaba más caliente. Me quité la chaqueta con cuidado y se la devolví, intentando no parecer aprovechada. Le sonreí como una idiota, él me miró sin esfuerzo y yo quise desaparecer bajo el suelo. Mis amigas, por supuesto, lo vieron todo, con ojos picaros y una sonrisa bajo los labios. Y vinieron por mí.

—Abril Rivera —dijo Valeria entre risas.

—Esa misma soy —le seguí el juego.

—¿Qué está pasando con los hermanos González? —preguntó con la mirada de detective.

—No lo sé, dímelo tú —respondí dramática, como si eso ocultara algo.

Ella se inclinó hacia mí, empujando mi hombro, en plan cómplice.

—Aquí hay guerra entre dos hermanos. Lo estoy viendo.

—No pasa nada, solo me ha dejado su chaqueta. Nada más, no me ha pedido matrimonio, ni nada de eso —intenté restar importancia, aunque hasta yo sabía que estaba mintiendo un poquito.

Ella se fue con Paola hacia la pista mientras yo observaba cómo alrededor de Hero revoloteaban chicas como mosquitas pegadas a una lámpara. La escena era ridícula: todas queriendo llamar su atención, todas riendo exageradamente, todas empalagando el aire. Y Ari, ahí en medio, casi liderando el enjambre. Yo, que siempre me había sentido independiente y cero envidiosa, sentí un pinchazo incómodo en el estómago. Una punzada silenciosa pero real. Mi pie empezó a golpear el suelo, mis dedos juguetearon con un anillo: mis tics nerviosos estaban en alerta máxima.

Marc lo notó enseguida. No hay nadie que me conozca mejor que él. Conoce todas mis caras, las tristes, las locas, las serias, vamos todas mis caras en plan emoticonos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con una mueca burlona.

—¿Qué quieres que haga? —respondí angustiada.

—A Ari le gusta —advirtió, sin rodeos.

Tragué saliva, sintiendo cómo aquella verdad me apretaba el pecho.

—Lo sé… pero es que no he podido evitarlo. Me gusta —admití con un hilo de voz. —Marc me miró con ternura.

—Ari se encapricha muy rápido, ya lo sabes. Y ese tío no te odia. Más bien le gustas.

—Me considera estúpida y snob —hice un puchero.

—Eres muy pija, eso sí es verdad, va contigo, no te podemos cambiar—rio—. Pero créeme, te mira distinto.

Enzo regresó, eufórico, rodeando mi cuello con su brazo como si presentara un premio ante todas sus amistades.

—Esta es Abril —dijo orgulloso.

—Sí, ya sabemos quién es —contestó una de las chicas con tono despectivo.

Yo rodé los ojos y moví la cabeza al mismo tiempo.

—Pues mira tú qué bien. —Hero soltó un sonido entre risa y sorpresa al escuchar mi respuesta. Sus amigas me observaron incómodas, pero no me importó.

—Al principio pensé que era la típica niña pija —dijo Hero mirándome—, pero me gusta su carácter.

El comentario me golpeó raro, como si alguien hubiese tirado una piedra dentro de mi estómago.

—Yo al principio pensé que eras un idiota y mira por dónde te sigo viendo igual, no he cambiado de opinión—respondí sin pensarlo.

Los demás hicieron el típico "uuuuuh" colectivo. Yo decidí que ya era suficiente. El toque de queda impuesto por mi abuelo retumbó en mi mente; si quería seguir saliendo, tenía que ser obediente esa noche. Me despedí del grupo y caminé hacia la salida atravesando la pasarela de metacrilato iluminada que flotaba sobre un jardín botánico. Me detuve un segundo. Nunca la había observado de verdad. Era preciosa, y por alguna razón me llevó directa a un recuerdo de mi madre. La eché de menos. Más de lo que estaba preparada para sentir.

Detrás de mí, vi venir a Hero, solo. Caminando hacia mí como si aquella escena estuviese escrita especialmente para él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó apoyándose en la barandilla.

—Lo mismo que tú… ya me iba —dije, sin mirarlo demasiado tiempo, sabía que tres segundos mirando sus ojos eran demasiado para mí.

Se giró, y caminó hacia mí despacio, rodeándome con sus brazos hasta dejarme apoyada en la barandilla. Su cuerpo estaba tan cerca que el aire se me atascó en los pulmones. Noté mi corazón desbocado, golpeando sin sentido, porque su perfume se atoro en mis fosas nasales dejándome sin sentidos.

—¡Aparta!, no querrás que te empuje —intenté esquivar su cuerpo con una dignidad inexistente.

Pero él sonrió, esa sonrisa peligrosa que sabía exactamente lo que provocaba en mi ser. El muy imbécil había descubierto que no podía sostenerle mucho la mirada.

—Me gustaría saber qué piensas. Eres como un acertijo, y eso me gusta muchísimo.

Acarició un mechón de mi cabello con sus dedos, y el mundo se quedó quieto. Yo no sabía adónde mirar. Notaba el pulso en el cuello, también en las piernas, no sé dónde se había ido mi corazón, parecía que estaba en una partida de pin pon.

—No vas a descifrar nada de mí —susurré—. Te recuerdo que tienes novia.

Él arqueó una ceja, extrañado.

—¿Novia? ¿Qué coño es eso? Yo no tengo de eso. —Se inclinó hacia mi cuello, respiró mi perfume con una lentitud que me incendió la piel, y su voz me rozó la nuca:

—Finora mi interessi solo tu. —Sabía exactamente qué significaba eso. Me había dicho que: Hasta ahora solo le interesaba yo.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, el muy cabrón había utilizado el italiano para no decirme lo que realmente sentía. Lo aparté como pude, necesitaba espacio vital, necesitaba aire, necesitaba que mi corazón dejara de latir tan fuerte. Me giré, bajé las escaleras metálicas casi sin respirar y comencé a caminar por la urbanización.

—¡Abril, espera! —gritó él detrás de mí.

—No necesito que me sigas —dije sin detenerme.

Pero me alcanzó, me tomó del brazo, me giró, y sus manos quedaron en mi cintura. Bajé la mirada, temblando.

—No sé qué me estás haciendo, ni lo que está pasando con nosotros, pero me gustas mucho —confesó levantando mi rostro con su dedo.

—No es cierto. No te gusto. Lo que quieres es algo que no puedes tener —repliqué, recordándole sus propias palabras.

Nos quedamos en silencio, nuestros cuerpos estaban demasiado cerca, respiraciones mezclándose en un ritmo torpe. Él se acercó lentamente. Sus labios se acercaron a los míos, su boca tocó la mía. Un beso cálido, profundo, suave, tan inesperadamente tierno que el mundo desapareció. Nadie me había besado así. Nadie me había hecho sentir así, como si todo mi cuerpo explotara, como si hubiera saltado de un acantilado sin protección.

—¿Qué has hecho conmigo…? —susurró apoyando su frente en la mía.

Y entonces reaccioné, porque eso no estaba bien, Ari, Enzo, mi abuelo, mi tío. Todo estaba mal, todo giraba en torno a nosotros dos.

—¡No vuelvas a hacer eso! —grité empujándolo lejos de mí.

—Lo siento… —dijo, con una vulnerabilidad que me desarmó aún más.

—¡Tengo que irme! —logré decir, antes de correr hacia mi casa sin atreverme a mirar atrás.

8
Prohibido

Pov: Abril

Llegué a casa y me encerré en mi cuarto, ese pequeño santuario aromatizado a vainilla y flores del campo que tenía más efecto terapéutico que cualquier psicólogo de la ciudad. Mi habitación era mi templo, la zona libre de drama, el único lugar donde podía existir yo sin filtros, sin apellido, sin presión, sin nadie opinando cómo debía respirar.

El cansancio me arrastraba como si llevara veinte horas cargando con el mundo en una mochila —y no, no la de Louis Vuitton, ojalá—. Me dejé caer sobre la cama, literalmente dejé que mi cuerpo hiciera plof contra el colchón, porque la gravedad y yo ya éramos una. Apreté la almohada contra mi cara, como si ese gesto pudiera comprimir y ordenar el caos emocional que tenía dentro del pecho.

—¿Qué fue eso? —susurré, como si alguien fuera a contestarme desde el armario.

Obviamente, nadie respondió. Mi vida no era una película paranormal.

Pero ahí estaba: el recuerdo del beso. El beso. El puñetero beso que no debía haber pasado, pero pasó. Y su confesión. Que le gustaba, que sentía algo por mí. Por, la chica que él llamaba pija. A la que empujó contra la barandilla. A mí, la que él había besado

como si lo hubiera estado pensando desde hacía años, como si lo tuviera planeado el primer día que nos cruzamos en el campus.

Para asegurarme de que no había sufrido una alucinación inducida por falta de oxígeno, cogí mi smartphone. Y ahí estaba su mensaje:

< Lo siento, pero no pude evitarlo >

Perfecto, confirmado: no me lo había inventado. No estaba loca. O sí, pero por razones ajenas a la imaginación.

La sonrisa se me borró sola cuando apareció en mi mente la cara de Ari. Ese fue el golpe. La alarma. Mi amiga, mi hermana de alma, la que llevaba un par de días soltando que Hero le gustaba. ¿Cómo podía haber dejado que pasara algo así? ¿Qué clase de mala persona había decidido ser hoy?

El remordimiento se me instaló en el pecho con el peso de una lavadora industrial. Guardé el móvil como quien intenta esconder un cadáver emocional. Pero no servía de nada. Lo que había pasado era real y ahora tenía que hacer algo con eso.

Le contesté con la frialdad más artificial del mundo:

< Mañana hablamos de lo que ha sucedido. >

Apagué el teléfono con dramatismo de telenovela turca y lo lancé hacia la mesa… pero el destino tenía otros planes. Rebotó, cayó al suelo, rodó como si estuviera huyendo y yo tuve que arrastrarme debajo de la cama para recuperarlo. Intenté levantarme y terminé haciendo un triple mortal no autorizado, acabando tirada boca arriba con el teléfono en la mano.

Por suerte, ni él ni yo sufrimos daños mortales… aunque mi dignidad pidió una ambulancia.

Me quité los zapatos empujándolos con el talón, porque usar las manos ya era pedir demasiado. Y ahí, tirada mirando al techo, empecé a reírme. De lo torpe que era. De lo surrealista que había sido todo. Y de lo absurdo que resultaba que me gustara un chico que, en teoría, no era ni remotamente mi tipo.

Cerré los ojos un segundo para recordar ese beso. Ese maldito beso dulce, suave, perfecto, que me dejó la boca y el alma con hormigueo. Y claro, terminé sonriendo como una idiota.

Me dormí pensando en él y repasando todas las formas en las que un romance con Hero solo podía acabar *fatal*. En todos los universos posibles.

Dormí como un bebé. Ni me moví. Mi cama de dos por dos me tragó entera como si quisiera adoptarme. Y yo la dejé, porque la comodidad también es amor.

A la mañana siguiente bajé al salón, donde mi abuelo ya estaba sentado con su precisión militar y mi tío Abraham iba por el segundo capuchino, seguramente porque el primero no fue suficiente para lidiar con nuestra familia.

—¿Ayer te divertiste? —preguntó mi abuelo, ese maestro del sarcasmo pasivo-agresivo.

—Sí, mucho —respondí con un suspiro que llevaba firma del día anterior.

—Abril, recuerda que esta tarde tenemos el cóctel de la gala benéfica —intervino mi tío, con un croissant en la mano que ya iba por la mitad.

—Sí, lo tenía presente —mentí con una naturalidad digna de premio Óscar. Obviamente no me acordaba de nada.

—A las seis nos iremos —dijeron los dos al mismo tiempo. Genética sincronizada, ni que fuesen familia, sonreí con ironía.

Tenía partido de baloncesto esa mañana y luego había quedado con las chicas para un mini torneo de pádel. Y, como siempre, ya estaba llegando tarde. Aunque esta vez la culpa no era mía —sorpresa—. Doce, mi perro, decidió engancharse a la verja de la entrada como si estuviera interpretando una escena dramática, el perro era torpe como la dueña, no cabía la menor duda.

Tuve que rescatarlo con unas tenazas, cual heroína suburbana.

El partido fue intenso. Tan intenso que mi entrenadora me llamó la atención porque estaba más distraída que una influencer sin batería. Y sí, Hero tenía bastante responsabilidad en ese desastre mental.

Del pabellón salí volando hacia las pistas de pádel, donde Valeria me esperaba con su calma zen. Ella repartida esa energía allá por donde iba y la verdad que no me sobraba.

—¡Voy contigo! —gritó al verme.

—Hacemos buen equipo —le dije levantando la pala en plan saludo olímpico.

Yo era competitiva por naturaleza. Enfadarse conmigo misma si perdía era mi deporte favorito. Valeria todavía más: precisión quirúrgica, temple de hielo, una Barbie asesina del pádel.

—¿Vas a ir esta noche a la gala? —le pregunté mientras calentábamos.

—No. Mi madre dice que su última operación no ha salido bien. Tendrá que volver a pasar por quirófano, ya sabes como es. —respondió con cara de "no me lo creo ni yo".

La madre de Valeria había sido una de las modelos más espectaculares del país, portada de mil campañas y anuncios de champú que todas imitábamos. Pero ahora luchaba contra el paso del tiempo como si el tiempo fuese un enemigo personal.

Ari llegó con modelito de domingo triunfal, bolso colgando del hombro y energía de "he dormido tres horas, pero sigo guapa".

—¿Estáis preparadas para perder? —preguntó entre risas.

—Te vas a comer todas las pelotas, y no son las que te gustaría —le solté en cachondeo.

La chica se dobló de la risa. Era inevitable.

Jugamos toda la mañana. El club había organizado una liga competitiva y, aunque íbamos de buenas, tampoco éramos profesionales… así que quedar terceras no estuvo nada mal.

Luego me di una ducha que casi me bautizó de nuevo. El agua caliente arrastró el sudor, el cansancio y un par de pensamientos indeseados. Me sentí renacer y lo necesitaba, porque no había descansado en todo el día.

En el baño, Ari se vestía mientras contaba sus dramas familiares. En su casa los domingos eran religión y evento social simultáneo.

—No ha estado mal —dije sonriendo—. Pensé que mi cuerpo no respondería después del partido.

—Pues yo ya venía cansada de anoche —se quejó Ari—. Esperaba que Hero me invitara a algo más, pero nada.

Valeria fue directa:

—Ese tío no es para ti. —Ari le lanzó una mirada.

—Eso tú, que nunca cuentas nada de tu vida sentimental. Anoche estabas muy pegadita a Paola…

Valeria suspiró.

—No quiero que nada cambie entre nosotras —dijo con un hilo de voz.

Yo la abracé tan fuerte que pude sentir su corazón latir.

—Solo quiero que seas feliz. Con un chico, con una chica o con un extraterrestre —y las tres estallamos en carcajadas.

—Estamos felices por ti —añadió Ari, abrazándonos con fuerza. Y aunque sentí una punzada por dentro, la abracé de vuelta. Mi amiga no merecía sufrir por nada.

Ya en casa, me preparé para la gala benéfica. Mi tío había dejado clarísimo —con tono de contrato legal no negociable— que debía ir vestida de cóctel. Y, sinceramente, *yo* con vestidos recatados era como un Ferrari intentando pasar desapercibido en un parking de bicis. No encajaba, pero era lo que la imagen familiar exigía, así que tocaba obedecer… o desheredarme emocionalmente.

La furgoneta Mercedes nos dejó frente al recinto ferial de Plaza España, espectacular como siempre, con esas escaleras que hacían sentir que ibas a entrar en una ópera dramática o a una coronación imperial.

Habían colocado un photocall digno de festival de cine: flashes por todas partes, fotógrafos nerviosos y periodistas con el olfato listo para oler escándalos ajenos. Básicamente, el infierno de mi tío.

Y, efectivamente, él fue el primero en ser devorado.

—Señor Castro, nos han dicho que pasó una semana en Mónaco este verano… ¿acaso allí vive su nuevo amor? —preguntó una periodista con voz dulce, pero intención asesina.

—Estoy centrado en mi trabajo y en mi familia —respondió él, sonriendo como quien aguanta una migraña bajo focos industriales.

Yo a su lado, posando mientras intentaba no parpadear demasiado, porque cada flash era un ataque directo a mis retinas, no entendía como todas aquellas celebridades salían tan bien en las fotos, yo apenas había abierto los ojos.

Por fin entramos al salón. El suelo de mármol resonaba con mis tacones como si estuviera dando un concierto percutivo involuntario. Mi abuelo se había quedado atrás hablando con socios de su empresa —su hábitat natural—, y Abraham parecía desesperado por escapar de aquel enjambre de cotillas con copa de champán en mano.

—Qué pesadilla —murmuró mi tío—. ¿Cómo puede haber gente que viva obsesionada con saber la vida de los demás?

—Tío, es normal… ahora mismo eres el soltero más guapo del lugar —le dije pellizcándole la mejilla.

—Qué pelota eres —respondió, dándome un beso sonoro que retumbó por medio salón—. Menos mal que te tengo a ti. No necesito nada más… de momento.

Y me guiñó, porque amaba dramatizar.

Comenzamos el recorrido social: saludos, sonrisas, conversaciones vacías llenas de dinero, inversiones, joyas, adquisiciones, viajes y más dinero. Era como escuchar un podcast financiero en vivo, pero con vestidos de lentejuelas.

Una mujer se acercó a mi tío con una sonrisa de tiburón.

—Abraham, qué guapa está tu sobrina. Hacía mucho que no la veía.

—Sí, ya es toda una señorita —respondió él, orgulloso engordando dos kilos al decirlo.

Yo solo escuchaba, observando cómo todos parecían vivir en un mundo paralelo donde la conversación giraba exclusivamente en torno a qué llevas puesto y cuánto cuesta. Yo estaba ahí físicamente, pero mentalmente estaba en cualquier otro planeta.

Mi abuelo volvió con nosotros después de saludar a todo aquel que tuviera apellido compuesto.

—¿Abril, y tu tío? —preguntó al verme sola en la mesa.

—Está con su club de fans —respondí, señalándolo entre un grupo de mujeres.

—Este chico no cambiará jamás… —resopló mi abuelo moviendo la cabeza.

Dejé mi smartphone sobre la mesa y me senté apoyando la cabeza en su hombro. Hacía tiempo que no compartíamos un

momento tan… normal. A simple vista parecía un hombre serio, pero yo sabía que debajo de esa armadura había un corazón de los que valen la pena. El esmoquin le sentaba tan bien que parecía un James Bond en versión catalana. A sus sesenta y siete años seguía siendo más atractivo que muchos hombres de treinta del club.

—Siempre sacas lo mejor de mí —dijo acariciándome la barbilla.

La gala estaba por iniciar, así que todos tomaron asiento. Había una lista enorme a la entrada, con nombres, mesas, protocolos, ubicaciones y toda la burocracia social posible. Nuestra mesa estaba compuesta por directivos de la empresa de mi abuelo, familia y representantes de dos compañías importantes.

Había poca gente joven. Muy poca. Y la que estaba ahí… venía obligada. Igual que yo.

La subasta empezó: coches antiguos, vestidos icónicos, joyas históricas, objetos de coleccionista. La sala flipaba, pero yo sentía que estaba mirando el escaparate de un mundo al que no pertenecía. Y desde luego tampoco quería pertenecer.

Miré mi móvil para ojear la app de la federación y saber cómo seguíamos en la liga. Pero entonces vi algo que me congeló todo el cuerpo.

Un mensaje de Hero.

El corazón hizo pum–pum–pum con ganas de arrancarse por su cuenta.

Lo abrí con manos temblorosas.

< El color dorado te sienta genial >

¿Qué?

¿Cómo?

¿Tenía visión satelital? ¿Me había espiado?

Antes de que pudiera procesarlo, llegó el segundo mensaje:

< Estoy a tu derecha, no te emociones. >

Perdón, pero ¿qué?

¿A mi derecha?

¿A QUÉ DISTANCIA DE MI CARA ESTABA EL HOMBRE AL QUE HABÍA BESADO AYER?

Me incorporé como un avestruz curioso, levantando la cabeza sobre el resto. Y ahí, entre la multitud iluminada por lámparas carísimas, lo vi.

Hero, con un traje oscuro, su mirada directa a mis ojos, con esa media sonrisa pícara de sinvergüenza, estaba el muy maldito PERFECTO.

La temperatura me subió tres grados. Mis mejillas hicieron un boicot. Mis ojos se encendieron como si me hubieran enchufado a un foco.

Le escribí rápido, protegiendo mi dignidad:

< ¿Y qué quieres que haga, que te aplauda? >

—¿Qué te pasa? —susurró mi tío al notar mi cara de idiota enamorada.

—Nada, que he visto a unos amigos —mentí, guiñándole un ojo.

—Cuando acabe la subasta ya podrás levantarte.

Perfecto. Porque me temblaban las piernas. Me sudaban las manos. Tenía el cerebro bailando sardanas.

Cuando por fin terminó, me levanté casi flotando. La gente podría pensar que había ganado la lotería o que llevaba un par de copas de más. Pero no. Era él. Su mensaje. Su presencia. Ese efecto ridículo que tenía sobre mí.

Me acerqué a la mesa donde estaba la familia González. Estaba intentando parecer normal. Fracasé.

—Buenas noches, señor Jorge, Enzo… Hero —saludé con la mejor sonrisa que pude generar sin perder el control facial.

La abuela no estaba, probablemente socializando con su clan de generalas estrictas, igual de rectas como estatuas que ella.

El padre, Jorge, sonrió al verme.

—Qué alegría verte, Abril.

—Solo he pasado a saludarlos. Estoy en aquella mesa con mi familia —señalé hacia donde mi tío me observaba con una mezcla de curiosidad y análisis empresarial.

Jorge bebió de su copa y comentó:

—Hacía mucho tiempo que no veía a Abraham. —Lo miré sorprendida.

—¿Os conocéis? —Él bajó la copa, me aguantó la mirada y respondió con una calma enigmática:

—Tenemos una historia en común. Supongo que en algún momento te la contarán.

Y mientras él miraba fijamente a mi tío… yo podía sentir la tensión en el aire, como cuchillos afilados. Podía sentir la historia, también el pasado y las piezas que todavía no entendía.

Y detrás de todo eso, Hero. Mirándome como si yo fuera el único problema y la única solución de la noche.

9
No puedes verle

Pov: Abril

Siempre me habían dicho que todas las personas tienen su destino escrito y que cada uno, al caminar, construye el suyo. A mí esas frases inspiradoras siempre me habían parecido muy de taza de "Good vibes only", pero aun así me repetía que quizá algún día lograría escoger un camino sin sentir que me estaba tirando al vacío sin cuerda. Ese día, sin embargo, no tenía claro ni si existía un camino, porque mi mente seguía atormentada por el simple hecho de haber visto a Hero tan cerca, tan presente, tan inevitable. Me removió más de lo que quería admitir, como si mi cuerpo se hubiera adelantado a mis emociones y me hubiese dicho: "Sorpresa, sigues sintiendo demasiado".

Me quedé allí de pie observando el intercambio silencioso —pero intensísimo— entre mi tío y el padre de Hero. Se miraban como si pudieran leerse la mente, y lo que fuera que se estaban diciendo mentalmente no sonaba precisamente a buenos días. Tenían una guerra interna que yo no entendía, aunque mi intuición gritaba que aquello venía de muy atrás, de algún sitio oscuro y lleno de rencores que nadie quería explicarme.

El salón estaba repleto de gente elegante conversando, sonriendo, fingiendo ser sofisticados mientras posaban mentalmente para las fotos que quizá nadie les pediría. Había rostros famosos, políticos, empresarios y gente que parecía haber nacido en un catálogo de ropa cara. El grupo musical tocaba como si el mundo dependiera de que cada nota sonara perfecta. Todo demasiado controlado, demasiado impecable para mi gusto.

Me giré al escuchar mi nombre en la voz de Enzo. Me moví como un robot, rígida, intentando mantener la compostura mientras veía la mesa en la que estaban él, Hero y varios miembros de la junta directiva de la empresa familiar. Los tres mundos en los que yo vivía —mi familia, mi escuela y mis sentimientos secretos— estaban allí chocando sin delicadeza.

—Abril, ¿qué vas a hacer después? —preguntó Enzo mirándome fijamente, como si esperara arrancarme un sí automático. —Nosotros vamos a otra fiesta, vente —añadió con un

guiño que probablemente había funcionado con medio instituto, pero que conmigo solo despertaba alerta emocional.

Por unos segundos me quedé en blanco, como si mi cerebro hubiese salido a fumar y me hubiera dejado a mí procesando la escena sin supervisión. Estaba a punto de responder cuando escuché un carraspeo discreto que me devolvió al planeta Tierra.

—Hoy no puedo, estoy destrozada. Esta mañana tuve partido y necesito descansar —respondí mirando inevitablemente a Hero, porque claro, mi autocontrol tenía la sutileza de un hipopótamo.

—Bueno, otro día será —sonrió Enzo.

—Me alegro de haber coincidido. Nos vemos —dije justo cuando la abuela de los González regresaba a la mesa.

Esa mujer… intimidaba. Y mucho. Tenía un aura que no sabría describir, algo entre estatua de mármol valiosa y directora de internado que te expulsa con solo levantar una ceja. No emanaba precisamente vibraciones cálidas, así que no iba a quedarme por allí desafiando al destino.

Regresé a mi mesa caminando con elegancia sorprendente para alguien que en realidad estaba deseando salir corriendo. El salón era un desfile de mesas redondas perfectamente vestidas con manteles blancos y azules, decoradas con orquídeas salvajes y candelabros de cristal que brillaban como si estuvieran encantados. Admito que la decoración era preciosa, simple pero elegante, como si alguien hubiese querido demostrar que aún recordaba lo que era el buen gusto.

Cuando llegué junto a mi tío, noté que algo en él había cambiado. Estaba tenso. Muy tenso. Me agarró del vestido con tanta energía contenida que caí suavemente en la silla. Se inclinó hacia mí con los ojos furiosos.

—¿Qué hacías en esa mesa? —preguntó con el ceño fruncido.

—He ido a saludar a la familia González, ya sabes que ellos van a mi instituto —respondí sin entender por qué me hablaba como si hubiera cometido un delito grave.

—Será mejor que el abuelo no te vea esta noche cerca de ellos. Y no quiero que tengas nada que ver con esa familia —ordenó con una intensidad que me heló la sangre.

—No entiendo qué quieres decir, ¿qué te han hecho? —pregunté tratando de buscar una lógica en medio de ese drama digno de telenovela.

Quería saber por qué existía esa enemistad absurda. Por qué mi familia miraba a la suya como si fueran monstruos. No entendía nada.

—¡Lo hablaremos en casa! —replicó con voz áspera finalizando cualquier intento de conversación.

Me quedé callada, sin levantar la vista, deseando que nadie hubiera visto esa escena, especialmente Hero. Quería que la cena terminara cuanto antes para respirar lejos de toda aquella tensión.

Intenté razonar conmigo misma. ¿Qué podían haberse hecho esas dos familias? ¿Competencia empresarial? ¿Drama amoroso ancestral? ¿Una guerra por terrenos en 1800? Mi imaginación ya estaba escribiendo tres temporadas de una serie que, sinceramente, me habría encantado que alguien me explicara de verdad para dejar de especular como una loca.

Cuando por fin terminó la cena, todos se levantaron y las conversaciones volvieron a llenarlo todo, como si la incomodidad colectiva jamás hubiera existido. Yo me escabullí entre la gente intentando desaparecer hasta que pudiera largarme.

Pero como siempre, la vida decidió divertirse conmigo. Llegué al pasillo del baño y me encontré con una cola interminable de mujeres discutiendo sobre tacones, maridos y bolsos. Intenté camuflarme entre ellas, pero Enzo apareció como si tuviera un radar instalado exclusivamente para detectarme.

—¿Qué te pasa? —preguntó con ese ceño fruncido que ponía cuando estaba genuinamente desconcertado.

—A mí nada, pero mi familia me ha prohibido que hablemos. Supongo que tú sabes por qué —respondí encogiéndome de hombros, sintiéndome como una niña castigada sin entender la falta.

—No, no tengo idea. Mi hermano es algo extraño, pero un buen chico —se excusó.

—No creo que sea por tu hermano. Es algo del pasado, fijo —dije arrugando la frente, convencida de que aquí había una historia enterrada a lo telenovela.

—Bueno, solo nos queda hablar con ellos y saber por qué nosotros no podemos ser amigos —dijo mientras rozaba mi hombro y me daba un beso en la mejilla antes de irse.

Me quedé más perdida que antes. ¿Amigos? ¿Eso creían que éramos? ¿Eso creían que yo podía ser con Hero? Genial. Emociones mezcladas, check.

Esperé a mi abuelo y a mi tío en la salida de la gran sala. Ellos siempre se desplazaban rodeados de socios y aduladores que parecían competir por una mínima muestra de atención por parte de mi abuelo.

Vi el coche a lo lejos. Rodrigo estaba de pie, expectante, con los brazos cruzados como si custodiara la puerta de un palacio.

—¡Buenas noches, señorita Abril! —dijo abriendo la puerta del Mercedes.

Entré rápidamente, deseando enterrar mi cabeza en una almohada y olvidar que existían bailes benéficos, familias enemistadas y sentimientos absurdos.

Mi abuelo subió junto a mi tío y tras unos segundos, mientras el coche avanzaba, me preguntó:

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí —respondí seca, porque aparentar alegría jamás había sido mi talento oculto.

—Esta noche hemos recaudado una gran suma de dinero —añadió satisfecho mientras daba una palmada en la espalda a mi tío.

Abraham bajó la mirada, sacó su smartphone y empezó a deslizar la pantalla como si buscara refugiarse allí. Lo entendía.

Cuando por fin llegamos, bajé del vehículo y crucé el jardín interior como un fantasma cansado, sin mirar por dónde pisaba. El suelo estaba húmedo y el frío se colaba entre mis pies y mis emociones.

Entré por el gran ventanal con el sigilo de una ladrona y me quité los zapatos para no hacer ruido ni estropear el mármol impecable. Subí a mi habitación sintiendo que no sabía quién era dentro de mi propia familia. Tenían secretos, rencores, historias ocultas, y yo estaba en medio sin manual de instrucciones.

Me dejé caer en el sillón, encendí el ordenador y me puse a investigar como si fuese una detective amateur en plena madrugada. Busqué el nombre de la empresa González. Encontré logros, expansión, sedes en medio mundo, éxitos… pero ningún indicio de un conflicto personal.

Hasta que vi un detalle: la empresa se fundó en Barcelona. Y mi abuelo figuraba como uno de los socios administradores iniciales.

Ahí sí que algo hizo clic.

¿Había sido una ruptura empresarial? ¿Una traición? ¿Una decisión estratégica convertida en odio eterno?

Me quedé dormida frente al ordenador con mil preguntas más que respuestas, sabiendo perfectamente que, aunque quisiera preguntar, mi abuelo jamás me contaría la verdad.

A la mañana siguiente me desperté hecha un trapo humano.

No sé si dormí o si sobreviví en piloto automático a la noche, pero mis pesadillas dieron todo un festival temático. Tan reales que juraría que podía describir cada detalle si alguien me obligaba… aunque prefería olvidar.

Bajé por las escaleras arrastrando los pies, con ojeras tamaño XL, y me encontré a mi tío Abraham en el comedor. Sentado. Serio. Sin su sonrisa habitual. Mala señal. Muy mala.

—Buenos días —dijo, con esa voz tan plana que me dio miedo.

—Debe ser grave lo que vas a decirme, porque jamás te he visto así —contesté intentando bromear, pero me tembló la voz como gelatina.

Me miró como si quisiera hablarme con cariño, pero lo sustituyó con autoridad militar.

—No voy a explicarte nada. Solo voy a prohibirte tajantemente que te acerques a la familia González —dijo firme, como si estuviera dictando una ley universal.

La rabia me subió desde la garganta hasta las orejas.

—¿Por qué? —grité, impotente.

—Porque no quiero que vuelvas a hablar con esa gente. No son buenos —sentenció, sin apartar la mirada.

Yo apreté los puños. Era indignación pura.

Una olla exprés emocional en fase explosiva.

—Tío, eso no tiene ningún sentido. Que tú hayas tenido un rifirrafe con su padre no significa que ellos sean malas personas —me acerqué para calmarlo… o para no estallar yo. Aún no sé.

Pero él solo replicó:

—No vamos a volver a hablar del tema. No quiero verte con ninguno de ellos —dejó caer la servilleta y se marchó sin mirar atrás.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante, me sentí pequeña., infantil, y también invisible. Como si no mereciera explicaciones.

Como si todo lo que yo sintiera fuera irrelevante para ellos, y eso, dolió.

Dio en el orgullo, en el corazón y en ese hueco que dejo mi madre.

—¿Señorita, quiere que le prepare un café? —preguntó María con dulzura.

Negué con la cabeza. Yo sin desayunar era un evento histórico. Una señal del apocalipsis. Pero tenía un nudo en la garganta tan grande que no me bajaba ni una miga de pan.

Me fui al coche para ir al instituto mientras Rodrigo —mi chófer convertido involuntariamente en guardaespaldas— me miraba con lástima silenciosa. Yo odiaba que mi abuelo lo obligara a esperarme fuera del centro. Odiaba sentirme vigilada. Yo no era un secreto nacional ni un jarrón chino de museo.

Estaba furiosa. Furiosa de verdad, triste y confundida. Una mezcla explosiva digna de ver en laboratorio.

Cuando llegué, Marc me vio desde lejos y no tardó ni cinco segundos en plantarse a mi lado.

—Bri, ¿qué te pasa? —dijo echándome el brazo sobre los hombros.

—Nada… cosas familiares. Vivir en la mansión de la Barbie también tiene sus contras —intenté sonar divertida, pero me salió más triste que sarcástica.

—¿Has vuelto a discutir con tu abuelo?

—No… esta vez con mi tío. Me ha prohibido hablar con Enzo y Hero —respondí tragando el nudo.

Marc abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma con glitter.

—¿Y ahora qué les pasa?

—No sé… supongo que en el pasado mi tío y el padre de los González tuvieron alguna pelea para decidir quién la tenía más grande —respondí, intentando sonar graciosa. Funcionó. Marc estalló en risa.

—Joder, estás bestia hoy —admitió—. Igual harás lo que te dé la gana… como siempre.

Sonreí de lado.

—Se avecina tormenta, Marc. Y esta vez me voy a mojar —dije antes de entrar al aula.

Claudia me guardaba sitio. No era mi mejor amiga, pero en clase nos entendíamos. Abrió la boca en cuanto me senté.

—Me han dicho que anoche estuviste en la gala benéfica —comentó, como repasando su agenda.

—Sí. Estuvo… bien. Mi familia organiza parte del evento, así que era obligatorio —respondí con cero entusiasmo.

Mientras hablaba, mis ojos se fueron directos a la silla de Hero.

Estaba vacía y me pareció extraño, super raro.

Desconcertante nivel 1000.

Porque Hero no era de faltar. No sin motivo.

Algo dentro de mí se tensó.

Un presentimiento o una paranoia romántica, ya no sabía distinguir.

Y ahí terminó la clase para mí.

Porque la silla vacía de Hero decía más que cualquier explicación de mi tío.

Más que cualquier prohibición.

Más que cualquier mensaje.

Decía que algo estaba cambiando.

Y que yo… ya no podía frenar nada.

10
Fronteras

Pov: Abril

Nunca había creído en nada que no pudiera ver, tocar o medir; mi parte científica —o incrédula, depende de quién lo mire— siempre había estado convencida de que las fuerzas espirituales eran puro marketing emocional para gente con demasiado tiempo libre, pero desde que mi madre falleció había algo dentro de mí que se resistía a aceptar la simple ausencia. La sentía cerca, como un murmullo suave que se colaba entre mis pensamientos cuando más sola me encontraba, una presencia cálida que no tocaba, pero consolaba, una especie de abrazo invisible que me hacía hablarle como si siguiera aquí, porque en mi interior yo escuchaba respuestas que me sostenían cuando todo lo demás fallaba. Quería creer que

existía otro lugar después de esta vida, un lugar bonito, lleno de flores, un eterno abril donde siempre es primavera (como ella solía decir de mi nombre) y donde todos aquellos que ya no están viven en paz, sin dolor, sin guerras absurdas ni pérdidas injustas. Tenía diecisiete años y ya había vivido suficiente como para necesitar creer en algo más.

—Oye, ¿sabes algo de Hero? —preguntó Ari durante el almuerzo, con la sutileza de un misil tierra-aire.

El simple sonido de su nombre me atravesó como un latigazo eléctrico, un calambre directo al estómago que hizo que mi rostro cambiara como si me hubieran desenchufado el alma; su nombre vibraba dentro de mí como campanillas chocando al viento.

—No —respondí con la mente en blanco, como si me hubieran formateado.

Llevaba días sin aparecer por el instituto y ni siquiera me había contestado los mensajes; tres, para ser exacta, todos enviados desde distintos niveles de dignidad. No entendía nada. Parecía que estaba huyendo de mí, lo cual era gracioso porque yo también estaba huyendo de lo que sentía por él, excepto que él corría más rápido.

—Voy a hablar con Enzo —dijo Ari tirando de mí brazo como si fuera su mascota emocional, arrastrándome casi en volandas hasta la pista de atletismo.

Me quedé apoyada en la baranda mientras ella caminaba hacia Enzo con esa seguridad innata que la hacía parecer una diosa bajada del Olimpo solo para ser adorada. Yo me quedé atrás intentando (sin éxito) adivinar de qué demonios estaban hablando porque mis ojos iban de Enzo a Ari y mis pensamientos estaban tan necesitados de respuestas que casi podía leer labios… pero no, no tenía ese superpoder, lamentablemente.

Enzo hizo una pausa en su entrenamiento y ambos se acercaron hacia mí. Él venía serio, Ari venía misteriosa, yo venía en modo: "por favor que no sea lo que estoy pensando".

—Buenos días —dije levantando la mano con una torpeza elegante que solo yo podía ejecutar.

Intenté parecer desinteresada, pero todos sabían que yo era incapaz de disimular nada; mis gestos siempre me traicionaban.

—He venido a saludarte —sonrió, secándose el sudor con la camiseta de una forma que dejaba claro que él también sabía lo que hacía— hace días que no coincidimos.

—Abril… —intervino Ari con cuidado, como si anunciara malas noticias en televisión— Enzo me ha explicado que Hero quiere cambiar de instituto.

Tragué saliva como si me hubiera tragado una piedra. Sentí un dolor extraño, como si el corazón se hubiera subido a mi garganta y se hubiera quedado allí atorado.

—¿Cómo es eso? —pregunté casi sin voz, como si el aire se negara a entrar.

—La noche de la gala benéfica habló con mi padre en su despacho —explicó Enzo— no sé qué acordaron, pero es posible que vuelva a Italia con mi madre.

Me ardió la boca, la garganta, el pecho; era como si me hubieran vaciado por dentro. Ari suspiró.

—Pues esta tarde iré a tu casa, quiero despedirme de él —dijo con suavidad.

—Si queréis podemos quedar, después de que hables con mi hermano vamos a tomar algo —añadió Enzo tocando levemente mi mano antes de darme un beso en la mejilla y volver corriendo a la pista.

Me quedé congelada, bloqueada, como si me hubieran puesto en pausa.

—Lo tienes in love —bromeó Ari— ¿vamos a clase?

—Ve tú… yo tengo que coger unos apuntes en secretaría —mentí, porque tenía menos ganas de clase que de apuntarme a un convento.

—Vale —me abrazó fuerte— luego te escribo para lo de Enzo.

—Esta tarde imposible, tengo entrenamiento y no puedo faltar —otra media verdad, otra media mentira; tenía entrenamiento, pero la excusa me vino como anillo al dedo.

Salí corriendo, literalmente, hacia la salida del instituto. Faltaban tres horas para terminar las clases, pero ese detalle me dio

igual. Mi cerebro necesitaba huir y mis piernas obedecieron sin consultar al comité de decisiones racionales.

Nunca había cogido un autobús público y, sinceramente, parecía más un experimento social que un medio de transporte. Me senté al lado del cristal, casi pegada al conductor, mirando a toda esa gente completamente absorta en sus teléfonos, como si el mundo real fuera solo un decorado secundario.

En una parada subió una mujer con su hija y se sentó a mi lado. La niña se sentó en su regazo y la madre le dio un beso suave, tan dulce, tan sencillo, tan lleno de amor que ese pequeño gesto me rompió un poco por dentro; pensé en mi madre, en cómo me abrazaba, en cómo me miraba, en lo mucho que la necesitaba, en lo sola que me sentía sin ella. Me ardieron los ojos, pero no lloré. No quería llorar delante de desconocidos, me habían enseñado a ocultar los sentimientos.

Bajé en la siguiente parada, todavía con el recuerdo atrapado en la garganta, como si fuese ayer cuando se marchó y soltó mi mano.

Caminé hasta la urbanización donde vivían los hermanos González, sin mirar cuánto tardaba, solo dejándome llevar por una mezcla de impulso, dolor y necesidad. Llegué cansada, casi Llegué nerviosa. Llegué sin tener ni idea de qué iba a decir, pero toqué el timbre.

La casa era enorme y elegante, demasiado perfecta para mi estado emocional. Al abrir, uno de los empleados me indicó que pasara a la sala. Me senté en uno de los sillones color crema, junté las manos, las apreté, jugué con mis dedos, dudé millones de veces si era buena idea estar allí. Él no había contestado mis mensajes, no había venido al instituto, no había dado señales… y ahí estaba yo, intentando no parecer desesperada mientras claramente lo estaba.

Me levanté para irme justo cuando escuché su voz detrás de mí.

—¿Dónde vas? —escuché detrás de mí, su voz grave recorriéndome la espalda como un escalofrío inesperado.

—Creo que no ha sido buena idea venir hasta aquí —respondí sin atreverme a mirarlo, sintiendo cómo mi dignidad hacía las

maletas y me abandonaba por la puerta principal.

Él dio unos pasos hacia mí, lentos, casi calculados, como si cada uno estuviera midiendo mi reacción.

—Siento lo que ha pasado —murmuró, deteniéndose a mi lado— tenía que haberte llamado.

Ese "tenía que" sonó a verdad, a disculpa real, a esas cosas que uno no dice si no le importas. Lo miré apenas un segundo, sin atreverme a sostenerle la mirada demasiado tiempo para no desintegrarme.

—Vengo porque Enzo me ha dicho que quieres dejar el instituto —dije exhalando una mezcla de pena, rabia y pánico existencial.

—Estoy… pensando qué hacer —respondió con una seriedad que no había visto antes en él.

—No te entiendo —confesé con los ojos clavados en los suyos — creí que… no sé, que teníamos algo distinto, pero veo que eres exactamente como los demás.

Sentí cómo su respiración se agitó, como si mis palabras le hubieran golpeado, pero no dijo nada al momento; se limitó a apartar la mirada, quizá buscando fuerzas en el suelo, quizá huyendo un poco también de mí.

—Es imposible —susurró finalmente— tú y yo jamás vamos a poder tener nada. Hay cosas que… nos lo impiden.

Era una puñalada, una lenta, profunda y asquerosamente elegante puñalada emocional.

—¿Entonces ya está? ¿Se acabó… así? —pregunté casi sin voz.

Hero apretó la mandíbula, como si aquello le doliera más de lo que quería admitir.

—Sí… será lo mejor. —Inspiró hondo, incapaz de sostener la mentira del todo— Creo que mi hermano se está enamorando de ti… y nuestras familias se odian. Por más que lo intentemos, jamás seríamos felices.

No pude decir nada más; no podía respirar, no podía pensar, ni siquiera podía mantenerme entera. Me di la vuelta y empecé a caminar hacia la salida, cada paso cargado de ese dolor que arde,

pero no mata, ese que te deja muda. Salí de la sala con lágrimas acumuladas y la sensación de haber perdido algo que ni siquiera había tenido del todo.

Abrí la puerta para irme, pero antes de poder cruzar el umbral sentí un tirón en el brazo que me obligó a detenerme. Me giré, y en un segundo que no supe interpretar, Hero me atrapó suavemente por el cuello y me besó con una intensidad que me cortó el aire, la cordura y cualquier intento de huida. Su boca cayó sobre la mía como un impulso inevitable, desesperado, casi salvaje, como si ese beso fuera su última opción para decir todo lo que no sabía decir con palabras. Su aroma me inundó, cálido y eléctrico, y ese fuego que llevaba semanas intentando ignorar se encendió de golpe en todo mi pecho.

Su mano en mi cintura, firme pero temblorosa; mis dedos en su nuca, incapaces de alejarlo; su respiración acelerada chocando con la mía… era demasiado, pero al mismo tiempo no era suficiente.

—No puedo dejarte ir —susurró contra mi piel, su voz hecha de aire roto mientras sus dedos recorrían mi rostro con una delicadeza casi dolorosa, como si temiera romperme solo con tocarme.

Yo tragué saliva, estaba temblando, el me hacía sentir así, no era dueña de mi cuerpo.

—Yo habría apostado todo por ti —admití con el alma en llamas. Mis palabras salieron solas, como si mi corazón hubiera secuestrado mi boca— Crucé líneas que no debía, ignoré las órdenes de mi abuelo… él me prohibió verte, y no puedo obedecerle ni quiero. Porque hay algo que no se describir, algo que me impide estar lejos de ti.

Él me miró como si mis palabras hubieran cambiado la gravedad del mundo, sus ojos brillando con deseo, confusión, un poco de dolor, otro poco de esperanza. Se mordió el labio, bajó la mirada a mi boca, volvió a mirarme, rodeó mi cintura con las manos grandes y cálidas y me dejó caer suavemente sobre el sofá. Yo no podía pensar; solo sentir cómo me besaba otra vez con una pasión urgente, casi desesperada, chocando su respiración contra mi garganta mientras nuestras lenguas se encontraban en un ritmo que

llevaba días queriendo repetir. Sus manos se deslizaron por mis muslos, despertando un escalofrío que llevaba semanas retenido en la piel, haciendo que mi cuerpo reaccionara antes que mi mente.

Y justo cuando el mundo empezaba a evaporarse, justo cuando dejaba de existir todo lo demás, justo cuando sus dedos se enredaban en mi cintura una vez más, la puerta se abrió.

Uno de los empleados entró con total inocencia, como quien no tiene idea de que está asfixiando el momento más intenso del siglo.

El silencio que se creó fue tan incómodo que debió sentirse desde la planta baja.

Hero se apartó de mí como si acabaran de pillarnos robando la Mona Lisa.

11
Una parte de mí

Pov: Abril

Nos quedamos abrazados durando unos segundos, unos segundos que parecían eternos, de esos que se te meten bajo la piel y te dejan el corazón haciendo gimnasia olímpica sin tu permiso. Hubiera preferido quedarme allí abrazada a su pecho durante horas, pegada a ese olor suyo que tenía algo de promesa peligrosa, pero no podía, tenía que llegar antes de que acabaran las clases o si no Rodrigo no me vería y mi abuelo pondría el grito en el cielo, porque desde que había puesto a su chofer de niñera parecía convencido de que yo era una fugitiva internacional.

— Tengo que irme. — Lo miré reprimida, como quien intenta esconder un incendio dentro del pecho.

— ¿No puedes quedarte? — tiró de mí y, cómo no, volví a caer en sus brazos con la gracia de alguien que ha perdido la voluntad ante un imán humano.

— Imposible. — sonreí como si me estuviera derritiendo, porque sabía lo guapo que era y, sinceramente, tenerlo tan cerca solo me hacía sentir todavía más pedante, como si el ego me creciera solo para impresionarlo.

— ¿Cuándo nos volveremos a ver? — preguntó con ansias, como si la respuesta fuera vital.

— Mañana, en el instituto. — le rogué con las manos, porque, aunque la tentación de quedarme era de nivel apocalíptico, también tenía que seguir estudiando y no podía dejar mi vida tirada por un chico, aunque ese chico fuera él.

— ¿Me esperaras en la puerta? — besó mis labios como si fuera lo más lógico del mundo.

Sabía perfectamente que todos se darían cuenta si lo esperaba en la puerta, no podíamos pasear por el campus como si nada, su hermano y Ari se enfadarían con nosotros, le rompería el corazón a mi mejor amiga y eso sí que no podía soportarlo, no a las personas que más quiero.

— Creo que no sería buena idea, de momento tendremos que llevarlo en secreto.

— Tienes razón, quiero preparar a mi hermano. — me acarició la mejilla y retiró uno de mis mechones detrás de mi oreja, como si no supiera lo que eso me hacía.

No me dejó que volviera en autobús y me llevó hasta una de las calles colindantes que daban al instituto, le dije que me quedaba allí porque no quería que me vieran con él, no estábamos preparados, ni nosotros ni el universo.

Salí corriendo agarrando mi bolsa entre los brazos, quería pasar desapercibida, desaparecer entre los humanos normales, así que entré a toda prisa en el campus y me senté en uno de los bancos esperando que fuera la hora de salida. Cuando sonó el timbre me incorporé, pero algo dentro de mí sabía que lo estaba haciendo mal, que estaba traicionando a mi mejor amiga y esa culpa me pesaba dentro del alma como una piedra mojada. Todo el mundo salió corriendo con prisa, otros conversaban sobre las clases y yo busqué desesperada a mis amigos entre esa marea de gente.

— Marc, Valeria — grité alzando mi mano.

— ¿Dónde demonios te habías metido? Te hemos ido a buscar a clase, pero Claudia nos ha dicho que habías desaparecido. — se extrañó Valeria.

— Salí, tenía algo importante que hacer.

— Estás muy rarita, algo escondes. — dijo Marc dándome un golpe en el brazo y apretando mis mofletes.

— Bri, me ha dicho Megan que este finde celebra una fiesta en su casa, ahora hará un grupo para saber quién irá. — Valeria parecía entusiasmada con la idea de salir.

—Vale, ya quedamos entonces. Me voy, que tengo entreno — dije con una sonrisa antes de darles un beso y salir corriendo hacia el pabellón, situado en la parte oeste del campus. Me sentía aliviada, feliz, tan tontamente feliz que sin darme cuenta avancé dando pequeños saltos de alegría por el camino.

Al llegar al pabellón empujé la puerta y entré en los vestuarios, mis compañeras ya estaban allí cambiándose la ropa del instituto por la equipación del equipo, recogiendo sus cabellos en altas colas de caballo, preparándose para otra tarde intensa, porque mi equipo era uno de los más prestigiosos de la región, conocido por su disciplina y su exigente programa de entrenamiento: rutinas de tiro de precisión, circuitos de velocidad, trabajo de resistencia y sesiones tácticas que a veces nos dejaban sin aliento, pero a pesar

del esfuerzo todas compartíamos el mismo orgullo cada vez que pisábamos la pista.

Entramos a la pista ajustándonos aún las zapatillas, el sonido del bote del balón ya resonando como música motivadora, y la entrenadora nos reunió en círculo solo unos segundos antes de ordenar el calentamiento. Empezamos con carreras diagonales, estiramientos, series rápidas de pases que aceleraban el ritmo del ambiente, y a mitad del entrenamiento tocó uno de los ejercicios más duros: el "circuito de capitana", la criatura que yo misma había propuesto al inicio de la temporada y que cada vez que lo nombraban hacía que todas me miraran con una mezcla de respeto y ganas de matarme suave. Consistía en tiro en movimiento, sprint hasta media pista, vuelta defendida por dos compañeras y finalización bajo presión extrema.

En una de las rondas Martina intentó detenerme con un bloqueo sorpresa, pero reaccioné instintivamente, amagué hacia la derecha, cambié el balón de mano y entré a canasta con una bandeja limpia que arrancó unos cuantos aplausos.

—¡Así se hace, capitana! —gritó la entrenadora.

Sentí la adrenalina recorrerme el cuerpo entero. No importaba lo cansada que estuviera: allí, en la pista de baloncesto, todo tenía sentido, todo era mío, todo funcionaba.

Me quedé más de la cuenta entrenando, repitiendo ejercicios para dejar la mente en blanco, o al menos intentarlo, y cuando el cansancio me avisó de que ya no daba para más decidí dejarlo, era de sabios saber cuándo retirarse y yo ya estaba al límite.

Llegué a casa con el cabello aún húmedo, me había duchado y no me apetecía ponerme a secar mi largo pelo como si estuviera grabando un tutorial de belleza, así que pasé por el salón sin saludar a la familia porque llevaba días furiosa por el trato que me había dado mi tío y él lo sabía perfectamente, no hacía falta que se lo recordara.

Y justo cuando subía a mi habitación empezó a sonar mi móvil.

Mi padre, si ese señor que se hacía llamar así, porque más bien mi madre le había dado ese título, aunque jamás se ocupara de

mí.

Respondí porque, bueno, es lo que se hace, aunque nuestra relación fuera tan fría que podría usarse para conservar pescado.

—¿Sí? —dije sin adornos, seca como cunado te comes medio kilo de pipas.

—Solo llamo para saber cómo estás. — su voz seria como siempre.

—Bien. — contesté igual, sin darle mucha coba.

—Vale. — pausa incómoda—. Me alegro.

—Ajá.

—Buenas noches.

—Buenas…

Y colgamos como dos desconocidos que no quieren estar en la misma conversación.

Pero de inmediato mi móvil vibro, y con la pantalla aun encendida leí el mensaje.

< Creída. ¿Cómo te ha ido el día?>

Una sonrisa se apoderó de mis labios, porque yo no era una persona fácil de enamorar, es más, me consideraba bastante ilusa emocionalmente, me costaba abrirme, pero Hero era distinto, por él ya había hecho cosas que jamás pensé hacer, como ir a buscarlo a su casa, algo que mi orgullo jamás habría permitido, pero cuando se trataba de él mi orgullo se guardaba solito en un cajón cerradito.

< Acabo de llegar de básquet, hoy he tenido un día bastante movidito. Cierto chico se me estaba resistiendo.>

< ¿A ti? Dudo que te costara mucho. Nos vemos mañana.>

< Sueña conmigo > le contesté ilusionada.

Dejé el smartphone cargando en mi habitación y bajé hasta el comedor, era tarde y mi abuelo estaba viendo la tele en el salón, las noticias se habían vuelto su programa preferido, disfrutaba esa media hora viendo desgracias mundiales y basura política como quien disfruta un documental de animales salvajes.

Pasé por su lado y le di un beso de buenas noches, él me rozó la mano y siguió viendo y escuchando atentamente todo lo que ese presentador tan amable estaba contando.

— ¿Has oído? Está el mundo en guerra, más vale que nos preparemos por lo que pueda suceder. — me gritó desde el sofá.

— Abuelo, el mundo siempre ha estado en guerra, esto no es nuevo. — lo tranquilicé.

María me preparó la mesa en la cocina, adoraba cenar en esa gran isla, sobre todo cuando llegaba tarde y no quería sentarme en el enorme comedor yo sola. Ella me hizo una deliciosa cena, porque además de ser una excelente cocinera tenía la costumbre de mimarme en silencio.

— ¿Dónde está mi tío? — le pregunté pellizcando su cintura con ternura.

— Salió a cenar con unos inversores, tu abuelo ya no quiere encargarse de esas cosas. — sonrió pasándome la mano por la espalda.

—Ya, él está delegando esos trabajos a Abraham, no tiene ganas de discutir con esa gente. —le contesté encogiéndome de hombros.

Después de cenar me acerqué al salón, allí seguía mi abuelo haciendo zapping compulsivo, no dejaba ningún canal por más de diez segundos.

— Abuelo, ¿puedo preguntarte algo? — me acerqué a su regazo, él era un abuelo joven y seguía estando fuerte, pero su mirada cambió cuando abrí la boca.

— Dime, aunque no me gusta el tonto de tu voz. Seguro preguntas algo que no voy a saber contestar. —Arrugó su rostro preocupado.

— ¿Por qué tenéis esa enemistad con la familia González? —

El rostro de mi abuelo cambió radicalmente al oír ese apellido.

— ¡No quiero sentir el nombre de esa familia en esta casa! — gritó levantándose del sofá.

— Pero abuelo, quiero saber... — dije mientras me dejaba con la palabra en la boca, literalmente.

—Esa familia está muerta en esta casa. No quiero que tengas nada que ver con ellos. — Dijo levantándose rápidamente y soltando el mando de la tele encima del sofá.

Me dejó plantada en el salón sin entender nada, sin saber por qué tanto odio ni qué podía ser tan grave como para que ni siquiera pudiera mencionarse ese apellido. Las cosas iban a complicarse mucho más de lo que imaginaba. ¿Cómo podíamos llevar una relación en secreto? Yo no había nacido para mentir, ni para omitir, ni para vivir a escondidas. No creía en esas relaciones donde no puedes disfrutar de la compañía que quieres.

— María, María, ¿tú sabes algo? ¿verdad que tú sabes algo? Tienes que contarme por qué el abuelo odia tanto a esa familia. — me acerqué a la cocina, había oído toda la conversación y tenía la certeza de que algo sabía.

— Abril, no soy quién para hablar de este tema. Cuando su abuelo se vea con el valor suficiente, sabrá el porqué. — respondió con la mirada gacha mientras secaba los cubiertos.

—Entonces tú sabes algo y no quieres contármelo. — le dije con los ojos abiertos como platos. —Sabes que estamos en desventaja. Yo, siempre soy la última en entrarme de todo en esta casa.

Tenía que averiguar todas esas preguntas que me estaban atormentando, no podía ser tan complicado, no podía ser imposible de solucionar, no cuando él ya empezaba a importarme tanto.

12
Aquí no puede ser

Pov: Abril

Llegué al instituto antes de que abrieran las puertas, algo tan fuera de mi naturaleza que hasta yo estaba sorprendida; quería llegar la primera, escabullirme entre la multitud como si estuviera planeando un atraco y no simplemente intentando evitar encontrarme con Hero delante de medio campus. Me dolía el estómago, no había pegado ojo en toda la noche, la almohada había visto mi drama completo, porque solo imaginarlo ahí, frente a todo el mundo, me aterrorizaba más que cualquier examen final, no porque no quisiera verlo —al contrario, me apetecía un montón estar a su lado, pegarme a él como si fuera una estufa en pleno invierno —, sino porque me daba pánico que Enzo o Ari notaran algo, que descubrieran lo nuestro, que ese terremoto emocional saliera a la luz. En realidad, no me atrevía ni a sentir lo que mi corazón estaba gritando con luces de neón.

Se abrieron las puertas y Rodrigo me miró como si hubiera visto un milagro o una aparición mariana. No entendía cómo demonios habíamos llegado tan temprano, si yo era casi una leyenda urbana de llegar siempre la última.

— Señorita, ¿cómo es que llevamos en el coche más de media hora? — preguntó de reojo, mirando su smartphone como si buscara respuestas allí.

— Rodrigo, no preguntes. Hoy tengo exámenes y estoy muy nerviosa. — abrí la puerta sin darle más explicaciones y salí del coche mientras me colocaba el blazer como si me preparara para una misión encubierta.

Miré a todos lados como si fuera a robar una joya del museo; se notaba a leguas que no quería encontrarme con nadie, y menos con él. Crucé el campus corriendo, con las piernas temblándome como si hubieran decidido independizarse, hasta quedarme esperando frente a la puerta de mi clase, rogando por primera vez en mi vida que el profesor apareciera antes que mis compañeros. Pero no, claro que no, el universo nunca cumplía mis peticiones, ni aunque solo fueran esas dos miserables plegarias.

A lo lejos vi a Ari y tuve que renunciar a mi plan de escapismo social; no podía hacer como si no la hubiera visto, iba hacia mí con una sonrisa tan grande que parecía recién salida de un anuncio de pasta dental, su rostro resplandecía, radiante, feliz.

— Tía, ¿qué haces aquí? Siempre eres la última en llegar. — me besó la mejilla como si hoy también fuera su cumpleaños.

— Tenemos examen y estaba de los nervios, he querido venir antes para repasar. — dije una mentira piadosa que hasta sonó bonita, aunque me lo sabía todo perfectamente. ¿Qué iba a decirle? ¿"Ari, he madrugado para esconderme de tu crush porque me lo estoy comiendo yo a besos"? No, gracias.

— ¡He visto a Hero, está tremendamente bueno! Ayer fui a verlo y no me esperaba que mis palabras fueran a dar resultado. — estaba entusiasmada, de verdad, parecía flotar, pletórica, feliz.

— ¿Qué le dijiste? — pregunté tragándome mi propia celosita interna que me rasgaba por dentro.

— Solo que se quedara. Y lo ha hecho, lo ha hecho por mí, estoy segura de que quiere algo. Este finde en la fiesta de Megan me lanzaré. — tragué saliva como si estuviera tragando piedras y mis mejillas comenzaron a arder, mi corazón latía como si me estuviera dando un ataque, y juro que por un momento deseé que la tierra me abriera un agujero para meterme dentro y no tener que escuchar nada más.

— ¿Estás segura? La última vez ya viste que iba con otra chica. — intenté desinflar su emoción, aunque me sintiera una bruja malvada.

— Tranquila que esta vez, no podrá negarse. — sonó el timbre y todos comenzaron a entrar, y yo no sabía qué demonios significaba eso de "no podrá negarse", no entendía qué planeaba, pero Ari se fue saltando por el pasillo como un pollito recién nacido.

Corrí hasta mi asiento, me empezaba a sentir triste por Ari y furiosa por lo que había pasado esa tarde, me dolía que Hero hubiese jugado con las dos —o al menos así lo sentía en ese momento, con todo el teatro mental.

Entonces él entró por esa puerta, con el cabello perfectamente alineado, ese aire suyo de "ni esfuerzo hago", y todas las chicas —incluido uno que otro chico— se giraron a mirarlo, porque claro, era de esos humanos con genética tan injusta que hasta sus defectos deben haber pedido cita previa para existir. No quería mirar. Yo no, la chica popular del instituto, la que supuestamente tenía todo bajo control, no quería babear por él delante de todo el mundo, pero últimamente no me sentía tan popular, me pesaba la vida y aun así mi carácter seguía predominando como si llevara una corona invisible.

Pasó por mi lado rozando mi cabello ondulado con los dedos, tocó uno de mis mechones con una delicadeza que me hizo temblar, y dejó su mochila en la mesa. Se sentó a mi derecha, a unos metros de distancia estratégicamente escogidos, pero su aroma se coló por mis fosas nasales como si dijera "Hola, soy tu perdición". El muy idiota olía perfecto. Eso ya era ser cruel.

— ¿Estás huyendo de mí? — susurró acercándose con sigilo, como si fuera un secreto viviente.

— No, ¿por qué? — pregunté fingiendo una inocencia que no tenía ni de lejos.

— Estaba en la entrada, esperando verte. No iba a gritar allí en medio de todos que me vuelves loco. — su voz bajita me recorrió la columna como un escalofrío.

— Lo hablamos luego, ¿vale? — tragué saliva intentando parecer normal, pero con él al lado concentrarse en el examen era

casi una hazaña histórica.

— Creída. — sonrió mientras sacaba los bolis, como si eso fuera lo más sensual del mundo.

Presté atención al profesor que ya estaba repartiendo los exámenes, y en un segundo teníamos diez páginas boca abajo esperando ser resueltas; nos quedamos una hora y media pensando, resolviendo, razonando como si el mundo dependiera de ello.

Al terminar la clase, Claudia me esperaba para preguntarme si podía pedirle a Megan que la invitara a su fiesta. Casi nunca iba a ninguna y me pareció buena idea que se presentara con alguien, porque a mí Claudia me caía bien, aunque algunos la llamaran nerd.

— Cuenta con ello, luego se lo digo. No creo que tenga problema. — le contesté amablemente mientras cerraba los apuntes y los guardaba en la carpeta.

Hero estaba apoyado en el marco de la puerta, escuchando la conversación como si nada, y yo no entendía qué hacía allí parado, como si fuéramos invisibles para el resto del planeta.

Respiré cuando Claudia se fue; tenía pánico de que sospechara, me estaba obsesionando con la idea de ser descubierta.

— ¿Qué haces? Nos pueden ver. — dije bajito, casi con pánico apartándolo de la puerta.

— Estás de coña, ¿ahora resulta que no podemos ser amigos? — murmuró cerca de mi oreja, ese tono de voz era un arma.

— Hablando de amigos… ¿qué pasó ayer con Ari? Está muy ilusionada, te quedas por ella. — repetí las palabras que me había dicho Ari, pero esta vez me supieron a veneno.

— Nada, vino a verme con Marc, pensó que volvía a Italia y quería convencerme. Lo que no sabe es que cierta personita creída ya me había sugestionado. — y me besó, mordiendo mi labio de una forma que casi me desmontó entera, dejándome allí sin fuerzas y con cara de boba.

— ¡Hero, deja de jugar! — lo empujé, aunque mi cuerpo quería hacer lo contrario.

— No puedo resistirme a esos labios. — volvió a acercarse y yo quería morir por besarlo de nuevo y matarlo a la vez.

— Pues ya me dirás qué hacemos, porque el finde va a lanzarse y yo siento que la estoy traicionando. — Lo miré preocupada, me sentía la persona más mala del mundo mundial.

— Después de clase quedamos y lo hablamos. Te paso a recoger en la biblioteca. — me apretó la mejilla y se fue a la siguiente clase como si no hubiera incendiado mi existencia.

¿Cómo iba a salir eso bien? No había por dónde sostenerlo, además con la vigilancia de Rodrigo me iba a ser imposible escabullirme después de clase. Parecía una niña pequeña escapando de un internado, me sentía prisionera y enamorada del crush de mi mejor amiga. ¿Podía haber algo peor? Pues sí, claro. Siempre había algo peor, y yo estaba empezando a atraerlo con una habilidad sobrehumana.

Marc me recogió para ir a almorzar, pasamos a dejar unos libros en su taquilla y nos adentramos en el comedor que olía a todas las salsas del planeta juntas. Yo tenía la mente en blanco, pensando en mil maneras de salir con Hero sin que Rodrigo lo supiera.

— Amigo mío, amiguísimo. — le dije apretándole los mofletes como si quisiera sobornarle con cariño.

—Qué necesitas… — me respondió con desgana, porque ya sabía perfectamente que quería pedirle algo.

— Tengo que contarte algo. Es algo confidencial, solo tú vas a saberlo. — puse los ojos en blanco, él se puso serio porque sabía que venía salseo.

—Dime…Pero ya sabes que si me aprietan canto como Pavarotti.

— Estoy saliendo con Hero. Pero a escondidas. — apreté los labios y le tapé la boca porque estaba a punto de gritarme en la cara.

— ¡No! ¿cómo se te ocurre? Tu abuelo te deshereda y Ari te mata. — empezó a reírse al lado de la máquina expendedora.

— Sí, lo sé. Pero tienes que hacerme un favor, ¿puedo decirle a Rodrigo que hoy voy a estudiar a tu casa? Porfis… — supliqué con la cara de corderito recién nacido que uso para manipular a la gente que quiero.

Él negó con la cabeza, teatrero, haciéndose el difícil, pero yo insistí tanto que al final…

— Está bien, solo por esta vez. — lo abracé tan fuerte que creo que le crujieron tres costillas.

Y sonreí. Porque la guerra apenas acababa de empezar y él me estaba ayudando con el caballo de troya.

13
Mi lucha interna

Pov: Abril

Escondida tras unas gafas de sol gigantes, casi del tamaño de mi vergüenza, me encontraba esperando a Hero en una cafetería muy pintoresca que yo misma había frecuentado un millón de veces. Estaba situada en una calle del barrio gótico, ese barrio que me apasionaba más que cualquier otra zona de la ciudad, porque allí sentía que podía ser yo sin ruido, sin miradas clavándose en mi

espalda, sin nadie fiscalizando cada paso que daba; en esas calles todos pasaban desapercibidos, y yo también podía hacerlo si me daba la gana.

Sentada junto a la ventana lo vi llegar, caminando como si la calle fuera suya, con esos pantalones verde oscuro y las botas marrones que le quedaban tan bien que daban rabia. Siempre conjuntado, siempre perfecto, siempre con ese aire de "no lo intento, simplemente soy así", y yo allí escondida como si fuera una fugitiva de mis propias decisiones.

Se acercó con una sonrisa tierna, de esas que desmontan hasta la más fría de las voluntades, y me dio un beso en los labios; ese beso hizo que todo mi cuerpo comenzara a vibrar, como si alguien hubiera encendido un interruptor dentro de mí, y sentir el roce de sus labios erizaba hasta mi último bello, como si mis nervios estuvieran haciendo una ovación.

— ¿Llevas mucho rato esperando? — retiró la silla para sentarse con esa tranquilidad suya que me sacaba de quicio y me derretía a partes iguales.

— No, justo ahora. — sonreí tímidamente, todavía fuera de lugar, intentando descifrar qué éramos exactamente, porque mi corazón ya había decidido, pero mi cabeza seguía intentando leer instrucciones de montaje sin manual.

Hero pidió un café expreso, yo mi chai latte caliente con bebida de avena, porque ese sabor a vainilla me hacía sentir en paz, y además en esa cafetería tenían la mejor bollería del universo conocido, y no lo decía yo —que también podría—, sino las mil celebridades e influencers que ya habían sellado su aprobación.

Empezamos a hablar de nuestras vidas, bueno, más bien yo hablé durante media hora sin respirar, sacando temas como si fuera una emisora de radio que no sabe cuándo callarse: mis gustos, mi equipo de baloncesto, los exámenes que se venían, un montón de chorradas que me fluyen cuando estoy nerviosa. Y él, sentado frente a mí, escuchándome con atención, mirándome como si lo que decía importara de verdad, inclinándose un poco hacia mí… era imposible no acelerarse, porque sentía que el tiempo pasaba demasiado rápido.

— Me encantaría verte jugar. — rozó mi mano con tanta delicadeza que sentí el estómago darme una voltereta.

— Dejemos de hablar de mí, ¿qué es lo que te gusta hacer? ¿qué te apasiona? — le pregunté, admirando su rostro perfecto, porque no tenía ni una puñetera marca, ni un defecto, ni una arruga fuera de lugar, parecía tallado por dioses aburridos del Olimpo.

— Por ahora creo que he encontrado algo. ¡Me gustas tú! — sonrió con picardía, y juro que esa sonrisa socarrona suya debería estar prohibida por ley, porque allí mismo estaba aún más atractivo que cualquier día normal, lo cual ya era injusto.

— En serio, dime qué es lo que haces.

— Me gusta el remo, salgo bastante a remar y es una de mis pasiones. Aunque mi hobby es la fotografía, tengo muchísimas fotos de todos mis viajes. — agachó la mirada con una timidez que no le conocía, casi como si se hubiera desnudado emocionalmente frente a mí (lo físico también me habría gustado, pero bueno, baby steps).

Este chico me desconcertaba demasiado; detrás de esa fachada de chico malo y seguro había algo profundo, misterioso, vulnerable, algo que me llamaba como un imán.

— ¿Cómo vamos a decirle a Ari que estamos juntos?, ¿Por qué estamos juntos o no? — pregunté con la voz temblando, intentando controlar mi preocupación. Él había dicho que no tenía novias… y yo, ilusa perdida, quería serlo. Aunque no sabía si eso era buena idea o una catástrofe firmada.

— ¿Tú qué opinas? Yo creo que estamos muy juntos. — se burló con simpatía, pero sus ojos tenían un matiz más serio. — A mí sinceramente me preocupa más mi hermano, creo que será como una puñalada trapera. — había dolor en su mirada, uno que no estaba fingiendo.

— No creo que tu hermano sienta nada por mí, en ningún momento me lo ha insinuado. — suspiré, porque no quería dañarlo ni a él ni a nadie.

— No te hagas. Sabes perfectamente que él sufrirá si se entera, y prefiero ser yo quien se lo diga. — bajó la mirada y se pasó la mano por el cabello, gesto de angustia pura.

— Puede que nos estemos precipitando, mi abuelo no quiere que nos veamos. ¿Tú sabes por qué? Me consta que hay una rivalidad entre nuestras familias. — quería respuestas, pistas, señales, algo.

— No tengo ni idea, pero… ¿crees que por culpa de otros nosotros no podemos conocernos mejor? — su leve sonrisa carecía de humor, era más frustración mezclada con esperanza.

— No si eso hace que destrocemos el corazón de la gente que amamos. — me mordí el labio intentando contener las lágrimas, porque todo era demasiado complicado. ¿Por qué tenía que existir esa rivalidad absurda? Pensé en mi abuelo, en su decepción, en sus amenazas veladas; él siempre conseguía lo que quería y ahora su única nieta estaba rompiendo todas sus normas.

Me aterraba pensar en las represalias, en que cumpliera su amenaza de mandarme a Londres con mi padre, en que cortara mis alas porque no estaba siguiendo su guion.

Hero tomó mis manos y las apretó con cariño, y sentí su anillo rozar mis dedos; era como si quisiera envolverme, protegerme, asegurarme que él estaba ahí. Besó mi mano con suavidad, un beso que ardía, que quería deshacer el frío de mi pecho, pero no lograba silenciar mis miedos. Yo jamás mentía, nunca, y todo esto me estaba destrozando lentamente.

— Mi abuelo dijo que no me acercara a tu familia. Que si lo hacía me arrepentiría… — mi voz se rompió bajo la presión de la emoción. — También dijo que no erais buenas personas…

— ¿Y tú crees eso? ¿Crees que soy como él dice? — preguntó con una voz grave que me heló por dentro, porque por primera vez él parecía inseguro, vulnerable.

Negué rápido, demasiado rápido, porque no iba a permitir que ni un segundo pensara que dudaba de él. Estaba sintiendo cosas muy intensas que ya no podía esconder.

— No, claro que no. Pero no se trata solo de lo que yo crea, se trata de lo que ellos están dispuestos a hacer para mantenernos separados. — mis palabras salieron atropelladas, llenas de angustia.

Él respiró hondo, como si buscara fuerza en algún lugar invisible.

— No creo que dos adolescentes sean la gran preocupación de tu abuelo. Seguro que tiene cosas más importantes en las que pensar. — sus manos subieron a mis brazos, firmes pero tiernas. Sus ojos me atraparon, y el resto del mundo dejó de existir. — No sé qué hizo mi familia en el pasado, y tal vez no pueda cambiar lo que piensan de mí. Pero lo que siento por ti es lo único que me importa.

Mi corazón dio un salto que casi me tira de la silla. Era un refugio. Y una bomba. Una mezcla perfecta para romperme o salvarme.

— ¿Y qué pasa si ellos no lo aceptan nunca? — susurré, temblando. — ¿Qué pasa si rompemos algo que no podremos reparar?

Él me miró tan intensamente que me dejó sin aire, y su siguiente frase me tocó como un rayo.

— Entonces no diremos que no lo intentamos. No me da miedo enfrentar adversidades, últimamente es lo único que se me da bien. — soltó una carcajada ligera, intentando aliviar mi tensión.

Y justo cuando empezaba a sentir que el universo nos daba cinco minutos de tregua, una voz resonó desde la barra.

— ¡Dos cruasanes para llevar!

Ari.

Mi alma salió de mi cuerpo, se fue a la estratosfera y volvió en caída libre. Hero se tensó y me miró, alerta. Yo sentí cómo se me helaba la sangre.

— Tienes que irte — susurré apretando sus manos con desesperación.

Él negó, desafiante.

— No, no voy.

El sonido de la caja registradora se acercaba, Ari estaba a segundos de girarse. El pánico tomó el control y solté sus manos bruscamente, empujándolo suavemente por el pecho.

— Por favor. Si te ve aquí no sé qué pensará.

Él dudó un segundo, pero finalmente cedió, con la mandíbula tensa y la mirada ardiendo de frustración.

— Luego hablamos, pero tenemos que solucionarlo.

Se marchó justo en el límite, cuando Ari se dio la vuelta. Me miró de arriba abajo, frunciendo el ceño, intentando entender qué hacía allí sola.

— ¿Con quién estabas? — preguntó, con ese tono que perfora la piel.

Tragué saliva y supe que ese era el inicio del desastre.

14
Nada es lo que parece

Pov: Hero

Llegué a casa después de ese café odioso que jamás debería haber tomado, demasiado cargado incluso para mí. Sabía que no iba a poder dormir, pero tampoco era como si últimamente durmiera mucho; mi cabeza llevaba semanas funcionando como un motor roto que no se apaga, aunque lo apagues. Me quité la chaqueta de mala gana y la dejé caer sobre el sofá, sin preocuparme de si se arrugaba o no. El salón estaba iluminado solo por el televisor, que parpadeaba con los colores brillantes del FIFA, donde Enzo estaba hundido en el sillón, completamente absorto en su pequeño universo de goles digitales, como si la consola fuese su manera de ignorar el resto del mundo.

—¿Dónde has estado? —preguntó sin despegar del todo la mirada del juego, aunque su tono dejaba claro que sí quería saberlo.

—Con Abril. Una tarde poco productiva —respondí, dejándome caer a su lado.

No necesitaba mirar su cara; sabía que iba a aparecer ese gesto suyo entre resignado y preocupado.

—¿Todavía sigues con eso? —resopló, marcando un gol sin inmutarse—. Ella no tiene la culpa de nada, Hero. Su madre está muerta, y papá… está pagando por lo que hizo, cosa que no debería.

Me mordí por dentro. Su manera de resumir la tragedia familiar como si fuera un simple dato era insoportable, aunque no fuera mentira.

—Te recuerdo que tú empezaste —dije, clavando la mirada en la pantalla—. Yo ni siquiera quería hablarle. Pasaba por su lado en el instituto sin mirarla. Fuiste tú el que insistió en acercarte.

Enzo pausó el juego. Eso ya decía mucho: me estaba escuchando de verdad.

—Me cae bien —admitió sin rodeos—. Y me gusta. Es más, no me importaría que pasara algo con ella, aunque sé que a ti se te ha metido demasiado dentro. No lo niegues.

Sus ojos lo decían todo: él veía más de lo que yo permitía mostrar. Y aunque por fuera mantuve el gesto neutro, por dentro algo se tensó como un cable a punto de romperse.

—Deberías dejar de alimentar esa rabia —añadió—. Y seguir adelante.

—No puedo. Esa familia nos destrozó. Alguien tiene que pagar. —dije sin subir la voz, manteniendo un tono tan frío que pareció helar el aire.

Enzo frunció el ceño, como si no quisiera entender lo que yo sentía.

—No empieces una guerra que no sabes cómo terminar. Y mucho menos usando a Abril. Ella no es como ellos. Y si la jodes, seré yo quien luche por ella. Te lo digo de verdad, me gusta y mucho.

No respondí. No valía la pena soltar lo que estaba pensando. Cogí el segundo mando y me puse a jugar, porque los botones eran la única forma de silenciar, aunque fuese por minutos, todo lo que llevaba acumulado.

Jugamos hasta que el olor de la cena comenzó a colarse por el salón. Podría haber dicho que el juego me relajó, pero sería

mentira. Solo consiguió apagar el ruido interno unos instantes, los suficientes para no estallar.

Y entonces la puerta del salón se abrió apareciendo mi padre. Siempre llegaba así, como si el simple hecho de existir no tuviera consecuencias.

—Buenas noches —dijo con esa normalidad suya que me sacaba de quicio—. ¿Ya habéis cenado?

—Aún no, Ana la está preparando —respondió Enzo.

Yo no dije nada. Ni siquiera me giré para mirarlo. No necesitaba verlo para detestarlo.

—Yo me voy a mi cuarto —avisé, levantándome.

Pero él decidió hablar, claro.

—¿Qué te pasa? —preguntó, como si le importara.

Me giré despacio. No porque quisiera, sino porque la rabia me tiró como si tuviera manos propias.

—¿Qué me pasa? —repetí con ironía contenida—. No te hagas el sorprendido. Sabes perfectamente lo que me pasa.

—Hijo… —empezó a decir.

—No me llames así —lo corté de inmediato, sin subir el tono, pero dejando claro que no aceptaría esa palabra.

El silencio pesó. Y, aun así, él insistió.

—Aún sigues con eso… ¿No crees que ya es suficiente?

—¿Suficiente para quién? ¿Para ti? —pregunté, inclinando la cabeza—. ¿Para que puedas dormir bien por las noches mientras nosotros intentamos recoger lo que rompiste?

Por primera vez, noté una grieta en su expresión. Una que él intentó disimular, sin éxito.

—Tu madre y yo nunca estuvimos bien —admitió, su voz temblando un poco—. Pero eso no significa que no la quisiera. Y todo lo que pasó… pasó antes de conocerla. No puedo cambiarlo.

—No se trata de cuándo pasó —respondí—. Se trata de que actuaste como si fueras perfecto. Y nos engañaste. A todos.

Él tragó saliva.

—Lo siento, Hero. Más de lo que crees.

Me quedé quieto un segundo, sintiendo cómo una verdad incómoda se apretaba en mi pecho. Pero no iba a darle el gusto de

verla.

Me di la vuelta y me largué, cerrando la puerta de mi habitación de un portazo calculado: lo suficientemente fuerte para que lo escuchara, no lo suficiente para parecer fuera de control.

Me senté en la cama apoyando los codos en las rodillas. Las palabras que le había dicho seguían repitiéndose en mi cabeza. Eran duras, sí. Quizá demasiado. Pero eran las únicas que podía darle. Lo que él había hecho a mi madre no tenía absolución posible, y aunque a veces dudaba de si odiarlo o simplemente olvidarlo, la herida seguía ahí, sin cerrar.

Respiré hondo. Miré de reojo mi smartphone.

Tres mensajes de Abril.

Tres.

Ella siempre aparecía en el peor momento. O en el mejor, dependiendo de cómo quisiera verlo.

No debería abrirlos. No debería pensar en ella. No debería sentir nada por ella, pero no podía evitarlo, estaba metiéndose dentro de mí y eso en el fondo me estaba asustando. Perder el control sobre mis decisiones no era lo que estaba a costumbrado hacer y la verdad que con ella todo era distinto.

Abrí el mensaje, no debía, pero lo hice igual.

< ¿Cómo estás? No pudimos despedirnos al llegar, Ari. >

< Me ha encantado verte... >

<Tienes razón, es mejor explicar a todos que estamos juntos. >

Sentí un tirón en el pecho. No era dolor. Era… algo peor. Algo que no controlaba. Ella tenía esa capacidad absurda de desarmarme sin tocarme, de meterse donde no debía, de suavizar una parte de mí que llevaba años intentando mantener petrificada.

Las imágenes se me mezclaban en la cabeza: su sonrisa tímida, ese gesto que hacía con el labio cuando dudaba, la forma en que su respiración se aceleraba cuando me acercaba. Abril tenía ese tipo de luz que no encajaba en la oscuridad que yo cargaba, pero aun así iluminaba.

Y me jodía, me jodía muchísimo. Porque yo tenía un plan, había hecho una promesa a mi madre, esa guerra pendiente que tenía con esa familia, la familia que había destruido los sueños de mi madre. Porque ella había sufrido, había llorado y padecido aquel dolor, aquella traición. Sabía perfectamente que mi padre era un tipo fiel, estoy seguro que no la engañó con hechos, pero si en su interior, porque, aunque no lo dijera le jodía, le jodía tanto como a mi esta situación.

Y, aunque Abril no formara parte de nada de eso, yo había aceptado aquel juego.

Y sé que no debería, pero ya había tirado los dados.

Me pasé una mano por la cara, intentando borrar el recuerdo de su piel en mis dedos. No funcionó. Ya te digo que no. Nada funcionaba cuando se trataba de ella.

Intenté repetirme que era solo una chica. Que era una González. Que su apellido llevaba implícito un daño que yo no podía olvidar. Pero era inútil. Abril no era su apellido. No era su familia. No era su historia. Era ella. Y eso complicaba todo.

Sabía que estaba jugando con fuego. Con ella. Conmigo. Con lo que había prometido.

Y, aun así, mientras sostenía el móvil, supe una cosa con absoluta claridad: iba a responderle. Aunque fuera peligroso. Aunque fuera estúpido. Aunque fuera el primer paso hacia mi propia ruina. Porque, aunque no lo aceptara en voz alta ni bajo amenaza, Abril ya estaba dentro de mí. Y yo no sabía —ni quería admitir— cómo sacarla.

Me tiré hacia atrás en la cama, dejando que la cabeza chocara con el colchón. Cerré los ojos unos segundos, intentando respirar hondo, pero cada pensamiento venía en forma de ella. En su risa. En la forma en que fruncia la nariz cuando se concentra. En cómo me mira cuando pensaba que no la veía, como si yo fuera la catástrofe más interesante del planeta. Y joder, sabía que tenía que alejarme. Sabía que era lo correcto. Sabía que si seguía así iba a perder mucho más que el orgullo. Porque ella no era un juego donde si pierdes vuelves a comenzar. No era una chica de una noche. Ni

era alguien a quien pudiera usar para llenar vacíos. Abril era combustible. Y yo era una llama demasiado cerca.

Me levanté de golpe, incapaz de seguir quieto. Caminé por la habitación como un animal enjaulado, con los puños cerrados, con la mandíbula tensa. La odiaba. O eso intentaba creer. Odiaba lo mucho que me importaba, lo mucho que había conseguido colarse en una parte de mí que llevaba años blindada. Odiaba que su voz me calmara. Que su cercanía me despertara. Que su recuerdo me quemara. Odiaba, sobre todo, que al pensar en ella… no pensara en venganza. Pensara en futuro. En algo que ni me merecía ni sabía cómo sostener.

—Joder —murmuré en voz baja, pasando una mano por mi pelo, tirando un poco de las raíces para obligarme a volver a tierra.

Mi padre, la promesa, la rabia, la herida abierta. Todo eso seguía estando ahí, dentro de mí.

Pero ahora había un elemento nuevo, uno que no sabía controlar y que, si seguía creciendo, iba a ponerlo todo patas arriba. Porque si había algo que nunca había esperado, algo que jamás habría imaginado ni en mis peores apuestas, era esto: tener miedo. No del dolor, ni de la guerra, ni del pasado.

Sino de perderla a ella, y ese miedo, esa posibilidad, esa sola idea… me estaba destruyendo mucho más que cualquier rencor heredado.

15
La playa

Pov: Abril

—Ari, ¿qué haces aquí? —pregunté mientras me levantaba con nerviosismo, sintiendo que me habían pillado haciendo algo prohibido sin haberlo hecho del todo. No sabía qué decir ni cómo reaccionar; tenía la sensación de que mi cara era un cartel luminoso anunciando: "Estoy mintiendo, deténganme".

—Hoy tenía cita con el psicólogo y aproveché para venir a comprar mis cruasanes favoritos —respondió con una sonrisa que no le llegó del todo a los ojos, como si se quedara corta de energía en el último segundo.

Me quedé helada, atrapada en un punto exacto entre la sorpresa y la culpa.

—No sabía que ibas al psicólogo… ¿te encuentras bien? —pregunté intentando sonar serena, aunque por dentro todo se me estaba revolviendo. Me dolía muchísimo no haber sabido nada.

Ariadna suspiró, como si al contarme ese pequeño fragmento de su vida le quitara un peso de encima que llevaba demasiado tiempo cargando.

—Sí, estoy bien. Pero desde que lo dejé con Bruno, no he vuelto a dormir bien —admitió, perdiendo toda la chispa habitual que la caracterizaba.

Bruno. El imbécil con mayúsculas. El hijo de un futbolista famoso que nunca aprendió a respetar nada. Ella lo conoció con quince años, en un campus de verano, y él decidió que su gran talento artístico consistía en hacerle fotos comprometedoras. Las compartió con sus amigos. Ella se rompió por dentro. Dejó de comer, dejó de sonreír, dejó de existir durante un tiempo. Y aunque nunca volvimos a hablar de eso porque no queríamos tocar heridas que aún sangraban, yo creía que quizás lo había dejado atrás. Pero ahí estaba la prueba de que no.

—¿Por qué no me dijiste nada? Sabes que siempre puedes contar conmigo —murmuré con rabia hacia mí misma, sintiendo esa punzada injusta en el pecho por no haber estado más atenta.

—No quería preocuparte —respondió encogiéndose de hombros—. Además, es algo que tengo que superar sola. —Sonrió con esa sonrisa triste que parece pedir un abrazo, aunque no lo diga.

No pude evitarlo. Me levanté y la abracé con fuerza. Quería protegerla de absolutamente todo, envolverla en una burbuja donde nadie pudiera hacerle daño. Pero mientras la tenía entre mis brazos, una nueva punzada, aún más profunda, me atravesó: yo también la estaba traicionando. Con Hero. Callármelo era un acto egoísta. Miserable. Porque ella estaba ilusionada. Y yo… yo estaba mintiendo.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó alejándose un poquito, recuperando algo de vida en su expresión.

—Vine a tomarme un chai latte con un cruasán —dije, intentando sonar casual, como si no me estuviera desintegrando por dentro.

Ari señaló con la mirada la mesa, la misma de la que me había levantado hacía tan solo un segundo, donde tenía apoyado mi bolso Tote.

—Pero sola no estabas. Hay otra taza de café…

Mi cerebro se apagó. Mis células entraron en huelga. Literalmente, no sabía qué decir. No podía confesarlo. No podía destruirla así.

—Vine con una compañera del equipo, pero se tuvo que ir —mentí, apretando los labios para no quebrarme. Juro que no quería hacerlo y menos a ella. Pero no tenía otra opción, aun no estaba preparada para ver su cara de decepción, porque sí, sabía que en algún momento se lo tendría que decir, pero elegiría el lugar y el día y también unas bonitas palabras para no herirla.

Ari no insistió, parecía que mi mentira era la solución que en ese momento necesitaba. Salimos juntas y nos despedimos con un abrazo. Ella parecía feliz de verme allí, mientras yo me sentía como la peor amiga del planeta. Cuando su coche la recogió, me quedé un rato parada en la calle, sin moverme, con la sensación de que mi corazón estaba retorciéndose en silencio. Las calles del barrio gótico, normalmente mágicas, tenían un aire distinto: oscuras, desiertas, y cada paso resonaba como si mi culpa caminara a mi lado.

Caminé treinta minutos intentando ordenar mis pensamientos, que eran un auténtico desastre. Tenía que hablar con Hero. El rato con él en la cafetería me había encantado, muchísimo más de lo que quería admitir. Cada gesto suyo, cada sonrisa, cada mirada… Era como si una parte de mí que siempre había estado dormida se hubiera despertado solo para él.

Al llegar a casa, me encerré en mi habitación, dejé mis cosas sobre el escritorio y cogí el móvil. Le escribí un mensaje sin pensarlo demasiado, antes de que mi miedo me convenciera de hacer lo contrario. No quería sonar desesperada, pero tampoco quería sonar fría. Y menos con él. Al final solo puse: «Me ha encantado verte hoy». Lo envié, y luego intenté hacer como si no estuviera pendiente. Fui incapaz de concentrarme en los apuntes. Revisé el móvil cada dos minutos. Hero tardó tres horas en responder. Tres eternas horas. Pasé por todas las fases de la inseguridad moderna: primero pensé que no le interesaba, luego que estaba con otra, luego que estaba muerto, luego que la muerta era yo.

Hasta que vibró. Y ahí estaba su mensaje:

< ¿Mañana quieres ir a la playa? Podemos pasar el día juntos.>

El corazón me dio un brinco tan exagerado que casi se me sale por la boca. Me imaginé la playa, el mar, los dos solos... y me entraron sudores. Le respondí intentando sonar neutra (*fracaso absoluto*):

< ¿ Playa? ¿Solos? >

Y él, directo al grano:

< Sí. Quedamos en el paseo marítimo a las 11h. >

Me quedé mirando su mensaje como si se tratara de una invitación a otro universo. No podía evitar sonreír, eso sí, había un problema gigantesco: Rodrigo. El chofer-niñera de mi abuelo. Controlador oficial de mis pasos, guardián involuntario de mi celibato. Era casi imposible huir de él.

Pero entonces pensé en Marc. Mi mejor amigo, mi maestro en el arte del caos, mi cómplice Nº1. Sabía que me iba a matar, pero lo necesitaba como agua de mayo. Era el único que sabía la verdad y en quien podía confiar. Así que lo llamé.

—¿Estás ocupado? —susurré casi con suplica.

—No… ¿qué has hecho ahora? —me respondió él, como si ya lo supiera todo, no hacía falta verme para conocerme.

—Hero me ha invitado mañana a la playa. —murmure bajito.

—Ajá. — Dijo él como si ya supiera todo lo que le iba a decir.

—Y ya sabes que no puedo decirle la verdad a mi abuelo…

—Déjame adivinar: quieres que le diga a Rodrigo que estarás conmigo. — sonó más serio de lo normal.

—Siiiii —admití—. Y le diré que iremos a navegar. Porfis. Hazme este último favor…

—Abril —suspiró él—. Me debes otra.

—Te debo la vida. Te quiero y lo sabes.

Esa noche, durante la cena, me acerqué a mi abuelo con el valor de una gladiadora entrando al Coliseo.

—Abuelo, mañana Marc me ha invitado a navegar. Estaremos fuera todo el día y ya sabes cómo es esto de salir en barco.

Me preparé para el sermón del siglo, pero para mi sorpresa, él simplemente dijo:

—Perfecto. Te vendrá bien. Además, hace tan bueno que aun parece verano.

Me sentí fatal por mentirle, pero no tenía otra salida. Él jamás aceptaría que yo pasara un día entero con un González.

A la mañana siguiente me desperté antes que el despertador. Abrí el vestidor como si fuera la sección de moda de una revista. Quería algo casual, bonito, natural… sexy sin querer, pero sin querer queriendo. Después de probarme media vida, escogí jeans y un jersey con abalorios. Me miré al espejo.

—Tranquila… es solo Hero.

Mentira. Hero nunca era "solo Hero".

Llegué al paseo marítimo a las 10:45. El aire olía a sal, las olas estaban tranquilas, el cielo de finales de octubre seguía despejado… y yo sentía que cada paso que daba me acercaba a algo que no sabía si me daba más miedo o más ilusión. Me senté junto al puesto de helados cerrado, apretando las manos sobre el bolso.

Hero llegó a las once en punto. Llevaba un jersey blanco que resaltaba su piel morena, unos pantalones de hilo y unas gafas de sol que parecían hechas a medida para él. Venía con una mochila al hombro, y con esa forma tan suya de caminar: relajada pero intensa, como si el mundo se abriera paso a su alrededor. Al verme, levantó la mano para saludarme con una sonrisa que casi me derrite.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí, claro —respondí, intentando no parecer una loca enamorada, aunque ya era tarde para eso.

Caminamos hacia la playa mientras él hablaba del calor que hacía siendo noviembre, de una serie que había empezado en Amazon y de lo difícil que le resultaba dormirse últimamente. Yo asentía, le respondía, y al mismo tiempo me dedicaba a observar cada gesto suyo. Cada palabra que decía parecía construir un puente entre los dos.

Y aunque no quería admitirlo del todo, sentía dentro de mí un hormigueo constante, una emoción tonta pero poderosa, como si cada minuto que pasaba a su lado me estuviera enamorando un poco más.

16
Un rincón especial

Pov: Abril

Cuando llegamos a la playa elegimos un sitio casi pegado al agua, donde la arena todavía estaba tibia pero el mar nos rozaba con esa brisa salada que hacía parecer que todo lo demás quedaba lejos. Extendí mi toalla como quien coloca territorio propio, mientras él sacaba de su mochila dos bebidas como si tuviera telepatía.

—Pensé que algo fresco no vendría mal —dijo, guiñándome un ojo con esa seguridad suya que, sinceramente, ya debería llevar advertencias.

Yo pensé que lo único que necesitaba fresco era mi cabeza, porque entre la calma, el sol y lo guapo que estaba, me costaba fingir normalidad. No era muy de perder la compostura, pero con él… mi autocontrol hacía huelga.

Hablamos de todo, como si nos conociéramos desde siempre y no desde hacía unos meses. Reímos, corrimos por la orilla como si tuviéramos diez años —bueno, vale, técnicamente sí los habíamos pasado— y saltamos las olas frías que nos perseguían con mala leche. En un tramo de rocas casi resbalo, pero él me agarró de la

mano en un gesto tan rápido y natural que se me encendió el corazón como si le hubieran dado un golpe.

Y yo, que había estado con Alex, que había vivido demasiado para mi edad, que era la jodida popular del instituto… me noté un poco idiota por sentir aquel cosquilleo adolescente. Y al mismo tiempo, me encantó sentirlo, porque no recordaba ni una de esas sensaciones con anterioridad.

El sol cayó de forma perfecta sobre sus ojos, y me quedé mirándolo un segundo más de lo permitido por el manual de "no te enamores demasiado rápido". Había una calma en su forma de ser que chocaba con el torbellino emocional que me despertaba.

—¿Todo bien? —preguntó, atrapándome sin esfuerzo.

—Sí… solo estaba pensando en lo bien que estoy aquí contigo —respondí con una sonrisa ladeada. Yo no ocultaba cuando alguien me gustaba. Fingir nunca había sido mi estilo y sabía que me lo podía permitir.

Él sonrió, y esa perfecta sonrisa sincera y sexy me agitó por dentro.

—Yo también me siento muy bien contigo —contestó, como si lo dijera sin pensar. Y justo porque parecía sincero… dolía un poquito más.

Se acercó despacio, con ese aire de "sé exactamente lo que hago y aun así lo hago suave". Me besó dulce… luego más profundo. Sus labios se moldearon a los míos, su lengua rozó la mía con una calma que encendía todo mi ser de arriba abajo literalmente, y mis manos encontraron su cuello como si siempre hubieran estado destinadas a hacerlo.

Sus manos se posaron en mi cuerpo y toda mi piel reaccionó. Respirar se volvió difícil y pensar no te digo cuánto.

Y justo cuando estaba a punto de perder lo que quedaba de control, se apartó. De golpe.

No lento, ni con duda.

De golpe.

Lo miré, sin pestañear, intentando descifrarlo. Él parecía igual de sorprendido que yo, como si su propio cuerpo lo hubiese traicionado.

¿Me había rechazado?

¿Ahora?

¿En serio?

No dije nada, lo cual era raro en mí —normalmente tengo una réplica cargada y lista—, pero me limité a seguirlo cuando me tomó de la mano y me alejó de aquel rincón. Mi cerebro iba a mil por hora, pero su mano cerrándose en la mía era suficiente para no soltarme.

Seguimos caminando, y yo admiré su espalda. Textualmente. No llevaba camiseta, la había guardado en la mochila. Tenía músculos definidos, brazos fuertes… un cuerpo que gritaba gimnasio, disciplina y genética trabajando en equipo.

—Te llevaré a comer a un lugar muy especial —anunció con esa sonrisa que parecía saberse peligrosa.

—No sé si me podrás sorprender —respondí con ironía suave —. Ten en cuenta que he probado los mejores restaurantes de esta ciudad… y de media Europa.

—En este estoy seguro que no has estado —contestó revoloteando mi pelo con los dedos, como si yo fuera algo fácil de desordenar.

Lo seguí sin preguntar más. Y eso, viniendo de mí —la que siempre quiere saberlo todo—, ya era una señal.

El sendero entre árboles se volvió más fresco, más silencioso, como si estuviéramos entrando en una burbuja.

—¿Dónde estamos? —pregunté, aunque en el fondo me gustaba no tener la respuesta.

—En un sitio al que no suele venir nadie —respondió sin soltarme.

Y entonces apareció.

Un claro escondido entre árboles, velas encendidas, un pequeño comedor al aire libre, una mesa para dos con mantel blanco y luces tenues. El mar rompía cerca, pero parecía lejos. Como si este lugar existiera fuera del mapa.

—¿Es esto real? —pregunté, con fascinación camuflada bajo el tono más neutral que pude fabricar.

—Nunca he traído a nadie aquí —dijo con esa seriedad que sólo saca cuando algo significa demasiado.

Quise creerlo, y a la vez una parte de mí dudó —porque este chico era el tipo de persona que fácilmente podría haber traído a una docena de chicas antes que yo—. Pero algo en su voz me hizo dejar la duda en pausa.

Nos sentamos, en esa mesa tan perfecta. Simple, porque no tenía nada de especial, pero el lugar si lo era. Te envolvía, te hipnotizaba y estaba segura que guardaba más de una historia.

La atmósfera era ridículamente íntima. Tan íntima que me tensé un poco.

No porque él me intimidara —no había chico en el planeta que pudiera hacerlo—, sino porque sentía que estaba entrando a un lugar de él que nadie había tocado.

—Era de mi padre —añadió, y su rostro se endureció. Una sombra le cruzó los ojos.

Escuché la historia: su padre, una mujer antes que su madre, un amor que no salió, un lugar que él compró como reliquia del pasado y que dejó apartado, solo para pequeñas ocasiones.

—¿Por qué me has traído aquí si te remueve cosas feas? —pregunté, sin tacto. Mi ironía podía guardarse, pero nunca mis preguntas.

—Porque es un sitio bonito… y quiero que lo veas conmigo —respondió en un tono más seco, como si intentara convencerse de ello también.

Le toqué la mano. Y él abrió el puño poco a poco, entrelazando sus dedos con los míos.

Ese gesto silencioso valió más que toda la explicación.

Comimos. Hablamos.

Y caminemos no mucho porque justo al lado estaba la playa, algo muy privado, como si solo fuese para ese lugar. El cielo estaba pintado de naranja y nos tumbamos en toallas diferentes, pero demasiado cerca para que eso importara.

—Esta es una de esas cosas que no sabes que necesitas hasta que las haces —dijo él, mirando el cielo.

—¿A desconectar? —pregunté.

—A eso. Y a estar con alguien con quien disfrutas el tiempo.

Sentí un calor subirme del pecho a las mejillas. Yo, que solía mantenerlo todo bajo control, estaba perdiendo la partida sin darme cuenta.

Se sentó mirando el horizonte.

—Quiero decirte algo —empezó.

El aire se volvió espeso.

—Sé que apenas nos conocemos, pero contigo todo es… diferente. Fácil.

Mi corazón dio un vuelco que ni siquiera intenté disimular.

—Yo también me siento así —admití, por primera vez sin añadir sarcasmo.

Él sonrió.

—¿Entonces qué hacemos con esto?

—Lo disfrutamos —dije, sintiendo que por una vez mi voz decía exactamente lo que yo quería.

Sus dedos rozaron los míos. Entrelacé nuestras manos.

Y la electricidad explotó, como si una corriente me recorriera la piel, mis venas sentían un fuerte calor que llegaba hasta mi cuello y el deseo se hizo tan fuerte que casi mareaba. Él me miraba como si quisiera estudiarme y devorarme al mismo tiempo. Y yo… yo no era precisamente de las que retroceden.

Nos acercamos como si algo nos empujara.

No hubo dudas, ni torpeza, ni tensión incómoda.

Solo dos personas que se desean con una claridad dolorosa y deliciosa.

Y entonces, la noche empezó a reclamarnos.

La playa empezó a oscurecerse de una forma que parecía a propósito. El brillo del mar aún nos iluminaba, y él no dejaba de mirarme como si necesitara memorizarme. Había deseo en sus ojos, sí, pero también una especie de urgencia emocional que me hacía temblar más que cualquier roce.

Me tiró suavemente hacia la arena, soltando una risa nerviosa que no coincidía con la mirada hambrienta que tenía.

Sus manos se cerraron en mi cintura y un escalofrío me recorrió entero el cuerpo. No era un gesto suave ni casual; era un

“te he querido tocar así desde hace horas”.

Yo levanté un poco su jersey, dejando que mis dedos recorrieran su piel. Él inhaló rápido, acercándose más de inmediato, como si le faltara el aire. Mis labios buscaron los suyos y nuestras respiraciones se hicieron una mezcla frenética.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos así, moviéndonos con ese ritmo perfecto que sólo aparece con quien encaja contigo de forma absurda.

Caímos en la arena, sentía la humedad de esa tarde de octubre tras mi espalda. Él se acercó con la respiración agitada y note su peso sobre mí, el calor de su piel y la suavidad de sus labios en mi cuello.

Y yo, sin miedo a mostrar lo que quería, porque no era la primera vez que estaba con alguien. Ni la segunda. Sabía lo que me gustaba y sabía cómo pedirlo. Y él… él parecía leerme sin que yo dijera nada, porque sus manos tocaban bien, y trazaron mi piel como si necesitaran entenderla. Yo las guie un poco más abajo, marcando el camino sin vergüenza. Él soltó un suspiro ronco que me hizo arquearme.

A veces el silencio es una conversación completa.

La luna empezó a asomarse por encima de las nubes, iluminando lo justo para darnos un escenario. Y aunque sé que la gente idealiza estas cosas, ese momento no fue cursi.

Fue real, fue intenso, esa chispa entre dos cuerpos que se reconocen.

Él bajó sus labios por mi clavícula, despacio, como si saboreara cada centímetro. Mis dedos se enredaron en su cabello, tirando apenas, marcando mi propio deseo.

Una de sus manos bajó por mi cintura y me atrajo más hacia él. Y en ese instante entendí que no había vuelta atrás.

Sus movimientos eran seguros, pero atentos. Sus besos suaves, pero hambrientos.

Cada roce subía la temperatura del aire, cada respiración mezclada nos acercaba más.

Y cuando nos quitamos el resto de la ropa —sin torpeza, sin prisa innecesaria— todo encajó con una naturalidad que daba

vértigo.

No fue ruidoso.

Ni desesperado.

Fue íntimo.

Jugado.

Cálido.

Él sabía escuchar mi cuerpo, y yo sabía seguir el suyo.

El deseo subió, bajó, se tensó y volvió a crecer hasta llegar a ese punto sin retorno en el que todo estalla.

No daré detalles explícitos porque no los necesitas: baste decir que jamás olvidaré cómo me miró justo antes del final, ni cómo me abrazó después, sin soltarme, con la respiración descompuesta entre mi pelo.

Nos quedamos tumbados un minuto que se sintió eterno. Mi piel temblaba aún con la sensibilidad, y la suya ardía contra la mía.

Miré la luna y de pronto ya no era solo un paisaje.

Era una especie de testigo silencioso de lo que acababa de ocurrir. Estábamos solos escondidos en ese rincón que habíamos hecho nuestro. Aunque alguna vez hubiera sido de alguien más. Yo me lo había quedado para mí, para él.

Nos vestimos despacio, mirándonos demasiado.

Él se sacudió la arena del jersey sin éxito, dando fuertes golpes contra sus piernas.

Yo me pasé las manos por el pelo intentando arreglarlo, sin éxito también, pues estaba despeinada, pero no importaba.

La magia seguía colgada en el aire.

Un viento frío de repente nos golpeó, como recordándonos que el mundo real seguía existiendo, aunque nosotros no quisiéramos.

Me sobrevino un escalofrío involuntario.

Él me miró con los ojos entrecerrados, como si no quisiera despedirse aún.

—¿Te llevo a casa? —preguntó.

—Me encantaría —respondí sin ironía.

El trayecto fue silencioso, pero no incómodo. Su mano buscó la mía en un semáforo y la apreté, como si no quisiera soltarla

todavía.

Me dejó detrás de la urbanización, sabíamos que aún no era el momento de revelar nuestra relación, aunque estaba harta de fingir. Ya no era una niña y quería vivir lo que estaba sintiendo.

Antes de que pudiera abrir la puerta del coche, él me agarró suavemente de la muñeca y me dio un beso que me dejó sin aire: intenso, decidido, como si sellara algo que ninguno de los dos quería nombrar.

Al bajarme, me sentí distinta. Como si no tuviera miedo a sentir lo que estaba sintiendo.

Como si hubiera decidido algo sin decirlo.

Caminé hasta la verja de la gran casa de mi abuelo con las piernas todavía temblando un poco —y no sólo por lo físico—.

Sabía lo que significaba y mi sonrisa me delataba.

No quería admitirlo en voz alta aún, pero ya no tenía dudas:

Estaba locamente enamorada de Hero González.

Y esta vez… no me daba miedo decirlo.

17
La verdad

Pov: Abril

Es cierto que la vida es volátil. Un segundo estás en la playa con la piel todavía ardiendo por las manos de alguien que te hace temblar, y al siguiente la misma vida decide arrancarte el suelo como si nada importara. Esa mañana me desperté con la sensación de que mi cuerpo seguía recordando cada milímetro de la noche anterior, como si el calor que Hero dejó en mi piel se hubiese quedado atrapado en mis huesos, incapaz de apagarse. Pero también desperté con un peso insoportable en el pecho, como si el destino estuviera preparando una emboscada.

Me levanté agotada, con las ojeras marcadas como tatuajes de guerra. Me miré en el espejo y parecía una versión difuminada de mí misma. Mi cara decía "no he dormido", pero mi cuerpo… mi cuerpo todavía sabía exactamente lo que había pasado, como si cada músculo conservara la memoria táctil de sus manos, de su boca, de cómo me había hecho sentir viva y entera por unas horas.

Bajé al salón intentando que mis piernas no se notaran tan débiles. Mi abuelo estaba revisando papeles como si estuviera negociando con el diablo y mi tío Abraham salía del baño con ese aire de superioridad de siempre.

—Buenos días —dije, dejando caer el cuerpo en una silla.

—¿Cómo fue ayer con Marc? —preguntó mi tío, con esa sonrisa irónica que anunciaba tormenta.

Mierda…

Ya empezamos…

—Bien. ¿Por qué lo preguntas? —respondí, usando mi voz más neutra, esa que siempre usaba cuando tenía algo que esconder.

—Porque ayer no estuviste con Marc. Justo me lo encontré en el edificio donde trabaja su padre —soltó, dándome el golpe directo donde dolía.

El expediente que mi abuelo dejó caer sobre la mesa sonó como un disparo.

—Abril —dijo mientras se levantaba, apoyando ambas manos en la mesa con esa autoridad que siempre me dejaba clavada al asiento—, ¿eso que dice tu tío es cierto? — pregunto como un juez apunto de sentenciar.

Sentí un nudo en la garganta, como si tragara piedras. Estaba cansada de mentir. Cansada de esconder. Cansada de que nadie me permitiera respirar.

—Sí —dije finalmente, alzando la mirada—. No estuve con Marc. Pasé el día con Hero.

Y el mundo explotó, pero vamos si explotó, porque yo en ese momento no sabía si esconderme en un bunker o correr hacia el abismo, porque el gesto de mi abuelo se quebró. Se llevó la mano al pecho, respirando entrecortado como si le faltase aire y por un segundo pensé que se desmayaría.

—¡Abuelo! —corrí hacia él, con el corazón a mil.

—Papá, ¿estás bien? —dijo mi tío, acercándose también.

Pero mi abuelo alzó la cabeza con la mirada más fría que le había visto en mi vida, y eso me dolió.

—No puedes volver a salir con ese chico. Te lo prohíbo. ¿Has oído bien? Te lo prohíbo—sentenció, como si su voz fuera una sentencia divina.

—No puedes prohibírmelo —dije, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a formarse—. Me he enamorado.

Fue como lanzar gasolina sobre un incendio.

—Claro que puedo. ¿Enamorado? Te quedarás encerrada en esta casa y te cambiaré de instituto, no lo dudes. Porque tú a esa familia no vuelves a verla. —golpeó la mesa con los nudillos, como si pudiera romper el aire.

—¿Pero por qué? ¿Qué os pasa? —pregunté, sintiendo el temblor en mis manos.

Y entonces…

—¡Porque sois hermanos! —soltó mi tío, como si la palabra no fuera un misil nuclear.

La habitación se quedó en silencio. Yo también. Hasta mi respiración se detuvo. Sentí un frío subiendo por mi columna, tan rápido que pensé que desfallecería.

—Eso es imposible… —murmuré, sin entender cómo mi voz seguía saliendo de mí—. Es mentira. Solo queréis separarnos.

Pero mi abuelo señaló la silla. Su gesto decía: quieras o no, te vas a enterar de la verdad.

Me senté porque mis piernas ya no eran piernas sino dos columnas temblorosas.

—Hace más de veinte años —empezó él, con esa voz grave que nunca usaba conmigo—, fundé una constructora con el abuelo de Hero y otros socios. Tu madre y Jorge, el hijo de mi socio, se enamoraron.

Sentí que sus palabras atravesaban cada parte de mí.

—Todo iba bien hasta que la empresa empezó a hundirse. El abuelo de Hero se llevó todo: los proyectos, el dinero, el futuro. Nos dejó sin nada.

Mi abuelo hablaba, pero yo apenas podía procesar.

—Tu madre quiso marcharse con Jorge. Pero él no se enfrentó a su padre. La abandonó, tenía miedo a las represalias de su familia. Se comprometió con otra mujer. Y entonces… descubrimos que ella estaba embarazada de ti.

Mi corazón dejó de latir un segundo.

Yo era hija de Jorge.

Yo era hermana de Hero.

Yo… había hecho el amor con Hero.

Yo amaba Hero.

Necesitaba aire. No lo había.

—¿Y el hombre con el que se casó mamá? —pregunté, ya sin voz.

—El aceptó casarse con tu madre—respondió mi abuelo—. Al principio aceptó su embarazo, te acepto como una hija, pero el trabajo lo absorbió. Y tu madre era feliz al verte crecer.

Las lágrimas me cayeron sin permiso inundado mis ojos, con esa sensación de pérdida de visión, que me cegaba y me nublaba la vista.

—¿Por qué nunca me lo contasteis? —pregunté, sintiendo la traición clavarse en mis costillas.

—Queríamos protegerte. Creímos que era lo mejor.

Silencio. Un silencio que dolía más de lo que jamás pude imaginar.

—¿Jorge lo sabe? ¿ Hay alguien que lo sepa? —pregunté con un hilo de voz.

—No. Ellos no saben nada.

Y ahí fue cuando la realidad me aplastó: Nadie tenía ni idea. Yo me había enamorado de mi propio hermano. Él se había enamorado de mí sin saber quién era yo. Y me dio asco, me dio pena, me sentí traicionada.

Me levanté sin pensar.

—Abril… —intentó detenerme mi abuelo.

—No puedo estar aquí, me falta el aire—musité antes de salir corriendo.

Subí a mi habitación, cerré la puerta y me derrumbé en la cama. El llanto me sacudió como si mi cuerpo quisiera expulsar el dolor a golpes.

El móvil vibró, era él. Era Hero y yo ya no sabía si mirar ese mensaje, no sabía cómo reaccionar ante esa noticia que me tenía abrumada y destrozada.

<Buenos días ?? . ¿Desayunamos juntos hoy?>
<Creída, te echo de menos>

Clavé la mirada en la pantalla, sin saber que hacer, sin tener claro que era lo que estaba pasando, porque ese mensaje me partió, me rompió por dentro como si todo mi mundo ya no tuviese sentido,

como si todo lo que parecía perfecto se hubiera desvanecido, porque aquello ya no era bueno, aquello era un error y sentí deshacerme.

Y no respondí.

Cada palabra suya era una puñalada directa al corazón.

Horas después, el caos seguía. Las lágrimas también. Las malditas palabras seguían retumbando: *"Porque sois hermanos."*

Sentí que no podía respirar dentro de esa casa. Abrí la ventana y bajé al jardín. Necesitaba huir, aunque fuera de mí misma. Caminé sin rumbo hasta la playa, hasta ese lugar donde horas antes había sido tan especial, buscando silencio, libertad, cualquier cosa que no fuera esta verdad cruel.

Mi móvil vibró de nuevo. Era Hero.

< ¿ Todo bien? No te imaginas lo mucho que estoy pensando en ti.>

Dolió. Mucho. Porque me faltaba el aire, me costaba pensar con claridad.

Escribí lo único que fui capaz de decir:

"Lo siento, no me apetece hablar con nadie. He salido a caminar."

Estuve un rato sentada en la arena, mirando el mar abrazando mis piernas. Mis pensamientos eran un remolino insoportable, de esos que no sabes cómo callar. Todo se me venía a la mente, todas esas mentiras. Caí en la cuenta que mi vida no había sido lo que todos pensaban, ni yo misma conocía mi historia.

Y entonces escuché pasos detrás de mí, esos pasos que conocía tan bien.

—¿Todo bien? —preguntó una voz familiar que, sinceramente, era la última que necesitaba escuchar y, al mismo tiempo, la única capaz de hacerme temblar por dentro.

Mi corazón se descontroló como un caballo sin riendas. Alcé la mirada lentamente, como si me diera miedo confirmar lo evidente, y ahí estaba Hero. Con las manos en los bolsillos, el pelo un poco revuelto por el viento, el pecho subiendo con rapidez como si hubiera corrido para alcanzarme. Y esos ojos grises clavados en mí,

tan llenos de preocupación que casi me hicieron llorar otra vez, como si no tuviera ya suficientes desgracias acumuladas en el sistema.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando sonar normal. Fallé estrepitosamente. Mi voz tembló, mis manos también, y mi dignidad… bueno, hacía rato que había abandonado mi cuerpo.

—Me preocupé —dijo encogiéndose de hombros—. Dijiste que no podías hablar, pero algo en ese mensaje no me cuadró. Sonabas… mal.

Sí, claro, porque estaba intentando procesar la revelación más impactante de mi vida: que la persona de la que me había enamorado, con la que había compartido momentos que jamás podría borrar, era mi hermano. Pero claro, no podía decírselo. Qué maravilloso este juego del destino. Qué refinado su sentido del humor.

No respondí. Me limité a mirar el agua, porque si lo miraba a él mucho rato las lágrimas iban a caer con la eficiencia de unas cataratas.

Hero se sentó a mi lado, dejando solo unos centímetros entre nosotros. Centímetros que antes eran un espacio seguro, cálido, lleno de tensión bonita. Ahora eran un recordatorio cruel de lo mucho que había perdido en menos de veinticuatro horas.

—Abril, ¿qué te pasa? —insistió con la voz más suave que le había escuchado nunca—. Estás rara. No has contestado mis mensajes. ¿Hice algo mal?

Ese "¿hice algo mal?" me rompió. Él, pidiendo explicaciones como si el problema fuera un malentendido tonto, como si no hubiera una bomba nuclear enterrada entre nosotros.

Sentí que las lágrimas subían otra vez, pero me forcé a responder, a decir algo que, aunque no fuera la verdad, al menos funcionara como barrera temporal.

—No eres tú… soy yo —solté, y me odié a mí misma en cuanto lo dije. No podía haber elegido un cliché peor. Ni uno.

Hero soltó una risa corta, triste.

—¿De verdad me vas a salir con eso? Venga ya, Abril. Sé que algo pasa. ¿Por qué no me lo cuentas?

Extendió su mano hacia la mía, y yo la retiré de inmediato como si él quemara. Y en cierto modo… quemaba. Porque ese simple contacto podía desmoronarme. Bastaba un roce para que confesara todo, para que tirara mi vida por la ventana y corriera hacia él como si no existiera nada más, pero no podía porque él era mi hermano, esa palabra dolía en mis pensamientos como una apuñalada en el corazón.

—No puedo contártelo —murmuré.

—¿Por qué no? —preguntó, dolido. Esa herida en su voz me perforó el alma.

Levanté la mirada y me encontré con su expresión, tan sincera, tan vulnerable, tan él. Era injusto. Él estaba aquí, dispuesto a escuchar, a entender, a ser parte de mi vida… y yo tenía que destruirlo sin darle razones.

—Porque si lo supieras todo cambiaría —susurré mientras me ponía de pie casi sin pensar.

Hero también se levantó, colocándose frente a mí, bloqueando mi escape con ese cuerpo que antes me hacía sentir segura pero que ahora era un recordatorio cruel de la prohibición que pendía sobre nosotros.

—¿Qué es eso tan terrible que no puedes decirme? —preguntó, con el tono subiendo un poco, pero sin perder la desesperación.

Y entonces exploté. Todo el dolor contenido salió como un golpe.

—¡Déjalo, Hero! ¡No puedes entenderlo! —grité, sintiendo las lágrimas finalmente derramarse sin control, sin pausa, sin reacción posible.

Él dio un paso atrás, sorprendido, como si mis palabras fueran la prueba de que lo estaba empujando fuera de mi vida sin motivo.

—Si no me dices qué está pasando no puedo ayudarte —respondió ahora con un tono suave, casi roto.

Lo miré y cada célula de mi cuerpo gritó que se lo dijera. Que confesara la verdad, aunque fuera el final. Pero no pude. No pude porque la verdad no era solo mía. Pertenecía a mi madre, a mi

abuelo, a su familia, a un pasado que parecía escrito por un guionista borracho.

—Es mejor que no sigamos viéndonos —dije finalmente, con la voz ahogada.

La frase salió antes de que pudiera detenerla. Como si hubiera estado esperando entre mis dientes desde que salí corriendo de casa.

Hero me miró como si acabara de romperle el mundo.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—. Abril, no puedes estar hablando en serio.

Yo tampoco lo estaba. No del todo. Pero qué más daba lo que yo quisiera.

—Lo digo en serio —mentí, y dolió incluso respirar—. Esto no puede seguir. Es lo mejor para los dos.

—¿Por qué? —sus ojos se llenaron de un dolor tan profundo que tuve que mirar hacia otro lado—. ¿Por qué estás haciendo esto?

"Porque eres mi hermano."

Quise decirlo. Lo juro.

Pero la frase se me quedó atrapada en la garganta como un secreto prohibido que quemaba.

—Porque es lo correcto —respondí al final. La mayor mentira que había dicho en toda mi vida.

Hero cerró los ojos un segundo, como si necesitara contener algo que estaba a punto de romperlo en dos. Cuando los abrió, había renunciado. Yo lo había obligado.

—Está bien —dijo con una voz que ya no era suya, sino la sombra de lo que quedaba—. Si eso es lo que quieres, no voy a insistir.

Y se fue.

Se fue sin mirar atrás.

Cada paso suyo perforó algo en mí, como si dejara agujeros a su paso.

Cuando desapareció entre las sombras, mi cuerpo finalmente cayó al suelo. Ya no podía fingir ni mantenerme firme. Me derrumbé por completo, llorando hasta que la garganta me ardió, hasta que

las manos me temblaron, hasta que mi pecho se cerró como si quisiera proteger el hueco que había dejado él.

Había hecho lo que me habían pedido. Lo que supuestamente era "correcto".

Pero mientras me rompía allí, sola y derrotada frente al mar, solo podía pensar una cosa:

Acababa de perder algo irremplazable, algo que nunca volvería a sentir igual, algo que, aunque prohibido y caótico, había sido lo más real de mi vida.

Y sinceramente no tenía idea de cómo vivir con eso.

18
De vuelta a la normalidad

Pov: Abril

Sin querer, ya era lunes. Me pareció casi una broma cósmica: todo desmoronándose y, aun así, el calendario avanzando como si mi vida no fuera un incendio. Decidí aferrarme a la rutina, como si esconderme en ella pudiera evitar que mi mente siguiera cayéndose a pedazos.

Rodrigo me llevó al instituto. No hablamos. Él sabía que yo sabía que él sabía. Maravilloso, ¿no? Ese silencio tenso que corta el aire como un cuchillo. Su forma de no mirarme era otra manera de recordarme que la historia de mi madre nos había explotado a todos en la cara.

Bajé del coche con un portazo que ni siquiera pretendí suavizar. Necesitaba sentir que controlaba algo, aunque fuera la fuerza con la que cerraba una puerta. Caminé rápido, decidida, como si mis pasos pudieran competir contra lo que llevaba en el pecho.

Llevaba dos días sin dormir. Mi cara era un poema trágico: ojeras profundas, piel apagada, ojos hundidos. Parecía más una versión borrosa de mí misma que una persona funcional. Una resaca emocional sin fiesta previa—el colmo de lo inútil.

Un viento frío me golpeó la espalda y, justo después, Valeria apareció corriendo hacia mí.

—Tía, ¿a dónde vas? Estás hecha polvo —diagnosticó. Siempre tan sutil.

—A economía —respondí sin ganas, sin energía, sin mí.

—A ti te pasa algo. El sábado no viniste a la fiesta y ayer no contestaste ni uno de mis mensajes —me soltó, con ese tono suyo que es mitad regaño, mitad abrazo forzado.

—No me encuentro bien. Un poco enferma. No tenía ganas —mentí, buscando no romperme allí mismo.

Entonces apareció Marc. En su estilo habitual: entrando en mi vida como una notificación inesperada.

—En serio, lo siento. No tuve escapatoria —dijo ahogado por sus propios nervios—. Tu tío me acorraló. Me hizo un interrogatorio

y… canté.

Juntó las manos como si esperara absolución divina. No tenía fuerzas ni para enfadarme.

—Tranquilo, no pasa nada. Supongo que era lo mejor —respondí, aunque mi voz traicionó algo de lo que sentía.

—¿Qué está pasando? —preguntó Valeria, abriendo más los ojos—. No entiendo nada.

—Que te explique con quién quedó el sábado… —dijo Marc, guiñándome, antes de huir porque era experto en dejar bombas activas y correr.

—Después hablamos —le dije a Valeria antes de entrar al aula, cortante y agotada.

Me senté junto a Claudia. Su energía me chocó de frente; parecía un sol iluminando un funeral. Me habló emocionada de la fiesta, de gente nueva, de lo mucho que habría querido que yo estuviera. Asentí, sonreí un poco. Fingí que mi mundo no estaba roto.

Saqué el portátil… y lo vi entrar.

Hero.

Su presencia hizo que algo dentro de mí se quebrara de nuevo, pero de una forma más silenciosa, más cruel. Sentí un dolor físico, como una presión que me aplastaba el pecho desde dentro.

¿Cómo se suponía que debía verlo como un medio hermano? ¿Cómo se supera algo así? ¿Por qué la atracción seguía ahí, intacta, revelándome lo mucho que lo quería, aunque no pudiera tenerlo?

Él me miró un segundo, uno pequeño y luego desvió la vista, frío, distante. Como si yo fuera una desconocida más. Me obligué a mirar hacia el frente. Me obligué a respirar. Me obligué a existir.

Era un infierno.

Las horas pasaron lentas, como si alguien hubiese puesto la vida en cámara lenta. No recordaba sentirme tan mal desde que perdí a mi madre. Y eso dice mucho.

Finalmente, colapsé por dentro. Me levanté. Me fui. No podía seguir fingiendo que estaba bien. Ni siquiera recordaba la última vez que había comido. El vacío en mi estómago era nada comparado con el vacío en el pecho.

En el pasillo, mientras hablaba con una compañera sobre tonterías, lo vi caminando, iba con Ari colgada de su cuello, como si fueran una pareja perfecta sacada de un catálogo barato.

Ella apoyada en él, caminando cómplices y risueños, como si se estuvieran diciendo secretos que solo ellos dos podían saber. Él sin moverse para apartarla y riéndole la gracia y yo. Yo sentí un nudo subir desde la garganta hasta los ojos. Un nudo que no se deshizo, que se quedó ahí, clavado.

Ari, con esa sonrisa de "mira lo que tengo", me saludó como si yo fuera invisible. O peor: como si fuera irrelevante. No tenía ni idea del sitio donde había estado con él, ni lo que se había dicho, ni lo que significaba para mí. Ni quién era yo para él ahora, porque ya era intocable, impensable, ya tenía que quitármelo de la cabeza, por lo que era mío, porque, aunque no quisiera creerlo, él era mi hermano, esa palabra que ahora odiaba y que antes tantas veces había pedido.

Y, aun así, triunfaba.

Yo… simplemente desaparecía.

Supe entonces que tenía que irme. Ya. Antes de romperme delante de todo el mundo.

Salí del instituto sin rumbo. Caminé. Caminé mucho. El frío de la mañana era lo único que mantenía mis pensamientos en línea. Era incómodo, pero al menos era real. No como todo lo demás.

Tenía el móvil en el bolsillo de la chaqueta vaquera, y vibró, lo saqué para ver quien era y vi lo insistente que era Valeria.

Contesté porque si no, acabaría buscándome con drones y rayos ultrasónicos.

—¿Dónde estás? Pasé por clase y no estabas —dijo sin adornos.

—No me sentía bien —respondí, intentando sonar plana.

—Tía, no me vengas con eso. Voy a encontrarte, me da igual dónde estés. Y creo que esto tiene que ver con Hero —sentenció.

Y ahí estaba. La palabra prohibida, el nombre propio que se había convertido en herida, Hero.

Me quedé callada unos segundos, ese silencio confirmó todas las sospechas de Valeria y me atacó a preguntas, ella era así,

protectora y más que una amiga, la familia que yo había elegido.

—¿Es por él? ¡Lo sabía! —insistió—. ¡Dímelo ya!

—No es solo por él. Son cosas que no sabes, Vale. Cosas que ni siquiera sé cómo explicar —admití, sintiendo cómo mi voz se quebraba.

Valeria guardó silencio unos segundos, que en ella es como una declaración de amor.

—Sabes que estoy aquí, ¿vale? Sea lo que sea, no lo tienes que cargar sola. Te quiero, tía —dijo con esa honestidad suya que siempre me atraviesa.

—Lo sé. Gracias. Pero necesito tiempo. Nos vemos luego —respondí, antes de que insistiera más.

Guardé el móvil en la mochila, lo dejé en silencio, no me apetecía coger más llamadas, no quería dar más explicaciones y tenía todo el derecho del mundo a alejarme de todos, porque lo necesitaba, porque estar sola era lo que ahora más paz me daba.

Y pasé por allí, por el parque donde mi madre me llevaba. Donde me peinaba las trenzas desechas después de un largo día de colegio. Donde me limpiaba las lágrimas cuando me caía de los columpios. Donde su risa llenaba todo ese lugar que a mi tanto me gustaba.

Me senté en un banco, y noté como si el mundo se volvía demasiado silencioso, demasiado honesto.

Me faltaba ella.

Todo lo demás… era secundario.

19
Quiero olvidarla

Pov: Hero

La vi parada en el pasillo como si no perteneciera ahí. Como si el resto del mundo no tuviera permiso para rozarla. Ella estaba fija en Ari, que hablaba demasiado cerca de mí, colgada de mi cuello con esa alegría exagerada que siempre usa cuando quiere aparentar que le importo. Pero la mirada de Abril… joder. Ese brillo apagado, esa tristeza en los ojos. Era como si estuviera viendo cómo algo dentro de ella se rompía en silencio. Y lo peor es que se quedó quieta. No dijo nada. No me apartó la mirada. Solo… la aguantó. Como si no tuviera derecho a intervenir.

Ari había aparecido de improviso esa mañana, exigiendo explicaciones por no ir a la fiesta. Obvio que no fui. ¿Cómo iba a ir cuando había pasado el sábado entero con Abril? Ese día había sido un punto de inflexión para mí. Me perdí en ella—en su boca, en su

risa, en la forma en que su cuerpo se adaptaba al mío como si ya lo conociera de otra vida. La forma en la que respiraba cuando la tocaba… eso me perseguía incluso ahora. Abril tenía esa capacidad absurda de hacerme sentir como si el caos dentro de mí encontrara un sitio donde descansar.

El problema es que algo en ella había cambiado. Lo vi en su mirada desde lejos: estaba asustada. No de mí. De algo más grande, algo que yo no podía adivinar. Y esa idea me carcomía. Porque no quería admitirlo, pero ya era demasiado tarde: estaba enamorado. A Enzo siempre le encantaba decir que yo jugaba con fuego, que algún día me quemaría. Pues ahí estaba: carbonizado por culpa de una chica que ni siquiera sabía lo que valía.

Así que lo que hice fue lo más idiota posible. Tonteé con Ari. No por interés, sino para fastidiar a Abril. Para hacerle creer que no había dormido con su recuerdo clavado en mi pecho, que aquel día no había sido el mejor día de mi vida. Me comporté como un crío. Y, aun así, verla allí parada, aguantando, sin moverse… fue como recibir un golpe directo al estómago. Más fuerte de lo que estaba dispuesto a aceptar.

Las frases de Abril del día anterior me perseguían como un eco constante: *"No lo entenderías."*

¿El qué? ¿Qué era lo que no podía entender? ¿Por qué de repente pensaba que separarnos era "lo mejor"?

Estaba desesperado por respuestas, pero ella parecía haber desaparecido detrás de una pared invisible. Y en esa pared se había quedado mi orgullo estampado.

—¿Quieres tomar algo esta tarde? —preguntó Ari, con una sonrisa tan forzada que casi daba pena.

—No puedo, tengo cosas que hacer —mentí, sin esfuerzo.

—Si algún día te apetece… —insistió.

—Ya te diré —corté, alejándola.

En cuanto pude, busqué a Abril. La vi desde lejos, caminando fuera del campus, hablando por teléfono. Estaba inquieta, nerviosa, como si todo su cuerpo estuviera al límite. Me quedé mirando su perfil desde la distancia. Sus gestos. La forma en que se pasaba una mano por el cabello. No quería acercarme porque, si lo hacía, sabía

que iba a terminar rompiéndome. Ella era mi punto débil. Y el simple hecho de admitirlo me revolvía el alma.

En casa, Enzo estaba estudiando. Estaba tan concentrado que me ignoró hasta que hablé.

—Me ha dejado —solté. Ni siquiera sabía cómo decirlo sin que me doliera.

Él me miró como si acabara de escuchar la broma del siglo.

—No te creo —se burló—. El Romeo de la familia, rechazado por la chica más guapa del instituto.

Rodé los ojos. No tenía paciencia para sus estupideces.

—Eres imbécil.

Él se echó a reír.

—¿Y no eras tú el que jugaba con ella? Pues toma. Te ha salido mal la jugada.

—No sé para qué te cuento nada —murmuré.

Pero lo cierto es que necesitaba decirlo en voz alta. Necesitaba admitir que algo en mí se había roto cuando Abril me dijo que no quería volver a verme.

—¿Qué le hiciste? —preguntó por fin, serio.

—Nadie lo sabe. Ni yo —respondí—. Me soltó que era lo mejor y punto.

—Tuvo que ser su abuelo —reflexionó—. A esos tíos no hay quien los entienda.

Esa idea se quedó clavada en mi mente.

Dormí fatal. O, mejor dicho, no dormí. Me pasé horas viendo series sin prestar atención, repasando los mensajes de Abril una y otra vez. No había nada raro. Nada que explicara lo que había cambiado tan de repente. A veces parecía que ella tenía una vida paralela en la que yo no tenía permiso de entrar.

Por la mañana, Enzo me despertó golpeando la puerta como si quisiera tirarla abajo.

—Hoy conduces tú.

Me vestí, me peiné a medias, y nos fuimos. Solo quería llegar cuanto antes. Verla. Aunque no pudiera tocarla. Aunque ella fingiera que me odiaba.

En el campus nos encontramos con Pol y Ricky. Como siempre, hablando de drogas, fiestas y conquistas vacías.

—Esta tarde a casa de Carlos. Tenéis que venir —anunció Ricky.

Asentí sin ganas. Ni siquiera sabía por qué iba.

Y ella pasó por mi lado, mi kriptonita, mi adicción incontrolable.

Abril caminaba con Ari y Valeria. Y aunque estaba sonriendo, había algo roto en su expresión. Algo que me dolió reconocer. Cuando nuestras miradas se cruzaron, ese dolor apareció aún más claro. Como si los dos estuviéramos sosteniendo un peso que nadie más podía entender.

Ari vino corriendo a saludarme. Me besó en las mejillas. Sonreí por inercia. Pero mi atención estaba fija en Abril, que evitaba mirarme.

Fui a clase antes que ella—algo que nunca hacía. Quería hablarle, aunque fuera una tontería. Quería que me dijera que todo esto era un malentendido horrible.

Cuando entró, parecía otro ser humano. Brillaba. Incluso triste, brillaba. Pasó junto a mí y su perfume me golpeó como un recuerdo demasiado fresco. Me acerqué decidido, ella estaba sacando el portátil de su funda. Su cabello castaño le caía por la cara, su rostro perfecto imponía, porque ni ella misma sabia lo perfecta que era.

—Abril, ¿podemos hablar?

—No —respondió seca—. No tenemos nada pendiente.

—Yo creo que sí. — le conteste apoyando mi mano en su mesa. Pero ella volvió la cabeza y siguió como si nada.

El profesor estaba entrando en el aula y nos invitó a sentarnos en nuestros asientos, la clase estaba empezando. Esa hora se hizo interminable, tenía tantas cosas que decirle, pero sabia lo terca que era, era de decisiones tajantes.

Al acabar la clase, la esperé. Estaba nerviosa, torpe, recogiendo sus cosas. Porque sabía que iba a buscarla para que me acabara de decir que era eso que no podía entender.

—¿Qué quieres? Lo del otro día está hablado —intentó zanjar el tema.

—No lo creo —respondí, conteniendo la rabia—. No puede ser que después de ese día perfecto quieras tirarlo todo.

—Te digo que es imposible, Hero. Y ya está.

Sus palabras me atravesaron. Sentí un ardor en la garganta que me quemaba hasta el estómago.

—No puedo creer que lo que quieras sea hacer caso a tu abuelo. Te dije que quería estar contigo.

Me miró… y apartó la mirada, ya había decidido. Me fui, como un perdedor, como un idiota enamorado que no sabe dónde colocar su dolor.

Por eso fui a la fiesta, porque necesitaba dejar de sentir, necesitaba anestesiarme. Porque si no bebía, iba a terminar buscándola.

La casa de Carlos era enorme, llena de gente, llena de oscuridad disfrazada de luces de colores. Alcohol, música, cuerpos mezclados. Todo lo que antes me encantaba. Nada me hacía sentir ahora.

Hasta que vi a Carlota. Me buscaba, ella siempre lo hacía. Sabía exactamente cómo tocarme el cuello para que no pensara. Así que la besé, fuerte, desesperado, para olvidar. Como si pudiera arrancar a Abril de mis labios.

Pero en cuanto abrí los ojos… allí estaba ella, Abril. Mi jodida herida abierta, esa que no quería cicatrizar. Y no entendía porque, a mí nunca me había pasado. Si una tía pasaba de mí, next y a por otra. Pero ella se había metido dentro y no había manera de sacarla de ahí. hay

Un minivestido. El pelo perfecto. Su aura. Toda ella entrando como un desastre anunciado.

Y entonces la perdí por completo.

Intenté rozarla. Me apartó.

Salí al jardín con Enzo y Carlos. No podía respirar.

—Quiero olvidarla, pero me la encuentro en todos lados —escupí.

Y entonces la vi de nuevo, bailando con un tío. Pero no cualquiera. Ese dolía mucho más.

—¿Quién es ese? —pregunté con el corazón en llamas.

Carlos me miró como si fuera obvio.

—Álex. Su ex.

Y en ese instante, algo dentro de mí se incendió.

No celos.

No rabia.

Furia.

La clase de furia que hace que pierdas el sentido y te de igual todo lo que pase después, como si después de eso tuviera que arder el mundo, te da exactamente igual, porque es esa furia que viene cuando amas a alguien y te lo arrancan.

— Álex. —Su ex.

El tío que había tenido el privilegio de tocarla antes que yo. El que había sido parte de su vida mientras yo ni siquiera sabía que existía. Esa simple verdad me explotó dentro como una bomba mal colocada. Lo miré bailar con ella: su mano sostenía su cintura, demasiado abajo, y Abril no lo apartaba. Peor aún: se reía. Se reía como si no le doliera nada. Como si esa sonrisa no me atravesara a mí por dentro.

—Tú tranquilo —dijo Carlos, dándome una palmadita en la espalda—. Abril siempre vuelve a Álex. Es su tóxico favorito.

Y entonces dejé de escuchar.

Todo mi cuerpo se tensó. Mi mandíbula se cerró tanto que sentí cómo los dientes me crujían. No sabía si quería romperle la nariz al tío… o salir corriendo para no ver lo que veía. No sabía si quería arrancarla de sus brazos o arrancarme el corazón para no sentirlo quemar así.

La música seguía vibrando, pero en mi cabeza solo había un rugido.

La quería. La quería más de lo que era capaz de admitir. Más de lo que era capaz de manejar. Y ahí estaba ella, dándole a otro lo que yo rabiosamente deseaba.

—Hero, respira —ordenó Enzo, sujetándome del antebrazo.

—No me digas que respiré —escupí entre dientes.

Su mirada se endureció.

—Estás borracho y celoso. Mala combinación.

Lo aparté de un empujón. No tenía derecho a analizarme. No cuando yo sentía que me partía por dentro.

Volví a mirar hacia donde estaban. Abril seguía bailando, pero algo cambió: se giró un poco, quizá buscando a Valeria o a Ari… y me encontró. Nuestros ojos se engancharon como un imán maldito. Por un segundo, solo uno, vi dolor en su mirada. No diversión. No indiferencia. Dolor.

Y eso me destruyó más que verla reír con Álex.

Intentó apartar la mirada, pero no pudo. Yo tampoco. Era como si los dos estuviéramos gritándonos por dentro *haz algo*, *dime algo*, *sálvame*, pero ninguno de los dos pudiera mover un músculo.

Álex, ajeno a todo, la tomó de la cintura y tiró de ella hacia él.

Eso fue suficiente.

Solté el vaso de golpe y este cayó al suelo, derramando alcohol sobre mis zapatillas.

—Voy a partirle la cara —murmuré. No era una amenaza vacía. Era una decisión.

Enzo se puso delante de mí.

—Tú no vas a ningún lado.

—Enzo, quítate.

—No voy a dejar que hagas el imbécil —dijo firme—. Ella decidió irse con su ex. No es tu problema.

—Es mi problema —lo interrumpí, empujándolo con fuerza—. Todo esto es mi problema.

Mis pasos eran un tambor en el suelo. Cada metro que avanzaba, mi sangre hervía más. Pero antes de llegar a ella, una mano se aferró a mi camiseta desde atrás.

—¿Qué haces? —preguntó Valeria, con los ojos como platos.

—¿Qué coño te importa? —respondí sin pensar.

—Me importa porque estás a punto de arruinar algo que ni siquiera entiendes —dijo ella moviéndose para bloquearme el paso.

Valeria siempre había tenido una intuición brutal… y ahora mismo la odiaba por tenerla.

—Muévete —ordené.

—No.

Ella sabía, no cómo, no por qué. Pero sabía que algo raro estaba pasando entre Abril y yo.

—¿Quieres que Abril te odie de verdad? —susurró—. Haz una escena y verás.

Su frase me cayó como un cubo de agua helada. No porque me diera miedo hacer el ridículo, sino porque… tenía razón.

Di un paso atrás, temblando de rabia.

—Joder… —me pasé las manos por el pelo.

Valeria se relajó un poco.

—Ella no está bien. No hagas que sea peor.

Yo estaba tan cabreado, tan dolido, tan confundido, que no podía ni respirar.

Abrí la boca para decir algo, pero ella ya se alejaba.

Y justo cuando iba a volver a mirar a Abril, la escena que vi me arrancó el alma de cuajo.

Álex la había acercado más. Ella no parecía disfrutarlo, pero tampoco lo apartaba. Y entonces él bajó la cabeza para hablarle al oído. Abril se tensó. Su expresión no era de placer… sino de incomodidad.

Apreté los puños, respiré hondo, y supe que esa guerra aún no había empezado.

20
Mi castigo

Pov: Abril

Nos presentamos en la fiesta de Carlos como quien se adentra en un territorio donde sabe que va a acabar herido pero aun así entra, porque quedarse en casa habría sido peor, porque Ari estaba demasiado emocionada con la idea de ver a Hero y porque Valeria insistía con esa seguridad suya que siempre me arrastra, aunque mi estómago ya murmuraba que aquella noche sería un desastre monumental; llevé mi minivestido de Gucci, que últimamente me quedaba un poco más suelto debido a los kilos que había perdido sin querer, porque cuando el estrés decide mudarse a tu cuerpo no pregunta, simplemente se instala y te quita el apetito como si fuera un impuesto obligatorio.

La música vibraba en cada superficie de la casa y las luces parecían demasiado brillantes para mi ánimo, mientras sustancias ilegales circulaban con una normalidad que siempre me sorprendía a pesar de haberlo visto tantas veces; yo fingía que aquello no me afectaba, pero era inevitable notar el vacío que me habría en el

pecho cada vez que pensaba en Hero, en lo imposible de nuestro vínculo, en esa palabra que me perseguía como un susurro cruel: *hermano*.

Ari brillaba con esa emoción que la hacía parecer más alta, más valiente, más ella, mientras que Valeria me soltó una mirada que decía sin palabras: *"esto va a explotar y tú lo sabes"*, y lo peor era que tenía razón, como casi siempre.

Entramos al enorme salón donde reinaba un sofá gigantesco y, por supuesto, allí estaba Hero, besándose con Carlota con una intensidad que me resultó insoportablemente dolorosa, como si cada movimiento de su boca fuera una confirmación de que yo debía alejarme, de que lo que fuera que había entre nosotros antes de saber la verdad nunca podría repetirse, y aun así mi cuerpo reaccionó con un sobresalto interno, un temblor que tuve que disimular mirando hacia cualquier sitio que no fuera él, aunque mis ojos volvieran una y otra vez como si tuvieran vida propia.

Ari apretó mi mano con rabia contenida, decepcionada de que Hero volviera a herirme de esa manera ridícula, mientras yo intenté tranquilizarla diciéndole que no valía la pena, aunque mi voz temblaba y mi propia mentira casi me daba risa.

Valeria, con esa capacidad inhumana para arrastrarme a situaciones que no deseo, anunció que íbamos a saludar y nos llevó directas hacia donde estaba Hero, y yo noté cómo mi respiración se aceleraba cuando mi pierna quedó demasiado cerca de sus manos, lo suficiente para que un calor intenso subiera por mi piel como si hubiera sentido un roce real que no existió, aunque por un segundo juraría que sí, y me aparté rápido, huyendo de un contacto que ya no podía permitirme bajo ninguna circunstancia.

Hero se levantó enseguida, como si algo en él se hubiese activado, algo que no quiso mostrar delante de Carlota ni de nadie, y se marchó detrás de Enzo, dejándome con un nudo en el estómago y una rabia mezclada con tristeza que se me quedaba clavada como una espina.

Valeria se puso a bailar, Ari intentaba no mirar hacia el sofá, y yo buscaba distraerme cuando vi a Marc caminando hacia mí con Alex pegado a su lado; la emoción me atravesó de golpe, porque no

esperaba verlo, porque llevaba meses siendo un recuerdo borroso en mi móvil donde nuestras conversaciones nunca pasaban de tres palabras.

Me lancé a sus brazos y él me sostuvo con esa calidez que siempre había tenido, mientras Ari y Valeria se unían al saludo con esa complicidad que extraño cuando no estamos juntas; empezamos a bailar y Alex se acercó más de lo que esperaba, colocándose detrás de mí con una familiaridad que antes me habría hecho sentir cómoda, pero que ahora me resultó extrañamente incómoda, quizá porque mis emociones estaban tan enredadas que ya no sabía qué parte de mí le pertenecía a quién.

—¿Estás con alguien? —susurró en mi oído, con una voz baja que me recorrió la espalda.

Y fue entonces cuando noté un cambio en el aire, un silencio repentino detrás de la música, un latido extraño en mi cuello; levanté la mirada y allí estaba Hero, observándonos con unos ojos grises tan encendidos que parecían llamaradas, con la mandíbula tensa y los puños cerrados de una manera que jamás había visto en él, y su mirada se clavaba en la mano de Alex sobre mi cintura como si quisiera arrancársela.

Dio un paso hacia nosotros.

Luego otro.

Las personas se abrían a su paso sin darse cuenta, como si percibieran la tormenta que llevaba encima.

Cuando llegó hasta mí, el aire se volvió tan pesado que casi se podía masticar.

—Así que era esto —dijo sin apartar los ojos de los míos, y en su voz había celos, dolor, rabia y algo tan intenso que me provocó un vuelco en el estómago.

Ari se quedó paralizada.

Valeria contuvo la respiración.

Alex frunció el ceño.

Pero Hero no vio a nadie más que a mí.

—¿Quién es este? —preguntó Alex, intentando sonar seguro.

Hero giró la cabeza apenas un milímetro.

—Tú cállate —le dijo con una calma tan peligrosa que casi prefería que gritara—. Quiero que lo diga ella.

Su mirada volvió a mí, afilada, hiriente, dolida.

—Abril, diles quién soy.

Yo tragué saliva, sintiendo el pulso en la garganta, porque tenía la sensación de que si decía una palabra la verdad entera iba a escaparse de golpe.

—No es lo que crees…

—¿Y qué coño creo? —interrumpió, dando un paso aún más cerca, lo suficiente para que su pecho casi rozara el mío, para que su respiración chocara con mi cara, para que todo mi cuerpo reaccionara con ese fuego idiota que llevaba semanas intentando extinguir—. ¿Qué te encanta que te toquen delante de mí? ¿Que él puede acercarte las manos cuando yo…?

Se frenó, como si hubiese dicho demasiado.

Alex intentó interponerse, y ahí fue cuando Hero perdió el control: agarró a Alex de la camiseta del hombro y lo empujó hacia atrás, no con violencia absoluta, pero sí con la fuerza suficiente para que todo el salón lo mirara, para que yo sintiera un escalofrío recorrerme entera, para que Alex retrocediera con una expresión de *¿qué demonios te pasa?*

—No vuelvas a tocarla —escupió Hero, y su tono era tan primitivo, tan territorial, tan desesperado, que tuve miedo por primera vez desde que lo conocí.

La presión fue demasiado.

Demasiado para mi cuerpo, para mi mente, para mi corazón.

Y corrí.

Corrí porque si me quedaba un segundo más, yo misma iba a gritar la verdad que no podía decir.

Enzo me siguió sin preguntar, como si supiera que estaba a punto de derrumbarme. Caminó a mi lado durante unos minutos que se me hicieron eternos, hasta que abrió la boca.

—Abril, ¿qué ha pasado?

Me rompí.

Simplemente me rompí.

Me lancé a sus brazos con esa desesperación que solo se siente cuando por fin encuentras un refugio, cuando necesitas que alguien sostenga lo que tú no puedes.

—Todo es un desastre —dije entre sollozos—. No puedo con esto, Enzo, no puedo.

Él me abrazó fuerte, como si ya supiera la verdad, aunque no la hubiera escuchado todavía, porque había algo en nosotros que conectaba de una manera tan profunda que dolía.

—¿Es por Hero? —preguntó con cuidado.

—Sí. No. No lo sé. Es todo. Es demasiado fuerte.

—¿Te ha hecho algo? —Negué rápido.

—No. Es peor que eso. —Él me levantó la cara entre sus manos, observando mis ojos como si buscara algo.

Y lo encontró.

—Dímelo, Abril —susurró.

Respiré hondo, muy hondo, buscando aire y valor.

—Eres mi hermano. —El mundo se detuvo un momento.

Su expresión pasó de confusión a incredulidad, luego a shock absoluto.

—¿Mi… qué?

—Mi hermano, Enzo —repetí, sintiendo que liberar la frase me cortaba y sanaba al mismo tiempo—. Soy hija de tu padre. Mi madre se quedó embarazada antes de que ellos rompieran.

Él abrió los ojos tanto que pensé que iban a salírsele.

—¿Mi padre lo sabe?

—No —respondí con voz temblorosa—. Lo descubrí hace poco.

Se llevó las manos al pelo, caminando en círculos, intentando comprender un puzle que llevaba toda su vida incompleta.

Yo lloraba sin parar, con un nudo que no se deshacía de mi pecho y él respiraba rápido, sin creer lo que le había dicho, estaba en shock. Negaba con la cabeza como si le hubiera dicho una mentira, pero me observo y cayó en la enemistad de nuestra familia.

Finalmente volvió y me abrazó con más fuerza que antes, como si temiera que me rompiera entera.

—Somos hermanos —murmuró, todavía incrédulo—. Joder, Abril…

Me acompañó hasta mi urbanización, porque no podía entrar conmigo.

Me dio un beso en la mejilla antes de irse.

—Mañana hablamos, ¿vale?

Cuando entré a casa, mi abuelo estaba esperando.

La discusión fue inevitable, dolorosa, hiriente.

Me gritó, yo grité más fuerte, y subí a mi habitación con la sensación de que el mundo entero se hundía.

Me tiré en la cama, lloré hasta quedarme sin aire, y cuando el móvil vibró con un mensaje de Valeria —*Hero está fuera de sí, casi se pelea con Alex*— supe que esto aún no había terminado.

Salí al balcón buscando oxígeno, el que me faltaba hacia días, y allí estaba él. Apoyado en una farola como si el peso de la noche estuviera colgado de sus hombros.

Con el pelo revuelto, la respiración agitada y una expresión devastada.

Bajé corriendo, intentando no hacer ruido para no ser descubierta por mi abuelo. Me coloqué una sudadera y abrí con cuidado la puerta de entrada. Lo vi con los ojos furiosos, pero derrotado, como si no supiese que era lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—La pregunta es qué coño pasa contigo —dijo con voz rota—. ¿Quién era él? ¿Por qué te abrazaba? ¿Por qué…?

Me acerqué hasta quedar frente a él.

—No tengo que darte explicaciones.

—Sí. Sí tienes que dármelas —insistió, con los ojos brillantes de celos, rabia y un dolor feroz—. Porque llevo toda la noche sintiendo que algo en mí se rompe cuando te veo con otro.

Mi corazón se detuvo, literalmente.

—Hero…

—¿Es por él? ¿Por ese tío? ¿Lo quieres? —preguntó con un temblor en la voz que me partió entera.

—Sí. — Mentí.

Él retrocedió un paso como si yo lo hubiese apuñalado.

—No… —susurró.
Golpeó la farola.
Se pasó una mano por el cabello.
Me miró como si no pudiera reconocerme.
—Me voy.
—Hero…
—No me sigas.
Y se fue.
Y con él, algo dentro de mí también.

21
No importa

Pov: Abril

Corrí a mi habitación con el corazón hecho trizas. Sentía como si la desdicha se me pegara a la piel, como un manto helado que no podía arrancarme de encima. Mi respiración era irregular, un sollozo detrás de otro, y cada lágrima parecía pesar más que la anterior. Él se había ido de mi vida para siempre. Lo había empujado lejos con

una mentira, una que se aferraba a mi pecho como una losa que no me dejaba respirar.

Me dejé caer sobre la cama sin fuerzas. El colchón se hundió bajo mi cuerpo rígido, como si incluso él se cansara de sostenerme. Lloré hasta que no me quedaron lágrimas, lloré hasta que mis párpados ardieron, lloré hasta que mi cuerpo ya no respondió más. Y, poco a poco, como si mi alma necesitara una tregua, me rendí al sueño. Un sueño pesado, oscuro, sin imágenes, sin alivio… un vacío que no me ofreció consuelo.

Cuando desperté, sentí el cuerpo entumecido. Bajé al comedor como de costumbre, arrastrando los pies, incapaz de ocultar la hinchazón alrededor de mis ojos. El aroma a café flotaba en el aire de forma casi cruel; un olor que antes me reconfortaba y que ahora me resultaba insoportable, como un recordatorio de que la vida seguía, aunque yo estuviera rota por dentro.

Mi abuelo estaba allí, desayunando en silencio, con el semblante serio y una expresión tan inexpresiva que parecía una máscara. Me pregunté cómo sería capaz de mantener esa frialdad incluso cuando todo se caía a pedazos a nuestro alrededor.

—Recuerda que estás castigada. Después de clase, vendrás directamente a casa —dijo con tono seco, sin molestarse en levantar la vista hacia mí.

Su voz cortaba como un cuchillo.

—Hoy tengo entreno... —murmuré con un hilo de voz, aunque en el fondo sabía que no le importaba, que no cambiaría de opinión.

—Rodrigo te recogerá después del entreno, te esperará a la salida —sentenció, levantándose y marchándose sin darme oportunidad a replicar.

Me quedé sola frente a mi desayuno intacto, mirando una tostada que no iba a comer. Ya nada me importaba. No me importaba estar castigada, no me importaba que mi abuelo fuera tan frío... porque mi vida había perdido el sentido. Todo me dolía: el cuerpo, el corazón, incluso la respiración.

Rodrigo me dejó en la puerta del instituto. El cielo estaba gris, y el aire frío me golpeó la cara, despertándome un poco, pero no lo

suficiente como para borrar la pesadez de mi pecho. En cuanto bajé del coche, sentí decenas de miradas clavarse en mí como alfileres. Susurros. Risitas. Miradas de reojo. Murmullos a medio callar. Normalmente me afectaría, me molestaría o incluso me enfadaría. Pero hoy… hoy no tenía espacio para nada más que el dolor.

Caminé con la cabeza alta, aunque por dentro me sentía como un castillo en ruinas, hasta encontrarme con Valeria y Ariadna. Ari apenas me dedicó un segundo de su atención antes de fulminarme con la mirada. Luego se dio la vuelta y se alejó sin una palabra.

—¡Espera! —grité, pero ella ni siquiera aminoró el paso.

Valeria suspiró y me sujetó del brazo con delicadeza, como si temiera que pudiera quebrarme en cualquier momento.

—Déjala —susurró—. Está resentida. No quiere hablar contigo... Dice que le has mentido.

Cerré los ojos un instante, intentando empujar hacia abajo el nudo en mi garganta. Sabía que había metido la pata hasta el fondo, pero no podía decir la verdad. No podía arrastrarla a ese infierno conmigo.

—No podía hacer otra cosa. A mí también me duele todo esto... —gruñí, sintiendo una punzada aguda en el pecho, como si mis costillas se cerraran sobre mi corazón.

—Podías habérselo explicado. Tía, somos amigas... Confiar era importante —replicó Valeria con su sinceridad acostumbrada, esa sinceridad que dolía más por venir de alguien que me quería.

—Sí... Tienes razón —susurré. Una lágrima rebelde resbaló por mi mejilla, pero la aparté rápidamente. No quería llorar más. No quería mostrarme débil. Pero la verdad era que ya no sabía cómo ser fuerte.

Entré a clase con el corazón en un puño. La culpa me quemaba por dentro. Había traicionado a mi mejor amiga y, sin darme cuenta, había destrozado su confianza.

En la puerta del aula, Enzo me esperaba con una sonrisa cálida, un contraste doloroso con el caos que parecía perseguirme.

Corrí a sus brazos sin pensarlo, buscando un refugio en su cercanía. A mi alrededor, las miradas se clavaban en mí, pero ya no

me quedaban fuerzas para fingir que me importaban.

—¿Estás bien, hermanita? —preguntó en voz baja, casi paternal.

Me aparté un poco y lo miré con una mezcla rara entre diversión incómoda y melancolía. Me costaba aceptar la idea de un hermano, de repente, de la nada. Pero Enzo parecía abrazarla con naturalidad, como si siempre hubiera sabido que formábamos parte el uno del otro.

—¿Podemos almorzar juntos? —pregunté con una sonrisa cansada—. Hoy será imposible que nos veamos después del insti, tengo entreno… y mi abuelo me tiene como rehén.

—Sí, quedamos en la cafetería del campus —respondió con tranquilidad. Cogió su mochila del suelo y, antes de irse, me dio un beso en la mejilla.

Justo en ese momento, Hero pasó por nuestro lado.

Ni siquiera giró la cabeza.

Su ignorancia cayó sobre mí como un balde de agua helada. El vacío que dejó a su paso me golpeó más fuerte de lo que quería admitir. Mi cuerpo reaccionó solo: un pequeño temblor en las manos, un pinchazo bajo las costillas.

Con Enzo era fácil. Lo sentía como un hermano de verdad. Pero con Hero… con Hero era distinto. Con Hero había algo que no podía ignorar, algo que había vivido en carne propia, algo que no desaparecía solo porque él dejara de mirarme. Había estado dentro de mí. Lo había sentido. Había sentido que éramos algo más que dos personas equivocadas en el momento equivocado.

Me adentré en clase con el alma hecha pedazos. Sentí las miradas clavarse en mí como dagas afiladas. Murmullos. Susurros. Todos sabían de la bronca que Hero había tenido con Alex. Todos sabían que la culpa era mía.

Inspiré hondo y levanté la cabeza. Ya estaba harta. Harta de escuchar tonterías. Harta de aguantar gilipolleces ajenas mientras mi vida ardía.

—¿Tenéis algún problema? —espeté con voz firme—. Porque, si es así, el psicólogo queda bastante cerca.

Algunos desviaron la mirada. Otros fingieron estar muy ocupados en sus pantallas.

Hero, en cambio…ni se inmutó.

Me volví hacia él con rabia, pero ni siquiera me dedicó un suspiro. Como si todo esto no fuera con él. Como si no hubiera sido el protagonista de la obra maestra que ejecutó la noche anterior.

Lo miré, dolida y furiosa a la vez, pero él lo dejaba claro sin decir una sola palabra: no le importaba. No le importaba lo más mínimo. Para él, todo era un juego. Y cuando una pieza ya no servía, simplemente pasaba a la siguiente.

Y yo… yo ya no era más que un juguete roto.

La clase avanzó entre murmullos que fingían discreción, pero que en realidad competían por ver cuál lograba perforarme primero. Había algo casi divertido en la manera en que intentaban disimular su curiosidad, como si yo no pudiera sentir cómo me recorrían con la mirada buscando grietas nuevas, signos de un drama que ellos mismos habían inventado. No valía la pena dedicarles un pensamiento, aunque admito que había momentos en los que deseaba taparme los oídos solo para no escuchar la forma en que mi propio nombre adquiría un eco irritante entre las mesas.

Cuando sonó el timbre, recogí mis cosas con una rapidez que rozaba la necesidad. Si me quedaba un minuto más, sabía que alguno tendría la valentía —o la estupidez— de acercarse a preguntar por Hero, por Alex, por la versión distorsionada que corría por los pasillos. Prefería enfrentarme a un examen sorpresa antes que a una conversación cargada de insinuaciones.

En cuanto puse un pie en el corredor, la atmósfera cambió. El silencio allí tenía bordes, como si los pensamientos ajenos tuvieran filo. Caminé recta, con la barbilla lo bastante alta para que nadie se atreviera a frenarme, aunque por dentro llevaba un torbellino que me apretaba el pecho.

Allí estaba el apoyado contra una taquilla, hablando con dos chicos como si la noche anterior no hubiese destruido los cimientos de mi vida. No hubo ni un gesto de reconocimiento, ni un mínimo movimiento de cabeza al notar mi presencia. Su indiferencia fue tan precisa que hasta me pareció estudiada, como si quisiera demostrar

que podía ignorarme sin esfuerzo, que para él ya no era más que ruido de fondo.

Apreté la mandíbula y seguí caminando, porque detenerme significaba admitir que aquello me golpeaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Entré en la cafetería con la respiración contenida, buscando un refugio que pudiera sostenerme al menos un instante. Enzo estaba junto a la ventana, moviendo la pajita de su batido con una tranquilidad que casi me resultó ofensiva; parecía vivir en un lugar donde nada se derrumbaba, donde las verdades no llegaban como puños.

Me senté frente a él y solté el aire que llevaba reteniendo desde el pasillo.

—Traes la tormenta puesta —comentó con una sonrisa ladeada, esa que usa cuando intenta suavizar un golpe antes de darme otro.

—Más que una tormenta, un desorden emocional bastante creativo —respondí mientras removía mi café, aunque no necesitara hacerlo.

Él me observó detenidamente, sin apartar los ojos ni un segundo, como si esperara el momento exacto para formular la pregunta que llevaba retenida desde que me vio entrar.

—Pensé toda la noche en lo que me contaste —admitió finalmente—. Aún me cuesta creerlo.

—A mí también —respondí, aunque la verdad era que aún no sabía cómo digerir algo así; la revelación seguía colgando en mi mente como un cuadro torcido que no sabía cómo enderezar.

Enzo apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia mí con una seriedad que pocas veces le había visto.

—Mi padre… no tengo idea de cómo va a reaccionar —su voz sonó más baja, casi temblorosa—. Él siente demasiado. Todo lo que toca lo vive con intensidad, y no sé qué puede significar esto para él.

Sentí un hueco abrirse en mi estómago.

—He pasado toda mi vida al lado de un hombre que no me quería mirar —confesé mientras acariciaba el borde de la taza—. No porque yo hubiera hecho algo, sino porque cada vez que me veía era

como recordar un error que no podía borrar. Crecí rodeada de medias verdades, de silencios incómodos y de la sensación constante de no pertenecer a ningún sitio.

Enzo bajó la mirada con un gesto lento, como si las palabras le pesaran en las manos.

—Y aun así creo que mi padre debe saberlo —respondió—. La verdad siempre termina encontrando salida.

Una tensión distinta me apretó la garganta, una que venía de un lugar más profundo, más antiguo.

—Tus abuelos obligaron a Jorge a dejar a mi madre —dije, sin adornos—. Lo presionaron hasta romperlo. Él cedió. No luchó por ella. Ni por mí.

Enzo levantó la vista con una expresión tan seria que casi me incomodó.

—Entonces se parece un poco a ti —dijo con una suavidad engañosa.

—¿Perdón? — Fruncí el ceño.

—Has hecho lo mismo con Hero —añadió sin apartar los ojos de los míos.

El golpe fue tan directo que me obligó a enderezar la espalda.

—¿Qué tontería estás diciendo ahora?

—Tú lo dejaste —explicó con una certeza que me irritó—. Y lo hiciste porque tu abuelo no quiere que estés relacionada con nuestro apellido.

La rabia me subió en oleadas calientes.

—¿Estás escuchando lo que dices? ¿Eres consciente de lo repugnante que suena? ¡No puedo estar con Hero porque es mi hermano!

Y entonces llegó su silencio que no era vacío, sino un aviso, un silencio que sabía más que yo.

—¿Qué has dicho? —preguntó despacio.

—Que Hero es tu hermano. Tu hermano… y también el mío — repetí, crispada.

Enzo se recostó en la silla, cruzó los brazos, y me observó con una calma fría que no entendí hasta que abrió la boca.

—No, Abril —corrigió—. Hero es mi hermano por parte de madre. Mis padres ya estaban juntos cuando él tenía alrededor de un año.

La frase cayó sobre mí como un cubo de agua helada.

La habitación giró rápidamente como si estuviéramos montados en un carrusel, como si alguien hubiese arrancado las baldosas bajo mis pies.

Intenté hablar, pero no salió ningún sonido de mi boca, quise tragar saliva, aire, pero nada.

El nudo en mi garganta me cerró la respiración. Tosí, me atraganté, y Enzo se levantó enseguida para golpearme la espalda hasta que pude inhalar otra vez.

Cuando logré incorporarme, la realidad ya había cambiado de forma.

No era mi hermano no lo era.

Toda la verdad que había sostenido con desesperación durante días se desmoronó con una facilidad insultante. Y bajo los restos de ese derrumbe, algo más profundo se encendió dentro de mí, algo que ya había intentado enterrar:

Sus besos no estaban prohibidos, sus caricias, aquella noche en la playa no fue un error

Yo no lo había perdido.

Mi corazón volvió a latir con la fuerza de alguien que ha pasado semanas bajo el agua. Como si ya no estuviera enfermo.

Y lo único que supe con absoluta claridad fue que, por mucho que lo negara,

seguía siendo suyo.

Pero el alivio no duró demasiado.

Mi móvil vibró en el bolsillo, mientras Enzo ponía caras raras. Yo con un gesto, quise decir que aguardara un segundo hasta que terminara la conversación.

Lo saqué con manos temblorosas, pensando que podía ser Valeria, o quizá Ariadna lanzándome alguna indirecta pasivo-agresiva. Pero cuando vi el nombre en la pantalla, el mundo se detuvo:

Papá.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Hacía semanas que no sabía de él. Meses desde que mostrara un mínimo interés por mí. Y ahora… ahora estaba llamando.

Tragué saliva y contesté, apretando el móvil contra mi oído.

—¿Sí?

Hubo un silencio breve al otro lado. Un silencio que no sabía interpretar.

—Abril… —dijo finalmente una voz grave, cansada—. ¿Estás bien?

Me quedé inmóvil rozando con los dedos los cantos de la mesa, como si mis manos se hubieran hundido en la madera.

Su tono no era frío, ni distante. Sonaba… preocupado.

De verdad preocupado, como si realmente fuese mi padre, ese hombre que una vez se había preocupado por mí.

Mi pecho se encogió sin permiso.

—Estoy… —tuve que respirar hondo— estoy bien.

—Tu abuelo me llamó anoche —continuó él, con un leve temblor en la voz—. Dijo que estabas alterada. Que te fuiste de casa sin avisar. Que discutisteis fuerte. —Me quedé muda.

Mi padre nunca se involucraba. Nunca.

Era como si yo no existiera para él.

—Solo quería… —hizo una pausa, como si le costara admitirlo — asegurarme de que no te ha pasado nada.

Apreté el móvil con fuerza. Sentí un nudo formarse en mi garganta, uno imposible de tragar.

—Estoy aquí si necesitas hablar —añadió, bajando aún más el tono—. No soy perfecto, Abril. Pero… eres mi hija. Y me importas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas sin que pudiera evitarlo.

—Gracias… —susurré, con la voz completamente rota.

No dijo nada más, y yo tampoco pude. Nos despedimos en un murmullo y colgué. Me quedé allí, quieta, con el teléfono en la mano, mientras el mundo seguía moviéndose a mi alrededor como si nada pasara.

Pero dentro de mí… algo se había movido, algo que no esperaba, que no sabía si me hacía bien o mal. Porque ahora,

además de todo lo que ya tenía encima…también tenía un padre que, por primera vez en mucho tiempo, parecía recordarme.

Y justo cuando pensé que no podía sentir más… mi corazón volvió a latir con fuerza, recordándome que todavía había alguien más en quien pensar.

Hero.

Pero aún no estaba lista para pronunciar su nombre en voz alta.

22
La verdad que lo cambia todo

Pov: Abril

Una losa cayó de mi pecho. Era como si, después de días ahogándome en mi propio silencio, pudiera volver a respirar. El aire entró en mis pulmones con una intensidad casi dolorosa, como si mi cuerpo hubiera olvidado cómo hacerlo. Sentí cómo mis manos dejaban de temblar poco a poco, aunque dentro de mí todavía había un huracán queriendo romperlo todo.

Levanté la mirada y vi a Enzo. Sus ojos reflejaban la misma confusión que los míos, pero también había algo más: alivio. Un alivio que me golpeó fuerte, como si de repente todo tuviera un sentido distinto al que yo había creído.

Tenía un hermano, las palabras se repetían en mi mente sin que pudiera detenerlas. Mi cabeza no lograba procesarlo. Era como si todo lo que había creído hasta ahora se reescribiera ante mis ojos. No entendía cómo mi madre había sido capaz de ocultarme algo tan importante. Había muerto llevándose la verdad con ella, sin darme la oportunidad de conocer mi propia historia.

—Quizá no quería que sufrieras —murmuró Enzo, como si hubiera leído el torbellino que se formaba dentro de mí.

Su voz sonaba tranquila, casi suave, pero yo no podía sentir lo mismo.

—No lo sé... —susurré—. Ahora no está aquí para explicármelo.

Y decirlo así, tan directo, me dolió. Porque era la verdad. Porque ya no podía preguntarle nada, ni obtener respuestas, ni entender por qué pensó que ocultarme un hermano era lo correcto. El dolor se mezclaba con la rabia, una rabia pesada, acumulada durante años sin que yo lo supiera.

Pero Enzo no se alejó. En lugar de apartarse, sonrió con ternura y levantó una mano para acariciarme la mejilla con un gesto tan cálido que me estremeció.

—De todas formas, me alegro de que seas tú mi hermana.

Mi pecho se comprimió de golpe. Aquellas palabras eran un bálsamo inesperado. Yo también lo sentía así, aunque todavía fuera incapaz de darle un sentido completo a todo lo que estaba ocurriendo.

A lo lejos, percibí la mirada de Marc y Valeria sobre nosotros. Estaban en su mesa habitual, observándonos con discreción. Mientras tanto, Hero… él siempre parecía atrapado en su propio mundo, y, aun así, noté cómo lanzaba miradas fugaces en nuestra dirección, como si intentara entender qué estaba pasando sin acercarse demasiado.

No podía soportar aquella tensión. La mezcla de miradas, la verdad recién descubierta, el peso de mis mentiras, el fantasma de Hero mirándome de reojo… todo era demasiado.

Me levanté arrastrando la silla para después colocarla sin hacer demasiado ruido.

—Hablamos por mensaje, ¿vale? Hoy tengo entreno y llegaré tarde a casa —dije, intentando sonar normal.

Antes de irme, me incliné y besé a Enzo en la mejilla. Fue un gesto automático, pero sincero. Necesario. Luego recogí mi mochila y me dirigí hacia donde estaban mis amigos.

Me senté junto a Valeria y Paola, intentando recuperar la cordura, después de todo ahora parecía tener a alguien más en mi vida.

—¿Qué hacías tan acaramelada con Enzo? —preguntó Valeria con una sonrisa pícara.

Rodé los ojos, disimulando mi nerviosismo.

—Nada, solo resolviendo un tema pendiente —mentí.

Otra mentira más. Otra carga sobre mis hombros. Mentir se estaba convirtiendo en algo tan habitual que ya me daba miedo reconocerme en ello. Pero ¿cómo iba a explicar algo tan grande? No estaba preparada para compartirlo, ni siquiera con mis mejores amigas.

—¿Dónde está Ari? —pregunté, desviando la conversación con urgencia—. Le he mandado varios mensajes, pero no me contesta.

El rostro de Valeria cambió, sabia cuando pasaba algo y esa cara era de “se avecinan problemas”.

—No quiere saber nada de ti. Dice que le has mentido. —Mi estómago se cerró en un puño.

—No quería… —murmuré— pero pasó.

—Lo sé, sé que no querías hacerle daño, pero ella es tu amiga y no se lo merecía. —respondió seria, siendo sensata como de costumbre.

—Lo he intentado, te juro que no quería. Pero todo ha sido más fuerte que yo. Él, se ha metido dentro de mi como nadie lo había hecho y ahora es imposible arrancarlo. —Sentí cómo las lágrimas se acumulaban detrás de mis ojos, pero parpadeé con fuerza para contenerlas. No podía quebrarme allí, no con tanta gente mirando.

El almuerzo terminó rápido, casi sin que me diera cuenta. Volví a ponerme la mochila y caminé hacia mi siguiente clase: Matemáticas Aplicadas.

La puerta estaba cerrándose cuando llegué. Entré de golpe, sin aliento, sintiendo todas las miradas clavarse en mí como agujas. Busqué un asiento con la vista… pero solo había uno libre. Y estaba junto a Hero. Como no, el destino era cruel conmigo, sabia donde atacarme para dejarme sin armas.

Mi corazón dio un vuelco, él estaba tan guapo que dolía. Su perfil afilado, su mandíbula tensa, esa expresión de fastidio que ponía cuando algo lo sacaba de quicio… y pensar que hace nada lo había tenido tan cerca, tan mío… tragué saliva.

El profesor ni siquiera me dio opción. Señaló el asiento sin mirarme, no tenía idea de lo que había hecho, porque tenía claro que esto iba a ser más duro lo que me imaginaba.

—Toma asiento.

Me acerqué y me dejé caer junto a Hero. Él rodó los ojos, suspiró y se cruzó de brazos, clavando la mirada en cualquier sitio menos en mí.

Y entonces, su voz rompió el silencio de una forma que me desgarró por dentro.

—No quiero sentarme a su lado.

Fue como un golpe. Frío, seco, directo. Toda la clase contuvo el aliento. Empezaron a cuchichear. Yo sentí cómo la rabia, mezclada

con tristeza, subía por mi garganta.

—Yo tampoco —repliqué, intentando no temblar.

El profesor levantó la vista, harto.

—Os aguantáis. A partir de hoy, trabajaréis juntos. —Un silencio tenso cayó sobre el aula.

Yo quería gritar, salir corriendo. Pero el universo tenía otros planes para mí, como siempre.

Y lo peor de todo era que, aunque él actuara como si me odiara… yo sí quería estar a su lado. Ahora que sabía que no era mi hermano, mi corazón no hacía más que complicarlo todo. Y, aun así, no podía tener nada con él sin destruir a Ari. Lo último que quería era hacerle daño.

El profesor comenzó a repartir cuadernos para el proyecto. El nuestro cayó justo delante de Hero. Él lo ignoró, así que yo lo arrastré hacia mí sin mirarlo.

—Siento que tengamos que hacer esto —susurré.

—Yo más —respondió él, frío como el hielo.

Se levantó de golpe, empujando la mesa con mala leche, y salió sin mirar atrás.

Cuando salí del aula, Marc me estaba esperando, pero iba tarde al entreno. Le di un beso en la mejilla y corrí. Mientras avanzaba por los pasillos, vi a Ari de lejos. Le sostuve la mirada, rogando por un segundo de conexión…pero me ignoró por completo.

Eso dolió más que cualquier palabra de Hero. Como si Ari hubiese apagado una luz dentro de mí, como si de verdad ya no me viera. Fui consciente en ese instante de cuánto la necesitaba, de lo inmensa que era la grieta que dejaba su ausencia. Me ardió la garganta, pero no podía ponerme a llorar allí en medio. No otra vez. Sentí mi pecho partirse en dos, estaba sufriendo por partida doble y me atormentaba pensar que los había perdido.

El camino hacia el pabellón de baloncesto fue un caos mental: pensamientos atropellándose, emociones chocando entre sí como coches en una autopista mojada. Iba caminando rápido, pero mi cabeza iba diez pasos por delante, preguntándose cómo lo había estropeado todo tan deprisa. Cómo había perdido a Ari, cómo Hero me miraba como si fuera un error que había que borrar.

Entré al pabellón directamente al vestuario, dejé la mochila en mi taquilla y me até las deportivas apretando fuerte, como si así pudiera aferrarme a algo, a lo que fuera. El silbato sonó y salí a la pista.

Empezamos a calentar. Botaba el balón con más fuerza de la necesaria, como si cada golpe contra el suelo fuera una manera de expulsar mi rabia.

Run, Abril, run.

Grité por dentro.

Pero mi mente seguía sin dejarme en paz. Ari, ignorándome como si yo fuera una extraña. Hero, apartando la mirada como si me odiara. Enzo, llamándome hermana sin dudar un segundo. Y yo… yo atrapada en un triángulo que no había pedido.

Recibí un pase y corrí hacia la canasta, salté y noté el aire frío cortarme las mejillas, noté mis músculos tensarse… pero fallé. La pelota rebotó en el aro con un sonido seco, casi humillante.

—Vamos, Abril —gritó la entrenadora—. ¡Concéntrate!

Si supiera…

Corrimos series, hicimos circuitos. Yo iba en automático. Mis piernas se movían, mis pulmones ardían, pero mi cabeza estaba lejos. En un banco del instituto, en los ojos de Hero cuando dijo que no quería sentarse conmigo. En la voz rota de Enzo llamándome hermanita. En el llanto silencioso de Ari, que seguramente seguía dolida por mi culpa.

La culpa pesaba como una piedra en mi estómago.

Terminó el entreno y fui directa a la ducha. El agua estaba muy caliente y caía en cascadas por mi espalda, devolviéndole algo de vida a mis músculos agotados. Cerré los ojos y dejé que el vapor se mezclara con mis pensamientos, con el ruido blanco de mi cabeza.

Ojalá pudiera quedarme ahí para siempre.

Salí envuelta en una toalla, el pelo chorreando, la piel enrojecida por el calor. Me vestí rápido, aún con el cuerpo vibrando por la intensidad del entreno, y justo cuando guardaba las zapatillas, mi móvil vibró.

Un mensaje de mi mejor amigo, Marc.

<Cuando salgas del entreno, llámame. Es importante.>

La tensión en mi pecho se encendió como una alarma, le respondí casi de inmediato. Ese mensaje era llamativo, me subió una cosa por el cuerpo que me dio mala vibra.

<Ahora te llamaré.>

Vi los tres puntitos aparecer, desaparecer para luego volver, porque Marc estaba escribiendo.

<OK.>

Respiré hondo, cogí la mochila y salí a la calle. Ya había oscurecido y el frío de la noche me obligó a subirme la cremallera de la chaqueta. Marqué el número de Marc mientras caminaba hacia donde estaba Rodrigo solía aparcar.

Él contestó al segundo tono.

—Gracias por llamar —su voz estaba tensa, apretada, como si llevara rato ensayando lo que quería decirme.

—¿Qué pasa? Estoy tope preocupada.

Hubo un silencio breve antes de que soltara un suspiro largo.

—Es Ari. —Mi cuerpo entero se tensó.

—¿Qué le pasa? —pregunté, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba en un ritmo doloroso.

—Ella… —Marc dudó, como si eligiera con cuidado cada palabra—. Me dijo que no quiere volver a verte.

Me detuve en seco, como si mis pies hubieran chocado con un muro invisible.

—¿Qué?

—Está dolida, Abril. Cree que le mentiste de la peor manera. Dice que no puede confiar en ti. — Tragué saliva con dificultad, sintiendo un temblor recorrerme los brazos.

Yo sabía que Ari estaba molesta. Sabía que me evitaría un tiempo. Pero jamás imaginé escucharlo en voz alta, así, tan

definitivo, tan frío.

—No… no puede ser —susurré, sintiendo cómo la garganta se me cerraba—. Yo no quería hacerle daño…

—Lo sé —me interrumpió Marc, suave—. Pero eso no cambia lo que ella siente.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante. Me apoyé contra un poste de luz, intentando aguantar el peso de aquella frase.

Ari era mi persona favorita, mi mejor amiga, mi familia elegida.

—No quiero perderla… —las palabras me salieron casi sin voz.

—Quizá no la has perdido del todo —dijo Marc, con un leve tono esperanzador—. Solo necesita tiempo.

Asentí en silencio, aunque él no podía verlo.

—Gracias por decírmelo —murmuré, agotada.

—Para eso estoy. Cuídate, ¿sí?

Colgamos y guardé el móvil con manos temblorosas, caminé hacia el coche, sintiendo que cada paso me costaba el triple. Rodrigo no preguntó nada cuando subí, simplemente arrancó y de verdad que agradecí su silencio.

Me quedé mirando por la ventanilla durante todo el trayecto. Las farolas se estiraban en líneas doradas, las sombras se movían como manchas borrosas, y yo apenas podía sentirme dentro de mi propio cuerpo.

Ariadna me había borrado, Hero me odiaba y yo seguía atascada en una maraña de verdades y mentiras que nunca pedí.

23
Un gran dolor

Pov: Abril

Había llegado el fin de semana y, para mi desgracia emocional, parecía que todo seguía igual de estancado, como si el universo hubiera decidido reírse un poco de mí y dejar las cosas exactamente dónde estaban: Ariadna continuaba sin querer dirigirme la palabra, ignoraba mis llamadas con una dedicación digna de un premio, había bloqueado mis mensajes con la misma rapidez con la que solía contestarlos antes, y en el instituto se las arreglaba para esquivarme con una destreza tan absurda que hasta parecía entrenada para ello; cada vez que la veía fingir que yo no existía, una punzada me atravesaba el pecho, recordándome que jamás habíamos estado tanto tiempo enfadadas, ya que aunque hubiéramos discutido muchas veces por tonterías monumentales, siempre terminábamos volviendo a lo nuestro con risas, chistes internos y esas bromas estúpidas que solo entendíamos nosotras, pero ahora no había risa alguna, solo un silencio espeso que se pegaba a mi piel como si quisiera recordarme que, efectivamente, la culpa tenía mi nombre tatuado.

Suspiré con resignación y me dejé caer en la silla del escritorio, agarré la mochila del suelo y saqué los apuntes de filosofía, convencida de que, aunque mi mundo estuviera hecho pedazos, Kant y Aristóteles no tenían por qué pagar las consecuencias; intenté centrarme, pero cada página que leía se desdibujaba con los recuerdos más incómodos de la semana: la mirada helada de Ariadna atravesándome como si no fuera nadie, los mensajes sin respuesta, el vacío en mi teléfono, y sobre todo Hero, cuya hostilidad silenciosa era tan afilada que incluso ahora, repasando conceptos sobre imperativos categóricos, podía sentir el ardor de esa última vez que cruzamos la mirada en el pasillo del instituto, donde parecía odiarme con tanta convicción que me sorprendía no haber salido ardiendo allí mismo.

Un golpe seco en la puerta me sacudió los pensamientos.

—¿Puedo pasar? —preguntó mi tío, apoyado en el marco como si posara para un retrato victoriano.

—Sí… —murmuré sin mucha energía.

Entró con esa calma suya que, aunque normalmente agradecía, hoy me ponía nerviosa, porque sabía que venía con intención de hablar; se sentó a mi lado con gesto paciente.

—¿Estabas estudiando? —preguntó con tono suave.

—Eso intentaba —susurré, incapaz de ocultar la tristeza.

—Vengo a hacer las paces contigo —dijo mientras rozaba mi mano con cariño, como si fuera frágil—. Sabes que eres mi sobrina favorita.

—Claro, porque no tienes otra —respondí con ironía automática.

Él sonrió, y esa mínima expresión me desarmó; sentí los ojos quemándome y, antes de poder evitarlo, me lancé sobre él, llorando sin control, porque no podía seguir enfadada con las personas que amaba, aunque ellas sí pudieran estarlo conmigo, y eso era lo que más dolía: había perdido la confianza de mi abuelo, de Ariadna y de Hero en cuestión de días, como si todos hubieran decidido sincronizarse para convertirme en la protagonista trágica de mi propia existencia.

—Pequeña, todo se solucionará —susurró, sosteniendo mi rostro mientras besaba mi frente—. El abuelo está dolido, arrastra mucho sufrimiento por toda esta historia y necesita tiempo, pero pronto se le pasará, porque para él siempre has sido lo más importante.

Asentí sin decir nada, permitiendo que me limpiara las lágrimas; después me tumbé en la cama deseando dormir y apagar por unas horas todo lo que el mundo insistía en recordarme.

A la mañana siguiente me levanté ligeramente menos muerta, que ya era un avance; mientras me peinaba, una de las chicas del servicio vino para avisarme de que Marc y Valeria acababan de llegar y estaban en el salón anticipándose a mi aparición como si fueran parte de una intervención organizada.

—Qué sorpresa —dije al verlos.

—Vaya pintas, hija —comentó Valeria, evaluándome como si fuera un experimento fallido—. Estás fatal.

—Gracias por el cariño —bufé.

Marc frunció el ceño.

—¿Cómo estás?

—Bien, ya sabes —contesté sin ganas de explicar nada.

—Hemos venido a buscarte para ir al club de la playa —anunció Valeria con emoción desbordada—. Hay fiesta y sin ti no es lo mismo.

—Sigo castigada —recordé, encogiéndome de hombros.

—¿Dónde está tu abuelo? —preguntó Marc con sonrisa traviesa.

Antes de que pudiera frenarlos, Valeria gritó:

—¡Señor Castro!

Me llevé las manos al rostro.

—No, no, no…

Demasiado tarde. La puerta del despacho se abrió.

—Buenos días —saludó mi abuelo, siempre con voz firme—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Queremos llevarnos a su nieta a la playa, pero nos ha dicho que está castigada… —soltó Valeria con dramatismo estudiado.

Mi abuelo nos observó unos segundos y terminó cediendo, para mi alivio y vergüenza simultánea.

Subí a mi habitación a arreglarme; llevaba días escondida bajo ropa deportiva, como si el simple acto de vestirme bien fuera un esfuerzo emocional que no podía permitirme, pero ya tocaba recordarme que seguía viva.

Al bajar, mis amigos celebraron mi aparición como si hubieran rescatado a un náufrago.

—Por fin —exageró Valeria—. Pensé que tendríamos que traer maquinaria pesada.

—Solo he tardado diez minutos —protesté.

Marc sonrió y me pasó un brazo por los hombros.

—Lo importante es que vienes.

El trayecto fue rápido, lleno de risas que sonaban casi reales, aunque mi mente seguía en un rincón oscuro. El club estaba abarrotado, la música vibraba en el suelo y la gente se movía como si el mundo no tuviera problemas.

Marc se acercó a la barra.

—¿Qué quieres beber? —me pregunto contento.

—Solo agua. —Valeria bufó con cara de aburrimiento.

—Esto es una fiesta, no una residencia de ancianos. —contestó con una sonrisa.

—Agua está bien —repetí con paciencia limitada.

Me quedé junto a la barandilla contemplando el mar, que al menos tenía la decencia de no juzgarme; cerré los ojos un instante y respiré la brisa, recordando la última vez que estuve aquí con Hero, cuando todo parecía complicado, pero no imposible.

—No pensé que te vería —dijo una voz detrás de mí.

Me giré y encontré a Alex. Para mi sorpresa, su presencia me alivió.

—Ni yo que vendrías tú —respondí dedicándole una sonrisa.

Se acercó con esa seguridad coqueta que parecía venirle de fábrica, como si hubiera nacido sabiendo exactamente cómo ocupar el espacio, cómo mirar, cómo hacer que todos a su alrededor giraran un poco hacia él. Alex era así. No tenía que esforzarse demasiado; la

seguridad le brotaba de forma natural, casi arrogante, casi peligrosa. Y yo lo conocía muy bien.

Siempre dominaba la situación, incluso cuando fingía no hacerlo. Tenía esa forma de hablar, de inclinar la cabeza, de sonreír apenas un segundo más de lo necesario, que hacía que todo pareciera un juego del que él ya conocía el final. Y yo… yo siempre terminaba cayendo. No porque fuera ingenua —aunque quizá un poco sí— sino porque me gustaba demasiado. Me gustaba su forma de entrar en una habitación como si le perteneciera, su manera de mirarme cuando nadie más estaba mirando, como si yo fuera un secreto que sólo él sabía leer.

Habíamos tenido una de esas relaciones que en el instituto se convierten en leyenda. De las que se comentan en los pasillos, de las que las amigas analizan con susurros y los demás miran con una mezcla de envidia y curiosidad. Éramos esa pareja que parecía inevitable: él, con su seguridad insolente; yo, incapaz de apartarme de su órbita.

Durante un tiempo funcionó de esa manera tan intensa y tan absurda que sólo puede existir a esa edad. Nos buscábamos entre la multitud sin siquiera intentarlo, como si nuestros cuerpos ya supieran dónde estaba el otro. Alex siempre tenía el control, o al menos eso parecía, y yo me dejaba arrastrar por esa corriente porque, si soy sincera, me encantaba sentir que el mundo se reducía a ese pequeño territorio entre su sonrisa y mis ganas de no resistirme.

Y quizá por eso todo el mundo nos envidiaba. Porque desde fuera parecía perfecto. Demasiado perfecto para durar.

—Estás más guapa que cuando lo dejamos —comentó sin vergüenza.

—Estoy igual —repliqué, acostumbrada a su juego.

—¿Sigues con el imbécil de la otra noche? —preguntó inclinando la cabeza.

—No, y si lo estuviera no sería asunto tuyo —Le guiñé un ojo mientras cruzaba los brazos—. Lo nuestro quedó atrás, así lo quisimos los dos.

—Para mí no —respondió, con voz más seria, revelando una verdad—. Siempre has sido la única. Me fui porque debía hacerlo, pero he vuelto para quedarme.

Lo miré con ternura sincera.

—Te quiero mucho, Alex, pero como amigo. Podemos seguir así: tú viajando y yo celebrando tus locuras desde aquí. —Él suspiró, aunque no parecía derrotado.

—No me rindo fácilmente, me conoces mejor que nadie —sonrió.

Pero ya no lo escuchaba, porque mi atención estaba clavada en otro punto del club, donde mi cabeza y mi corazón estaban ahora muy centrados.

Hero.

Mi pulso se disparó en cuanto lo vi al otro lado de la sala, lo suficientemente lejos como para fingir indiferencia y lo bastante cerca como para que su mirada nos alcanzara sin esfuerzo. Nos observaba con una intensidad que era imposible confundir, una mezcla peligrosa de ira contenida, orgullo herido y algo más que se escondía detrás de sus ojos y que yo no quería nombrar porque hacerlo significaría admitir que todavía había algo entre nosotros, algo que ninguno de los dos había conseguido cerrar del todo.

Alex siguió mi mirada casi al instante, como si siempre hubiera tenido la capacidad de leer lo que yo intentaba ocultar incluso antes de que yo misma lo entendiera. Observó en la misma dirección, localizando a Hero entre la gente, y después volvió a mirarme con esa calma segura que siempre había tenido.

—Es por él —dijo con tranquilidad—. ¿Le quieres?

La pregunta cayó entre nosotros con una claridad incómoda, demasiado directa para esquivarla y demasiado sincera como para disfrazarla con una mentira fácil. Tragué saliva mientras sentía cómo mi pecho se tensaba ligeramente.

—Sí —admití finalmente—, pero él nunca me ha querido a mí.

Alex no respondió de inmediato. Durante un instante permaneció en silencio, como si estuviera midiendo qué hacer con esa confesión que acababa de dejar caer entre nosotros, y en lugar de decir algo deslizó su brazo por mi espalda con una suavidad

inesperada, acercándome apenas a él en un gesto que pretendía ser consuelo. Aquella cercanía me dio un segundo de estabilidad, un pequeño refugio momentáneo… hasta que volví a mirar hacia donde estaba Hero.

Estaba abrazando a otra chica, rodeando su cintura con una familiaridad que me resultó dolorosamente conocida. No era un gesto torpe ni casual, era demasiado natural, demasiado cómodo, y no necesité más de un segundo para reconocerla: era la misma chica sobre la que me había jurado que no era nada, la misma a la que había restado importancia con esa seguridad tranquila que siempre parecía tan convincente. Sin embargo, en ese momento, viéndolos juntos, la cercanía entre ellos parecía decir lo contrario, como si ella ocupara ahora un lugar que yo nunca había tenido realmente.

El pinchazo que sentí en el pecho fue brutal, de esos que no te derriban, pero te dejan sin aire durante unos segundos, como si alguien hubiera apretado algo dentro de tu pecho y hubiera decidido no soltarlo todavía. Intenté mantener la expresión neutra, obligándome a no reaccionar demasiado rápido para que nadie notara cuánto me había afectado aquella imagen.

En ese momento apareció Enzo.

—¡Hermanita! ¿Cómo puedes estar aquí sin avisarme? —dijo con su tono habitual, envolviéndome con un brazo alrededor de los hombros y apartándome con naturalidad de donde estábamos, como si su llegada no fuera casualidad sino una intervención perfectamente calculada.

Alex lo observó con curiosidad, evaluándolo durante un segundo antes de preguntar:

—¿Quién es?

Enzo ni siquiera dudó antes de responder, manteniendo esa sonrisa despreocupada que siempre utilizaba cuando quería cerrar una conversación antes de que empezara.

—Nadie.

La respuesta fue tan rápida y tan tranquila que resultaba casi imposible discutirla. No pude evitar reírme al escucharlo, porque ese era exactamente su estilo: aparecer en el momento oportuno y

manejar la situación con esa facilidad suya que siempre conseguía desactivar cualquier tensión.

—¿Te han dejado salir? —preguntó inclinándose ligeramente hacia mí con una sonrisa divertida.

—Marc y Val insistieron —respondí, devolviéndole la sonrisa.

Como si mencionarlos justificara mi presencia allí, como si todo fuera completamente normal.

Justo entonces Valeria apareció entre la gente con esa mirada analítica suya que parecía absorberlo todo en cuestión de segundos. Sus ojos recorrieron la escena con rapidez, deteniéndose primero en mí, después en Enzo, luego en Alex y finalmente en el resto de la sala, evaluando el ambiente con la precisión de alguien que siempre entendía más de lo que decía.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —respondió Enzo con absoluta naturalidad —. Solo poniéndonos al día.

Asentí confirmando sus palabras mientras él seguía manteniéndome cerca, su brazo aún alrededor de mis hombros, y por un instante sentí cómo la presión en mi pecho se aflojaba lo suficiente como para permitirme respirar con algo más de calma. Aun así, incluso mientras me alejaban de allí, seguía siendo consciente de la presencia de Hero en algún punto detrás de mí, como una tensión invisible que no desaparecía del todo, un recordatorio constante de que, por mucho que intentara ignorarlo, todavía había demasiadas cosas entre nosotros que seguían sin resolverse.

24
El mar

Pov: Abril

Las olas del mar se escuchaban a lo lejos con esa cadencia hipnótica que solo el agua sabe mantener, rompiendo suavemente contra la orilla como si estuvieran susurrando un secreto que yo ya conocía desde siempre, aunque ahora pareciera más lejano, más ajeno, casi como un recuerdo que duele por lo que fue y por lo que ya no podrá volver a ser; el cielo comenzaba a teñirse de un rojo vibrante, un rojo que tenía esa cualidad irritante de hacerte sentir nostalgia incluso cuando intentas huir de ella, envolviéndote en una luz dorada que acaricia la piel y la memoria de forma casi cruel, porque te obliga a recordar tiempos en los que todo era más fácil, más ligero, menos trágico. Inspiré hondo, llenando mis pulmones con el aire salado que me erizó la espalda, como si el propio mar quisiera despertarme de golpe para decirme *"espabila, que seguir llorando no te va a salvar"*.

Recordé lo bonito que era salir a navegar con mi abuelo y mi madre, esas tardes eternas en el yate donde yo creía que el mundo era enorme y generoso, y donde mi mayor preocupación era si

podría saltar al agua otra vez o si mi madre insistiría en secarme el pelo como si el Mediterráneo fuera un enemigo personal; podía verme con claridad, diminuta pero decidida, agarrada al timón mientras mi abuelo observaba desde atrás con esa expresión de orgullo discreto que le salía solo conmigo, porque siempre me dejaba manejar aquel barco gigantesco como si confiara en mí más que en cualquier adulto, y yo sentía el poder en mis manos, la seguridad en sus ojos y el amor constante que él nunca supo decir con palabras pero sí con gestos.

La tristeza me invadió de forma tan repentina que tuve que soltar el aire para no romperme ahí mismo, porque extrañaba volver a tener diez años y vivir sin esta carga absurda que yo sola parecía acumular como si fuera un imán para dramas: antes mi única preocupación era si habría sol suficiente para seguir jugando en cubierta o si mi madre me permitiría quedarme despierta un rato más para ver las estrellas, mientras que ahora tenía un catálogo completo de problemas dignos de una telenovela mal escrita, llenos de enredos, silencios incómodos, amores prohibidos, amistades rotas, y un chico llamado Hero que conseguía desordenarme la vida con la precisión de un cirujano emocional.

Me apoyé en la baranda fría que rodeaba la terraza; al tocarla, el metal helado me recorrió los brazos con un escalofrío eléctrico que me dejó la piel erizada y que, por un segundo, me devolvió a la realidad. Cerré los ojos y traté de vaciar la mente, como si pudiera meter todos mis pensamientos en un archivador imaginario y tirarlo al mar, pero sabía que no sería tan fácil, especialmente porque a un metro de distancia estaba él, sí, él, el motivo por el que el universo parecía tan empeñado en convertirme en una versión dramática de mí misma.

Número uno: su presencia seguía afectándome más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Número dos: teníamos un trabajo juntos al día siguiente, como si la vida hubiera decidido añadir una dosis extra de comedia cruel.

Las risas de nuestros amigos resonaban por todas partes, como si cada carcajada fuera un recordatorio de que, efectivamente,

yo era la única persona de ese grupo que estaba emocionalmente al borde del colapso; ellos parecían flotar sobre la música, sobre las luces, sobre todo, mientras a mí me faltaba alguien que había sido parte esencial de mi vida y ahora se había convertido en un hueco doloroso que nada ni nadie lograba llenar: Ari.

—¿Piensas en Ari? —preguntó Marc mientras se acercaba, y aunque no lo había escuchado venir, su tono tenía esa mezcla de ternura y reproche que solo él sabía usar conmigo.

Asentí, sin ganas de disimular.

—Sí… ¿Por qué no ha venido? —pregunté sabiendo que la respuesta sería un puñal inevitable.

—No tengo ni idea. Está igual con nosotros —respondió, dejando claro que Ari estaba siendo democrática en su enfado.

Me mordí el labio, frustrada, porque todo aquello me parecía exagerado, como si ella hubiera decidido protagonizar un drama griego y yo no hubiera recibido el guion; que estuviera enfadada conmigo lo entendía, pero que castigara al resto no tenía sentido y, definitivamente, llevaba horas torturándome: ellos ni siquiera sabían mi drama con Hero y Enzo.

—Dale tiempo… —dijo Paola mientras acariciaba las manos de Valeria con un gesto suave que parecía sacado de una película romántica.

Yo me encogí de hombros y me dejé caer en una de las sillas libres, aunque inmediatamente mi mirada volvió a buscarlo entre la gente con una compulsión que ya me estaba empezando a irritar: y por supuesto, ahí estaba él, sentado junto a esa chica que ahora, para colmo, comenzaba a parecerme guapa, lo cual era la clase de contradicción odiosa que no necesitaba en ese momento.

Un nudo se cerró en mi estómago mientras observaba cómo se movía, demasiado relajado, demasiado ajeno a la versión de sí mismo que yo conocía, porque supe de inmediato que o estaba borracho o llevaba algo encima, ya que su actitud tenía ese desorden tan impropio de él que dolía incluso desde lejos; no reconocía a ese Hero, no reconocía sus gestos, su mirada perdida ni la manera en la que se inclinaba hacia esa chica como si fuera la

única persona en el mundo que valía la pena escuchar, y ese pensamiento me arrancó el aire de los pulmones.

Me levanté casi sin pensarlo y seguí a Valeria hacia la barra, donde la vi pedir una copa con la seguridad de una reina que jamás duda; yo casi nunca bebía porque mi cuerpo funcionaba con alcohol como una tostadora enchufada en un volcán, pero esta noche necesitaba olvidar, hundir, anular, quemar lo que sentía.

—Una para mí —dije, sorprendiendo incluso a Valeria, que levantó una ceja, pero no comentó nada.

Tomé el vaso y me lo bebí de un trago; ardió como fuego líquido bajando por mi garganta, pero no me importó, porque lo único que quería era apagar algo, cualquier cosa, y de inmediato pedí otro, mientras mis amigos me observaban sin juzgar, sabiendo que hoy tenía permiso para ser imprudente.

Con el alcohol empezando a dibujar cosquillas en mi cuerpo, me dirigí a la pista, donde la música vibraba a un volumen capaz de ordenar el caos de mi cabeza, y allí estaban Marc, Alex y otros conocidos moviéndose como si la vida fuera un videoclip perfecto; me uní a ellos con una sonrisa atrevida y comencé a bailar de forma sensual, descarada, casi provocadora, dejándome llevar sin reservas.

Alex se acercó y me sujetó por la cintura, y aunque sabía perfectamente que él disfrutaba del juego, yo tenía claro mi objetivo: que Hero me mirara, que ardiera, que sintiera algo, lo que fuera, y funcionó, porque en cuestión de segundos desapareció del reservado.

Y ahí, justo en ese instante, comenzó la tormenta.

Lo encontré en el pasillo, saliendo del baño de chicos con la expresión desencajada y la mirada más peligrosa que le había visto jamás, así que empujé la puerta y me planté delante de él con una mezcla de desafío y cansancio que podría haber sido pose si no fuera porque me dolía hasta la punta de los dedos, porque había algo en su ceño fruncido y en la mandíbula apretada que me decía que el alcohol y cualquier otra cosa que hubiera tomado no le habían ablandado sino, al contrario, cristalizado, y desde que todo aquello empezó tuve la sensación de que la riada podía arrastrarnos a ambos si no encontrábamos pronto una orilla donde apoyarnos; si

quería parecer valiente, si quería no romperme allí mismo, tendría que articular algo más que un quejido y un gesto, así que abrí la boca y dejé que la ironía hiciera su trabajo, porque si no me reía, probablemente lloraría.

—¿Has venido con tu novia? —solté, porque el silencio era tan denso que necesitaba rellenarlo con algo, aunque supiera que la pregunta sonaba vengativa y ridícula a la vez.

Su mandíbula se endureció, sus ojos se volvieron más grises y soltó una risa seca que no le sentaba a nadie; su respuesta fue una ráfaga corta y fría.

—¿Te importa? —me espetó— ¿Te he preguntado alguna vez con quién vienes?

La ironía me subió a la voz, queriendo ser aguafuerte y antes que nada defensa.

—Eres un mentiroso —dije, porque la palabra me venía cómoda y no sabía por dónde empezar a destripar la verdad— Mientes para no mirarte al espejo.

No me dejó marchar; su mano se cerró en mi brazo con una firmeza que no era violencia explícita pero sí intención de mantenerme allí para que escuchara lo que fuese que quería vomitar, y cuando habló sonó como quien recita un reglamento que no ha escrito pero que duele igual.

—Voy a acabar este curso queriéndome menos por tu culpa —murmuró con un tono que sabía a amenaza y a cansancio, y la mezcla me taladró el pecho.

La maldad de sus palabras me atravesó, y aun así cuando sus ojos buscaron los míos vi ahí un incendio domesticado que aún ardía, y me pregunté con miedo si lo que él llamaba odio no era en realidad una verdad más complicada que los dos éramos incapaces de nombrar sin destrozarnos.

Entonces, como una estocada que no había previsto, lanzó una sentencia que me dolió más que cualquier insulto: —Has roto algo que ni siquiera sabías que estaba entero y dudo que algún día se pueda arreglar.

No tuve respuesta decente, porque las frases estaban todas amontonadas en la garganta como gente en un autobús, demasiado

visibles y con prisa, así que solté una excusa a medias: —Claro, después de romperlo es más fácil buscar a otra. Yo no tuve otra opción …

Su risa fue un golpe seco.

—Claro que no —dijo con ironía—. Para ti siempre hay un móvil escondido, siempre una excusa perfecta que te libera de cualquier responsabilidad.

La conversación giró sobre sí misma y me sentí por segundos como un animal acorralado, y aunque no necesitaba que nadie me recordara mis errores, sí necesitaba que acaso alguien me mirara sin dictarme el veredicto final.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté por fin, con voz rota y el último resto de dignidad que pude recomponer.

—No lo sé —replicó, con franqueza amarga—. No sé qué quiero de ti y eso me envenena.

Antes de que pudiera armar otra frase, la puerta se abrió y apareció Ariadna, impecable y con el ceño profundo, mirándonos como quien contempla un cuadro malo y decide no participar; se quedó quieta, con la mano aún en el pomo, y su presencia fue como esa luz fría que hace que las mentiras brillen.

—¿Ahora os tenéis que esconder en el baño para que nadie os vea? —dijo, su tono salpicado de sarcasmo.

El ácido del dolor subió en mi garganta; pensé en decir que nadie nos ofreció la verdad con cariño, que todo había sido una sucesión de silencios y suposiciones, pero la frase se enredó y quedó como un hilo.

—No es lo que parece —intenté, porque mentir ya no me apetecía y la verdad sonaba en mi boca a clavo.

Hero me miró con esa mezcla entre decepción y agotamiento que se parece demasiado a la decisión, y soltó: —Contigo nunca es lo que parece, Abril.

Ariadna, con una frialdad que cortaba en diagonal, añadió la puntilla: —Me has decepcionado.

La palabra cayó como un objeto contundente y dejó un hueco de aire hueco en el que mi corazón se golpeó hasta hacerse eco; me puso en evidencia no solo ante ellos sino ante mí misma, porque por

un instante vi claramente todas las puertas que se cerraban de golpe: la amistad, el entendimiento, la tregua, y, lo que dolía más, el derecho a que me escucharan antes de juzgar.

—Lo siento —susurré, y la sinceridad salió sin envoltorios; me dolía admitirlo, pero más me dolía haber perdido lo que tenía—. La jodí, no debí engañarte. No quería perderte. Solo me enamore de la persona equivocada.

Ni una mueca de ablandamiento; sus rostros se mantuvieron de piedra, como si la explicación fuera un globo pinchado que inmediatamente se desinflaba.

—Pues eso lo empeora todo —dijo Ariadna—; lo dices como si fuera una torpeza sentimental.

Me quedé sin armas; el alcohol se había convertido en una tinta que ya no escondía nada, la música había perdido su capacidad para protegerme y la noche me cobraba caro el desorden de mi corazón. Sentí que la dignidad se deshilachaba entre los dedos y que no había más papel donde envolverla.

—No voy a suplicar —añadí con voz que intentó mantenerse firme—. No voy a pedir más veces perdón, ya no, no soy la única que se ha equivocado.

El silencio se volvió pesado y lo único que rompía su uniformidad era el latido de mi corazón como si marcara el ritmo de un duelo privado; Ariadna me miró de nuevo y algo en su gesto pareció casi compasión teñida de ironía, un matiz que dolía porque sabía a despedida, así que con una elegancia deliberada se dio la vuelta y se marchó como quien dicta sentencia. Hero me soltó el brazo no por cortesía sino como quien arroja una piedra y espera verla desaparecer en el agua; caminé hacia la salida con pasos que no reconocía, donde cada pisada dejaba un rastro de soledad más claro y real que cualquier cosa que antes hubiera sentido, y al salir al aire de la noche, que me golpeó como una bofetada fría, tuve la certeza absoluta de que algo se había roto para siempre y que la gente a la que quería quizá ya no iba a volver a sostenerme igual.

25
Hermanos

Pov: Hero

¿Cómo podía sentirme así de miserable? Era absurdo, una mezcla de rabia, dolor y confusión que me aplastaba por dentro y me dejaba sin aire. La había visto llorar, y mi pecho se había contraído hasta dolerme, como si la respiración se me hubiera cortado de golpe. Sus palabras no dejaban de sonar en mi cabeza, golpeándome una y otra vez, sin tregua, como si fueran un recordatorio cruel de lo que nunca iba a poder controlar.

"Solo me he enamorado de la persona equivocada."

Mi mente daba vueltas intentando darle sentido. ¿Cómo que la persona equivocada? ¿A quién cojones se refería? Porque yo pensaba que sí, que me quería. Creía que sentía lo mismo que yo. Creía que todo lo que había leído en su mirada era real. Pero esa puta noche en la fiesta de Carlos lo desmentía todo. La había visto sonreír a Alex, inclinarse hacia su cuerpo como si ese idiota fuera un refugio, dejar que él la rodeara con los brazos, como si le perteneciera. Sus dedos recorriéndole la cintura, ella dejándose llevar, apoyándose en él. La forma en que se encogía contra su

pecho me quemó desde dentro, con una intensidad tan feroz que me sorprendió no haber explotado allí mismo. Me consumía el odio, pero también una rabia que me hacía temblar y que no sabía cómo detener.

Todo empezaba a encajar, y eso me aterraba. Me había burlado de mí mismo creyendo que estaba exagerando, que estaba equivocando la interpretación de sus gestos, de sus silencios, de esa forma en la que me miraba a veces cuando pensaba que no me daba cuenta. Ella me había engañado. Me había hecho pensar que había algo entre nosotros, que tal vez yo no era el único jodido en ese juego. Pero no. No podía permitir que esa debilidad aflorara, no podía mostrar que me importaba, no frente a ellos, no frente a ella. Antes muerto.

Apreté el volante con tanta fuerza que mis nudillos palidecieron hasta parecer de yeso. Pisé el acelerador sin pensar, dejando que el coche respondiera a mi frustración, a mi dolor, a esa necesidad estúpida de escapar de mí mismo. A mi lado, Enzo seguía pegado a la pantalla del móvil, totalmente ausente, ignorándome como si mi rabia fuera invisible, como si yo no estuviera a punto de estamparme contra la primera farola.

Frené de golpe. Su teléfono salió volando y cayó a sus pies con un golpe seco, rebotando contra la alfombrilla.

—¿Pero qué cojones haces? —saltó él, apoyándose en el salpicadero mientras me miraba con rabia—. Podrías matarnos.

—Conducir —solté con sarcasmo—. Pero claro, imposible fijarse en eso con el móvil pegado a la cara como un idiota.

—Estaba hablando… —refunfuñó, agachándose para recuperar el móvil—. Era importante.

—Ah, ¿sí? ¿Con quién tan importante? —pregunté con voz cortante, aunque por dentro me importaba una mierda.

Él se quedó callado unos segundos, mirándome de reojo como si midiera mis reacciones. Y luego esa mínima sonrisa absurda apareció en sus labios, una que no entendí y que no me hizo ninguna gracia.

—Con Abril —dijo, con un tono suave, casi cálido, como si pronunciar su nombre fuera un privilegio que solo él tenía.

Todo en mí se tensó, desde la nuca hasta el estómago. Un escalofrío me recorrió la espalda. No sabía si estaba siguiendo algún plan estúpido o si había algo más, algo que no comprendía. Enzo no era de los que jugaban sucio; nunca lo había sido. Siempre tan empático, tan correcto, tan imposible de imaginar haciéndole daño a alguien a propósito. Y menos a ella.

—¿Qué tienes con ella? —solté, intentando controlar la voz, aunque sabía que sonaba como un condenado a muerte que suplica respuestas.

—Nada —contestó con naturalidad, guardándose el móvil en el bolsillo—. Solo somos amigos. Nos llevamos bien. Pero te lo digo claro: no voy a dejar que le hagas daño.

Mi corazón se aceleró. ¿Desde cuándo se tomaba esas libertades? ¿Y por qué coño me hablaba así?

Caminamos hasta la entrada en silencio, con una tensión tan densa que podía cortarse con un cuchillo. Cada paso me irritaba, cada respiración suya me molestaba. Sabía que evitaba mirarme, y eso me rompía los nervios. Lo conocía demasiado bien. Sabía cuándo escondía algo. Y lo estaba haciendo.

Al llegar a mi habitación, lancé mis cosas sobre la cama sin cuidado, como si estrellarlas pudiera aliviar algo. Me dejé caer en el sofá, frotándome la cara. Ropa tirada por todas partes, libros desperdigados, botellas vacías en el suelo… era un desastre, pero era mi desastre. Nadie podía tocarlo. Nadie podía ordenarlo. Era lo único que podía controlar.

Saqué el móvil. Más mensajes, más planes, más fiestas. Más ruido. Más mierda. Nada que quisiera. Me tumbé de lado, la cabeza apoyada en mis brazos cruzados, intentando ordenar mis pensamientos, pero era inútil. Cada imagen de Abril con Alex volvía a mi cabeza como un puñetazo. Cada risa, cada toque, cada gesto que nunca debieron existir.

Y la frase seguía ahí, clavada:

"Solo me he enamorado de la persona equivocada."

La furia me subió por la garganta, ardiente, imposible de contener. Me levanté de golpe, empujando una mesa con la cadera, tirando unos libros al suelo. Empecé a andar por la habitación con

pasos frenéticos, golpeando los muebles con los puños cerrados. Necesitaba romper algo. Gritar. Desaparecer. No sabía.

La puerta se abrió de golpe. Enzo entró sin pedir permiso, tranquilo como siempre, como si no hubiera tensión, como si yo no fuera una bomba a punto de estallar.

—¿Qué quieres? —gruñí sin mirarlo.

—Hablar —dijo sin rodeos.

—¿De qué? —susurré, cansado, agotado de mí mismo.

Se apoyó en el escritorio, cruzando los brazos como si fuera él quien tenía derecho a juzgarme.

—Lo de Abril… —empezó—. No quiero que le hagas daño. No solo porque me importe, sino porque sé quién eres.

—¿Quién soy? —fruncí el ceño.

—Impulsivo. Inestable. Te dejas llevar por lo que sientes y luego te arrepientes. —Su voz era firme, segura, como si me conociera mejor que yo mismo.

—¿Ahora eres mi terapeuta? —bufé, intentando sonreír, pero mi cara no obedeció.

—Solo digo que no juegues con ella. No es como las demás.

—¿Las demás? —mi voz se elevó sin permiso—. ¿Desde cuándo eres su puto confesor? ¿Acaso te gusta?, es verdad. Sientes algo por ella.

Él negó con la cabeza, exasperado.

—Haz lo que quieras, Hero. Pero no me vengas llorando cuando la jodas.

—¿Por qué debería joderla? —solté sin pensar, sintiendo la sangre hervir—. Ella me dejó. ¿O vas a defenderla ahora? En serio, no ves que ha estado jugando con los dos, podría ser una cualquiera. —Esas palabras me salieron sin pensar, me salieron por rabia y él entonces explotó.

Enzo se abalanzó sobre mí, empujándome con tanta fuerza que choqué contra el escritorio.

—¡Eres imbécil! —gritó, con los ojos ardiendo—. No vuelvas a faltarle el respeto.

Su mirada me atravesó, quemándome. No estaba acostumbrado a verlo así. Nunca había visto tanta protección, tanta

furia contenida.

—¿Y si no qué? —solté con desprecio—. ¿Estás enamorado? ¿Desde cuándo te importa tanto?

Su mandíbula se tensó. Sus manos se cerraron en puños. Pero su voz salió helada:

—Es mi hermana, ¡gilipollas!

El mundo se detuvo.

Todo se quedó quieto. Incluso yo.

—¿Tu… hermana? —murmuré, sintiendo cómo el suelo desaparecía bajo mis pies.

No necesitó decir nada más. Todo encajó: los gestos, los silencios, sus intentos de protegerla. La intensidad de su mirada, sus advertencias veladas… cada fragmento de información tenía sentido ahora.

— te lo explicaré en otro momento.

Enzo se dio la vuelta y salió, dejando la puerta entreabierta. No gritó. No explicó nada. Solo dejó que el silencio llenara la habitación.

Me quedé allí, en el sofá, con el corazón palpitando como un tambor enloquecido, la cabeza llena de rabia, confusión y un dolor que no podía nombrar.

Ya lo sabía. Estaba jodido.

26
Una parte de mí

Pov: Hero

No había dormido una mierda en toda la noche. Ni un segundo. Mi cuerpo estaba agotado, pero mi cabeza no sabía callarse. Cada vez que cerraba los ojos, la veía a ella. Cada vez que los abría, también. Era una tortura. Una jodida broma macabra del destino.

Me quedé tendido boca arriba, con el pecho tan apretado que parecía que alguien me estaba pisando. Quería arrancarme los pensamientos de raíz, pero no podía. No podía dejar de pensar en Abril. No podía dejar de pensar en Enzo. En su silencio. En ese puto "te lo explicaré en otro momento" que me dejó colgando como un idiota.

Ese "otro momento" no llegaba nunca. Y yo me estaba volviendo loco, literalmente loco.

Me pasé la mano por la cara, apretando los ojos con fuerza, tenía la mandíbula tan tensa que sentía que se me iba a partir.

¿Cómo mierda esperaba Enzo que yo durmiera sabiendo lo que sabía? ¿O, mejor dicho, lo que NO sabía?

¿Cuándo se enteró de que Abril era su hermana?,¿Por qué no me lo dijo?,¿Y por qué ella tampoco? La incertidumbre era como un taladro perforándome la cabeza.

Y lo peor de todo es que no me jodía por curiosidad. Me jodía porque me importaba. Porque me importaba ella. Mucho más de lo que quería admitir. Mucho más de lo que un tío de 19 debería dejar que alguien le afectara.

Me giré en la cama, apretando la almohada contra mi rostro, intentando ahogar un grito que me quemaba en la garganta. Llevaba semanas sintiendo cosas por ella que no debería sentir. Ella era… joder, era todo. Lo era sin intentarlo, sin darse cuenta, sin buscarlo. Y yo había caído. Caído como un imbécil.

Su risa, sus ojos, la forma en que me hablaba cuando se olvidaba del resto del mundo.

Ese beso. Ese puto beso que todavía sentía en la boca como una quemadura.

¿Y ahora qué?,¿Ahora tenía que verla como una hermana?,¿A ella?,¿A la única persona que me había tocado el alma sin permiso? Que se joda quien pensara que eso era fácil.

Me levanté de golpe, sin aguantar un segundo más en la cama. El cuerpo me temblaba, no sé si de rabia, cansancio o ganas de romperlo todo. Me metí en la ducha, dejando que el agua fría me golpeara la piel. Pero ni eso me calmó. Solo me recordó lo vivo —y lo muerto— que me sentía a la vez.

Hoy tendría que verla y fingir, fingir que estaba bien.

Fingir que podía respirar cerca de ella sin que se me rompiera algo por dentro.

Joder.

Salí de la ducha, me vestí casi sin pensar y antes de darme cuenta mis piernas ya me habían llevado hasta la puerta de la habitación de Enzo. Toqué una vez y esperé, contando apenas unos segundos que se me hicieron demasiado largos, pero del otro lado no hubo ningún movimiento ni respuesta, así que la paciencia, que ya venía bastante dañada, terminó de romperse y abrí la puerta sin volver a llamar.

La habitación estaba a oscuras y él seguía medio enterrado entre las sábanas, despeinado, con esa cara de alguien al que acababan de arrancar del sueño y que no estaba dispuesto a perdonarlo. Levantó la cabeza lo justo para mirarme y su expresión fue de pura molestia, como si el problema fuera yo, como si mi presencia a esas horas fuera la peor tragedia de la mañana.

—¿Qué demonios te pasa? —gruñó con la voz ronca.

Durante un segundo tuve el impulso de arrancarle la cama de debajo y obligarlo a despertarse de golpe, pero respiré hondo, no demasiado, solo lo justo para no perder completamente los papeles y estamparlo contra la pared.

—No puedo más, Enzo —dije al fin, con la voz rasgada, tensa, rota por dentro—. Necesito saberlo. Ya.

Él terminó de incorporarse despacio, frotándose la cara con esa calma desesperante que siempre tenía, como si el mundo pudiera esperar, como si todo tuviera su tiempo y yo fuera el único imbécil que no sabía manejarlo. Me miró con una paciencia que me hizo hervir la sangre, como si estuviera delante de un niño que se había caído de la bicicleta y necesitara que alguien le explicara cómo volver a levantarse.

—¿No podemos hablar después de desayunar? —preguntó con total tranquilidad.

—No, tío pareces tonto—solté inmediatamente—. ¿Cuándo te enteraste?

El silencio que siguió fue denso, incómodo, pesado como una losa cayendo entre los dos. Enzo sostuvo mi mirada durante un momento y después suspiró apenas, como si supiera que ya no había forma de esquivar aquello.

—Hace unas semanas.

Sentí un pinchazo en la espalda, frío, directo entre las vértebras, como si alguien me hubiera clavado una aguja sin avisar.

—¿En serio? ¿Y hasta ayer no te dignaste a decírmelo? — le reproche cabreado— Sabias que estaba mal. ¿Cómo lo supiste? — le pregunte con el corazón en la mano.

—El día que Abril salió corriendo de la fiesta de Carlos — respondió—. La acompañé y me lo contó.

Algo en mi estómago se revolvió con violencia.

—¿Ella ya lo sabía? —pregunté, sintiendo cómo me sudaban las manos y cómo la voz me temblaba a pesar de intentar mantenerla firme—. ¿Por qué no me dijo nada?

Enzo bajó la mirada un segundo antes de responder, y ese pequeño gesto fue suficiente para que mi pecho se tensara todavía más.

—Porque creía que tú también eras su hermano.

Fue como si alguien me arrancara algo del pecho de un tirón.

Retrocedí un paso sin darme cuenta, el aire se me quedó atascado en la garganta y durante unos segundos no supe ni cómo respirar. Abril había estado viviendo todo ese infierno pensando que yo también estaba atrapado dentro, creyendo que yo era parte de la misma mentira, de la misma historia rota, y mientras tanto yo había pasado semanas convencido de que me había reemplazado, de que me había dejado atrás, de que había elegido a cualquier otro antes que a mí.

No tenía ni idea de lo que ella había estado cargando.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —pregunté al final, con la voz temblando peligrosamente cerca de romperse.

Enzo respiró hondo antes de contestar.

—Porque ella me pidió que no lo hiciera. No quería verte destrozado.

Solté una risa amarga que no tenía absolutamente nada de graciosa porque destrozado ya estaba, destrozado era quedarse corto, estaba pulverizado, hecho mierda por dentro desde hacía demasiado tiempo. Me llevé las manos al pelo y tiré un poco de él intentando mantener el control mientras Enzo seguía hablando y terminaba de contarme toda la verdad, cada detalle, cada pieza que faltaba en una historia que yo había estado interpretando completamente mal.

Cada frase que salía de su boca era un golpe seco en el pecho, cada explicación una puñalada lenta, cada pequeño silencio entre palabras un recordatorio brutal de que yo no había estado ahí para ella cuando más lo había necesitado.

Y lo peor era que ni siquiera lo sabía.

El camino al instituto fue un infierno. Caminé casi sin ser consciente de por dónde iba, con el cuerpo cargado de demasiadas emociones al mismo tiempo, como si cada paso pesara el doble y cada respiración quemara un poco más que la anterior. Tenía la cabeza llena de imágenes, de recuerdos, de todo lo que ahora encajaba de una forma distinta, y cuando finalmente crucé la puerta del aula la vi.

Y joder… todo dentro de mí se rompió un poco más.

Estaba sentada en su sitio, con la espalda recta, el cuaderno abierto delante de ella, mirando a cualquier lugar del aula menos hacia donde yo estaba. No necesitaba que levantara la cabeza para saber que estaba evitándome, podía sentirlo en la tensión de su cuerpo, en la forma en que sostenía el bolígrafo, en ese pequeño esfuerzo que hacía por fingir normalidad.

Me ardió la piel, me ardió la garganta, me ardió el pecho entero.

Y, aun así, incluso así, incluso con todo ese caos latiéndome dentro, seguía siendo la persona más bonita que había visto en mi vida.

El profesor empezó a hablar, pero yo apenas escuchaba nada; todo se mezclaba en un ruido blanco lejano mientras mi atención se quedaba pegada a ella como si no existiera nada más en la habitación. Su respiración, el movimiento leve de su mano al escribir, la línea de su cuello, la forma en que se tensaban sus hombros, cada mínimo gesto que yo había aprendido a reconocer sin darme cuenta durante todo ese tiempo.

Cuando nos tocó trabajar juntos, ella hizo lo imposible por mantener distancia, contestando lo justo, evitando cruzar la mirada conmigo, refugiándose en un silencio que dolía más que cualquier grito porque no era un silencio de odio sino de miedo, de confusión, de alguien que estaba intentando protegerse.

Yo, en cambio, la miraba sin disimulo, sin disculpas y sin ninguna intención de fingir que aquello no me estaba destrozando.

Estaba roto, estaba jodido, estaba lleno de cosas que no sabía cómo arreglar, y aun así la deseaba con cada parte de mí, con una intensidad que me quemaba por dentro. Quería hablarle, quería que me mirara, quería saber si ella también estaba sufriendo o si el único imbécil atrapado en todo aquello era yo.

—Abril… —susurré al final, apenas un hilo de voz.

Ella se detuvo.

Solo un segundo.

Pero ese segundo me atravesó por completo, me quemó por dentro, me dio ganas de abrazarla y de gritarle al mismo tiempo, de

sacudir el mundo entero hasta que todo volviera a tener sentido, porque fue un segundo que lo cambió todo y al mismo tiempo no cambió absolutamente nada.

27
Mejor separados

Pov: Abril

—¿Qué quieres? Estabas deseando perderme de vista, y voy a intentar no interponerme en tus planes. —le dije, mirándole directamente a los ojos. Mi voz sonó más firme de lo que me sentía por dentro, pero no podía permitirme temblar frente a él. Tenía ese

poder sobre mí, me sentía vulnerable a su lado y podía ver claramente solo su mirada como me derretía por dentro.

Además, estaba harta de fingir. De intentar encajar, de satisfacer expectativas ajenas por miedo a herir sentimientos. Al final, los pedazos rotos siempre eran los míos y no lo iba a permitir.

—Lo sé todo. —su voz se deslizó entre nosotros, baja y contundente, como un susurro que me hizo estremecer, mis sentidos se agudizaron y puse toda mi atención en él.

Me quedé inmóvil, su mirada fija en la mía, y mi mente comenzó a girar en mil direcciones. ¿Qué significaba eso? ¿Qué podía saber? Enzo había cantado como un soprano, mira que le había dicho que no dijera nada, pero no se pudo contener.

El corazón me golpeó el pecho con fuerza, acelerado, y sentí cómo un leve temblor me recorría. Sabía que lo sabía, no era tonta, aunque intenté hacerme la sorprendida.

—No te entiendo... ¿Qué sabes? —pregunté, con un hilo de voz, notando cómo el aire se volvía denso entre nosotros.

Él dio un paso adelante, rompiendo la distancia, y pude sentir su respiración, calmada, mientras la mía era un completo desastre.

—Enzo me lo ha contado todo. —su voz era un murmullo grave, casi un eco—. Sé que eres su hermana... y que Jorge es tu padre.

La verdad, desnuda y brutal, se estrelló contra mí. Mis piernas flaquearon, pero antes de que pudiera pensar, mis manos se movieron por instinto y cubrí su boca, pues estaba hablando como si todo el mundo tuviera que saberlo, como si no importara nuestro secreto.

—Nadie debe saberlo. —susurré, tan cerca de él que podía sentir su aliento cálido contra mis dedos.

Él me miró, sin apartarse, con esos ojos grises que parecían observar mucho más allá de lo evidente. Lentamente, retiró mi mano, sujetándola con delicadeza entre las suyas. Las tenía heladas y fuertes. Sentir su piel hizo recordar la noche en la playa, pero no quise distraerme de lo que estábamos hablando.

—¿Por qué no me lo contaste? Yo te lo hubiese explicado... —murmuró, y sus dedos se deslizaron por su cabello, en ese gesto que

siempre hacía cuando estaba nervioso.

Mis labios temblaron antes de hablar, no sabía qué decir, era como si él no tuviera miedo, como si nadie más que nosotros importáramos.

—Tenía miedo... —mi voz se quebró, y un nudo me cerró la garganta. Bajé la mirada, incapaz de sostener la intensidad de sus ojos—. No sabes lo devastador que es que te digan que la persona a la que quieres con toda tu alma... es tu hermano.

No pude evitarlo. Las lágrimas cayeron, ardientes, recorriendo mis mejillas mientras mi cuerpo se estremecía. En ese momento, Hero no dudó. Acortó la distancia y me envolvió en sus brazos, apretándome contra su pecho. Sus manos fuertes me sostuvieron, y por un segundo, el mundo dejó de existir.

—No debiste pasar por esto tú sola... —su voz era un susurro grave contra mi oído—. No imaginas todo lo que llegué a pensar... Me odié por creer que habías jugado conmigo... Me odié por no poder dejar de quererte...

Mis manos se aferraron a su jersey, sintiendo su calor, su olor, ese refugio que siempre había sido mío.

Entonces, sus dedos tomaron mi rostro con delicadeza infinita, y levantó mi barbilla. Sus ojos me buscaron, como si quisieran leer en mi mirada todas las respuestas. Y, sin decir nada más, sus labios encontraron los míos.

Ese beso no se parecía a nada. Fue dulce y profundo, como una promesa eterna, como si el tiempo se hubiera detenido para que el universo entero pudiera contemplarnos. Sentí su respiración entrecortada, el leve temblor de sus manos al acariciar mi rostro, y supe que ninguno de los dos quería romper ese instante.

Pero lo hice. Me separé, con el alma hecha pedazos y el corazón desbocado.

—Aquí no podemos hacer esto... —susurré, mirando al suelo, luchando contra el impulso de volver a besarle.

—¿Por qué? —su voz era un eco de dolor, y cuando levanté la mirada, sus ojos me miraban como si acabara de arrancarle el corazón.

Tragué saliva, intentando encontrar las palabras.

—Primero está Ari... Ella no podría soportar vernos juntos. Después, mi abuelo y mi tío... sería un golpe demasiado fuerte para ellos. Y tercero... —me mordí el labio, el dolor golpeándome de nuevo—. Tu padre... que en este caso es también el mío. No quiero que sepa que soy su hija.

El silencio que se extendió entre nosotros fue desgarrador. Hero me miró, con los puños apretados, luchando contra lo evidente.

—¿De verdad? —dijo al fin, con un susurro tembloroso—. ¿En serio vamos a dejar que otros decidan nuestro futuro?

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y bajé la cabeza.

—No quiero que nadie decida por mí... pero todo lo que he hecho parece haber salido mal. Todo esto me supera, Hero. No puedo... no puedo con tanto... —la voz se me quebró y suspiré, intentando recuperar el aire—. Será mejor que hablemos en otro lugar. Aquí no es el mejor sitio. —le tomé del brazo, tirando suavemente de él.

Me siguió, en silencio, con la mirada fija en el suelo. Pero antes de llegar a la puerta, se detuvo y me miró con una firmeza que nunca le había visto.

—¿Por qué lo hacemos tan complicado? —dijo con una convicción que me dejó sin palabras—. Cuando estés lista para dar el siguiente paso me avisas, estoy cansado de ocultarme.

—No lo entiendes, no solo somos nosotros. No quiero estar cerca de ti, no nos conviene y es mejor estar separados. No quiero sufrir más, es evidente que siempre habrá algo que nos impida estar juntos. —respiré y, con la voz rota, añadí—: Esto se acabó, haremos como si nunca hubiera existido.

Y sin más, se giró y se alejó, dejándome allí, temblando y sintiendo cómo mi corazón se partía un poco más con cada paso que daba.

Hero se alejó, y yo me quedé ahí, con los latidos desbocados y la sensación de vacío expandiéndose en mi pecho. La sala se sentía más grande, más fría, como si la ausencia de su calor hubiese drenado todo lo demás.

Entonces, las risas socarronas de Pol y Carlos rompieron el hechizo. Ambos se habían acercado a Hero, dándole palmadas en la espalda mientras murmuraban algo que no llegué a escuchar. Sus miradas se cruzaron con la mía, y sonrieron de esa manera arrogante y burlona que tanto detestaba. Siempre eran así, siempre pretendiendo saberlo todo, entenderlo todo... cuando en realidad no sabían nada.

—Idiotas... —murmuré para mí misma, apretando los puños.

—¿Qué te pasa? —la voz de Valeria me sacó de mis pensamientos. Me giré y allí estaba, de pie junto a mí, con el rostro pálido y los labios apretados. Algo en su expresión me hizo fruncir el ceño.

—Eso tú, traes cara de espanto. —le dije.

—Nada. —respondió, mirando hacia el suelo como si de pronto sus zapatos fuesen la cosa más interesante del mundo.

—No me jodas, algo te pasa. —me crucé de brazos y le dediqué una mirada intensa—. O me lo cuentas, o me encargaré de averiguarlo yo solita.

Valeria levantó la vista, y sus ojos brillaron con ese destello rebelde que tanto la caracterizaba, pero esta vez había algo más. Algo roto.

—Paola está enfadada conmigo. —soltó al fin, con voz temblorosa—. Dice que siempre antepongo otros planes antes que estar con ella. Que no me atrevo a darle la mano en público... que me avergüenzo de lo que siento.

Las palabras salieron corriendo de su boca, como si llevara demasiado tiempo guardándolas. Me quedé en silencio un momento, intentando procesar lo que acababa de decir.

—¿Pero lo que dice es cierto? —la miré fijamente—. Porque si no lo es, puedes demostrárselo.

Valeria se mordió el labio y bajó la cabeza. Su mirada estaba apagada, como avergonzada de sus sentimientos.

—No le he dicho a nadie que estamos juntas... ni mi condición sexual. —susurró, tan bajo que casi tuve que acercarme para escucharla.

—¿Y a quién demonios le importa tu condición sexual? —le solté, sin filtros. Su sorpresa fue evidente—. En serio, ¿a quién le importa lo que tú sientas? ¿Desde cuándo necesitamos permiso para ser felices?

Estaba dando un consejo que ni yo misma me creía. Ni siquiera lo había aplicado a mi vida.

Valeria me miró, y por un segundo pensé que iba a romperse en mil pedazos. Sus ojos se llenaron de lágrimas que luchó por contener.

—No es tan fácil... —murmuró, tensa.

—No, claro que no lo es. Pero te juro que es más fácil que vivir escondida, mintiéndote a ti misma. —apoyé una mano en su hombro—. No puedes perder al amor de tu vida por una gilipollez...

Y entonces reaccioné. Pero no quería creer que lo mío con Hero fuera igual. Lo nuestro no tenía sentido: había demasiadas cosas que lo impedían. En cambio, ella no tenía ni una sola razón para no luchar.

Ella soltó una risa pequeña, rota, y me miró con un brillo especial en los ojos.

—Sabes que te quiero. —me dijo, y noté cómo sus hombros por fin se relajaban.

La abracé, y durante un segundo ambas nos quedamos quietas, como si ese gesto nos diera un respiro del caos. Sentí cómo su cuerpo aflojaba contra el mío, y en ese momento todo pareció detenerse: el ruido, la tensión, todo.

Cuando nos separamos, ese pinchazo incómodo regresó a mi estómago.

—Oye… —murmuré—. ¿Sabes algo de Ari?

El gesto de Valeria cambió al instante. Los labios tensos, la mirada esquiva.

—No sabemos nada… —respondió—. Se está juntando con gente muy rara.

—¿Rara cómo? —pregunté, sintiendo el corazón acelerarse.

Valeria se encogió de hombros.

—No sé… gente que no había visto nunca. Tíos que aparecen de la nada, que no van a clase, pero siempre están por los

alrededores. —Hizo una pausa—. El otro día la vi con un hombre… bastante mayor.

Sentí que se me congelaba la sangre.

—¿Mayor cuánto?

—Treinta y pico, quizá más. Y no tenía pinta de ser un amigo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Mi mente empezó a encajar piezas dolorosas.

—Tenemos que pararla. —dije con firmeza—. Me da igual que no quiera saber de mí. No es justo que me castigue así. Se está haciendo daño sin pensar en las consecuencias.

Valeria asintió. En sus ojos vi el mismo miedo que me atravesaba a mí.

28
Tiempo

Pov: Abril

Habían pasado ya varias semanas. Yo había decidido dejar que el tiempo hiciera su trabajo, aunque cada día que pasaba sentía que ese tiempo tan famoso del que todos hablan tenía más de torturador que de sanador. La espera se me hacía más larga de lo que admitía, más espesa, como si cada hora se pegara a mi piel. Hablé con Valeria para que estuviera más pendiente de Ariadna que de mí, porque, aunque no lo dijera en voz alta, sabía que Ari estaba entrando en un terreno que no sabía manejar y que yo, por mucho que quisiera rescatarla, era justo la persona de la que más quería alejarse. Pensaba que, si ella y Marc se acercaban un poco más a Ari, quizá conseguían sacarla del lío en el que se estaba metiendo, ese en el que yo no podía intervenir porque la herida entre nosotras aún estaba abierta, fresca, sangrante.

Yo, por mi parte, intentaría centrarme en estudiar, entrenar y mantener la cabeza ocupada, como si ocupar la cabeza sirviera para engañar al corazón. Qué ingenua soy a veces.

Hero era otro asunto. O, mejor dicho, era el asunto. No quería hablar con él, ni verlo demasiado, y, aun así, por alguna ley cruel del destino, habíamos terminado prácticamente ignorándonos de una forma tan perfecta que dolía. Apenas intercambiábamos una mirada, pero esas miradas… esas miradas tenían la mala costumbre de decir justo lo que intentábamos callar. Y, aun así, por pura y maldita mala suerte, coincidíamos en la mayoría de clases, como si alguien allá arriba disfrutara colocándonos uno frente al otro para ver cuánto aguantábamos sin rompernos. Para rematar la broma cósmica, el profesor nos obligó a sentarnos juntos en la dichosa mesa compartida de matemáticas avanzadas.

Cada vez que me sentaba a su lado, podía sentir la tensión flotando entre los dos, como una línea eléctrica silenciosa pero constante. Una vibración que no tocaba la piel, pero la incendiaba igual. Hero respiraba y yo lo sentía. Hero movía un dedo y mi cuerpo parecía responder. Hero existía y eso ya era suficiente para desordenarme.

Enzo, en cambio, no me dejaba ni un segundo de espacio. Y aunque su presencia siempre había sido un refugio, últimamente me agotaba. Al principio me enfadé con él, porque no había podido

mantener la boca cerrada con lo que habíamos hablado. Yo quería que aquel secreto familiar quedara solo entre él y yo. Era demasiado íntimo, demasiado mío, demasiado peligroso. Pero me dijo que necesitaba sacarse ese peso de encima porque Hero no hacía más que imaginarse películas conmigo. Llevaba semanas montándose historias en las que Enzo y yo éramos algo más, y según él, ya no podía con esa incomodidad. Me dolió, aunque no lo admitiría: la idea de que Hero hubiese sentido celos, aunque fuera por una confusión, me atravesó con una mezcla de rabia y deseo que me desarmó por dentro.

Lo único que sí quedó totalmente claro entre los tres, casi como un pacto silencioso, fue que bajo ninguna circunstancia Jorge debía enterarse de que yo era su hija. Solo mencionar ese riesgo hacía que mi cuerpo se tensara como si alguien me apretara el pecho desde dentro. Era un secreto demasiado grande, demasiado frágil y demasiado peligroso. Uno que podía cambiar demasiadas vidas si se filtraba una sola palabra fuera de sitio.

Cada vez que ese tema salía, aunque fuera en forma de insinuación, sentía cómo mis manos se quedaban frías. Frías como el mármol. Ese secreto era un peso enorme, uno que todos entendíamos, uno del que nadie quería hablar demasiado tiempo porque mirar directamente a un precipicio no lo hace menos profundo.

Los pasillos, la pista de entrenamiento, la cafetería… todo parecía seguir adelante sin nosotros, como si el mundo no tuviera tiempo para dramas ajenos. Yo me movía entre clases y entrenamientos intentando aparentar normalidad, aunque por dentro llevaba un torbellino constante que no dejaba de girar. Valeria a veces me miraba desde lejos, como confirmando que todavía estaba entera y no hecha pedazos. Marc intentaba sacarme alguna sonrisa con chistes malos que, sorprendentemente, a veces funcionaban. Enzo seguía pegado a mi sombra como si temiera que en cualquier momento me desvaneciera. Yo solo esperaba que este equilibrio extraño no explotara antes de que pudiéramos arreglar algo, aunque tenía la sospecha incómoda de que nada estaba realmente bajo control.

Aquella mañana, mientras guardaba mis libros en la taquilla, sentí un golpecito suave en el hombro. Me giré y encontré a Claudia, con la mochila apretada contra el pecho y los ojos llenos de nervios, de esos nervios que tiemblan, que suplican. Era una mirada que reconocía bien: llevaba días sosteniéndola por teléfono cada vez que me contaba lo que Laura y sus amigas le estaban haciendo. Esconderle los apuntes, reírse de ella por ser la más lista, por sacar mejores notas, por existir, porque siempre hay gente que respira odio sin motivo.

—Abril… —susurró, bajando la cabeza—. ¿Puedes venir conmigo a dirección? No quiero entrar sola.

Mi corazón dio un vuelco. Sabía perfectamente por qué me lo pedía.

—Claro —respondí, cerrando la taquilla de un golpe suave que escondía mi furia—. Vamos.

Caminamos juntas, su silencio aferrado al mío. Podía sentir cómo su respiración temblaba. Parecía más pequeña de lo habitual, como si el miedo hubiera ido encogiéndola desde dentro. Cuando llegamos frente a la puerta de dirección, se detuvo en seco, como si la madera fuera una barrera imposible de cruzar.

—Estoy nerviosa —murmuró—. ¿Y si no me creen?

—Te van a creer —le dije con una firmeza que no sé de dónde salió, poniendo una mano en su espalda—. Yo estoy contigo.

Entramos. El director levantó la mirada desde su escritorio, serio, atento. Claudia respiró hondo, abrió y cerró las manos un par de veces, como si ensayara la valentía, y empezó a hablar. Su voz, débil al principio, fue creciendo a medida que sacaba todo lo que llevaba semanas sosteniendo en silencio. Contó lo de los apuntes escondidos, los insultos disfrazados de bromas, las risas, el comentario de "listilla de mierda" que Laura le había soltado delante de media clase. No se dejó nada. No se dejó ni un pedazo de su dolor guardado.

Cuando terminó, bajó la mirada como si esperara una sentencia.

El director apoyó las manos en la mesa y habló con gravedad:

—Claudia, gracias por contarlo. Esto es serio y nos vamos a ocupar inmediatamente. No vas a volver a tener problemas con ninguna de esas chicas. Lo garantizo.

Ella levantó la cabeza, incrédula, como si no recordara lo que se sentía cuando un adulto realmente te escucha.

Yo sentí cómo los músculos de su espalda se relajaban bajo mi mano, como si finalmente pudiera respirar sin miedo.

—Puedes irte tranquila —añadió él—. No estás sola en esto.

Al salir, Claudia se detuvo en el pasillo, se giró hacia mí y me abrazó con tanta fuerza que casi me deja sin aire. Ese abrazo era agradecimiento, alivio y también una especie de rendición dulce.

—Gracias… de verdad —susurró contra mi hombro—. No sé qué hubiese hecho sin ti.

Le acaricié la espalda, suave.

—No tienes que pasar estas cosas sola. Para eso estamos las amigas.

Su sonrisa temblorosa fue suficiente para iluminar un poco mi día, aunque fuera en un rincón pequeño del pecho.

…

Entré al pabellón con el sonido del bote de los balones rebotando contra las paredes. Ese eco siempre me colocaba en otro lugar, uno más mío, más honesto. A esa hora la pista olía a resina, a goma caliente, a energía acumulada. Mis compañeras ya estaban en medio del calentamiento, riéndose por alguna tontería que había hecho Sandra mientras intentaba un giro imposible.

—¡Capitana! —gritó Laura—. ¿Hoy vienes a entrenar de verdad o solo a decorar la pista?

Varias soltaron carcajadas. Yo rodé los ojos, pero la broma me arrancó una sonrisa que me alivió más de lo que esperaba.

—Calla y pasa el balón —le lancé, fingiendo una seguridad que aún estaba reencontrando.

Laura me tiró un pase picado que casi se me escapa. Estaba demasiado dentro de mis pensamientos, pero logré controlarlo. Ella subió las cejas como si celebrara que no me desmoronara ahí mismo.

Empezamos la rueda de tiro. El ruido me abrazaba. La pista siempre conseguía desconectarme del caos, aunque fuera por minutos. Fallé el primer tiro. El segundo entró limpio, con ese swish perfecto que siempre me recolocaba.

—Así sí, capi —dijo Noelia.

La entrenadora dio dos palmadas.

—Círculo.

Nos acercamos. Ella habló del partido del sábado, de la presión, de las decisiones rápidas, pero cuando me miró a mí directamente sentí un golpe cálido en el pecho.

—Abril, tú tienes que liderar. Te necesitamos fina. Sé que puedes.

Asentí. Y por un segundo, sentí esa chispa que creía haber perdido.

Cuando añadió lo de entrenar con las Minis, las chicas reaccionaron como si yo fuera alguna especie de heroína infantil. Me dio risa, me dio rubor, me dio algo que no sentía desde hacía días: ilusión.

—Vale… lo pensaré.

Y fue la primera sonrisa sincera que me salió en mucho tiempo.

…

Al llegar a casa, Doce estaba esperándome en la puerta, sentado como un guardián fiel con su cola golpeando el suelo en cuanto me vio. Dejé la mochila caer al suelo sin cuidado y él se lanzó contra mí con ese entusiasmo suyo que nunca cambia, ese amor enorme que no entiende de secretos, de traiciones, de abuelos autoritarios, de corazones partidos. Se me pegó al cuerpo hasta aplastarme la ropa, pero no me importó en absoluto. Necesitaba su cariño como quien necesita un salvavidas en mitad del océano. Ese perro tenía un radar emocional increíble; siempre sabía cómo me encontraba solo con olerme, como si leyera mi alma más rápido de lo que yo misma podía.

Después de cenar subí directamente a mi habitación. No tenía ganas de encender la televisión, ni de fingir normalidad, ni de ser fuerte un segundo más. Me tumbé boca arriba en la cama, mirando

el techo como si pudiera encontrar allí respuestas o al menos una excusa para no sentir tanto. Dejé que mi mente se apagara un poco, aunque fuera por unos minutos. El silencio era extraño, porque, aunque dolía, también se sentía como una tregua. Cansada, rota y confundida… pero en paz, una paz rara, una que nace del agotamiento más que de la tranquilidad.

Y, aun así, entre esa calma falsa, seguía ahí esa culpa silenciosa que se acomodaba en mi pecho cada vez que pensaba en Hero. Estar enamorada de él era casi una blasfemia. Sentía que alejarme de él era lo único que podía acercarme de nuevo a Ari, pero mi corazón no seguía reglas, no sabía de sacrificios lógicos. Me dolía todo al pensar en él: sus caricias, sus silencios cargados de intención, esa forma suya de mirarme… No sabía qué me hacía, pero me hacía. Y sí, lo admito: era masoquista, porque me gustaba estar cerca de él incluso si no podíamos estar juntos. Me gustaba esa tensión entre nosotros, esa electricidad que vibraba incluso cuando fingíamos ignorarnos. Era como acercarse al fuego sabiendo que te vas a quemar y aun así no poder evitarlo.

A la mañana siguiente, mi abuelo me esperaba sentado en su gran butaca. Esa butaca enorme, de cuero oscuro, en la que siempre se sentaba cuando tenía que decir algo importante, algo que él consideraba trascendental, algo que normalmente no me gustaba nada. Nunca fue de dar rodeos; siempre iba directo, incluso cuando lo directo dolía más que cualquier borde filoso.

—Abril, acércate. Tenemos que hablar —dijo, señalando la silla junto a él.

Me acerqué con la mochila colgando de un hombro, ya sintiendo esa incomodidad en la piel, esa alarma interna que siempre se activaba cuando él adoptaba ese tono. Seguía dolida con él desde la última discusión, esa en la que me dejó claro que mis decisiones nunca parecían ser suficientemente correctas para su mundo perfecto.

—Dime —respondí, seca, cortante, defensiva.

—Sé que estás resentida, y que los dos hemos actuado mal —empezó, como si de pronto hubiese descubierto que yo tenía emociones propias. Luego continuó—: Esta semana me iré a Nueva

York con tu tío. Tenemos que cerrar la negociación con una gran empresa. Construirán varios rascacielos y necesitan a nuestra compañía.

Asentí sin emoción. Lo de siempre. Viajes, negocios, decisiones grandes que jamás incluían preguntarme nada.

—Ya sabes que Rodrigo y todos en la casa me cuidarán igual mientras tú no estás —dije con indiferencia. Aquello ya lo habíamos vivido demasiadas veces.

—Sí, pero quería que supieras algo más —añadió, enderezándose un poco, como si lo que venía fuera un anuncio magnífico—. Vamos a aprovechar el viaje para mirar tu nueva residencia. Queremos que el próximo año estudies en Estados Unidos. Nos están asesorando para elegir la mejor universidad.

Lo dijo con esa seguridad fría que siempre usa cuando ya ha tomado una decisión sin mí. Sentí algo romperse dentro, como si un hilo que llevaba meses tensándose por fin cayera.

—¿En serio…? ¿De verdad lo estáis decidiendo sin mí? ¿Como si no existiera? —pregunté, y mis ojos se llenaron de lágrimas de una forma casi inmediata—. ¿Mi opinión no importa?

Él suspiró, cansado, como si yo estuviera siendo caprichosa, como si mis sueños fueran una molestia.

—Esto es más de lo que la mayoría puede permitirse. Deberías estar agradecida. Sé que en un futuro me darás las gracias y valorarás todo lo que he sacrificado por ti.

Sus palabras me atravesaron como cuchillas.

—¿Soy un sacrificio? —pregunté con la voz temblando—. No me has dado opción de valerme por mí misma. Todo lo que hago parece molestarte o entorpecer tus planes.

—Está decidido —sentenció, levantándose con esa rigidez suya—. No puedes malgastar tu vida por algo que no existe. Le prometí a tu madre guiar tu camino. Cuanto antes asimiles tu futuro, antes me lo agradecerás.

Y se marchó dejándome ahí, con los puños cerrados, con el corazón encogido, con las lágrimas cayendo sin pedir permiso. Siempre hacía eso: soltar una bomba y marcharse como si no hubiera destrozos que limpiar.

Me quedé en medio del salón, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Estados Unidos. Toda mi vida cambiada de un plumazo. Y sin que nadie me preguntara si quería perderlo todo: mi equipo, mis amigas, mi casa, mi historia… Hero. Era como si mi vida fuera un tablero que él movía a su antojo.

Respiré hondo, pero era inútil. El nudo en mi garganta se hacía más grande. Agarré la bolsa de deporte y salí casi corriendo. Necesitaba aire. Necesitaba no sentirme atrapada. Las lágrimas caían sin freno mientras cruzaba el jardín. Sentía que el mundo me quedaba enorme y pequeño al mismo tiempo, que decisiones gigantescas se tomaban sin mí como si yo fuera un personaje secundario en mi propia vida.

Rodrigo me esperaba en el coche, puntual como siempre. Y aunque intenté recomponerme antes de que él me viera, no pude ocultar mi cara de desconsuelo. Él me lanzó una mirada rápida por el retrovisor, una que decía "sé que estás mal, pero no sé hasta dónde puedo preguntar". A veces era lo único que necesitaba: alguien que viera sin invadir.

El trayecto al instituto se me hizo eterno, como si el coche avanzara a través de una niebla espesa.

…

Enzo me esperaba en la entrada. Su sonrisa —esa sonrisa limpia, tan suya, tan honesta— aflojó un poco el nudo que me rodeaba el pecho.

—¿Qué te pasa? —preguntó en cuanto me vio, como si pudiera leer mis lágrimas, aunque ya no quedara ni una.

—He discutido con mi abuelo. Ya está decidido que estudiaré en Estados Unidos —susurré, bajando la mirada.

—Está pensando en tu futuro… —intentó animarme, con esa suavidad que siempre usa conmigo.

—No me ha preguntado qué quiero. Solo quiere que siga lo que hizo mi tío. Yo no… —no terminé la frase, pero él entendió.

Él se encogió de hombros con esa calma encantadora que siempre me ordena un poco por dentro.

—Es una oportunidad única. Te formarás, serás de las mejores. Míralo por otro lado.

Rodé los ojos, pero su forma de hablar me suavizó. Enzo siempre tenía ese efecto tranquilizador: no apagaba el caos, pero lo bajaba de volumen.

Nos despedimos en el pasillo y seguí mi camino. Y aunque no lo admitiría jamás en voz alta, hablar con él me había aliviado. Un poco. Lo justo para no derrumbarme ahí mismo.

Entré a clase casi saltando, con la sensación de que el suelo era más ligero de lo normal solo por haber soltado ese peso en alguien que no lo juzgara. Dejé la mochila sobre mi mesa justo cuando Claudia rozó mi brazo con delicadeza.

—Abril, te veo bien —me dijo con una sonrisa cálida, una sonrisa que sabía leerme—. Necesitaba verte así.

—Gracias —respondí, sintiendo su cariño sincero como una manta suave sobre una herida.

Me senté.

Y entonces ocurrió.

Levanté la mirada… y me encontré con los únicos ojos capaces de acelerar mis latidos sin necesidad de tocarme. Hero.

Sentí un vuelco en el estómago, un clic automático, inevitable. Su presencia me recorría el cuerpo como un cosquilleo lento, como una llamada silenciosa. Quise apartar la mirada, fingir que era fuerte, que era indiferente, que él ya no me afectaba. Pero era imposible. Él estaba ahí, y eso era suficiente para que mi piel recordara absolutamente todo.

—Señorita Rivera —la voz del profesor retumbó en el aula—, ¿por qué no está sentada con su compañero? Tienen un trabajo pendiente que deben entregar esta semana.

Mi corazón dio un salto que casi me dejó sin aire.

No quería moverme, no quería acercarme a él, no quería ese incendio tan cerca. Pero tampoco podía desafiar al profesor.

Recogí mis cosas y me senté a su lado. Mi cara debía ser un poema, uno que Hero parecía leer como si fuera su lectura favorita. En sus labios había un amago de sonrisa, una que me irritaba y me desarmaba a partes iguales.

—No muerdo —susurró con esa gracia suya, esa voz que siempre suena a caricia y desafío.

Respiré hondo.

Lo miré con esa soberbia fingida que uso cuando estoy temblando por dentro.

Quería ser de piedra, quería que no viera el terremoto que provocaba en mí.

Pero cada célula de mi cuerpo sabía que estaba perdida.

Porque seguir sentada a su lado…

Era como sentarse al borde del incendio que más deseabas tocar.

Y de verdad lo digo; Había partes de mí que no querían salvarse.

29
Excursión

Pov: Abril

—La semana que viene tenemos programada la salida a la Bolsa de Barcelona. Los que aún no la hayáis pagado, recordad que debéis hacerlo a través del TPV del instituto —gritó el profesor para hacerse escuchar mientras todos recogíamos las cosas de la mesa.

Hero se fue rápido, ni siquiera se despidió con un "adiós" o un "hasta luego". Sé que le había pedido espacio, pero tenía que verlo cada día, y aunque realmente lo deseara —y soñara con él casi cada noche— tenía claro que nunca más iba a pasar nada entre nosotros dos.

Claudia y Raquel me esperaron en la salida de clase. Parecía que querían contarme algún chisme; ellas siempre estaban pendientes de todo lo que pasaba en clase, pero no era de eso de lo que querían hablarme.

—De aquí a tres semanas nos vamos a Madrid. Queríamos saber si te apetece venir con nosotras. Iremos en AVE, queremos ver un musical y después pasear hasta quedar reventadas —dijo Claudia, empujando con el codo a Raquel.

—Tengo que mirar qué hago, porque nos quedan pocas jornadas con el equipo de baloncesto y también estoy ayudando en los entrenos con las más pequeñas —musité, rascándome la frente —. Pero si estoy libre, contad conmigo. Me parece un plan perfecto.

Sonreí mientras saludaba con la mano a Valeria, que acababa de salir de sus clases.

Vino directa hacia nosotras con un par de folletos en las manos, como si tuviera que protegerlos del viento. Me hacía gracia verla así, toda nerviosa, ella que era la más organizada del mundo. A lo lejos, con la mochila arrastrándose detrás, apareció Paola, y en cuanto llegó besó a Vale. Ella cerró los ojos, como queriendo guardar ese gesto tan bonito para siempre.

Me salió una sonrisa enorme y me alegré muchísimo por ellas que, nada más tenerlas delante, las abracé. Las echaba tanto de menos y, aunque les había pedido que se alejaran un poco para poder ayudar a Ari, la verdad… yo me estaba empezando a sentir sola.

Mientras hablábamos, el profesor salió del aula y empezó a gritarle a un grupo de primero porque habían dejado todo tirado en el pasillo. Claudia tapó su boca con un ruido gracioso y Raquel soltó una carcajada; era tan típico que pasara eso a última hora…

Yo miré un momento hacia el otro extremo del pasillo, no sé ni por qué, quizá por costumbre, y ahí estaba Hero, apoyado en las taquillas como si estuviera esperando a alguien. Bueno, a alguien que no era yo, obviamente, porque llevaba días extraño, como si ya no le importara.

Cuando levantó la cabeza, nuestras miradas se cruzaron. No quería apartar la vista; quería ver cuánto duraba esa guerra de miradas, pero él apartó la mirada rápido, como si le quemara. A mí esa indiferencia me dolió, me atravesó el alma. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? ¿Por qué tenía que estar enamorada de Hero González?

—¿Quieres que vayamos a por un café? —preguntó Valeria, interrumpiendo ese mini momento raro que ni sabía cómo describir.

—Sí, va… —respondí, intentando sonar normal.

Valeria guardó los folletos en su mochila como si fueran oro. Paola la abrazó por la cintura y se puso a decir que tenían que elegir juntas la excursión de final de trimestre. A mí se me escapó la risa porque parecían dos niñas pequeñas decidiendo a qué parque ir.

—Ay, tía, te hemos echado de menos —dijo Valeria, agarrándome de la mano un segundo—. Todo sea por el bien de nosotras.

—Lo sé… —le apreté la mano—. Es que todo con Ari… se me ha hecho bola.

Ella asintió. No hacía falta decir mucho más; ella estaba siendo más complicada de lo normal. Llevábamos meses sin hablar y parecía que quería seguir estando así, pero no era justo que nuestro grupo de amigos tuviera que elegir entre nosotras dos.

Empezamos a bajar las escaleras y escuché pasos detrás. No quise girarme, pero lo hice igual. Era Hero y Ricky, bajando a su ritmo, hablando de cosas superfluas: coches y viajes realizados al extranjero.

No sé qué me pasó, pero ese momento… no sé, me dio una mezcla rara entre ganas de irme corriendo y ganas de quedarme justo donde estaba. Sentí cómo su roce me erizaba la piel; como solo notar que estaba a mi lado, mis defensas caían en picado. Él tenía ese poder sobre mí: podía desestabilizarme sin ni siquiera mirarme.

Paola lo vio también y me empujó para que pudiera reaccionar y dejara de parecer un robot.

—Tu amigo va más mustio que un ficus en julio —susurró ella, con ese tono que usaba cuando quería hacerme reír.

—Sabes que no es mi amigo —contesté sin pensarlo—. Y no parecía que estuviera mal en ningún momento; estaba en su puta salsa. —Y al decirlo… me jodió un poco.

Valeria me miró de reojo, como si quisiera preguntarme mil cosas, pero se contuvo.

Llegó el día de la excursión. Yo bajé a toda prisa de mi habitación, cogí un trozo de bizcocho que había sobre la mesa y repartí besos a mi tío y a mi abuelo.

Estaban de buen humor; parecía que todo volvía a la normalidad. Mi abuelo estaba contento; incluso parecía que el viaje a Estados Unidos había ido bien con mi tío. Creo que ellos dos necesitaban ese viaje. Mi abuelo estuvo hablando con uno de sus amigos en la ciudad y nuestros asesores les habían aconsejado distintas universidades para que pudiera echar la solicitud.

Yo había entendido que ellos solo estaban queriendo lo mejor para mí y me entusiasmé como una niña al ver las universidades que me estaban proponiendo. Mi abuelo, en ese momento, pareció crecer de orgullo y me soltó un pequeño pellizco en la mejilla.

—Me voy, que hoy tengo excursión en la Bolsa, espero aprender algo —hice una mueca divertida.

El autocar nos dejó frente al edificio de La Llotja justo después de las diez de la mañana. El cielo estaba claro y la fachada imponente del edificio resaltaba aún más. Mármol, columnas, puertas enormes… aquello parecía demasiado serio para que entrara un grupo de adolescentes medio dormidos.

—Por favor —dijo nuestro tutor, levantando una mano—, intentad comportaros como personas civilizadas durante al menos… cinco minutos.

Las risas del grupo resonaron entre las escaleras de mármol.

A mí, como siempre, me pasó lo de siempre: estaba mirando a la única persona que, aunque me jodiera admitirlo, era mi propio talón de Aquiles. Era tan guapo… y tan insoportable a veces. Se colocó detrás con algunos compañeros; a él siempre le seguían las risas. A mí se me acercaban las chicas para preguntarme sobre ropa, zapatos, joyas… como si eso fuese importante.

Me acerqué a Claudia, que estaba emocionadísima; decía que aquello era "la cuna del capitalismo".

—Tía, ¿has visto cómo vamos vestidas? —se burló Raquel señalando sus zapatillas—. Como mucho saldrás sintiéndote turista.

Entramos en el edificio, donde el guía nos recibió con una sonrisa profesional.

—Bienvenidos a la Bolsa de Barcelona. Hoy veréis cómo funciona un mercado financiero por dentro. Seguidme.

Pasillos amplios, techos altos, olor a papel viejo mezclado con aire acondicionado. Cuadros de presidentes antiguos con cara de estreñimiento perpetuo. Algunos compañeros hacían fotos; otros parecían aburridísimos.

Llegamos a la sala principal y todos soltaron un "wow".

Paneles digitales gigantes. Números que cambiaban sin parar. Gráficas vivas, como latidos.

—Esto parece una nave espacial —dijo uno.

El guía empezó a explicar cosas técnicas, pero yo apenas podía concentrarme. No podía porque él estaba allí, en mi periferia, respirando demasiado cerca, existiendo demasiado fuerte.

—Yo esto lo domino —dijo Claudia—. Acción arriba, compro. Acción abajo, vendo. Fácil.

—Sí, claro —me reí.

Seguimos recorriendo la sala. Trabajadores pasaban a toda velocidad, hablando entre ellos.

—Pensaba que sería más ruidoso —comentó Edu.

El guía se giró:

—Eso era antes. Ahora es digital. Ya no hace falta gritar… aunque ganas no faltan.

Las risas llenaron el ambiente.

Yo me quedé atrás, mirando una pantalla táctil. Fingía interés, pero la verdad era que necesitaba silencio para no pensar en él… y obviamente no funcionó.

Lo sentí acercarse antes de verlo. Como si mi cuerpo supiera detectarlo.

—¿Está ocupada la pantalla? —preguntó, bajito.

Me puse tensa.

—Tienes todas las demás libres —respondí sin mirarlo.

Pero él sonrió. Lo escuché.

—Ya… pero esta parece la más interesante.

—¿Tú me dirás por qué?

No contestó. Tocó la pantalla, rozó mi mano sin querer y casi se me escapa el alma del cuerpo. Una chispa eléctrica me subió por el brazo. Él lo sintió. Yo también.

Los compañeros empezaron a dispersarse. Raquel nos miraba desde lejos. Claudia también.

Yo fingí mirar una gráfica.

—¿Vienes? —preguntó Claudia.

—Id tirando —dije.

Caminé por un pasillo largo. No oía nada, solo mis propios latidos. Entonces apareció otra vez. Su perfume, su respiración… él.

—¿A quién buscas? —me susurró.

—A la clase —mentí.

Me giré. Su rostro quedó a centímetros del mío. Demasiado cerca. Demasiado peligroso.

—¿Estás segura de que no me estás buscando? —dijo con esa chulería suya que tanto odiaba y tanto me atraía.

—A decir verdad, sí —respondí.

Y entonces pasó.

Me agarró de la nuca y me besó.

Un beso urgente, hambriento, como si se estuviera ahogando y yo fuera oxígeno. Sus labios chocaron con los míos, y sentí ese

vértigo familiar que solo él sabía provocarme. Su lengua rozó la mía y mi cuerpo entero reaccionó con un "sí" que no supe controlar.

Me derretí. Literalmente.

Era mi maldita debilidad.

—Te echo de menos —susurró contra mis labios.

Y ahí, justo ahí, el mundo se detuvo.

30
Ganamos

Pov: Abril

El día anterior me había dejado llevar. No podía evitar tener ese sentimiento hacia él. Era superior a mis fuerzas, imposible de controlar, y al final sucumbí a mi debilidad.

Media clase había visto cómo nos besábamos en medio del pasillo, así de repente, sin aviso, sin pensar en nada ni en nadie. Y sinceramente… no me importó. Lo que sí me llamó la atención fue la cara del profesor. Después de todas nuestras discusiones, negarnos a trabajar juntos, nuestras miradas tensas… puso una cara como de arrepentimiento, como si lo que había visto fuese culpa suya por habernos obligado a sentarnos juntos. Y no, no tenía nada que ver.

Cuando salí del instituto, sentí que todo el mundo me miraba de reojo. No sé si fue paranoia o realidad, pero yo me sentía expuesta. Y al mismo tiempo… algo dentro de mí estaba tranquilo. Como si por fin hubiese respirado después de semanas aguantando la respiración.

Al llegar a casa estaba hecha un lío.

Era un caos completo.

No sabía si ese beso significaba que estábamos juntos o si solo había sido un impulso tonto del momento. Un calentón emocional. Porque sí, el beso había sido bonito, intenso… pero luego me quedé con esa duda horrible en el pecho: ¿qué éramos ahora?

Intenté no pensar más, pero mi abuelo apareció con el iPad entre las manos, emocionado como si me fuera a enseñar un tesoro.

—Lo mejor para mi nieta —dijo orgulloso, levantando la barbilla como si estuviera firmando una declaración importante.

—No están mal… —dije ladeando la cabeza, aunque en realidad sí que estaban bien. Estaban demasiado bien.

—¿Cómo que "no están mal"? Si ese edificio es de la familia —respondió dando toquecitos en la pantalla para enseñarme las estancias—. Si al final estudias allí y decides quedarte un tiempo, puedes vivir en uno de estos lofts. Ventanas enormes, seguridad 24 horas, gimnasio abajo… lo tienes todo.

—Me lo pensaré —me encogí de hombros—. Aunque igual prefiero vivir en el campus. No sé.

Y era verdad. No sabía nada. Ni dónde quería estudiar, ni qué quería sentir, ni qué estaba pasando con Hero. Mi abuelo, en cambio, parecía vivir en una burbuja feliz desde hacía meses. Como si todo lo que había ocurrido en la familia fuese una anécdota y no un trauma.

Subí a mi habitación, dejé la mochila en el suelo y encendí el ordenador. Tenía trabajos que entregar y seguramente me tocaría quedarme hasta tarde. Y encima con el torneo del día siguiente… iba a ser un fin de semana larguísimo.

Miré el móvil por inercia. Siempre lo tenía en silencio. No sé por qué, como si dejarlo callado hiciera que mi vida también lo estuviera un poco.

Vi varias notificaciones. Mensajes.

Y sí, sabía perfectamente de quién eran.

<No voy a dejar pasar lo de hoy. No puedo evitar sentir lo que siento.>

Me quedé clavada en la pantalla.

¿De verdad Hero pensaba que podía leer eso y luego irme a dormir tan tranquila?

Si yo llevaba días intentando convencerme de que tenía que olvidarlo… ¿y ahora me venía con esto?

<No quiero estar sin ti.>

Le contesté sin filtros. Estaba harta de esconderme, harta de sentirme mal por algo que no tenía nada de malo. Quería sentir. Punto. Y él… él era lo único que conseguía que todo dentro de mí se encendiera.

Si había perdido a Ariadna… no tenía por qué perderlo a él también. Estaba cansada de renunciar siempre a lo que quería.

<Quiero verte y no voy a poder esperar hasta el lunes.>

Respondió enseguida. Como si hubiera estado esperando a que yo escribiera algo para respirar.

<Mañana tengo un torneo de baloncesto, quizá el domingo.>
<Entonces tendré que esperar.>

Me quedé un rato con el móvil entre las manos. Estaba temblando, tenía frío, y esas mariposas asquerosas y maravillosas no paraban de revolotear. Era una mezcla de miedo, ilusión, nervios y ganas de salir corriendo a verle.

Esa noche dormí como hacía muchísimo que no dormía, super profunda y rendida. Tanto que al levantarme tenía la cara hinchada y el pelo imposible.

Preparé la mochila para el torneo. Cogí la equipación, las botas de baloncesto, y metí todo a presión porque la cremallera se negaba a cerrar como siempre.

Mientras hacía todo eso, me descubrí sonriendo sola, como una idiota.

Hero quería verme. Y yo… también quería verle a él. Estaba emocionada y tenía la sensación que iba a ser un día super especial, me vibraba el cuerpo con ganas de salir a pelear ese torneo y llevarme la copa a casa.

El pabellón olía fatal, de verdad, ese olor a calcetín sudado y esa mezcla de cloro viejo, ese olor típico de los institutos que no sabes si odiar o echar de menos. Desde que entré ya se escuchaba el eco de los botes de balón y los gritos de los equipos que jugaban

antes que nosotras. Me sentí nerviosa, pero a la vez con esa chispa rara que solo aparece en los días importantes.

Mi entrenadora me miró con complicidad, rozó mi hombro para tranquilizarme, aunque sabía que ella lo pasaba peor que yo. Era demasiado competitiva y nos había inculcado ese amor incondicional por ese deporte.

Me ajusté las zapatillas, apretando los cordones como si así pudiera sujetar todo lo que llevaba dentro: nervios, ilusión, cansancio acumulado… y sí, también a Hero, al que intentaba sacar de mi cabeza sin éxito, ese hombre me estaba dejando secuelas, parecía estúpida de lo feliz que me sentía.

Nos reunimos en el vestuario, las chicas concentradas y Noelia con su cordura — No bajemos la guardia, este torneo lo ganamos nosotras— gritó y todas la seguimos al unísono.

Cuando salí del vestuario, escuché mi nombre como si estuviera en un concierto.

—¡ABRIL AQUÍ! —gritó Valeria moviendo los brazos exageradamente.

A su lado estaban Paola, Claudia y Raquel, todas alineadas como si fueran mis fans oficiales. Paola tenía incluso una pancarta cutre hecha con rotulador, con mi nombre torcido y un balón dibujado fatal, pero se lo agradecí igual porque era muy de ella. Sinceramente me sacaron una sonrisa, eran la leche, pero faltaba alguien, Ariadna. La echaba mucho de menos, y no tenía idea de lo que realmente estaba pasando con ella. Solo sabía que Valeria y Marc estaba al pendiente, pero desde hacía tiempo se juntaba con gente extraña y se colocaba en más de una ocasión, yendo Marc a recogerla en barrios opuestos a los nuestros.

Detrás de las chicas vi a los demás, estaba Enzo, mi hermano, con esa cara de "sé que soy guapo y lo sabes", apoyado en la barandilla como si fuera el dueño del pabellón. Mi hermano era guapo, si, tenía una buena genética, cada fin de semana se enrollaba con una distinta, eso me parecía bien si ninguno de los dos sufría.

También estaba Marc, con su sonrisa tranquila, el único capaz de llevar la calma a cualquier sitio, como iba a faltar mi mejor amigo,

mi inseparable y confesor, que estaba justo al lado de Lucas y Mario, que ya estaban discutiendo sobre quién jugaba mejor, aunque ninguno pertenecía a ningún equipo.

Y, para rematarlo todo, Alex, sentado a la izquierda de Marc, la verdad que estaba guapo, con su mandíbula fuerte y angulosa y su cabello rubio, se veía incluso más guapo que cuando salíamos, no pude negar que me gustó verlo allí como antes. Me saludó con entusiasmo, parecía que aun estábamos juntos, antes de dejarlo siempre estaba allí animándome, le encantaba ir a verme. El deporte era lo suyo, lo que más le movía a él, por eso nos distanciamos, porque tenía demasiados compromisos con patrocinadores y también su carrera, estudiar fuera nos había alejado.

Tuve una sensación nueva, como si de repente todas las personas que significaban algo para mí estuvieran reunidas en un mismo sitio. Me sentía especial, era bonito, pero a la vez daba miedo también.

Respiré hondo y me fui con mi equipo. Hoy tenía que estar centrada sí o sí. No podía permitirme tonterías.

El partido empezó y desde el primer segundo sentí esa electricidad en las piernas. Era la adrenalina de los buenos días. Me movía con rapidez, marcaba jugadas, gritaba indicaciones, corría de un lado al otro como si fuera puro resorte. Ser la capitana significaba eso: estar en todas partes. Hablar. Animar. Corregir. Y yo, aunque no siempre lo pareciera, lo disfrutaba.

Mis amigas no paraban de animar, estaban eufóricas, con gritos y abucheos al equipo contrario si hacían alguna falta.

Cada vez que robaba un balón, se escuchaba a Paola gritar mi nombre como si estuviera animando a un equipo de fútbol.

Valeria casi se cayó dos veces por apoyarse demasiado en la barandilla y Claudia iba grabando todo, incluso me hacía zoom en la cara cuando yo estaba concentrada.

Raquel que casi nunca venia con nosotros no paraba de hacer comentarios y luego se reía sola. Era imposible no escucharlas, aunque quisiera.

El partido estaba igualadísimo, yo sudaba como un pollo porque iba de arriba abajo, no quería perder, me había propuesto

llevarme la copa a casa y sabía que nosotras corríamos más, pero ellas eran más fuertes.

Cada canasta era sufrida, cada defensa era dura, mis tobillos aguantaban la frenada de cada carrera. Sentía las piernas cargadas, pero también esa rabia competitiva que me hacía seguir. Y aun así… entre jugada y jugada, en algún punto de mi cabeza, estaba él. Hero, el puñetero Hero no salía de mi cabeza ni en esos momentos de concentración máxima.

Su mensaje de la noche anterior seguía girando dentro de mi cabeza, junto con todo lo que me había dicho y todo lo que había sentido al leerlo, como si las palabras se hubieran quedado pegadas a mis pensamientos y se negaran a marcharse. Intenté echarlo fuera, apartarlo, concentrarme en lo único que importaba en ese momento, que era el partido, el marcador, el ritmo del juego, pero era imposible porque él estaba allí incluso cuando no estaba físicamente, ocupando ese lugar incómodo dentro de mí donde las cosas importan demasiado.

Entramos en el último cuarto con solo dos puntos de ventaja y el pabellón estaba completamente encendido. La grada gritaba, saltaba, hacía un ruido constante que vibraba en el suelo y subía por mis piernas cada vez que corríamos hacia el aro. Mis amigas chillaban como si aquello fuera la final de la champions, Enzo golpeaba la barandilla como si fuera un tambor marcando el ritmo del partido, y Alex intentaba aparentar que todo aquello no le afectaba demasiado, aunque lo delataba la forma en que tenía la mirada clavada en el marcador mientras movía las piernas con una tensión que se notaba incluso desde la pista.

En un tiro a canasta sentí el golpe claro en el brazo, seco, evidente, y el silbato del árbitro no tardó ni un segundo en sonar. Falta. Tiros libres. Perfecto. Mi momento.

Me coloqué en la línea mientras el ruido de la grada seguía retumbando alrededor y sujeté el balón entre las manos intentando encontrar ese pequeño espacio de calma que siempre buscaba antes de lanzar. Respiré una vez, luego otra, dejando que el aire llenara mis pulmones despacio porque sabía que tenía que vaciar la mente, quedarme completamente en blanco, borrar todo lo demás, porque

ese era el único truco que siempre me funcionaba cuando la presión empezaba a apretar.

Levanté la mirada hacia el aro, respiré otra vez intentando aislarme de todo, y justo entonces, casi sin querer, mis ojos se desviaron hacia la derecha.

Y el mundo se me congeló.

Hero estaba allí.

Sentado en la grada como si nada, como si hubiera estado allí todo el tiempo, como si no fuera la última persona que esperaba ver en ese momento. Durante un segundo me quedé mirándolo fijamente, incapaz de entender qué hacía allí, y la reacción fue inmediata porque varias personas a mi alrededor también se giraron al notar hacia dónde iba mi mirada. Todos sabían lo nuestro, sabían que entre nosotros había algo imposible de disimular, algo que cuando estábamos cerca se sentía en el ambiente como una especie de electricidad silenciosa.

Y allí estaba él, sentado entre todos como si hubiera sido parte del plan desde el principio, como si perteneciera a mi vida de una forma que ni siquiera yo estaba preparada para admitir.

Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que pensé que se me iba a salir por la boca, las manos me sudaban y el pulso me temblaba justo cuando menos podía permitírmelo porque fallar esos tiros no era una opción. No ahora. No con todo el mundo mirando.

Hero no apartó la mirada ni un segundo, simplemente sonrió. Esa sonrisa suya, un poco ladeada, peligrosa, que siempre conseguía desarmarme más de lo que me gustaría admitir, y después me guiñó un ojo con una tranquilidad que parecía decir que todo estaba bien, que no tenía nada que temer, que el mundo seguía girando exactamente como debía.

Ese gesto tan pequeño, tan tonto para cualquiera que lo mirara desde fuera, fue como si alguien hubiera encendido algo dentro de mí. De repente todo volvió a colocarse en su sitio, como si su presencia me recordara que no tenía que preocuparme por nada, que todo pasaba por alguna razón, y por un segundo absurdo pensé que quizá él también era parte de esa razón.

Levanté el balón con las manos todavía ligeramente temblorosas, flexioné las rodillas y lancé.

El balón entró limpio, perfecto, sin tocar apenas el aro.

La grada explotó.

Mis amigas gritaban como si acabara de meter la canasta decisiva de la final de la NBA, Paola golpeaba a Valeria en el hombro entre risas, Enzo levantó los brazos celebrándolo como si fuera suyo, Alex apretaba los labios intentando no sonreír demasiado y Marc aplaudía con esa calma suya de siempre. Hero, en cambio, no gritaba ni se movía demasiado, simplemente me miraba con una sonrisa satisfecha, como si se hubiera colado dentro de mis pensamientos y supiera exactamente lo que significaba para mí ese momento.

Cogí el balón para el segundo tiro y volví a respirar intentando repetir el mismo ritual, pero esta vez era mucho más difícil ignorarlo porque sabía que seguía mirándome. No se movió ni un músculo, no hizo ningún gesto nuevo, simplemente mantuvo esa mirada fija en mí, y no supe si aquello me estaba dando más fuerzas o si estaba a punto de dejarme sin aire.

Lancé otra vez.

El balón volvió a entrar.

El pabellón se vino abajo.

Cuando el partido terminó mi equipo se lanzó sobre mí como una ola desordenada de abrazos y gritos. Las chicas me rodeaban, me levantaban del suelo, repetían mi nombre entre risas mientras yo intentaba respirar entre tanto caos, sudada, agotada, con el corazón todavía disparado por la adrenalina del juego. Aun así, en medio de todo aquel ruido, mis ojos buscaron de nuevo la grada casi sin pensarlo.

Hero hablaba con Enzo y se reía mientras celebraban la victoria como si también fuera un poco suya, como si aquel momento también le perteneciera de alguna manera, y cuando volvió a mirarme lo hizo con esa expresión suya que parecía entender más de lo que yo decía en voz alta.

Como si supiera exactamente lo que ese partido significaba para mí.

Cuando salí del vestuario llevaba todavía el trofeo en la mano y el pelo mojado pegado a la espalda, pero no me importaba lo más mínimo porque sabía que se secaría al aire y mi melena ondulada siempre tenía más gracia cuando no la castigaba con el secador. Mis amigas me estaban esperando fuera como si yo fuera una estrella recién salida de la final de la NBA.

—¡Capitanaaaaa! —gritó Paola antes de lanzarse sobre mí con tanta emoción que casi me tira al suelo.

Las demás se unieron enseguida y de repente me encontré atrapada en un abrazo grupal caótico donde casi me asfixio, pero me dio exactamente igual porque estaba feliz, con esa felicidad ligera que aparece después de una victoria importante.

En medio de todo aquello sonó mi móvil.

Era un mensaje de mi abuelo.

<Orgulloso de ti. El yate está a tu disposición. Celebrad como queráis.>

Casi me da algo de la emoción.

—Chicas, cambiamos de plan —dije levantando el trofeo como si fuera una varita mágica—. ¡Nos vamos al yate de mi abuelo!

El efecto fue inmediato: gritos, saltos, más abrazos, una euforia colectiva que hizo que durante unos segundos pareciera que no habíamos ganado solo un partido, sino directamente el mundial.

31
Celebración

Pov: Abril

El puerto de Barcelona brillaba con esa luz dorada que solo aparece cuando la tarde se está convirtiendo en noche, ese tipo de luz que te acaricia los hombros como si estuviera intentando convencerte de que la vida es menos complicada de lo que realmente es. Caminábamos hacia el yate y yo no sabía qué era más surrealista: el tamaño ridículo del barco, el sol reflejándose en el agua como si nos diera la bienvenida, o el hecho de que realmente hubiéramos ganado el torneo. Aun así, cuando mis pies tocaron la pasarela, tuve esa sensación cálida en el estómago que aparece cuando algo bueno está a punto de empezar.

Todas nos quedamos quietas al ver el yate de cerca, como si estuviéramos frente a un monumento que no sabíamos muy bien si podíamos tocar. Para mí seguía siendo igual de impresionante que la

primera vez que lo vi: enorme, blanco, impecable, con la bandera ondeando en lo alto como si saludara con aires de grandeza. Muy propio de mi abuelo, que siempre hacía las cosas en una escala distinta al resto del planeta.

—Tía, esto no es un yate, es una mansión flotante —dijo Paola, abriendo los ojos como si acabara de descubrir una nueva especie marina.

—Tu abuelo vive en otro universo —añadió Claudia, que ya estaba grabando vídeos desde tres ángulos distintos, probablemente pensando en editarlos como si estuviera nominada a los Óscar.

Me reí, porque sí, mi abuelo vivía en otro universo y ese universo estaba pagado con dinero, estrés y decisiones que yo no había pedido, pero que disfrutaba cuando tocaba. Y ese era uno de esos momentos. Había un catering perfectamente montado, un DJ ajustando la música para que sonara justo por encima de la brisa, bandejas de comida que parecían de revista, bebidas burbujeando como si estuviéramos inaugurando algo importante, y el sol reflejándose en el agua creando un brillo casi mágico.

Era excesivo. Mucho. Pero también era perfecto, y yo necesitaba un poco de perfección esa tarde. Me quité la cazadora y respiré hondo, dejando que el aire salado me llenara los pulmones. Sentí cómo la presión del torneo se disolvía; habíamos ganado, lo habíamos dado todo, y por fin podía relajarme sin miedo a romper algo dentro de mí. Esa sensación de alivio me recorrió por completo, porque llevaba días sintiéndome estirada en demasiadas direcciones, intentando no desmoronarme.

Y allí estaban ellas. Mis amigas. Mis personas favoritas. Y verlas sonreír, gritar, grabar, comer y celebrar como si el mundo fuera perfecto por unas horas… me hizo sentir que quizá yo también podía permitirme ser feliz, aunque fuese solo durante una tarde.

Valeria apareció a mi espalda y me rodeó con los brazos, apoyando la barbilla en mi hombro. Ese gesto tan sencillo me deshizo un poco; ella siempre sabía cuándo hacerlo, incluso cuando llevábamos días con esa tensión silenciosa que nos separaba.

—Tía, estoy muy orgullosa —me susurró, sin buscar drama, sin exagerar, solo diciendo algo que yo necesitaba oír.

Asentí porque si abría la boca se me escapaba la emoción y yo había decidido que no iba a llorar en un barco de este tamaño. Sería demasiado cliché.

A lo lejos vi a Enzo acercarse con dos bandejas enormes de comida como si estuviera empleado por mi abuelo. Mi hermano, ese ser que se había colado de forma inesperada en mi vida emocional, sonreía orgulloso.

—¡Hermanita campeona! —gritó, chocando su frente con la mía—. Come, que llevas toda la tarde sin parar y luego me toca recogerte del suelo.

Marc y Mario llegaron detrás de él, y sentí cómo mi cuerpo se aflojaba un poco más, como si la presencia de ellos me anclara.

—Lo has dado todo —dijo Marc antes de abrazarme, levantándome como si yo fuese una mochila.

—Has jugado de locos —añadió Mario, mientras intentaba arrebatarle el móvil a Lucas, que grababa como si fuera reportero acreditado.

Y fue cuando Alex, espero su turno, estaba quieto, con ese gesto suave que siempre usaba cuando quería acercarse sin parecer invasivo. Me acerqué con una sonrisilla inevitable, porque la adrenalina del torneo aún me recorría el cuerpo y él siempre había sabido leer ese brillo en mis ojos. Alex me agarró los mofletes con cariño y me dio un beso sonoro en la mejilla, como solía hacer cuando éramos pareja y el mundo parecía un poco menos caótico.

—Me ha encantado verte jugar. Lo has hecho como siempre —me dijo, abrazándome con ese calor familiar que ya no me dolía, pero tampoco me dejaba indiferente.

Los abracé a todos, sintiendo ese sentimiento bonito que aparece cuando te das cuenta de que elegiste bien a las personas que te rodean.

Aunque faltaba alguien, faltaba Ariadna. Mi Ari. La que había estado en todas, menos ahora. Y la que yo no conseguía recuperar porque, por más que lo intentara, ella había decidido alejarse por un malentendido que nos estaba rompiendo por dentro a las dos.

La música empezó a subir y el barco se transformó en una fiesta en toda regla: bailes improvisados, comida por todas partes,

risas que resonaban contra el agua, y ese olor a mar, fruta cortada y crema solar que te hace sentir libre incluso si solo lo eres por unas horas.

Paola y Valeria bailaban juntas dándose pequeños besos que eran tan tiernos que daban ganas de sonreír, aunque una estuviera en huelga emocional; Claudia grababa todo, absolutamente TODO, y Raquel bailaba como si sus caderas fueran independientes de su cuerpo.

—No sé si es la música o el sol, pero estoy en una nube —dije apoyándome en la barandilla, mientras Enzo me pasaba una cerveza fría.

—No, eso es otra cosa —dijo él, guiñándome un ojo con esa manera suya de señalar verdades sin decir nada directo.

Rodé los ojos.

Sabía exactamente de qué hablaba, pero no estaba dispuesta a darle la satisfacción.

Más tarde nos sentamos todas juntas alrededor de una bandeja ridículamente gigante, como si estuviéramos haciendo una ofrenda al dios del mar. Ese momento de calma me dio un pequeño respiro; era tan agradable estar allí que casi olvidé el resto del mundo.

Hasta que Valeria, sin querer queriendo, soltó:

—¿Os imagináis a Ari aquí?

Se hizo un silencio que ni la música pudo disimular.

Paola intentó arreglarlo:

—Vendría con su cara de "yo no quiero estar aquí", y luego sería la primera en tirarse al agua.

No pude evitar sonreír por dentro, porque era exactamente así.

—La echo de menos —susurré sin mirar a nadie.

Claudia me tocó suavemente la pierna.

—Todos la echamos de menos. Pero ya sabes cómo es…

—Ari —dijo Marc, como si ese nombre fuera suficiente explicación.

Asentí.

Porque sí, Ari era así: intensa, terca, impulsiva… y yo la estaba perdiendo lentamente.

Volvimos a bailar, aunque yo tenía la mente en mil sitios. Enzo y Claudia bailaban demasiado pegados, y aunque yo no quería involucrarme, no pude evitar pensar *perfecto, otra situación emocional que gestionar más tarde*. Pero, aun así, estaba feliz. Estaba en paz. Y eso ya era raro para mí.

Entonces lo sentí antes incluso de verlo.

Una corriente eléctrica que me recorrió el cuerpo como si mi piel reconociera algo antes que mi cabeza.

Alex estaba bailando detrás de mí, sujetándome la cintura de forma inocente, ambos riéndonos… y como el destino es así, en ese instante, Hero subió al yate. Me quedé sin aire, ya sabes literalmente. El mundo entero se redujo a ese punto exacto donde él estaba.

Camiseta blanca, pelo revuelto, mirada directa, intensa, peligrosa. Y ese caminar suyo que siempre parecía decir "nada me importa excepto lo que realmente me importa".

Su mirada me encontró, y yo dejé de bailar. Cualquier músculo responsable de moverme decidió tomarse vacaciones.

Intenté separarme un poco de Alex, pero él no pareció captar la señal. Perfecto. Justo lo que necesitaba: tensión amorosa en un espacio cerrado y flotante.

Enzo levantó las cejas con una satisfacción descarada.

Marc apartó la mirada.

Claudia fingió mirar el mar, pero tenía la cámara encendida.

Raquel abrió la boca como si estuviera viendo un capítulo de su serie favorita.

Hero llegó a mi lado, no dijo hola, no pidió permiso, no preguntó nada. Simplemente se colocó junto a mí, tan cerca que sentí el calor de su brazo antes de que me tocara.

Y luego me besó.

Sin aviso.

Sin timidez.

Sin miedo.

Me agarró de la cintura y me atrajo hacia él, sellando un beso intenso, profundo, que decía demasiadas cosas sin pronunciar ninguna. Parecía reclamar algo, sí… pero no de forma tóxica ni posesiva; era más como decir "estoy aquí, no voy a esconderlo y tú tampoco deberías".

Me derretí por completo.

—No tenía claro si vendrías —logré decir cuando nos separamos.

Él me miró con esa expresión que me dejaba desnuda emocionalmente, como si entendiera todo lo que yo intentaba ocultar. Cerca de nosotros, Alex se retiró en silencio. No porque se rindiera, sino porque entendió que ese momento no era suyo. El resto de la tarde transcurrió con Hero a mi lado. Bailamos, comimos y nos reímos, pero sobre todo estuvimos juntos. Y yo… yo ya no quería separarme de él. Esa sensación de conexión, de calor, de "por fin" … era demasiado fuerte para seguir negándola. Poco a poco todos fueron abandonando el yate: Paola y Valeria, felices y enamoradas; Marc y los chicos, rumbo a una discoteca; Enzo con Claudia y Raquel, aunque Claudia estaba peligrosamente cerca de convertirse en mi nueva cuñada.

—Es mi amiga, ¿eh? —susurré al oído de Enzo mientras le pellizcaba el culo—. No juegues con ella, te lo digo en serio.

Y entonces nos quedamos solos, Hero y yo. El mar rodeándonos con su calma, y las luces del puerto reflejándose en el agua como si crearan una escena únicamente para nosotros. Mi corazón iba demasiado rápido, y no tenía intención de frenarlo.

—¿En qué piensas? —le pregunté, llevando nuestras manos entrelazadas a mis labios.

Él me miró como si lo hubiera estado esperando toda la vida.

—En que ahora mismo solo quiero pasar la noche contigo.

Y yo me derretí en mil formas distintas.

Porque esa noche… ya era nuestra.

32
Ariadna vuelve

Pov: Abril

Me quedé mirándolo sin conseguir respirar del todo, con esa mezcla absurda de nervios, deseo y un tipo de vértigo extraño que me hacía sentir como si el suelo bajo mis pies se moviera solo para recordarme que estaba peligrosamente viva. El yate había quedado en silencio, un silencio tan íntimo que casi parecía que el mar se había puesto de acuerdo para callarse; solo se oía el agua golpeando el casco de forma rítmica y, muy lejos, alguna risa casual del muelle, como si el mundo siguiera, pero nosotros dos hubiéramos quedado atrapados en un intervalo ajeno al resto. Entre Hero y yo… todo era

demasiado intenso, demasiado grande para fingir que aquello era algo normal.

—Pasar la noche conmigo, ¿eh? —bromeé, aunque la risa me salió un poco temblorosa, porque mis cuerdas vocales habían decidido ponerse nerviosas justo cuando quería sonar segura.

Él pasó la mano por mi cuello con un gesto lento, suave, casi estudiado, y me besó con esos labios que no deberían estar permitidos en una persona que pretende que yo piense con claridad. Lo peor es que sabía exactamente lo que hacía; lo noté cuando abrió los ojos y la luz de la luna se reflejó en ellos, haciéndolo ver todavía más sexy, si es que eso era posible. Y yo… yo estaba tan excitada a su lado que me daba vergüenza reconocerlo incluso mentalmente.

—No sabes las ganas que tenía de que todos se fueran —susurró, tan cerca de mi oído que tuve que contener un gemido ridículo porque me erizó la piel entera.

—Siempre me pasa contigo —murmuré sin pensar, como si la sinceridad se me escapara sola.

Él ladeó la cabeza, curioso.

—¿El qué?

—Esto… —señalé el espacio prácticamente inexistente entre nosotros—. Que me tiemblan las piernas, que se me olvida todo menos tú, que… —me reí bajito, con esa risa nerviosa que me traicionaba siempre— que parece que no tengo remedio.

Hero sonrió de lado, esa sonrisa asesina que tenía la capacidad de destruirme, revivirme y luego volver a destruirme en cuestión de segundos.

—No quiero que tengas remedio —susurró, acercándose hasta que nuestras frentes se rozaron—. No contigo. No conmigo.

Mi corazón iba a mil por hora, hecho un desastre eufórico, pero al mismo tiempo algo dentro de mí se calmaba cuando él me tocaba, como si su mera presencia pusiera orden en todo el caos que yo misma generaba. Era como encajar sin haberlo planeado jamás, como si el mundo nos hubiera empujado uno hacia el otro incluso cuando los dos intentábamos resistir.

—Abril… —murmuró, y no hizo falta que dijera nada más, porque ya lo sentía todo en su forma de mirarme.

Me volvió a besar, despacio, dulce, con ganas, y yo apenas pude pensar mientras le cogía de la mano y lo guiaba hacia mi habitación, la que tenía en el yate desde siempre, como si estuviera ahí esperando este momento exacto. Abrí la puerta y me sorprendió ver que todo seguía perfectamente ordenado, igual que la última vez que había dormido allí. Hero se quedó mirando alrededor con algo de curiosidad, pero yo no tenía ninguna intención de perder tiempo analizando decoración; los dos estábamos demasiado excitados para fingir calma.

Con un impulso que ni yo sabía de dónde había salido, lo lancé sobre mi cama. Él sonrió, divertido, esa sonrisa oscura que dejaba claro que aquel juego le parecía tan excitante como necesario, y no sé si fue la adrenalina o las ganas acumuladas, pero sentí que podía devorarlo. De hecho, empecé a hacerlo.

Le quité la ropa sin delicadeza, con esa urgencia que te entra cuando quieres sentir a alguien sin nada que estorbé entre los dos. No quería tela, no quería distancia, no quería nada excepto piel, calor, respiración y ese sonido profundo que hacía cuando yo rozaba su torso. Su cuerpo estaba más fuerte que en la playa, más definido, más de todo, y yo pensé que quizá era ilegal querer tanto el cuerpo de alguien en tan poco tiempo.

Lo besé por todas partes, y cada gemido suyo era un latigazo directo a mis entrañas. Cuando llegué de nuevo a su boca, la forma en que me devoró me dejó sin aire. No hubo duda, ni pausa, ni miedo. Hicimos el amor como si ese día fuera el último, como si el mar nos protegiera, como si el mundo pudiera derrumbarse, pero nosotros no. No exagero si digo que fue la mejor experiencia que he tenido jamás, y no me refiero solo a lo físico; fue la intensidad, la entrega, la sensación de que el tiempo desaparecía mientras él estaba dentro de mí.

Cuando terminamos, nos quedamos mirándonos con la respiración totalmente fuera de control, tumbados entre sábanas que olían a mar y a deseo, sin prisa alguna por movernos. Era ese tipo de silencio en el que no hacía falta hablar porque las miradas ya estaban diciendo demasiado.

—¿Te quedas conmigo? —pregunté bajito, casi temiendo que dijera que no, como si esa pregunta me expusiera más que haberme quedado desnuda frente a él.

Me tapé con las sábanas por instinto, intentando protegerme de una negativa que no sabía si iba a llegar. Él deslizó la mano bajo la tela y acarició mi espalda con un gesto lento que me derritió entera.

—Sí —dijo sin dudar—. Me quedo.

Me besó otra vez, esta vez lento, profundo, con un cariño que no me esperaba, y me acurruqué en sus brazos sintiendo que su pecho se convertía en un refugio improvisado. Estar allí, pegada a él, sintiendo su calor, era como encontrar un pequeño hogar donde no hacía falta actuar, ni explicar, ni defendernos. Solo sentir.

Nos quedamos así mucho rato, escuchando el mar golpeando el casco y el aire fresco entrando por la ventana entreabierta.

Cuando él se separó apenas unos centímetros, respiré hondo, intentando recomponerme. Era ya de mañana; habíamos pasado la noche entera juntos, y no quería pensar en separarnos, ni siquiera por unas horas.

Acordamos que no diríamos nada a mi abuelo ni a mi padre. Para ellos, yo era una amiga más y así debía seguir siendo, especialmente con el drama familiar que rodeaba a Hero y a Enzo. No había necesidad de encender una bomba que todavía no estábamos preparados para desactivar.

Las semanas siguientes en el instituto fueron una especie de burbuja. Todo iba bien, sorprendentemente bien. Con Hero eran risas, miradas cómplices, bromas tontas en los pasillos, mensajes a todas horas y esa sensación de estar construyendo algo bonito sin tener que explicarlo demasiado. No había lágrimas ni dudas ni silencios incómodos. Solo nosotros.

Mi familia seguía sin saberlo y, sinceramente, no pensaba abrir ese capítulo todavía. Mi abuelo estaba en una fase zen que no había visto en la vida, y no quería romperla con un: "por cierto, el chico del cual desconfías desde hace meses y crees que es mi hermano, ahora es mi novio". No. No tenía fuerzas para montar un drama en un momento en el que, por primera vez, sentía que podía respirar.

Las clases habían cambiado también. Al principio, compartir mesa con Hero había sido un castigo impuesto por el profesor, pero ahora… bueno, ahora era básicamente un obstáculo académico, porque concentrarme se había vuelto misión imposible.

Ese día, mientras abríamos el portátil, Hero se inclinó hacia mí con una sonrisa que ya sabía exactamente lo que hacía en mi cuerpo.

—No me mires así —le susurré intentando parecer seria.

—¿Así cómo? —respondió con inocencia falsa.

—Como si supieras algo que yo no sé.

—Es que lo sé —me guiñó un ojo.

Le di un codazo suave, porque ni en clase podía comportarse.

—Concéntrate, nos va a pillar.

—No me importa —susurró, apoyando el brazo en el respaldo de mi silla como si necesitara estar rozándome para respirar.

El profesor carraspeó, claramente desesperado.

—Señorita Rivera y señor González, me alegro de haber hecho de celestino sin querer, pero agradecería que prestaran más atención a la clase que a ustedes mismos.

Yo asentí como si estuviera tomando apuntes de física cuántica, pero Hero, mientras hacía la misma pose de arrepentimiento, deslizó su mano por mi muslo bajo la mesa y me hizo saltar medio centímetro del asiento. Le pellizqué la pierna sin mirarlo, aunque él solo se rio bajito.

A ratos nos rozábamos las piernas "sin querer", pero era evidente que sus piernas tenían bastante mala puntería porque se quedaban pegadas a las mías demasiado rato. Mi corazón iba como si quisiera adelantar a un Fórmula 1, y yo ahí, intentando que el profesor no notara que estaba a punto de derretirme viva.

Cada vez que salíamos de clase, sentía las miradas de todos clavadas en nosotros. Parecía la escena típica de película adolescente cuando la pareja protagonista llega al instituto como si entrara en cámara lenta. No negaré que me gustaba un poquito.

Llevábamos semanas saliendo y me encantaba esa sensación de simplicidad, de normalidad dentro del caos. Se acercaban las vacaciones de Semana Santa y mi cabeza ya estaba imaginando planes con Hero, cuando ocurrió lo que no esperaba.

Una mañana, mientras hablaba con Claudia sobre un trabajo, vi Ariadna. Venía caminando hacia mí, con la mochila colgando de un hombro y el pelo perfectamente peinado, como siempre. Iba con dos chicas, pero cuando nos vio, frenó apenas un segundo. Un gesto minúsculo, pero para mí fue como un grito. Algo no estaba bien.

La conocía demasiado. Había pasado toda mi vida leyéndola como si fuera un libro abierto. Y en ese instante supe, sin margen de error, que estaba rota. Me detuve. Claudia también. Ariadna bajó la mirada, pero no con orgullo ni con enfado. La bajo con tristeza y cansancio. Con ese tipo de dolor que se te pega a los huesos.

—Hola —dije, incapaz de soportar ese silencio que parecía un muro entre nosotras.

Ella levantó la vista, y su expresión se quebró, así, de golpe, como si hubiera estado conteniéndose demasiado tiempo.

—Hola —respondió con una voz tan bajita que casi no la escuché.

Sus amigas siguieron caminando, dejándola atrás. Ari se quedó mirando el suelo, como si hubiera olvidado cómo se camina hacia adelante sin que le duela el pecho.

—¿Estás bien? —pregunté despacio, con esa cautela que una usa cuando tiene miedo de romper a alguien.

Ella se mordió el labio, lo que para Ari equivalía a gritar "no estoy bien" sin decirlo.

—Voy tirando —contestó, encogiéndose de hombros.

Ese "voy tirando" me hizo un nudo en el pecho. Era su frase favorita para mentir cuando estaba desmoronándose.

—Si… si quieres hablar… —intenté, aunque ni sabía cómo terminar la frase.

Ari levantó la cabeza tan rápido que me pilló completamente desprevenida.

Tenía los ojos rojos, hinchados, como si llevara días llorando a escondidas.

—Hace dos días mi abuela falleció —dijo, y las lágrimas le brillaron al instante.

Sentí que el corazón se me rompía, no lo pensé dos veces, la abracé. La abracé como si todo el tiempo que habíamos estado separadas no hubiera existido, como si nuestra amistad hubiera estado esperando este segundo exacto para volver a respirar. Llevábamos meses sin abrazarnos, pero sus brazos alrededor de mí fueron un recordatorio brutal de cuánto la quería y de cuánto la había echado de menos.

—De verdad, cuánto lo siento —le dije, mirándola a los ojos mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas—. ¿Por qué no me lo has contado? Podía haber estado contigo.

—Lo sé… —balbuceó, intentando limpiarse las lágrimas— hemos estado tanto tiempo separadas que pensé que no… que ya no tenía sentido. Y ahora, después de perder a mi abuela, me doy cuenta de que fue una estupidez, que nada de aquello valía la pena.

La abracé con más fuerza, con esa intensidad que una solo tiene cuando abraza a alguien que forma parte de su vida de verdad.

—No quiero perderte nunca más —susurré contra su cabello —. No sabes lo mal que lo he pasado sin ti. Te he echado muchísimo de menos.

Ella tembló un poco, como si mis palabras le abrieran una compuerta que llevaba meses cerrada. La apreté más, rodeándola, dándole esos achuchones que quizá eran un poco exagerados, pero que eran exactamente lo que necesitábamos en ese instante.

Y aunque me dolía que su abuela hubiera fallecido, dentro de ese dolor había un hilo de luz suave, cálido, esperanzador.

Porque estaba volviendo a abrazar a mi mejor amiga.

A mi Ari.

La única que podía romperme y recomponerme con la misma facilidad.

Y esta vez… no pensaba soltarla.

33
Mi padre

Pov: Abril

Todo parecía volver a la normalidad, o por lo menos a esa versión mejorada de normalidad que aparece cuando el universo, por fin, decide darte un pequeño descanso. Yo estaba contenta, casi aliviada, sintiendo cómo algo dentro de mí se colocaba por primera vez después de semanas de tensión. Ari y yo habíamos arreglado nuestras diferencias; esas diferencias que, si lo pensaba bien, no eran otra cosa que un cúmulo de orgullo, miedo y silencios mal gestionados. Nos habíamos perdonado, y para mí eso era suficiente. Suficiente para respirar mejor, para caminar con el pecho menos apretado, para volver a sentir que mi vida cabía en mi propio cuerpo sin romperme por los bordes. Entendimos algo tan básico como doloroso: que no servíamos separadas. Que esa distancia absurda, ese "no me hables" que nos habíamos impuesto a nosotras mismas, solo había servido para desgastarnos. Ella me confesó que se alegraba por mí, que, aunque al principio le había dolido lo de Hero, ahora… bueno, ahora podía mirar todo con más claridad. Y eso me bastó; no necesitaba más explicaciones. Solo necesitaba a mi Ari, y la tenía de vuelta.

Entré en casa con esa sensación medio tonta de satisfacción que te deja una tarde emocionalmente intensa. Pero la escena que encontré en el salón me frenó en seco: mi tío estaba sentado en el sofá. No era una visión habitual. Él siempre prefería refugiarse en su habitación, donde tenía su propio mini templo de series y

documentales. Verlo allí, tan tranquilo, mirando la tele en la sala principal, era tan extraño como ver nevar en agosto.

—¿Estás seguro de que eso es entretenido y educativo? —pregunté con mi tono irónico habitual al ver que un señor en televisión intentaba forjar un cuchillo mientras sudaba como si le fuera la vida en ello.

Él sonrió, esa sonrisa suya franca, la que siempre me hacía sentir acompañada sin que dijera nada profundo.

—Si te digo la verdad, había empezado a ver *Aventuras en pelotas* y acto seguido ha salido este programa —respondió sin vergüenza alguna, como si fuera perfectamente lógico pasar de gente desnuda en la selva a un concurso de herreros medievales.

—Bueno, todo sea por desconectar —dije mientras me sentaba a su lado.

Nos quedamos viendo aquella obra maestra de la televisión basura mientras yo me acurrucaba en su hombro. No era mi tipo de programa—ni en sueños—pero esa sensación de apoyo, de hogar, de rutina tranquila, me encantaba. Era ese tipo de pequeños gestos que te recuerdan que, dentro del caos, aún quedan lugares donde descansar la cabeza.

—¿Cuánto hace que no hablas con tu padre? —preguntó de pronto. Su tono cambió ligeramente. Seguía siendo suave, pero tenía ese matiz de preocupación seria que me incomodaba porque sabía perfectamente a dónde quería llegar.

—No sé… quizá semanas —respondí, aunque en realidad sí lo sabía. Y él lo sabía también.

—No estaría mal que hablaras con él. Ha estado llamando y me ha dicho que no le has contestado —añadió con ese ceño fruncido suyo tan característico, mezcla de "te entiendo" y "pero también te estoy regañando un poco".

—No quiero hablar con él. No me apetece. Cuando se fue… poco le importó —murmuré mientras me levantaba del sofá, buscando escaparme de la conversación. Era uno de esos temas que prefería enterrar, o meterlos en una caja y guardarlos debajo de la cama, donde no molestaran.

—Solo digo que lo llames. Piénsalo… —comentó él desde la distancia, sin exigirme nada, como siempre hacía. Era lo bueno de él: daba su opinión, pero nunca intentaba invadir el territorio emocional que no le correspondía.

Me fui a mi habitación. Me senté en el suelo y dejé todos los libros esparcidos por la alfombra, como si estuviera montando un ritual académico. Esa era mi forma de estudiar: tirándolo todo por el suelo, haciendo montañas de apuntes que no tenían sentido para nadie excepto para mí. Era mi forma absurda y funcional de ordenar el caos mental.

Pasaron horas sin que lo notara. Entre apuntes, trabajos, resúmenes y pequeñas batallas internas con fórmulas matemáticas, intentaba concentrarme. Pero había algo que no se iba. Algo que latía en algún rincón de mi mente: la conversación pendiente con mi padre. O, mejor dicho, con el hombre que durante años había creído que era mi padre. Ahora que sabía la verdad, mirarlo era distinto. Su ausencia pesaba más. Sus palabras, sus críticas, esos desaires constantes… encajaban demasiado bien con una historia que él nunca me había contado. Y aunque él no lo sabía, yo sí. Y eso lo cambiaba todo.

Miré mi smartphone y vi las llamadas perdidas. Más de tres semanas sin hablar. La última llamada ni había durado un minuto porque lo interrumpieron sus socios, como siempre. Él vivía en un mundo donde yo era un apéndice, un detalle, una responsabilidad que recordaba solo cuando el calendario se lo marcaba.

Respiré hondo. Le di al botón de rellamada. Ese pitido de espera era un suplicio.

Cuando contestó, su voz sonó más animada que de costumbre. Raro.

—Abril, ¿cómo estás? Llevo días intentando hablar contigo.

Lo de siempre: un saludo amable recubriendo su tono autoritario.

—Papá, he estado liada con los exámenes y los entrenos. Ya te dije que estoy entrenando también al equipo infantil de básquet —respondí rápidamente para evitar cualquier sermón.

—Te he llamado porque quería que este fin de semana vinieras. Necesito explicarte algo y prefiero hacerlo en persona —dijo con un tono demasiado alegre para lo que solía ser él. Casi sospechoso. Pero lo más probable era lo evidente: otro trato millonario cerrado que lo tenía especialmente satisfecho consigo mismo.

—Papá, este fin de semana es imposible.

—Es importante —respondió esta vez más firme, como si la palabra "importante" fuera un argumento irrefutable.

Sabía que no tenía escapatoria. Para la ley y para el mundo, él era mi padre. Tenía la capacidad de llevarme a Londres si le daba la gana, y si yo me negaba… no sería la primera vez que me dejaba sin opción.

—Está bien… allí estaré —cedí, tragándome el malestar.

—Gracias. Sabía que podía contar contigo.

Nos despedimos con frialdad, aunque paradójicamente había sido la conversación más larga desde que mi madre murió. Y también la menos tensa. Él nunca fue un padre ejemplar: era egoísta, distante, frío… pero en algún recuerdo lejano aún podía encontrar migajas de cariño. Aunque no fuera mi padre biológico, en su forma complicada y retorcida de querer, sé que hubo algo de amor. O algo que se parecía.

Esa noche dormí mal.

Muy mal.

A la mañana siguiente me levanté con la cabeza llena de pensamientos enredados. Me vestí como si nada pasara —última temporada, marcas caras, todo perfectamente armonizado—, porque esa era la imagen que todos esperaban de mí: la nieta del magnate, la chica perfecta, la que siempre estaba compuesta, aunque por dentro fuera un terremoto.

Salí de casa con un simple gesto hacia mi abuelo y mi tío. No quería que notaran que tenía la mente encendida a mil por hora.

Al llegar al instituto, la sensación de pesadez se alivió un poco. Era como cruzar a otro mundo, un mundo donde las reglas eran distintas. Allí yo no era "la nieta", ni "la heredera", ni "la niña que debe comportarse". Allí era Abril. Y, nos gustara o no, Hero y yo

éramos… bueno, "la pareja". Los populares. Los que la gente miraba, aunque intentaran disimular.

Y ahí estaba él, apoyado en una columna del jardín, con las manos en los bolsillos, el pelo despeinado de ese modo que parece accidental pero claramente no lo es —porque nadie es tan guapo sin esfuerzo— y esa sonrisa pícara que me regalaba solo a mí.

—Por fin —dijo acercándose y rodeándome con un brazo—. Pensaba que te habías quedado dormida o algo.

—¿Tan poco confías en mí? —pregunté con fingida indignación.

—En ti sí. En tu despertador… no tanto —rio antes de besarme la mejilla.

Caminamos juntos hacia los árboles donde nuestro grupo se reunía siempre. La escena era tan típica que casi daba risa: Ari sentada en el césped con las piernas cruzadas, como si fuera la gurú espiritual del grupo; Valeria medio dormida en contra del tronco, con el pelo enredado y pinta de haberse despertado dos minutos antes; Enzo revisando apuntes con cara de tragedia griega; y Marc tirado boca arriba como si fuera un gato tomando el sol.

Cuando nos vieron llegar, Marc silbó.

—Mira quiénes han hecho acto de presencia… nuestra parejita estrella.

Yo le lancé una mirada teatral.

—Buenos días a ti también.

Me dejé caer a su lado, y Hero se sentó detrás de mí, atrayéndome hacia su pecho como si fuera su postura natural. Esa sensación de protección me gustaba más de lo que admitía, aunque también me daba miedo depender tanto de él.

Hablamos de tonterías, como siempre: exámenes horribles, profesores misteriosamente enfadados con el mundo, rumores bobos que corrían por redes… cosas normales. Pero mientras todos reían, yo seguía pensando en la llamada con mi padre. La voz alegre, el "tenemos que hablar", esa obligación silenciosa.

Hero lo notó. Siempre lo hacía.

—¿Estás bien? —susurró cerca de mi oído.

Asentí, aunque él sabía perfectamente que era mentira.

—Es que… —suspiré— este fin de semana tengo que irme.

El grupo entero se calló en seco, como si hubiera anunciado mi propia partida al exilio.

—¿Cómo que te vas? —preguntó Ari, frunciendo el ceño con esa forma suya de preocuparse sin querer parecer dramática.

—¿A dónde? —añadió Valeria, abriendo un ojo con esfuerzo.

—A Londres —respondí lo más normal posible.

Sentí cómo Hero se tensaba detrás de mí.

—¿Tu padre? —preguntó, sin rodeos.

Asentí.

—Dice que es importante. Ya sabéis cómo es… no tengo mucha opción.

Hubo un pequeño silencio, no incómodo, solo lleno de comprensión. Ellos sabían lo que significaba esa palabra en mi vida. La carga que llevaba detrás. El peso de esa figura paterna que nunca había sido realmente mía.

Ariadna fue la primera en reaccionar.

—Bueno, iremos contigo hasta el aeropuerto si hace falta. No vas sola a ninguna parte, ya lo sabes.

Valeria asentía como un perrito soñoliento, pero con convicción.

Marc levantó una mano desde el césped.

—Y si tu padre se pone pesado, lo miramos todos mal a la vez. Somos súper intimidantes, ¿no lo ves?

Reí, porque solo él podía decir algo así sin moverse del suelo.

Hero apoyó la barbilla en mi hombro, su voz baja, seria.

—Si no quieres ir, dímelo. Hablamos con quien haga falta.

—No es eso —expliqué—. Solo… tengo que hacerlo.

Él no insistió, pero me abrazó un poco más fuerte, como si pudiera sostenerme incluso en aquello que tenía que enfrentar sola.

Y mientras me quedaba allí, rodeada de ellos, sentí que el nudo en mi pecho se aflojaba un poco, no del todo. Pero lo justo para poder respirar, porque sí, ese fin de semana iba a remover cosas que prefería dejar enterradas. Pero también sabía algo importante, no estaba sola. Y eso, en mi mundo lleno de grietas, era un lujo que no pensaba dar por sentado.

34
Londres

Pov: Abril

El viernes por la tarde preparé la maleta con más desgana que prisa, como si el simple hecho de meter ropa en una bolsa fuera una condena y no un viaje. Metí lo justo: unos vaqueros, un jersey que a mi abuelo le encantaba cómo me quedaba —según él me hacía "cara de niña buena", cosa que sinceramente no sabía si era un cumplido—, un par de camisetas y las botas que sabía que me salvarían de cualquier clima londinense, porque Londres y la humedad siempre parecían empeñados en arruinarme el ánimo y el pelo. Me miré en el espejo antes de cerrar la cremallera y sentí esa mezcla agridulce de siempre: nostalgia, miedo, indiferencia, cariño reprimido, y una pizca de "por favor que este viaje no sea un desastre monumental". Todo junto. Todo revuelto. Yo, versión maleta emocional.

Bajé las escaleras y vi a mi tío apoyado en el marco de la puerta, brazos cruzados, mirando como si fuera mi padre adoptivo y vigilante personal al mismo tiempo.

—¿Lista? —preguntó con una sonrisa que intentaba disimular la preocupación, aunque se les notaba a kilómetros.

—No —respondí—. Pero voy igual.

Él soltó una risa pequeña, esa que siempre usa cuando intenta que algo duela menos.

Mi abuelo estaba en los escalones, mirándome con esa tristeza silenciosa que solo él sabía llevar tan mal cuando se trataba de mí. De lejos podía parecer un hombre de hielo, pero cuando yo era la que cruzaba una puerta para marcharme… se volvía humano. Humano de verdad, frágil incluso, como si le hubieran quitado un pedazo de corazón.

—¿Quieres que Rodrigo vaya contigo a Londres? Yo me quedaré más tranquilo —dijo con el ceño fruncido, como si enviar a Rodrigo fuera la solución universal a mis problemas emocionales.

—Abuelo, ya soy mayor para subirme sola a un avión. Sabes que no es la primera vez, ¿verdad? —sonreí mientras le achuchaba la cara del modo en que sé que le enternece.

—Estaré bien. Además, mi padre dijo que me recogería él en persona.

El suspiro que solté después no fue accidental. Ni un poquito.

Me abrazó fuerte, tan fuerte que por un momento creí que no iba a soltarme. Había algo en ese abrazo que parecía presagio, como si supiera que este viaje iba a abrir heridas que nunca terminaron de cerrar del todo, esas que se tapan, pero siguen ahí, listas para doler con cualquier movimiento brusco.

El aeropuerto estaba a reventar: niños gritando como si entrenaran para un festival de decibelios, parejas discutiendo por absolutamente nada, ejecutivos revisando correos como si el fin del mundo dependiera de un Excel. Todo lo contrario, a la calma que yo necesitaba. Solo quería sentarme en un rincón y desaparecer, pero no, el vuelo salió puntual, como si la vida tuviera prisa por empujarme a ese encuentro incómodo.

Durante el trayecto puse música y apoyé la cabeza en la ventanilla. Miré las nubes con aire dramático, preguntándome si alguna tendría respuestas, porque últimamente todas las preguntas parecían caerme encima a la vez. Y mientras intentaba dormir, dos

pensamientos se perseguían como perros rabiosos dentro de mi cabeza:

El hombre que ahora todos seguían creyendo que era mi padre.

Y el hombre que realmente lo era.

Uno ausente por decisión propia.

El otro ausente por razones que ni siquiera había podido entender del todo.

Aterrizamos en Londres bajo ese cielo gris que siempre parece sacado de una película triste. Lloviznaba, pero de esa forma fina que no avisa, que empapa sin que te des cuenta. Y allí estaba él: traje impecable, corbata sin una arruga, postura tan rígida que parecía que respiraba por protocolo.

Mi padre… o lo más parecido que había tenido.

—Abril —saludó con un tono sorprendentemente cálido, como si hubiera practicado esa calidez antes de verme.

—Hola —murmuré, sin saber qué hacer con las manos, el cuerpo o mi dignidad.

Me dio un beso torpe en la mejilla. A estas alturas ya no sabía si era falta de costumbre o miedo escénico.

Subimos a un coche negro —obvio, porque él jamás se desplazaría en algo que no pareciera un anuncio de seguros de lujo — y nos dirigimos hacia la ciudad. Él revisaba documentos en su Tablet, como si no existiera otra forma de desplazarse; yo miraba por la ventana, viendo esas calles que me traían recuerdos tan mezclados que dolían y reconfortaban al mismo tiempo.

—Has crecido —comentó de pronto.

—Suele pasar —respondí sin humor.

Soltó una risa corta. Casi humana, casi padre.

—No hemos hablado mucho últimamente.

—Tú nunca hablas mucho —dije sin sarcasmo, solo con verdad.

Él guardó silencio un segundo antes de añadir:

—Por eso estás aquí. Hay cosas que quiero… intentar arreglar.

No supe qué contestar. Una parte de mí quería gritarle "UNA DÉCADA TARDE", otra parte quería abrazarlo sin más, y otra quería

abrir la puerta en marcha y lanzarse a la lluvia. Mis emociones tienen mucho sentido, lo sé.

Llegamos a su casa, la misma, la de siempre, la que también es mía. Fachada impecable, jardín perfecto, ese olor a perfume caro mezclado con vacío. El ambiente era distinto, más frío, pero no por la temperatura, sino porque ya no estábamos mi madre y yo para llenarlo con algún tipo de vida imperfecta pero cálida. Vivir en Londres nunca había sido mi sueño; la humedad nunca jugó a mi favor, ni en el ánimo ni en el pelo, pero aun así parte de mi adolescencia seguía pegada a esas paredes.

Subimos a su despacho. Él cerró la puerta con un suspiro y quedó unos segundos mirando por la ventana, como si buscara valor o permiso para hablar.

—Abril… —empezó— hice muchas cosas mal. Y hubo decisiones que no supe manejar.

Me quedé quieta. Esa frase era el preludio de la revelación que llevaba semanas temiendo. Tenía el corazón a la altura de mis rodillas y no sabía si quería escucharlo o si prefería que se lo tragara para siempre.

—Siéntate —pidió.

Lo hice, aunque me temblaban ligeramente las manos.

—Hay algo que necesito contarte. Algo que, por respeto, quería decirte en persona.

Me preparé. Mentalmente abrí un paraguas emocional.

Estaba convencida de que iba a decirlo. "No soy tu padre". La frase que podía romper lo poco que habíamos reconstruido.

—Conocí a alguien.

Parpadeé tres veces seguidas, ¿Perdón? Necesité un segundo para actualizar el software de mis expectativas.

—¿Alguien? —pregunté.

Asintió, intentando contener una sonrisa que no le había visto nunca.

—Sí. Hace meses. Y… es importante para mí.

—¿Una pareja?

—Sí.

Me quedé en silencio, no porque estuviera triste, sino porque esperaba otra clase de bomba. Una mucho más devastadora. Y claro, en comparación, esto parecía… normal. Extraño, pero normal.

—¿Y por qué necesitabas que viniera para decirme esto? —pregunté con una mezcla de curiosidad y cansancio.

Él apoyó las manos en la mesa, inclinándose hacia mí.

—Porque voy a dar un paso importante.

Mi estómago dio un giro.

—Te vas a casar.

Sus ojos se iluminaron. De verdad estaba enamorado. Nunca lo había visto así, ni con mi madre. Nunca.

—Sí.

Me recosté en la silla, soltando un suspiro que no sabía que tenía atrapado en el pecho.

—Wow…

—Ya… —rio nervioso—. No te lo esperabas.

—Ni de lejos —confesé.

Se sentó frente a mí, gesto rarísimo viniendo de él. Parecía un hombre intentando ser padre por primera vez.

—Sé que no he sido el mejor. Pero quiero que formes parte de esta nueva etapa. No quiero seguir construyendo distancia. Estoy intentando hacer las cosas bien.

Y entonces soltó la frase que me partió un poco por dentro:

—Podrías venirte a vivir a Londres con nosotros. Podríamos empezar una relación más cercana, padre e hija.

Mi cabeza se quedó muda y mi corazón también.

—Papá… tengo una vida. El abuelo quiere que vaya a Estados Unidos, y en Barcelona… todo es distinto —susurré, como si necesitara defenderme.

—Piénsalo —pidió con honestidad, algo inusual—. Esta sigue siendo tu casa.

Silencio.

Denso.

Lleno de cosas no dichas.

—¿La quieres? —pregunté al fin.

Sonrió. Una sonrisa real.

—Sí. Mucho.

Eso me desmontó, nunca vi a mi padre enamorado. Nunca lo vi tan… humano, asentí con calma.

—Si ella te hace bien, entonces… me alegro por ti.

Su suspiro de alivio fue tan sincero que casi me emocionó.

En ese momento mi móvil vibró.

Hero.

< ¿ Llegaste bien?>

<Estoy pensando demasiado en ti.>

Me sonreí sola. Mi padre notó mi expresión, pero no preguntó nada. A veces agradezco profundamente que no pregunte.

—Te dejo descansar —dijo levantándose—. Mañana la conocerás.

Asentí, sintiendo un pequeño nudo en la garganta. Subí a mi habitación. Todo estaba exactamente igual: el edredón lavanda, los posters, el olor a antes. Como si yo hubiera cambiado y la habitación no hubiera recibido el memo.

Me tumbé y respondí a Hero:

<He llegado.>

<Y sí… yo también te echo de menos.>

Mientras Londres seguía lloviendo con esa persistencia insoportable pero poética, supe que este fin de semana iba a mover muchas cosas dentro de mí. Quizá mi vida estaba cambiando más rápido de lo que quería admitir, y tal vez las personas también podían cambiar. Incluso él. Incluso yo.

Y tal vez, solo tal vez, podía empezar a perdonar un poco.

No por él.

Por mí.

35
No somos iguales

Pov: Hero

Era fin de semana y Enzo tenía unas pruebas de atletismo que le importaban más de lo que admitía. Decía que de ellas dependía la nota final del curso, aunque yo sabía que lo que de verdad le jodía era fallarse a sí mismo. Me había pedido que lo llevara y que me quedara en las gradas, "porque si tú estás ahí, todo me sale mejor", decía siempre con esa confianza ciega que tenía puesta en mí desde que éramos críos. A veces me preguntaba cómo podía confiar tanto en alguien que no sabía ni quién era ni qué esperaba de la vida, pero Enzo veía en mí algo que ni yo mismo veía, así que tragué mis demonios y fui.

—No entiendo por qué no va papá —le pregunté cuando mi padre apareció de pie en el recibidor, como si fuera la primera vez que mencionaba el tema, aunque ya me lo habían repetido mil veces.

—No será porque no se lo he dicho —respondió él, ofendido sin razón.

—No hace falta —dijo Enzo rápido, defendiendo a nuestro padre como hacía siempre—. Ya viene Hero. Son solo unas pruebas.

"Solo unas pruebas", decía él. Para mí era mucho más fácil decirlo que sentirlo.

Mi padre intentó sonreír, como si aún supiera hacerlo sin parecer un actor malo.

—Esta noche saldremos a cenar los tres. Hace días que no lo hacemos.

Genial. La cena familiar en la que pretenderíamos que nada estaba roto.

—No me apetece —bufé, deseando que desapareciera.

—Dile a tu amiga que venga —añadió él, dándome un golpe amistoso en la espalda—. Seguro que Abril no dice que no.

Por un segundo, me entró un aire helado. Si supiera la verdad. Si supiera que Abril no era "mi amiga", sino la única persona que podía desordenarme y calmarme en la misma respiración. Se le caería la cara.

—Está en Londres —intervino Enzo, casi saltando para salvarme.

Siempre era él quien salía al rescate cuando se trataba de ella, siempre con ese instinto de protección que yo no terminaba de entender pero que empezaba a ser demasiado obvio para ocultarlo.

Mi padre nos dio la espalda y se largó antes de que pudiéramos protestar. Nosotros nos miramos como diciendo "no queda otra", y nos metimos en el coche.

Durante el trayecto, Enzo hablaba de tonterías, de marcas de velocidad, del profesor de educación física, de si debería apuntarse a alguna competición extra; yo asentía, pero mi cabeza no estaba allí. Mi cabeza estaba a cientos de kilómetros, metida en Londres, besando la boca de Abril, agarrándola por la cintura y diciéndole que

no se alejara más de mí. Su voz, sus gestos, su maldita manera de mirarme cuando creía que no la veía… todo era una obsesión que se me metía en la sangre, algo que no sabía manejar sin sentir que me desbordaba.

Me senté en las gradas mientras él calentaba. El lugar estaba lleno de gente conocida: compañeros del instituto, padres, entrenadores. Y luego estaba él. Alex. El exnovio de Abril. Acompañando a Marc, pero con los ojos demasiado atentos al resto del mundo, como si buscara algo. Como si buscara a alguien. Y no me hizo gracia la idea de que ese alguien pudiera ser ella, aunque ella no estuviera allí. Solo imaginármelo le clavó algo en el estómago.

Me apoyé en la baranda intentando parecer tranquilo, pero lo único que quería era que el teléfono vibrara con su nombre. Y como si lo hubiera invocado, sonó. Lo saqué tan rápido que casi tiré a un niño que pasaba a mi lado.

—Buenos días —solté antes de que hablara. Ya sonreía, idiota de mí.

Pero su voz… su voz no sonrió.

—Hola —murmuró, con una pausa que me heló la espalda.

—¿Qué pasa? ¿Hablaste con tu padre? —pregunté con el pecho encogiéndoseme sin permiso.

Otra pausa. No me gustaron nada esas pausas.

—Sí… —respiró hondo—. Me ha hecho venir hasta aquí para decirme que se va a casar. Que está locamente enamorado.

Cerré los ojos. Me la imaginé allí, parada en la puerta de alguna oficina enorme, con su pelo cayendo por los hombros y ese gesto que hacía con la boca cuando estaba intentando no romperse. Juro que me dieron ganas de subir al avión y plantarme en Londres en diez minutos.

—¿Está enamorado? —repetí, porque necesitaba escucharlo dos veces para procesarlo.

—Hero… no lo había visto así nunca. Tenía un brillo en los ojos… como si se hubiera quitado veinte años de encima —expulsó el aire como si doliera.

La escuché tragar saliva. Eso me jodió más que cualquier noticia.

—Quizá él también merece rehacer su vida —intenté suavizar, aunque tenía sentimientos encontrados con ese hombre. Había hecho daño. Demasiado daño.

Su respuesta llegó afilada:

—¿Tú crees que mi madre puede rehacer la suya?

Me quedé mudo. Su pregunta me golpeó directo al pecho, como siempre que hablaba de la madre. De la suya, de la mía, daba igual. Compartíamos esa herida.

—No lo sé, Abril —contesté bajito—. Pero también sé que a veces… toca soltar.

—Eso pensé toda la noche —susurró—. Que debería alegrarme por él. Y más cuando me dijo que quería hacerlo mejor como padre y… que volviera a Londres con él.

El mundo se me giró de golpe. Como si alguien hubiera golpeado un martillo contra mi esternón. No sabía qué me aterraba más: la idea de que ella pudiera irse o la idea de que él creyera tener derecho a pedírselo.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté con la voz más tensa de lo que pretendía.

—Que no. Que mi vida no está allí —respondió sin dudar.

Respiré. Respiré de verdad. El aire me entró en los pulmones otra vez, como si hubiese estado viviendo en apnea desde que lo dijo.

—Te echo de menos —solté. No pude evitarlo. Ya no era capaz de fingir que no la necesitaba—. Estoy deseando verte.

Ella se rio suave, con esa sonrisa que me calentaba las venas.

—Pasado mañana estaré de vuelta… y podrás besarme hasta cansarte.

Siempre sabía cómo joderme. Y, aun así, siempre caía.

Colgamos, pero las palabras se me quedaron agarradas al cuello. Seguí viendo a Enzo correr, gritar, celebrar sus marcas, pero la mitad de mi cabeza estaba todavía con ella, empapándose de todo lo que no me dijo, de todo lo que escondía en ese tono suyo

cuando decía que quería estar bien por su padre pero que también dolía.

La tarde se arrastró. Cuando le dije a Enzo que sus tiempos eran buenos, él sonrió como si hubiera ganado los Juegos Olímpicos. Y yo, aunque sonreí también, seguía sintiendo esa punzada rara en el pecho que me recordaba que Abril no estaba a mi lado.

A las nueve llegamos al club. Me habría ido a casa, a mi cama, a cualquier sitio donde no tuviera que mirar a mi padre a la cara, pero Enzo insistió en que no podía evitarlo eternamente. Que eso no resolvería nada. No dije que no le faltaba razón, pero tampoco lo dije en voz alta.

Entramos en el restaurante. Mi padre estaba allí, leyendo papeles de la empresa como si fueran poesía. Siempre igual. Incluso cuando pretende estar presente, no lo está del todo.

—Llegáis tarde —comentó secamente, pero luego sonrió, esa sonrisa que nunca sabía si era real o una máscara más.

Nos sentamos. Yo pedí agua. No quería el más mínimo pretexto para perder los nervios.

—Quería hablar con vosotros —empezó mi padre, guardando por fin la carpeta—. La empresa está creciendo más rápido de lo esperado. Vamos camino de convertirnos en la constructora líder en Europa, y las sedes de Italia y Alemania ya están listas para expandirse hacia Asia y América.

Enzo se incorporó con interés sincero. Yo solo respiré hondo, sintiendo el mismo discurso repetirse una y otra vez, siempre con él como protagonista. Siempre él en el centro del universo.

—Quiero que en unos años forméis parte del proyecto. Me gustaría que os involucrarais. Sois mi familia y—

—Yo no quiero nada que venga de ti — le corté antes que siguiera hablando. Sentí el peso del silencio caer como una bomba.

Enzo me fulminó con la mirada.

—Hero, no empieces —susurró.

—Es que no puedo fingir —solté, con la rabia acumulada en cada palabra—. No puedo sentarme aquí como si nada, como si no hubieras roto a mamá, como si no hubieras destrozado lo que éramos.

Mi padre no parpadeó. Simplemente inhaló hondo, buscando su paciencia artificial.

—No estamos aquí para discutir. Y sabes que todo lo mío es tuyo y de tu hermano. Eso siempre será así. Estamos intentando avanzar —dijo con ese tono que siempre me irritaba, como si fuera un profesor dando lecciones de moral.

—Avanza tú todo lo que quieras —me encogí de hombros—. Yo no olvido.

Las palabras salieron tan frías que incluso yo sentí el escalofrío.

Enzo golpeó la mesa con la mano, harto.

—¡Hero, basta ya! —dijo, mirándome con una mezcla de tristeza y cabreo—. ¿No te cansas de vivir así? Papá está intentando hacerlo mejor.

Yo solté una risa amarga.

—¿Y eso te parece suficiente? ¿Unas cenas y ya está? ¿Así de fácil perdonamos ahora?

—Estoy harto de que arruines cada momento familiar. Siempre tienes que joderlo todo —dijo Enzo, mirándome como si no me reconociera.

Iba a contestarle cuando una voz femenina interrumpió la tensión.

—Buenas noches, chicos.

Nos giramos los tres. La familia Álvarez de Mendoza había llegado, con esa aura perfecta que siempre me había irritado un poco. Y ella estaba allí. Vega.

Cabello oscuro en una coleta impecable, ojos intensos, sonrisa segura. Habíamos crecido juntos entre viajes, cenas familiares y fiestas interminables. Habíamos tenido nuestros momentos, pero ninguno de los dos le dio importancia. No éramos almas destinadas ni mucho menos. Éramos dos adolescentes aburridos probando suerte. Y ahora, viéndola ahí, tan perfectamente colocada en ese mundo al que yo nunca había querido pertenecer, me dio hasta vértigo pensar que alguna vez fui parte de ese teatro.

—¡Vega! —dijo mi padre levantándose—. Qué alegría veros.

Mientras los adultos se saludaban con sus discursos diplomáticos, Vega se acercó a nosotros. Saludó a Enzo primero, casi con cariño sincero, y luego se giró hacia mí, con una mirada que me analizó sin pudor.

—Estás diferente —dijo, arqueando una ceja—. Más serio. Más… no sé, intenso.

—Cosas de la vida —contesté, manteniendo las distancias.

Enzo se removió incómodo, como si la presencia de Vega alterara algo en el aire. Ella sonrió, segura, como si jugara en su propio tablero.

—¿Os apetece tomar algo luego abajo? Han reformado el pub. Dicen que está increíble.

—Sí —respondió Enzo antes de que pudiera evitarlo.

Me quedé mirándolo con incredulidad muda. Él se limitó a encogerse de hombros. Vega rio, tocándome el brazo con una excusa ridícula, y por un instante pensé en apartarme, pero decidí dejarlo pasar. Igual era mejor que estar discutiendo con mi padre.

La cena fue un desfile de comentarios vacíos, risas ensayadas y discursos sobre inversiones. Vega intervenía cuando tocaba, mi padre la miraba con aprobación, y yo solo quería desaparecer. No sé si por hastío, por nostalgia o porque cada segundo sin Abril se me hacía largo.

Cuando por fin escapamos al pub del sótano, Ari y Marc estaban allí. Ari se acercó con su energía habitual, pero al ver a Vega a nuestro lado, su entusiasmo bajó dos escalones. No la culpaba. Vega tenía esa capacidad de ocupar demasiado espacio sin pedir permiso.

—Hola —saludó Vega con cortesía calculada.

Marc la observó de arriba abajo. No le gustó lo que vio. Yo lo sabía sin que dijera nada. Y no porque Vega fuera desagradable, sino porque él sabía perfectamente lo que representaba ese círculo social que yo me había esforzado en romper.

Nos sentamos en un reservado y Vega se acomodó entre Enzo y yo, algo que no era casualidad. Cada vez que hablaba conmigo, se acercaba demasiado, rozaba mi brazo, buscaba atención. La tercera vez que lo hizo, me aparté sin disimulo.

—Estoy con alguien —solté seco, mirándola fijamente.

Vega parpadeó apenas, como si de golpe hubiera recordado algo que llevaba tiempo ignorando. No dio un paso atrás, no hizo ningún gesto dramático, pero su mirada cambió. Se le descolocó la seguridad, esa que siempre llevaba puesta como un abrigo caro. En un segundo entendió lo que no quise —ni necesité— explicar con palabras: que ese juego suyo ya no tenía sitio conmigo, que esa versión mía que ella creía manejar había dejado de existir. Que no era para ella, que nunca lo había sido, y que ahora… ahora menos que nunca.

El resto de la noche pasó en un ruido amortiguado. Risas falsas, luces cálidas, conversaciones que no me importaban, y esa sensación insoportable de que estaba en un sitio equivocado. Que el único lugar correcto estaba en Barcelona… y llevaba su nombre.

Porque por mucho que intentara distraerme, por mucho que el mundo tirara de mí desde otros frentes, siempre había un punto fijo, una luz, un calor, una necesidad que no se calmaba: ella.

Abril.

Mi centro. Mi desastre. Mi hogar.

Y estaba demasiado lejos.

36
Una nueva pareja

Pov: Abril

Después de hablar con Hero me sentí más tranquila, como si me hubieran quitado un peso del pecho. Quizá tenía razón… quizá simplemente tenía que aprender a pasar página, perdonar y seguir. Pero era difícil, muy difícil. Porque por mucho que quisiera ser madura y soltarlo todo, los recuerdos siempre volvían, afilados, implacables. Me venían a la cabeza los peores momentos en casa: la enfermedad de mamá, lenta y cruel, y él tan frío, tan distante. No estuvo cuando más lo necesitábamos. Se dedicó a trabajar y desapareció del dolor como si no existiera, como si no fuera nuestro. Yo quería recordar lo bueno, porque claro que hubo cosas buenas. No voy a negar que en medio de esa tormenta también hubo luz… pero en algún punto todo se derrumbó, y yo nunca entendí por qué. Ni por qué con el tiempo su forma de mirarnos cambió tanto, ni por qué dejó de ser ese hombre al que yo quería llamar papá.

Aunque ya no fuera mi padre biológico, yo lo seguía sintiendo así. Era lo único que me quedaba para no perder el vínculo con mamá. Era lo único que mantenía su memoria viva dentro de mí.

Bajé a la cocina y me encontré con Evelyn recogiendo. Llevaba tantos años con nosotros que era casi de la familia. El desayuno estaba preparado, tostadas recién hechas, café caliente y, encima de la mesa, una nota.

"Quedamos a la una para almorzar. Quiero que conozcas a alguien."

La leí una vez. Y otra. Y otra más, sosteniendo la taza entre las manos para no temblar. *"Quiero que conozcas a alguien."* Me lo repetí mentalmente intentando que sonara normal, pero mi cerebro ya estaba escribiendo todos los finales posibles. Una nueva ilusión. Una futura esposa. Una madrastra con verrugas y escoba… algo así de dramático, porque ahora vivía mi vida como una novela trágica sin control editorial.

Me despedí de Evelyn con un gesto tímido y salí a caminar por las calles de Londres. El cielo estaba gris, con esa niebla ligera que no moja, pero cala. Quise volver a los lugares donde paseaba con mi madre, comprar uno de esos bollos calientes que siempre compartíamos en nuestra panadería favorita, pero al llegar… ya no existía. Ese pedazo de infancia había desaparecido, reemplazado por un local cualquiera. Sentí una punzada en el estómago. Londres ya no era como antes. Y yo tampoco.

Cuando miré la hora me di cuenta de que apenas quedaban minutos para la cita con mi padre, así que pedí un Uber y llegué al restaurante con el corazón acelerado. Nervios, incertidumbre… o directamente miedo. No sabía con qué iba a encontrarme. Sólo sabía una cosa: él iba a empezar una vida nueva, y sonaba feliz por ello.

El local era clásico, madera oscura, luz tenue, elegancia antigua. El maître me llevó hasta una mesa redonda en el centro y ahí estaban: mi padre, inexplicablemente sonriente, y una mujer junto a él. Una mujer *hermosa*. No bonita, no correcta: *hermosa de verdad.* Joven, elegante, con una sonrisa blanca y suave. Me dejó sin palabras.

Me acerqué despacio. Papá se levantó para abrazarme —algo que no hacía desde hacía siglos— y ese gesto me descolocó. No

supe cómo devolverlo. Su perfume se quedó pegado a mi piel, como un recuerdo extraño que no sabía si conservar o lavar.

—Cariño, ella es Charlotte —dijo, y sus ojos brillaron al pronunciar su nombre.

—Encantada —respondí tragando saliva. La situación era tan incómoda que podía cortarse con un cuchillo.

Charlotte me sonrió con dulzura.

—Me han hablado mucho de ti. De lo buena estudiante que eres y de tu pasión por la moda —comentó con un tono cálido que no supe si me gustaba o me incomodaba aún más—. Tengo amigos en el mundo de la confección, quizá…Mi padre estaba intentando ser cercano, humano. Él *creía* que esto era bonito. Que bastaba con presentarme a esta mujer para que todo encajara. Y no voy a mentir: se esforzaba. Lo veía. Había un intento real.

Nos sentamos. Manteles impecables, cubertería brillante, menú degustación pedido de antemano.

—Me alegra tenerte aquí con nosotros —dijo él, mirando directo a mis ojos—. Era importante que estuvieras hoy.

Y yo respiré hondo, intentando no romperme delante de ellos. Intentando no extrañar tanto a mi madre, intentando entender qué se supone que era ahora en esta historia.

Pasé el trago de estar en esa comida y, aunque me pesé admitirlo, no estuvo tan mal. Me hablaron de sus planes de futuro, de la fecha de la boda programada para dentro de un mes; me pareció precipitado, demasiado incluso, pero no dije nada, porque imaginé que todo aquello ya llevaba tiempo gestándose y yo era simplemente la última en enterarse. Charlotte quiso pasar más tiempo conmigo antes de mi vuelta a Barcelona. Parecía realmente interesada en conocerme y yo, sinceramente, tampoco tenía un plan mejor, así que acepté. Quedó en recogerme al día siguiente. Mi padre estaba pletórico, radiante de orgullo, como si su vida al fin encajara justo donde él quería. Y yo… no iba a ser quien lo desmontara todo.

—Estoy feliz de que mis chicas por fin se conozcan —dijo él, inflando el pecho con una satisfacción casi infantil.

Salí del restaurante y me fui caminando sola a casa. Ellos tenían otros planes y a mí solo me apetecía estar conmigo misma, procesar, ordenar el caos mental que me estaba revolviendo por dentro. Mi abuelo me llamó por teléfono para saber cómo había ido la conversación con mi padre, qué era tan importante como para citarme en Londres. Al contarle la noticia, tragó saliva, pero lejos de alterarse, lo encajó con frialdad calculada.

—Tú no tienes que hacer nada que no quieras —me recordó con voz firme—. Todo lo que hay allí es tuyo. La empresa, la casa… todo es tuyo. Y si él está disfrutándolo ahora es gracias a tu madre. No lo olvides.

Sus palabras me golpearon más de lo que quise demostrar. Quizá mi padre estaba tan amable, tan entregado, tan cariñoso porque lo que tenía entre manos no le pertenecía del todo. Porque todo aquello un día podría ser mío, y yo podía arrebatárselo. Me dejó pensativa. No me gustó sentir ese poder, pero tampoco pude ignorarlo.

Llegué a casa y cené con Evelyn en la cocina. Necesitaba compañía. En Londres no tenía a quién recurrir más que a ella, que llevaba años con nosotros y conocía mis silencios mejor que nadie. Estaba agotada, sin ganas de fiesta, sin ganas de hablar, ni de existir demasiado. Pero Evelyn tenía otros planes para mí.

—Podrías decirle a mi nieta que viniera a buscarte —sugirió con entusiasmo, como quien lanza una idea luminosa al vacío.

—Quizá otro día, hoy solo quiero descansar —respondí con amabilidad, aunque mi voz sonaba a rendición.

—Te iría bien desconectar, salir con gente de tu edad. —No se rindió. —Le diré que venga a buscarte.

Y aunque no me apetecía demasiado, no supe decirle que no. Me arreglé lo justo para parecer presentable y esperé. Olivia, su nieta, llamó al telefonillo y Evelyn prácticamente saltó para abrir antes que yo.

Era preciosa. Piel oscura, ojos negros profundos, pelo rizado con ese volumen perfecto que solo las chicas con magia natural pueden llevar. Su ropa era una fantasía estética: moderna, limpia,

con ese toque effortless que yo también quería dominar. Me sentí pequeña a su lado, pero también un poco fascinada.

Evelyn nos presentó y Olivia tiró de mí hacia la calle sin darme tiempo a pensar demasiado.

—Venga, no tengas vergüenza, te prometo que lo pasaremos bien —dijo sonriendo con energía contagiosa.

Y sin entender cómo, la seguí. Hablaba sin parar, contándome su vida entre pasos rápidos por las aceras mojadas. Tenía tres años más que yo, estudiaba psicología y estaba con un chico informático, cosa que me pareció enternecedora y madura a la vez.

Entramos en una calle llena de bares donde la gente bebía fuera, sin formalidades, con cerveza en vasos de plástico y risas que resonaban en el aire frío. Me presentó a sus amigos, un grupo cálido, bullicioso, que hacía bromas entre ellos sin parar. Había miradas, coqueteos sutiles, dinámicas que se notaban incluso desde fuera, y por una vez me sentí observadora, no protagonista.

Después de un par de rondas —yo solo bebí una cerveza— nos arrastraron a una discoteca. Música alta, luces estroboscópicas, olor a alcohol derramado y perfume barato. A mí me sobrepasó enseguida. Me senté en el sofá del reservado, refugiándome en la calma ficticia de la pantalla de mi móvil. Revisé historias, estados, fotos… hasta que uno me congeló.

El estado de Ari.

Marc sonreía, copa en mano, demasiado feliz para una noche que yo no tenía fuerzas de celebrar. Pero detrás, desenfocado, captado casi por accidente como una sombra que intenta ser invisible, estaba él.

Hero estaba con una chica demasiado juntos, demasiado felices. Y el golpe emocional fue instantáneo, como un puñetazo directo al estómago. Y justo cuando creí que no podía doler más, alguien se sentó a mi lado.

Ethan, amigo de Olivia. Alto, atractivo, mandíbula marcada, mirada clara de esas que te desnudan sin pedir permiso. Llevaba una camisa negra abierta en el cuello y el alcohol de la habitación parecía tener menos efecto que él.

—¿Puedo sentarme? —preguntó con voz grave, aunque ya lo había hecho.

Asentí sin despegar la vista del móvil. Él sonrió apenas, como si pudiera leerme sin esfuerzo.

—Te ves lejos —comentó, sin intención de flirtear, solo observando.

Giré la cabeza hacia él. Tenía razón. Mi cabeza estaba en otra parte. En él. En Hero. Siempre en Hero.

—No suelo estar aquí —respondí.

—Lo noto —rio muy suave.

Cualquier otra noche, con cualquier otro chico, habría sido fácil dejarse llevar. Ethan era atractivo, era interesante, era presente. Pero no me movía nada. Ni un temblor. Ni un impulso, solo dolor. Y un nombre que no se apagaba.

Hero.

37
Moda

Pov: Abril

Me levanté de la cama con mil pensamientos atropellados dentro de la cabeza. Había bebido, sí, lo había hecho, y había enviado mil quinientos mensajes a Hero. De esos mensajes sin sentido, llenos de rabia, celos, reproches y dolor. Yo ardía por dentro. Rabiosa por no estar allí para decírselo en la cara. ¿Cómo podía ser que, en una sola noche, justo la única en la que yo no estaba, él estuviera junto a otra chica? Encima sonriendo. Encima demasiado cerca.

Apagué el teléfono anoche para no seguir torturándome, pero las sábanas hoy parecían un recordatorio de que quedarse hundida no iba a curarme nada. Ni el dolor, ni la rabia, ni el miedo a perderle.

Encendí el teléfono, y llegó la avalancha. No exagero. Miles de llamadas perdidas de Hero y una lista interminable de mensajes. Lo odié por un segundo por haberme hecho sentir así, pero aun así deslicé mi dedo y escuché el primero.

0:05 <No es lo que parece.>

0:07 < Abril, cógeme el teléfono. Sabes que nunca haría nada para arruinar esto.>

0:10 < En serio, escúchame. Quiero explicarlo. Te amo y no he tocado a nadie.>

Mi estómago dio un vuelco. Lo escuchaba y me ardían los ojos. Él me llamó mientras tenía el audio puesto. No contesté. Me llamó otra vez y tampoco lo cogí. Una tercera y nada. Sabía que tiraría de otros recursos y luego fue Enzo. Lo dejé sonar hasta que se cortó. Sabía que era Hero desde el móvil de nuestro hermano, así que seguí sin responder.

Pero cinco minutos después me llamó Ari. Y cuando vi su nombre algo me atravesó el pecho. Ella no llamaría así porque sí. Levanté el móvil, manos temblando, y respondí.

—Por fin. Ya era hora —soltó ella, con un tono que mezclaba preocupación y regaño.

—¿Qué quieres? —pregunté seca, sin filtros.

—Hero está desesperado. Dice que no le coges el móvil y encima lo has bloqueado. —Se le escapó una risa irónica—. No seas tan bruta, tía. Que no ha hecho nada.

—¿Y tú lo defiendes? —bufé—. Lo peor es que tú estabas allí y no me dijiste nada. Me entero por una mierda de foto.

—Porque no pasó nada, ¡nada! —insistió, casi ofendida—. Esa chica se le acercó, se le pegó, le sonrió como una idiota… y él la mandó a paseo. Yo lo vi. La tía babeaba por él, pero él dejó clarísimo que estaba contigo.

Sentí cómo se me caía el mundo encima. Literalmente.

No de miedo, si no de alivio y de culpa por no haber confiado, también de amor. Y lloré. Como siempre lloro cuando me tocan donde más duele.

—Llámalo. Y arreglad esto. Deja de huir. —dijo Ari, más tierna ahora.

Nos despedimos, prometí verla a la vuelta, y solo quería volver a Barcelona, correr hacia él, curar este desastre.

Lo llamé. Sonó una vez y descolgó al momento.

—Abril… —su voz sonaba rota, pero firme.

—Pensé que me habías engañado. —confesé llorando sin vergüenza—. Vi esas fotos y sentí que se me rompía el alma.

—¿Y por qué no me dejaste explicarlo? —replicó con enfado contenidísimo—. ¿Tan poco confías en mí? Ha tenido que llamarte Ari para que me escuches, joder.

Tenía razón. Dolía admitirlo, pero tenía razón.

—Mi vida entera ha sido una mentira —dije ahogada—. Solo tú eres real. Y por un momento creí que también te perdía.

—Pues la próxima vez me escuchas a mí antes que a una foto —respondió más suave, su voz acariciándome el pecho desde dentro —. Te quiero, y no pienso joder nada contigo. Eres importante para mí. Lo eres todo.

Mi alma se abrió como un cristal roto y la palabra se escapó de mí sin pensarlo.

—Te amo.

El silencio que siguió fue eterno, el tipo de silencio en el que la vida cambia. El silencio en el que un corazón responde.

—Yo más. —Y sonrió, pude oírlo. Lo visualicé perfecto: su media sonrisa inclinada, labios carnosos, mirada encendida.

Y respiré como si el aire fuese lo único que en ese momento pudiese recomponerme.

Había quedado para desayunar, tenía esa maldita reunión con Charlotte, la nueva novia de mi padre —o futura esposa, mejor dicho — y aunque una parte de mí quería fingir fiebre, neumonía o muerte súbita, sabía que no podía seguir huyendo eternamente.

Me vestí rápido, vaqueros rectos, jersey beige y un abrigo largo que me hacía sentir protegida. Neutral, elegante, respirable. Londres estaba gris, pesado, húmedo. Pero por dentro, yo estaba todavía más nublada que el cielo.

Charlotte pasó a recogerme con su coche eléctrico blanco —obvio, hasta el modelo parecía perfecto y ecológico—, y al subirme, me saludó con un beso en la mejilla y un perfume caro que me llenó los pulmones. Un aroma cálido, avainillado, como si intentara acunarme en una versión dulce del futuro.

—¿Lista para un día de chicas? —preguntó ella, con un entusiasmo medido, no infantil, sino elegante. Una emoción adulta que no gritaba, sino que se insinuaba.

—Supongo que sí —respondí intentando sonreír, porque, aunque todavía me pesaba todo, estaba dispuesta a intentarlo.

Fuimos a un showroom privado en Chelsea, luz blanca, mármol, vitrinas que parecían probar que el lujo podía ser silencioso. Había café servido en vasos de cristal, flores frescas, columnas llenas de luz… *y vestidos*. Miles. Colgados como sueños brillantes esperando cuerpo.

Charlotte me miró con ilusión.

—Abril… quería pedirte algo antes de que empecemos.

Me tensé un poco. Imaginé peticiones peores, tal vez que le diera mi aprobación absoluta, que la llamara mamá… o que le presentara a mi abuelo. Pero no, se acercó despacio, tomó aire y dijo:

—Quiero que seas una de mis damas de honor.

Sentí la sorpresa explotar dentro de mí como una bengala. ¿Yo? ¿Ahí? ¿En su boda? La de la mujer que venía a ocupar el

espacio que aún tenía forma de mi madre.

—No sé qué decir… —susurré, porque la verdad es que no lo sabía.

—Di que sí —contestó ella con una voz suave, casi tierna—. Sé que nuestra historia empieza con heridas, pero me encantaría que construyésemos algo bonito también.

Y asentí. No porque estuviera segura, sino porque estaba cansada de luchar contra todo. Quizá sanar también era permitir.

Me pasaron un vestido para probar. Alta costura. James Gallien —creador británico reinventado, mezcla de Galliano, McQueen y exceso perfecto. Lo toqué como si fuera piel de nube y al ponérmelo me vi distinta: más mujer, más frágil y más fuerte al mismo tiempo.

Charlotte sonrió con los ojos brillantes.

—Estás preciosa.

Y justo entonces, mientras yo giraba frente al espejo, apareció el diseñador. James Gallien en persona. Pelo blanco, gafas redondas, ropa negra minimalista. Un aura que olía a arte, éxito y años de obsesión por la belleza.

—This is *vision material* —dijo, mirándome como si lo hubiera impresionado de verdad.

Casi muero. Era mi ídolo. Había visto sus colecciones por YouTube desde niña.

—Soy tu fan —le dije en un inglés perfecto, y sintiéndome ridícula y emocionada a la vez.

Él rio, encantado.

—Y yo seré tu fan cuando estudies moda y me superes —respondió tocándome la muñeca con teatralidad.

No lloré, pero estuve muy cerca.

Ese día con Charlotte fue sorprendentemente bueno. Probamos vestidos, hablamos del pasado sin intentar destruirlo, tomamos café, incluso reí. Pero dentro, donde nadie podía ver, yo llevaba un templo construido con recuerdos de mamá que dolían al tocarlos. Mientras Charlotte me mostraba telas y encajes, yo pensaba en mi madre con el pelo recogido, y esos ojos azules tan bonitos como los de mi tío Abraham.

No supe si ese día fue un avance o una traición silenciosa. Quizá las dos cosas.

Cuando regresé al pent-house, mi padre estaba en el despacho, firmando documentos con su corbata turquesa favorita. Me hizo pasar y hablamos largo sobre la boda, los preparativos, sobre mi futuro, sobre moda.

—Si quieres estudiar diseño, voy a apoyarte —dijo con convicción—. No cometeré el error de imponer lo que creo correcto. Quiero que seas libre. En Londres tienes una plaza asegurada si lo deseas: Central Fashion Institute.

Me quedé quieta. Ese había sido mi sueño desde siempre. Y él por primera vez no imponía, sino ofrecía.

—Gracias —susurré, porque no sabía cómo gestionar aquel cariño nuevo, torpe, tardío, pero real.

Nos despedimos en la puerta. Él se quedó con Charlotte, yo subí a hacer la maleta para volver a Barcelona. El corazón apretado, la cabeza en tormenta.

Llegué al aeropuerto con dos horas de margen. Mostré el billete, entregué la maleta y me senté a esperar. Hubo un aviso por megafonía:

HUELGA. Vuelos retrasados. Quizá cancelados.

Respiré hondo. A veces el destino tiene humor negro.

Mientras esperaba, alguien se sentó a mi lado. Reconocí el perfil, era Ethan. El chico del bar de Londres. Ojos claros como lluvia fina. Sonrisa amable pero no invasiva.

—Vas a Barcelona, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

—Alemania —sonrió—. Huelga. Estamos igual de jodidos.

Nos reímos. No hubo tensión sexual. No hubo flechazo. Solo dos personas raras esperando que algo se moviera en el mundo. Hablamos de mil cosas: música, pérdidas, sueños. Me contó que estudiaba ingeniería aeronáutica y que odiaba los aviones, pero los necesitaba para llegar a ellos. Yo le hablé de moda, de Londres, de Charlotte… aunque en mitad de nuestra conversación, mi móvil vibró era mi persona, Hero. Contesté super rápido.

—¿Dónde estás? —preguntó, con voz ronca como si no hubiera dormido pensando en mí.

Miré a Ethan sentado conmigo, la maleta entre los dos, la huelga, el caos.

—En el aeropuerto —respondí.

—Quiero verte ya.

—Yo también —dije, y fue verdad.

No le dije con quién estaba. No hacía falta. No era una mentira, pero tampoco una explicación. Hero respiró, profundo, como quien contiene algo que podría doler.

—Vuelve a casa —susurró.

Miré por la cristalera el cielo gris, los aviones inmóviles, la pista dormida. Y pensé que mi lugar era él, aunque doliera, aunque todo fuera un rompecabezas imposible.

—Estoy volviendo —prometí.

Y colgué.

Mientras tanto, Ethan sonrió sin esperar nada, sin exigir nada. Y yo pensé: *A veces conoces gente buena en los atascos de la vida.* Pero el corazón, por desgracia, solo late en una dirección.

38
Barcelona

Pov: Abril

El vuelo había sido tranquilo, más de lo que esperaba. Primera clase, asiento que parecía un abrazo, ventanilla para esconderme del mundo y una manta suave que olía a lujo y a sueño. Me dormí casi desde el despegue, apagada como si mi cuerpo hubiera encontrado por fin un botón de descanso. Casi tres horas, … el tiempo ahí arriba era un concepto raro.

Cuando el avión tocó tierra, sentí ese pequeño salto en el estómago que solo ocurre cuando vuelves a casa. Barcelona me esperaba, el sol filtrándose por la ventana como un recordatorio suave de que la vida seguía.

Al salir por la terminal, Rodrigo ya estaba allí. Siempre puntual, siempre firme como un muro que sostiene.

—¿Cómo ha ido Londres? —preguntó con ese tono profesional que, de alguna manera, también era cálido.

—Bien —respondí, sorprendida de escucharme decirlo con sinceridad—. Te diría que muy bien, incluso.

No sabía si lo decía por Charlotte, por mi padre, por todo lo que había dolido… o por todo lo que había aprendido a soportar. Quizá era señal de que estaba creciendo, tragándome el pasado sin dejar que me ahogara.

El trayecto hasta casa fue ligero, casi agradable. Barcelona brillaba con ese cielo limpio que te da ganas de creer en segundas oportunidades. Al llegar, Doce salió disparado hacia mí, moviendo la cola como un ventilador descontrolado. Me lamió la mano, saltó, me

olió como si quisiera confirmar que era real. Nada en el mundo te recibe como un perro feliz.

Rodrigo dejó mi maleta en la entrada. La casa estaba silenciosa, demasiado grande para una sola persona. Ni mi abuelo ni Abraham habían vuelto aún, y esa soledad familiar era algo a lo que jamás terminabas de acostumbrarte. Mucha presencia, mucho dinero… pero poco calor.

Llamé a Hero. Solo escuchar su voz me aflojó algo dentro. Quedamos en vernos en el instituto —yo llegaría a segunda hora porque el vuelo, se había retrasado más de lo previsto.

Subí a mi cuarto, me duché rápido, elegí ropa, un vestido de esos que dicen, aquí estoy yo. Me recogí el pelo en una coleta pulida, metí el portátil en la bolsa, y cuando bajé, Rodrigo ya esperaba en la puerta. Responsable como un soldado, paciente como un santo.

En el coche, mis manos temblaban ligeramente. No era cansancio. Era él. Volver a verlo. Sentirlo. Tocarlo. Tres días habían sido demasiado tiempo.

Llegué al instituto con el cielo azul clavándose como una promesa. Valeria me vio desde lejos —venía con Paola pegada como una sombra habitual— y casi corrió hacia mí. Su abrazo fue tan fuerte que me recolocó los huesos.

Le conté todo lo de Londres. Mi padre. Charlotte. El vestido. El esfuerzo por perdonar. Ella sonrió, orgullosa de que estuviera intentando reconstruir algo con él, aunque la herida seguía siendo una cicatriz en proceso.

Vi a Hero, salía con la mochila colgada de un solo asa, el pelo despeinado en el punto exacto, camiseta negra que le marcaba los brazos y esa mirada segura de sí misma que siempre parecía buscarme. Caminaba hacia fuera, pero en cuanto me encontró con la mirada… sus pasos cambiaron de dirección.

Yo también lo reconocí sin que hiciera falta palabras. Esa corriente eléctrica que te agarra del pecho y te obliga a respirar más lento.

No dijo hola. No preguntó nada. Me sujetó de la cintura y me besó. Sin aviso, ni permiso, como si todo el universo hubiese estado

esperando ese instante.

Yo respondí como si me faltaran tres días de aire. Lo abracé con fuerza y volví a besarlo. A morder el silencio, a borrar el miedo, a reclamar lo que era nuestro.

—Ya estás aquí —susurró contra mi boca, acercándome más, como si temiera soltarme.

—Sí —respondí entre un suspiro—. Aunque he pasado más horas en el aeropuerto de las que esperaba.

Bufé, porque el recuerdo era cansado… pero también dulce, por todo lo que había pasado con Ethan. Pero ese detalle no hacía falta compartirlo.

Caminamos hacia clase, rozando nuestras manos como si tuvieran imán, arrastrando esos segundos que no queríamos soltar. La necesidad era absurda, irracional. Pero totalmente mutua.

Yo lo miré mientras avanzábamos por el pasillo. Él también me miraba, como si comprobar que yo estaba allí fuera necesario para mantenerlo en pie. Ese nosotros, tan difícil y tan inevitable, volvía a encenderse.

Pero justo en ese momento Enzo apareció corriendo pasillo abajo —como un cervatillo torpe al que le hubiese dado pereza frenar—. Mi hermano. Su hermano. Nuestro hermano.

Me entró la risa inevitable, genuina, esa que solo me salía con él. Lo abracé fuerte, le revolví el pelo —ese que llevaba perfecto, estratégicamente colocado para enamorar al instituto entero— y él sonrió aún más.

— Hermanita, —dijo, recalcando la palabra con ese orgullo nuevo que los dos todavía estábamos aprendiendo a digerir.

— También te he echado de menos, pesado —respondí aplastándole las mejillas como si tuviera cinco años.

Hero observaba la escena, con algo oscuro en su mirada, como si aquella palabra le arañara por dentro. Nuestra realidad era una bomba de relojería.

Enzo, ajeno al caos interno de los otros dos, soltó:

— Papá… bueno, nuestro padre… ha dicho que vengas a casa esta noche. —levantó las cejas, como quien anuncia un evento histórico—. Podemos hacer pizza casera. Los tres… como familia.

Miré a Hero. Su mirada parecía suplicar un *no*, pero también había deseo escondido, necesidad, miedo. Era un laberinto y yo era otro laberinto.

— ¿Hoy? ¿Y si voy otro día? —pregunté buscando una salida que no existía.

— Hoy, —insistió Enzo, medio ordenando, medio rogando.

Hero bajó la mirada. Sentí cómo su pecho tembló al respirar.

Yo cedí. — Vale. Iré —y los tres sonreímos, un microsegundo de felicidad que se rompió en el aire como cristal frágil.

Mentirle a mi abuelo fue más fácil de lo que esperaba. Me tembló un poco la voz, sí, pero él estaba tan ocupado firmando documentos que apenas levantó la vista cuando le dije que pasaría la tarde estudiando en casa de Valeria. Me dio permiso con un seco *«buenas noches»* y ya estaba hecho; no sentí culpa hasta que crucé la puerta con el corazón golpeándome el pecho.

Rodrigo me llevó hacia casa de Valeria y yo me quede allí en la puerta esperando a Hero para no parecer una alta mentirosa. Me recogió allí, y lleguemos a esa casa, era lujosa, ya había estado con anterioridad, pero no me había dado cuenta lo grande que era, quizá más que la de mi abuelo. Entre y allí estaba Jorge, tan sonriente como pocas veces lo había visto. Parecía realmente ilusionado con que yo estuviera allí, como si hubiera estado esperando este momento desde hacía días.

—Bienvenida, Abril —me dijo, dejándome entrar con una amabilidad que me descuadró por completo—. Es un placer que cenes con nosotros.

Quise responder algo cordial, pero mi voz salió pequeña, algo rota.

—Gracias por invitarme.

Enzo apareció en seguida, colocándose el flequillo perfecto y haciéndose el interesante con su sudadera nueva; me abrazó con un entusiasmo que me calentó el pecho. Hero bajó segundos después, serio, la mandíbula apretada como siempre que estaba su padre cerca. Yo podía notar esa tensión, aunque nadie la mencionara; flotaba en el ambiente como electricidad estática, imposible de ignorar.

Nos sentamos en la mesa del comedor. Jorge hablaba con naturalidad, preguntándome por Barcelona, por mi viaje, por mis estudios, feliz —demasiado feliz— de tener una cara nueva en su rutina. Yo asentía, escuchaba, contestaba cuando tocaba, pero mis ojos iban continuamente hacia Hero, que comía en silencio, clavando el tenedor en el plato como si cada bocado fuese un castigo.

—Hero —intervino su padre al cabo de un rato—, el lunes quiero que vengas conmigo a la constructora. Tienes que empezar a ver cómo funciona desde dentro, será tu lugar algún día.

Hero levantó la mirada, y la tensión atravesó la mesa como una puñalada silenciosa.

—No voy a ir, papá —respondió frío, sin rodeos—. Ya te lo he dicho mil veces: no quiero arquitectura, no quiero tu empresa.

El ambiente se endureció de inmediato. Enzo dejó de reír, yo tragué saliva, Jorge respiró hondo intentando mantener la compostura.

—Es tu futuro —replicó él con un tono que pretendía ser sereno, pero le tembló ligeramente—. El futuro de tu familia.

Hero soltó una risa amarga.

—Mi familia es Enzo, no tu imperio.

Yo no quería intervenir, pero la tensión era tan espesa que dolía respirar; las palabras comenzaron a acumularse en mi garganta, oprimiéndome el pecho.

—Basta —conseguí decir, y mi propia voz me sorprendió. No era una súplica, era un límite—. No hace falta que discutáis delante de mí.

Hero me miró con algo que no supe descifrar: rabia, culpa, deseo, cansancio.

Se levantó de golpe, empujando la silla hacia atrás.

—Yo no voy a quedarme para escuchar otra vez el mismo discurso —soltó, y subió las escaleras sin mirar atrás.

Quedamos los tres en silencio. Jorge se masajeó el puente de la nariz, agotado, y Enzo jugueteó con un trozo de pan tratando de romper la incomodidad. Entonces, casi en un susurro, el padre que yo había idealizado durante años, habló.

—Tu madre y yo estuvimos enamorados mucho tiempo —confesó, mirándome como si mis ojos fueran un espejo del pasado —. Ojalá hubiéramos podido quedarnos juntos, pero mi padre... nos obligó. Si quería seguir dentro de la constructora debía dejarla. Fue cruel. Ella era mi vida.

El corazón se me apretó como un nudo. Mi madre. Él.

Mi historia, la historia que nadie se atrevió a decirme completa.

Quise permanecer callada, pero las palabras salieron solas, temblando, frágiles como hielo a punto de romperse.

—Soy tu hija.

El silencio que siguió fue insoportable, un vacío lleno de siglos.

Jorge me miró como si acabara de ver un fantasma. Enzo parpadeó, incrédulo. Y yo solo quería desaparecer, huir, retroceder el tiempo hasta antes de conocer la verdad.

Pero ya no había vuelta atrás.

39
Soy tu hija

Pov: Abril

—Hero… corre. Baja —gritó Enzo desde el comedor, con esa urgencia que solo anuncia desastre.

Yo estaba petrificada, sentada como si el mundo se hubiera detenido justo delante de mis ojos. Escuché los pasos de Hero bajar por la escalera rápido, casi saltando peldaños, hasta quedarse quieto en el último, apoyado contra la pared. Su mirada voló directa a Jorge, que estaba blanco como el mármol, como si alguien hubiera apagado la sangre que debía circularle.

—Se lo ha dicho —murmuró Enzo, respirando entrecortado—. Se lo ha contado.

Hero cruzó la estancia en dos zancadas y me levantó de la silla como si necesitara esconderme entre sus brazos, protegerme del incendio que acababa de provocar. Sus ojos, tensos, buscaban la respuesta en los míos.

—¿Qué le has dicho? —susurró, pero dolía como un grito.

—La verdad —respondí apenas, un hilo de voz que no sabía si salía de mi garganta o del peso de todo aquello que llevaba guardando.

Jorge levantó la cabeza con un movimiento torpe, incrédulo, roto.

—¿Tú eres mi hija? —pronunció despacio, como si cada palabra le costara un trozo de aire—. ¿Cuándo lo supiste?

—Hace un tiempo —admití sin adornos, sin excusas, sin nada más.

Entonces se giró hacia sus hijos, con una mezcla de rabia y dolor que era casi un temblor en su mirada.

—¿Vosotros lo sabíais? ¿Sabíais la verdad y me la ocultasteis? —gritó, dejando caer las manos sobre la mesa con el peso de una vida entera.

—Jorge… —quise frenarlo, no para protegerme, sino porque ya había cicatrices suficientes abiertas—. No podía decírtelo yo. Mi madre tampoco quiso en su momento. Y tú… tú te fuiste, desapareciste sin mirar atrás. Huiste como un cobarde.

Él negó con la mirada humedecida, apretando los dientes, como si cada palabra mía fuera un golpe directo al pecho.

—No me habría ido si lo hubiera sabido. Nunca la habría dejado —su voz quebró, no de debilidad, sino de arrepentimiento.

Me dolió más escucharlo que decirlo.

—Entonces habrías estado por obligación, no por amor. Y créeme, ninguna de las dos lo habríamos soportado —dije despacio, tragando esa verdad que también me hería—. Nada tiene que cambiar ahora. No pretendo que lo haga. Él rio sin humor, desesperado.

—¿Que siga igual? ¿Qué me calle? ¿Qué finja que no siento nada? No puedo, Abril. Perdí a tu madre, pero a ti no.

—Papá… —intentó interceder Enzo.

—¡Calla! —su voz estalló como un portazo—. Me habéis hecho daño, los tres.

Yo respiré hondo. Ese era el caos que temía. La bomba ya había explotado y yo era la que había encendido la mecha.

—Quiero irme —susurré, mirando a Hero.

Él asintió sin hablar, me tomó de la mano con firmeza y me sacó de allí. Ninguno de los dos habló durante el trayecto. El silencio dolía más que los gritos, pero hablar habría sido como seguir girando el cuchillo. Lo único que sonaba era mi cabeza, maquinando futuros imposibles, consecuencias inevitables. Imaginaba guerras familiares, apellidos en guerra, secretos volando por el aire como metralla. Rivera vs González versión siglo XXI. Maravilloso.

Cuando llegamos a mi casa, Hero se detuvo frente a la puerta. Su mano seguía aferrada a la mía, cálida, necesaria, pero ninguno sabía qué decir. La verdad es que todo aquello daba miedo. Mucho.

Entré y encontré a mi abuelo en el sillón, viendo las noticias como si el mundo no estuviera temblando bajo nuestros pies.

—Buenas noches —murmuré con voz apagada.

—¿No vas a darme un abrazo? —sonrió él, sin sospechar nada.

Me acerqué despacio, lo abracé con esa culpa silenciosa que se pega a la piel, sabiendo que pronto Jorge le diría la verdad, que la guerra estaba a la vuelta de la esquina y que yo era el campo de batalla. Me escabullí hacia mi habitación apenas pude.

Recé —sí, yo, la que nunca reza— para que al menos esa noche el mundo no se desplomara del todo.

Leí su mensaje antes de dormir, la respuesta que necesitaba para no romperme.

<Hablaré con él, no te preocupes.>

Me acosté sintiendo que el caos respiraba detrás de la puerta, pero, aun así, por primera vez en muchos días, pensé que tal vez tenía a alguien que lucharía conmigo y no contra mí.

Y eso —fuera lo que fuera el mañana— me hizo dormir.

La mañana siguiente amaneció engañosamente tranquila, como si el universo se hubiese tomado una pastilla para dormir y ahora fingiera que nada había explotado la noche anterior. Bajé a la cocina y allí estaban mi abuelo y Abraham desayunando con esa normalidad que me crispaba los nervios. Tostadas, café humeante, el

periódico abierto… como si yo no hubiese arrojado una bomba emocional en mitad de la casa González horas antes.

—Quiero hablar con vosotros —solté mientras me servía un poco de zumo, fingiendo que la voz no me temblaba, aunque mi alma estuviera en modo "fin del mundo activado".

Mi abuelo levantó la vista un segundo, apenas un gesto, el suficiente para que yo entendiera que no le daba importancia o que prefería no darle importancia. Abraham, en cambio, levantó una ceja y siguió leyendo como si estuviera esperando que dijera *algo más interesante*.

—Luego —respondió mi abuelo, ya levantándose para ponerse la chaqueta— Tenemos la reunión con los franceses, llegaremos tarde.

Tragué saliva. Otra vez querían posponer todo, dejar las verdades fermentando, como si las emociones fueran vino caro y no dinamita. Y yo ya no estaba para silencios.

Se dirigieron a la puerta, listos para marcharse, y entonces la voz me salió sola, sin filtro, sin estrategia, sin posibilidad de frenar:

—¡Se lo he dicho! —grité desde el centro de la cocina, aferrada a la mesa como si fuera un salvavidas.

Mi abuelo se congeló con la mano en el pomo, de espaldas, rígido como mármol. Abraham se giró tan rápido que el maletín se le resbaló de la mano y cayó sobre la consola de la entrada con un golpe seco.

—¿Qué has dicho? —preguntó él primero, su voz grave, contenida, pero llena de alerta.

—¿A quién? —añadió mi abuelo sin moverse, aunque su espalda hablaba más que sus palabras: tensión, furia que respiraba, miedo contenido.

Yo respiré hondo. Si había un momento para ser honesta, era este. Había encendido la mecha, ahora solo podía caminar hacia el incendio.

—A Jorge —dije despacio, como si el nombre quemara al salir — Sabe que soy su hija.

Abraham cerró los ojos, como quien recibe un tiro que ya esperaba. Mi abuelo se giró por fin, y nunca lo había visto tan

blanco, tan envejecido en un segundo. La decepción se le formaba en la cara antes de que siquiera hablara.

—¿Por qué? —preguntó. No gritando. Peor. Calmado. Herido. Como cuando la tormenta aún no cae, pero el aire pesa.

—Porque tenía que saberlo —contesté sin moverme, aunque me temblaban las manos— Porque no quería que lo descubriera de otra forma, porque ya es tarde para esconder lo evidente.

Mi abuelo golpeó la mesa de la entrada. Fue como un disparo.

—Yo te dije que no te acercaras a ellos, que no debías… Abril, ¡te dije que no se lo dijeras!

—No pude ocultarlo más—respondí con rabia, sin pensarlo. Y esa micro-pa1abra *no* fue una dinamita nueva— Hero y Enzo no son mis hermanos, Jorge no es su padre.

El silencio fue mortal. La mirada del abuelo se llenó de una mezcla imposible: miedo, incredulidad, ira, traición. Abraham rompió el silencio.

—Yo ya imaginaba que esto sucedería —dijo con calma casi dolorosa— Tarde o temprano la verdad iba a estallar.

—Tú hermana no quería —rugió mi abuelo, ahora sí perdiendo el control— Él la abandonó.

—Si, pero sabía que ocultarlo no serviría, que ella merecía saber quién es —respondió Abraham firme, clavando su mirada en mi abuelo.

—¡Basta los dos! —intervine sintiendo como la piel se me encendía por dentro— Ya no hay vuelta atrás. Jorge lo sabe. Todos lo sabrán tarde o temprano.

Y entonces llegó la sentencia, la que yo temía desde el día que descubrí la verdad, la que dolió como una cuchilla afilada clavándose entre costilla y costilla.

—Desde hoy —dijo mi abuelo sin pestañear— No vuelves a verlos. Ni a Hero, ni a Enzo, ni a Jorge. Nada que lleve ese apellido volverá a cruzarse con el tuyo.

Sentí cómo la respiración se me cortaba de golpe, como si hubiera abierto la boca para protestar y alguien me hubiera robado el aire antes de que las palabras pudieran salir. Durante un segundo

intenté ordenar lo que estaba pasando, encontrar algo que decir, algo que frenara aquello antes de que se volviera definitivo.

—No puedes hacer eso… —murmuré, apenas un susurro que salió más débil de lo que me habría gustado.

Él levantó la mano antes de que pudiera añadir nada más y ese gesto, tan simple, cayó entre nosotros como un muro imposible de atravesar. Había una autoridad en su mirada que no dejaba espacio para negociar, una firmeza fría que dejaba claro que aquella conversación ya estaba decidida mucho antes de empezar.

—Si puedo —respondió con una seguridad que me heló por dentro—, ya verás cómo puedo. Y como tu tutor legal te digo que esto termina aquí. Se acabó.

Cada palabra fue cayendo con una dureza calculada, como si estuviera marcando límites en el suelo uno detrás de otro, cerrando todas las salidas.

—Te vas a tu cuarto. No sales de casa, solo para ir al instituto. No hablas con ellos. No respondes mensajes. No contestas llamadas. Nada. Porque desde hoy estarás sin teléfono y sin internet.

El mundo se encogió de repente a mi alrededor, como si las paredes de la casa se hubieran acercado un poco más, volviéndose estrechas, angostas, injustas. Sentí cómo algo dentro de mí se revolvía con rabia, con impotencia, con ese tipo de frustración que aparece cuando sabes que no importa lo que digas porque la decisión ya está tomada.

—Sube a tu habitación, Abril —ordenó finalmente, sin añadir nada más.

Podría haber gritado. Podría haber discutido hasta quedarme sin voz, podría haber intentado negociar o incluso romperme allí mismo delante de él, pero algo dentro de mí decidió que no iba a darle ese espectáculo. No esa vez.

Subí las escaleras con la espalda recta, sintiendo el pecho arder con cada paso y el corazón golpeando fuerte contra las costillas, como si quisiera escapar de todo aquello. Cada escalón pesaba más que el anterior, y cuando finalmente llegué a mi habitación cerré la puerta detrás de mí con cuidado, no con rabia, no

con dramatismo, sino con esa calma tensa que aparece cuando sabes que algo importante acaba de romperse.

Me quedé unos segundos quieta en medio del cuarto, escuchando el silencio que se extendía por la casa, un silencio pesado que parecía confirmarlo todo.

La guerra acababa de empezar, y ya no había vuelta atrás. Yo misma había encendido la mecha que ahora separaba dos mundos que antes convivían sin demasiado esfuerzo, y el silencio que me envolvió en ese momento fue la prueba más clara de que nada volvería a ser como antes.

Ni yo.

Ni ellos.

Ni lo que sentía por Hero.

40
Siempre contigo

Pov: Abril

La casa estaba tan silenciosa que parecía contener la respiración, como si incluso las paredes supieran que algo había estallado y ahora temieran moverse para no empeorar la grieta. Yo llevaba horas sentada en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, intentando que dejaran de temblar sin conseguirlo del todo. El beso con Hero todavía seguía en mi boca como un eco cálido que se resistía a desaparecer, y la discusión con

mi abuelo ardía en mi pecho como un recordatorio de todo lo que, según él, yo no podía tener. Me había prohibido verlo, hablarle, pensar en él siquiera. Sin móvil. Sin ordenador. Sin conexión con nada que no fuera la jaula de esa habitación. Era humillante que alguien creyera que podía dirigir mi vida como si yo fuera un expediente que revisar. Pero lo peor es que durante años yo misma lo acepté sin cuestionarlo.

María entró sin llamar, como hacía cuando sabía que necesitaba cariño, aunque yo me empeñara en parecer fuerte. Dejó un plato de comida humeante sobre el escritorio, pero mi estómago era una piedra. Me miró con expresión dulce, cansada, y aun así llena de esa ternura que nunca entendí cómo se sostenía en ella.

—Come un poco, mi niña —susurró, como si temiera que un ruido fuerte me rompiera del todo.

—No tengo hambre —respondí, sintiendo la voz áspera, el cuerpo agotado por tantas emociones apretadas contra las costillas —. Y aunque la tuviera… él me lo prohibió. Como si mis sentimientos fueran propiedad privada.

María suspiró. Había un cansancio maternal en su gesto, una rendición triste.

—Tu abuelo cree que te protege. A veces el miedo se disfraza de amor, y a veces el amor se confunde con posesión. No es justo, pero es lo único que él sabe hacer.

Me acerqué a ella sin pensarlo y me abrazó con fuerza, como si quisiera sostenerme el alma. Sentí el calor de su pecho y, por un momento, pude respirar. Cuando salió, volví a mis bocetos, como si dibujar pudiera salvarme. Pero las líneas me salían torcidas, tensas, quebradas. ¿Cómo dibujar belleza cuando por dentro todo está hecho añicos?

Un golpe seco en la puerta me sacó de mis pensamientos. No fue un golpe agresivo, pero tampoco amable; era el tipo de llamada que anuncia problemas.

—Abril —dijo Alicia desde el marco, con expresión tensa—. Tienes visita.

Mi corazón dio un salto extraño. No esperaba a nadie, pero cuando Valeria y Ari irrumpieron en la habitación como un torbellino

de preocupación, indignación y cariño desorganizado, sentí que el aire cambiaba.

—¿Se puede saber por qué no contestas? —me lanzó Valeria, cruzándose de brazos con ese dramatismo suyo que a veces parecía exagerado, pero que muchas otras veces terminaba salvándome sin que ella misma se diera cuenta.

—Te hemos llamado como veinte veces —añadió Ari, con ese tono que estaba a medio camino entre el enfado y el alivio de verme finalmente delante.

—No podía —respondí intentando mantener la calma—. Enzo os lo habrá explicado.

No llegaron a contestar porque en ese mismo momento sonó el timbre de la casa, y aquel timbre no era uno cualquiera. Había algo en la forma en que resonó por el pasillo que lo hizo distinto, más pesado, como si anunciara algo que ninguno de nosotros estaba preparado para enfrentar. Las tres nos miramos durante un segundo que fue suficiente para entender que algo no iba bien y bajamos casi corriendo las escaleras.

Cuando llegamos al salón, lo primero que vi fue a mi abuelo dejando caer el periódico sobre la mesa con un gesto brusco, tan violento que el papel se dobló entre sus manos como si estuviera a punto de romperse. Abraham cruzó el hall con pasos rápidos para abrir la puerta, y allí estaban ellos:

Jorge.

Enzo.

Y Hero.

Los tres estaban en la entrada, alineados de una forma extraña, como si formaran parte de la misma tragedia y ninguno supiera muy bien cómo detenerla. Los ojos de Hero me buscaron inmediatamente entre todos los que estábamos allí, como si necesitara asegurarse de que yo seguía entera, de que seguía respirando, de que nada me había pasado. Cuando finalmente me encontró, algo en su expresión se relajó apenas un segundo, como si por un instante el mundo volviera a encajar en su sitio.

Mi abuelo se encargó de romper ese momento antes de que pudiera durar más.

—Aquí no sois bienvenidos —dijo con una frialdad que parecía congelar el aire de toda la casa.

Pero Jorge entró igualmente, tenía la cara cansada, con ojeras profundas que parecían pertenecer a alguien que había perdido años de vida en una sola noche, y aun así caminó hacia dentro sosteniendo la mirada con una mezcla extraña de culpa, necesidad y dolor que resultaba imposible de ignorar.

—Quiero hablar con mi hija —dijo finalmente.

La palabra hija golpeó mi pecho con tanta fuerza que por un segundo me faltó el aire, mi abuelo estalló. Golpeó la mesa con tal violencia que el sonido retumbó en toda la estancia y en ese momento pensé que la madera se partiría bajo su mano.

—¡Tu hija! —escupió con una rabia que parecía llevar años acumulándose dentro de él—. La perdiste antes incluso de que naciera, así que no vengas ahora a reclamar nada.

Enzo bajó la mirada, incapaz de sostener la tensión que se había apoderado de la habitación, mientras que Hero reaccionó de forma completamente distinta. Él no se movió ni un centímetro. Permaneció firme en su sitio, con la mandíbula tensa y los hombros rígidos, como si estuviera preparado para enfrentarse a cualquiera que intentara cruzar una línea.

Yo, fue cunado sentí que no tenía miedo hablar.

—No somos hermanos —dije, mirando directamente a mi abuelo a los ojos—. Nunca lo fuimos. Hero no comparte tu sangre, ni la mía.

El silencio que siguió fue tan profundo que parecía que alguien hubiera apagado el mundo entero durante unos segundos.

Mi abuelo me observó con una expresión tan dura que era como si acabara de presenciar algo irreparable, como si con esas palabras yo hubiera firmado la sentencia de muerte de todo lo que él creía haber construido.

—Eso no cambia nada —respondió finalmente, con una calma que resultaba mucho más inquietante que cualquiera de sus gritos —. Él siempre será un González y tú siempre serás una Castro. Si estuvierais juntos destruiríais todo lo que hemos construido durante

años. Si la prensa se entera, si los socios llegan a saberlo… perderíamos todo.

En su voz aquella palabra sonó como una verdad absoluta, como si resumiera el peso de generaciones enteras.

Y en ese instante entendí algo con una claridad dolorosa.

Ese era el precio de mi libertad. Porque mi vida, desde el principio, siempre había sido una transacción.

Jorge no dijo nada más. Quizá no sabía qué decir, quizá nunca aprendió a luchar por nadie que no fuera él mismo, y descubrirlo justo en ese momento tuvo algo profundamente triste, como si una verdad que llevaba años escondida acabara de mostrarse sin ningún tipo de defensa.

Hero, en cambio, sí habló, y cuando lo hizo sentí cómo algo dentro de mí se aflojaba, como si mi alma, que llevaba demasiado tiempo tensa, encontrara por fin un lugar donde respirar.

—Abril —dijo mientras avanzaba hacia mí con una determinación que no tenía nada de dudosa, dando un paso, luego otro, acercándose sin miedo a todo lo que aquella casa representaba —. Yo no me voy a quedar al margen. Si quieres que luche por ti, lo haré. Si quieres marcharte, iré detrás. Si quieres parar el mundo, lo paro contigo. Pero dime qué quieres tú. No ellos. No el apellido. Tú.

La frase quedó suspendida en el aire apenas un segundo antes de que mi abuelo la cortara con una frialdad que resultaba casi quirúrgica.

—Si cruzas esa puerta con él —dijo sin parpadear, sosteniendo mi mirada con una calma que siempre había sido más peligrosa que cualquiera de sus gritos— lo pierdes todo. El nombre, el dinero, los estudios. No tendrás herencia. No tendrás respaldo. Serás nadie.

Nunca había sido tan consciente de mi propia respiración, del aire entrando y saliendo lentamente de mis pulmones, del peso de mis manos, del latido firme de mi corazón golpeando contra el pecho como si quisiera recordarme que seguía viva en medio de todo aquello.

—Entonces seré nadie —respondí finalmente en un susurro.

Y mi voz no tembló.

Hero se acercó a mí como si algo más fuerte que cualquier amenaza lo empujara hacia adelante. Sus manos tomaron mi rostro con una urgencia que no intentaba disimular, una mezcla de desesperación, ternura y miedo que hacía que todo se sintiera dolorosamente real. Sus dedos estaban tibios contra mi piel cuando inclinó la cabeza y besó mi frente con una delicadeza que parecía una despedida anticipada de un futuro que ninguno de los dos sabía si llegaría a existir, y cuando me abrazó sentí su pecho temblar contra el mío, como si él también estuviera intentando contener algo demasiado grande para quedarse dentro.

Durante un instante deseé poder quedarme allí, quedarme dentro de ese abrazo, quedarme en él, porque todo parecía más sencillo mientras sus brazos me rodeaban.

Pero querer no siempre significa poder, y amar no siempre basta para sostener el peso de todo un mundo.

Solté su mano, fue el gesto más doloroso que había hecho en toda mi vida y, al mismo tiempo, el más honesto.

Salí corriendo sin mirar atrás, sin dirigirme hacia él ni hacia mi abuelo ni hacia nada que perteneciera a esa vida que acababa de romperse delante de nosotros. Corrí hacia algo que aún no sabía nombrar, hacia una parte de mí misma que nunca había tenido realmente espacio para existir.

Las calles de Barcelona me recibieron frías y vivas a la vez, llenas de historia, de sombras, de ecos antiguos que parecían observarme desde cada rincón. Los adoquines húmedos del Barrio Gótico brillaban bajo la llovizna como si fueran pequeños fragmentos de espejo, reflejando las farolas amarillas que dibujaban mi silueta mientras caminaba sin rumbo fijo, con el corazón golpeado, pero sorprendentemente firme.

No sabía a dónde iba.

No sabía qué haría al día siguiente.

No sabía si el mundo estaba a punto de romperme o de reconstruirme desde cero.

Lo único que sabía era que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo. No de estar sola, no de empezar de nuevo,

no de perder un apellido que, en el fondo, nunca había sentido completamente mío.

Mientras avanzaba por aquellas calles estrechas, los recuerdos de Hero aparecían sin pedir permiso: su risa torcida, su manera de mirarme como si siempre me estuviera descubriendo por primera vez, la calidez de sus manos, la forma en que su voz se volvía más grave cuando decía mi nombre. Cada recuerdo dolía, pero también calentaba partes de mí que creía apagadas.

Giré por una calle aún más estrecha, envuelta en ese silencio antiguo del Gótico donde parece que todo puede suceder y donde nada termina del todo.

Y entonces Hero estaba apoyado contra una pared de piedra oscura, con las manos en los bolsillos y el pelo ligeramente húmedo por la llovizna. Su sonrisa ladeada tenía ese aire peligroso y familiar que siempre parecía esconder una promesa, como si me estuviera diciendo sin palabras que no había terminado conmigo, que no pensaba dejarme sola, que cuando estuviera preparada él seguiría allí.

Nos quedamos mirándonos en silencio, sin acercarnos, sin decir nada, mientras el tiempo parecía suspenderse entre nosotros como una cuerda tensa cargada de todo lo que habíamos sido y de todo lo que aún podría ocurrir.

No sé qué pasará después.

No sé si seré yo quien corra hacia él o si será él quien empiece a caminar hacia mí.

No sé si esta historia está empezando ahora o si, de alguna manera, siempre estuvo destinada a terminar así.

Pero sí sé una cosa.

Ya no tengo miedo.

Y quizá precisamente por eso este sea el verdadero comienzo.

41
Amar significa aceptar

Pov: Abuelo

A veces la vida te obliga a tomar decisiones que otros no entienden, decisiones que pesan más que el apellido que llevas y más que el futuro que intentas proteger. Yo lo sé mejor que nadie. He vivido suficientes años para reconocer cuándo algo —o alguien— amenaza con desmoronar todo lo que he construido.

Apoyé la mano sobre el escritorio, respiré hondo y marqué el número de Londres. Mi voz salió más firme de lo que me sentía por dentro, pero un Castro nunca titubea, ni siquiera cuando el mundo parece inclinarse hacia el caos.

—Sí, soy yo —dije apenas escuché la respiración al otro lado —. Habla.

Me quedé mirando por la ventana, la ciudad extendiéndose ante mí como un tablero que conozco de memoria. Y, aun así, hay jugadas que se me escapan. Jugadas como Abril. Como ese chico. Como todo lo que no debería haberse cruzado jamás.

—La enviaré con vosotros —continué, sin dejar espacio a dudas—. A Londres. Cuanto antes. Lejos de los González, lejos de ese… problema. No pienso permitir que tire su futuro por la borda.

El hombre al otro lado me respondió con formalidad, preguntando detalles, tiempos, logística. Pero yo apenas lo escuchaba; mi mente estaba en mi nieta, en su mirada desafiante de

esta tarde, en esa forma suya de decidir sin permiso, sin medir, sin entender las consecuencias.

—Haz los preparativos —ordené—. Y que nadie fuera de la familia lo sepa. Si ella pregunta, diles que es por su seguridad y por su carrera. Es lo único que debe creer.

Colgué despacio, sin prisa, dejando que el silencio volviera a ocupar la habitación.

A veces amar también significa controlar.

A veces proteger significa separar.

Y a veces salvar a alguien implica que te odie por un tiempo. Lo acepto, si tengo que enviarla lejos para mantenerla a salvo… lo haré.

Aunque a ella le duela.

Aunque me mire como si yo fuera su enemigo.

Aunque crea que puede escoger su propio destino.

Porque mientras yo viva… su destino lo escojo yo.

Agradecimiento y aviso de trilogía

Gracias.

Gracias por leerme, por detenerte en estas páginas y dejar que las palabras respiren dentro de ti. Gracias por sentir a través de mis personajes, por caminar junto a ellos, por permitir que Abril y Hero encuentren un lugar también en tu memoria, como si las calles que recorren, los silencios que arrastran y las heridas que apenas consiguen cerrar pudieran pertenecer un poco a todos los que se atreven a acompañarlos.

Escribir esta historia no ha sido solo construir un relato, ha sido volver a mirar emociones que alguna vez todos sentimos cuando éramos jóvenes, esa intensidad que parecía capaz de cambiar el mundo y que, de alguna forma, sigue viviendo dentro de nosotros, aunque la vida avance. Por eso quiero agradecer especialmente a mi marido, por aguantarme en esas noches de lucidez en las que las historias no me dejaban dormir, por escuchar ideas a medio formar y por ayudarme a volver a mirar la vida con esos ojos que alguna vez tuvimos. Gracias también por recordarme quién es realmente Hero cuando yo misma parecía perderlo entre las páginas, por devolverme su esencia cuando la historia se volvía demasiado confusa y por recordarme que los personajes también necesitan verdad para seguir respirando.

A mis hijos quiero darles las gracias por algo muy sencillo y muy grande al mismo tiempo: por regalarme tiempo, por prestarme horas que muchas veces deberían haber sido de juego, de risas o de descanso, y que aun así siempre encontramos la forma de recuperar después, cuando el libro se cierra y la vida vuelve a ser lo único importante.

Gracias también a mi familia por creer en mí, por sostener esta locura que es escribir, por confiar en una historia que empezó siendo solo una idea y que poco a poco fue encontrando su propio camino.

Este no es un final. Es solo una pausa. Porque hay historias que no mueren, aunque el mundo intente cerrarlas, amores que queman, que duelen, que atraviesan las costillas y la memoria sin

pedir permiso, y despedidas que no rompen del todo, sino que transforman lo que creíamos conocer.

Abril y Hero siguen aquí, en algún lugar entre lo que fueron y lo que todavía podrían llegar a ser. Están separados por apellidos, por secretos, por familias que nunca aprendieron a amar sin condiciones, pero también están unidos por algo que ni siquiera ellos saben cómo destruir. Y aunque duela, aunque pese, aunque a veces parezca imposible, ambos tendrán que enfrentarse a la misma pregunta que late en el centro de esta historia: qué se hace con un amor prohibido cuando es real.

Esta es solo la primera parte de la trilogía, el primer golpe al corazón, la primera grieta, el primer "y si…" que abre la puerta a todo lo demás.

El segundo libro se llamará **TÚ, Y YO EN PAUSA**, y no voy a endulzarlo porque será más crudo, más adulto y más visceral. Abril caminará sola por primera vez y tendrá que enfrentarse al mundo que durante tanto tiempo le dijeron cómo debía ser, descubriendo quién es cuando nadie decide por ella. Hero, por su parte, aprenderá a vivir con el silencio y con el vacío que dejó aquella decisión, acompañado siempre por una pregunta que no deja de arder por dentro: si el amor no era el problema, quizá siempre fue la respuesta.

Nos veremos allí. Justo en ese lugar donde todo parece detenerse un momento… antes de volver a empezar. Con amor,

Eve Martin

**Si esta historia te ha emocionado, una pequeña reseña en Amazon ayuda muchísimo a que otros lectores puedan encontrarla.**

Sobre la autora

Eve Martin es una escritora de novela romántica a la que le gusta explorar distintos matices del corazón humano, aunque no teme cruzar fronteras y probar otros géneros cuando una historia lo pide. Nació en Manresa, una ciudad cercana a Barcelona donde creció rodeada de historias cotidianas. Quizá por eso sus personajes suelen moverse entre la intensidad de lo que sienten y la realidad de lo que el mundo les permite ser.

La inspiración de Eve aparece muchas veces en los lugares más inesperados: en conversaciones largas que se alargan hasta la madrugada, en cafés llenos de ruido donde aprende a aislarse y escuchar únicamente la voz de sus personajes.

Actualmente dedica gran parte de su tiempo libre a escribir, lo que a menudo significa robarle horas al sueño y negociar con madrugadas demasiado cortas. Aun así, lo hace convencida de que cada historia merece ese pequeño sacrificio, porque, como ella misma suele decir, todo esfuerzo acaba encontrando su recompensa cuando alguien al otro lado del libro se reconoce en una emoción, en una frase o en un personaje.

Puedes encontrarla en redes sociales y seguir su trabajo en:

Instagram: @evemartinescritora

TikTok: @evemartin

Facebook: Eve Martin Escritora

Correo de contacto: evemartin.autora@gmail.com

Porque las historias no terminan cuando se cierra un libro… a veces solo están empezando.